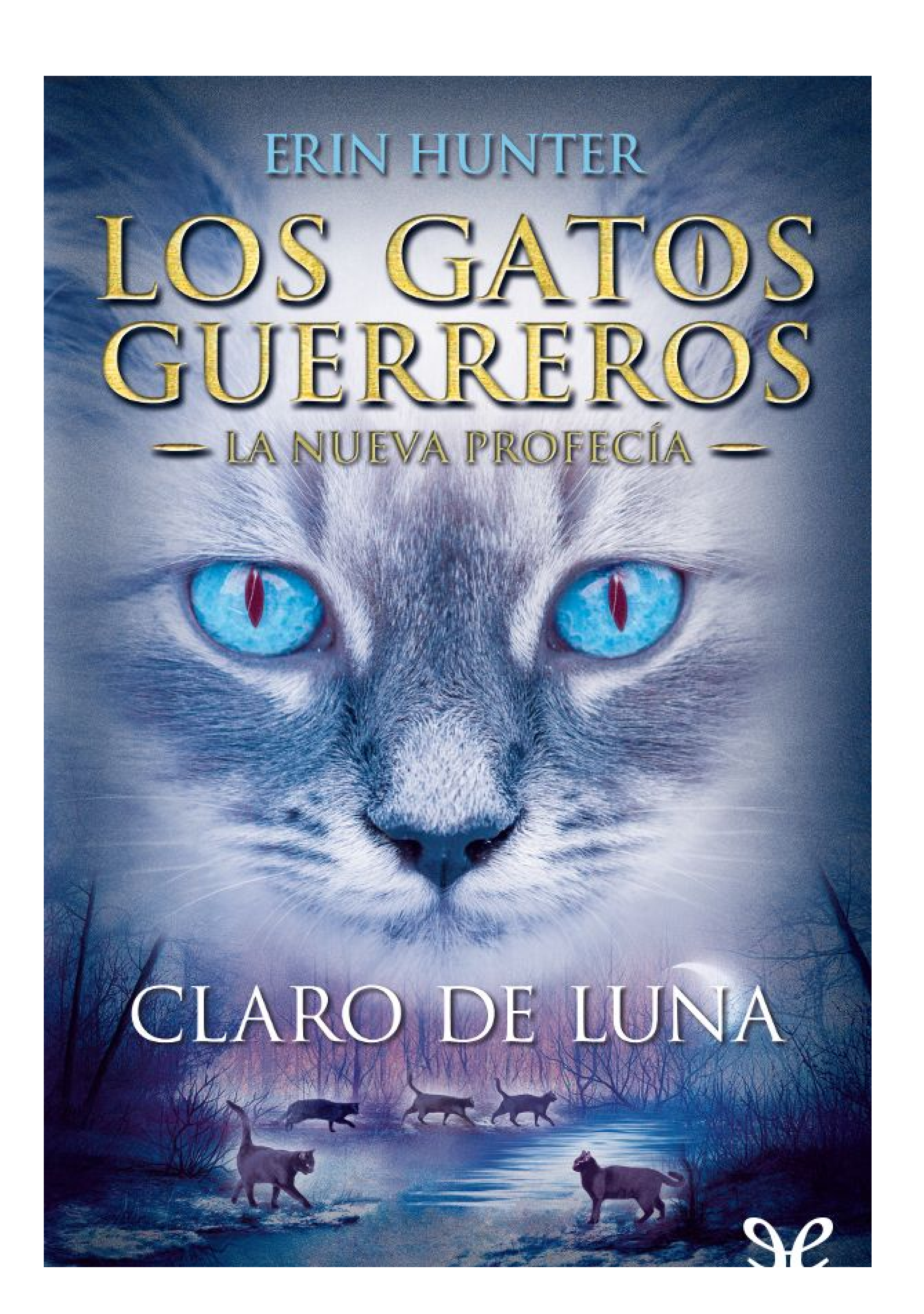
ERIN HUNTER

# LOS GATOS GUERREROS

— LA NUEVA PROFECÍA —



# CLARO DE LUNA


ERIN HUNTER
LOS GATOS GUERREROS
LA NUEVA PROFECÍA
CLARO DE LUNA

Han pasado varias lunas desde que los cuatro clanes enviaron una expedición para averiguar significado de la nueva profecía, y ahora, el pequeño grupo vuelve a casa con un mensaje sombrío: los Dos Patas se disponen a arrasar el bosque y destruir así el hogar de los clanes. Además, en su camino de regreso a través de las montañas, los gatos se toparán con una tribu de felinos salvajes que los someterá a una dura prueba. Así, mientras en el bosque las temibles máquinas de los Dos Patas inician su actividad destructora, ¿llegarán a tiempo los valientes expedicionarios para salvar a los clanes?



Erin Hunter

# Claro de luna

## Los gatos guerreros: La nueva profecía - 2

**ePub r1.0**

**libra** 01.04.15

Título original: *Moonrise (Warriors: The New Prophecy)*
Erin Hunter, 2005
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: libra
ePub base r1.2




*Gracias especiales a Cherith Baldry*

# Filiaciones



## CLAN DEL TRUENO

**• Líder**

–ESTRELLA DE FUEGO: hermoso gato rojizo.

**• Lugarteniente**

–LÁTIGO GRIS: gato de pelo largo y gris.

**• Curandera**

–CARBONILLA: gata gris oscuro.
–Aprendiza: HOJARASCA

**• Guerreros (*gatos y gatas sin crías*)**

–MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.
–Aprendiza: ZANCÓN
–MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.
–Aprendiz: ESQUIROLINA
–TORMENTA DE ARENA: gata color melado claro.
–NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo.
–FRONDE DORADO: atigrado marrón dorado.
–Aprendiza: ZARPA CANDEAL
–ESPINARDO: atigrado marrón dorado.
–Aprendiz: TOPILLO
–CENTELLA: gata blanca con manchas canela.

–ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos color ámbar.

–CENIZO: gato gris claro con motas más oscuras, de ojos azul oscuro.

–ORVALLO: gato gris oscuro de ojos azules.

–HOLLÍN: gato gris de ojos ámbar.

–ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

**• Aprendices (*de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros*)**

–ESQUIROLINA: gata de color rojizo oscuro de ojos color ámbar.

–HOJARASCA: atigrada marrón claro de zarpas blancas y ojos ámbar.

–ZANCÓN: gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

–TOPILLO: pequeño gato marrón oscuro de ojos color ámbar.

–ZARPA CANDEAL: gata blanca de ojos verdes.

**• Reinas (*gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas*)**

–FLOR DORADA: de pelaje rojizo claro; la reina de mayor edad de la maternidad.

–FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

**• Veteranos (*antiguos guerreros y reinas, ya retirados*)**

–ESCARCHA: hermosa gata blanca de ojos azules.

–COLA MOTEADA: en sus tiempos, una bonita gata leonada con un precioso manto moteado; el miembro más anciano del Clan del Trueno.

–COLA PINTADA: atigrada clara.

–RABO LARGO: gato atigrado, de color claro con rayas muy oscuras, retirado anticipadamente por problemas de vista.



## CLAN DE LA SOMBRA

**• Líder**

–ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

**• Lugarteniente**
–BERMEJA: gata de color rojizo oscuro.

**• Curandero**
–CIRRO: atigrado muy pequeño.

**• Guerreros**
–ROBLEDO: pequeño gato marrón.
–Aprendiz: AHUMADO
–TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes.
–CEDRO: gato gris oscuro.
–SERBAL: gata rojiza.
–Aprendiz: GARRUNDO
–AMAPOLA: atigrada marrón claro de patas muy largas.

**• Veteranos**
–NARIZ INQUIETA: pequeño gato blanco y gris; el antiguo curandero del clan.

## CLAN DEL VIENTO

**• Líder**
–ESTRELLA ALTA: gato blanco y negro de cola muy larga.

**• Lugarteniente**
–ENLODADO: gato marrón oscuro con manchas.
–Aprendiz: CORVINO: gato gris oscuro, casi negro, de ojos azules.

**• Curandero**
–CASCARÓN: gato marrón de cola corta.

• **Guerreros**

–BIGOTES: atigrado marrón.

–MANTO TRENZADO: gato atigrado gris oscuro.

–OREJA PARTIDA: macho atigrado.

–COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

• **Reinas**

–FLOR MATINAL: reina color carey.

## CLAN DEL RÍO

• **Líder**

–ESTRELLA LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

• **Lugarteniente**

–VAHARINA: gata gris oscuro de ojos azules.

• **Curandero**

–ARCILLOSO: gato marrón claro de pelo largo.

–Aprendiz: ALA DE MARIPOSA: preciosa atigrada dorada de ojos ámbar.

• **Guerreros**

–PRIETO: macho negro grisáceo.

–PASO POTENTE: corpulento gato atigrado.

–BORRASCOSO: gato gris oscuro de ojos ámbar.

–PLUMOSA: gata gris claro de ojos azules.

–ALCOTÁN: gato marrón oscuro de anchos omóplatos.

–MUSGOSA: gata parda.

• **Reinas**

–FLOR ALBINA: gata gris muy claro.

• **Veteranos**

–SOMBRA OSCURA: gata gris muy oscuro.

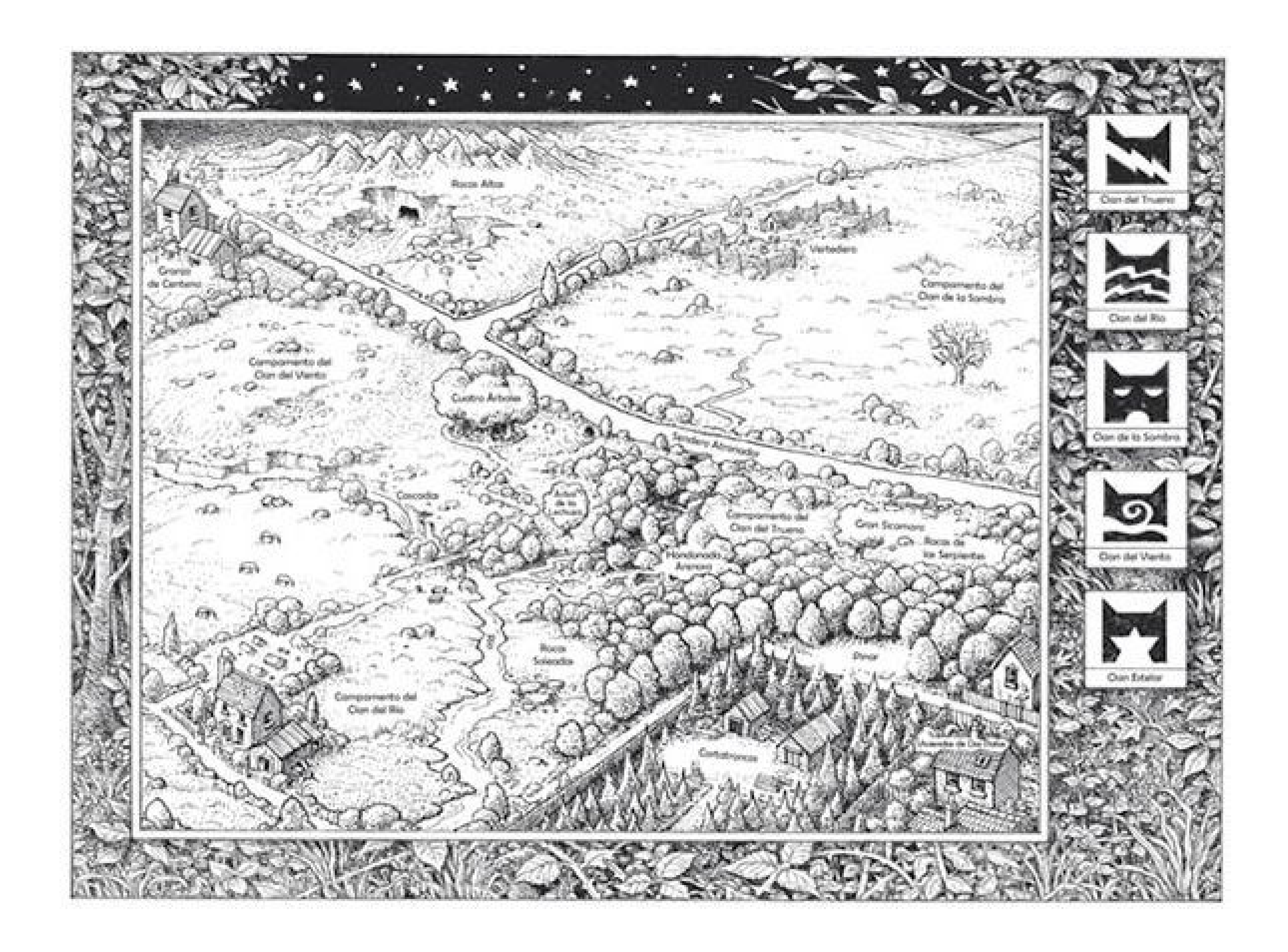
–TRIPÓN: gato marrón oscuro.

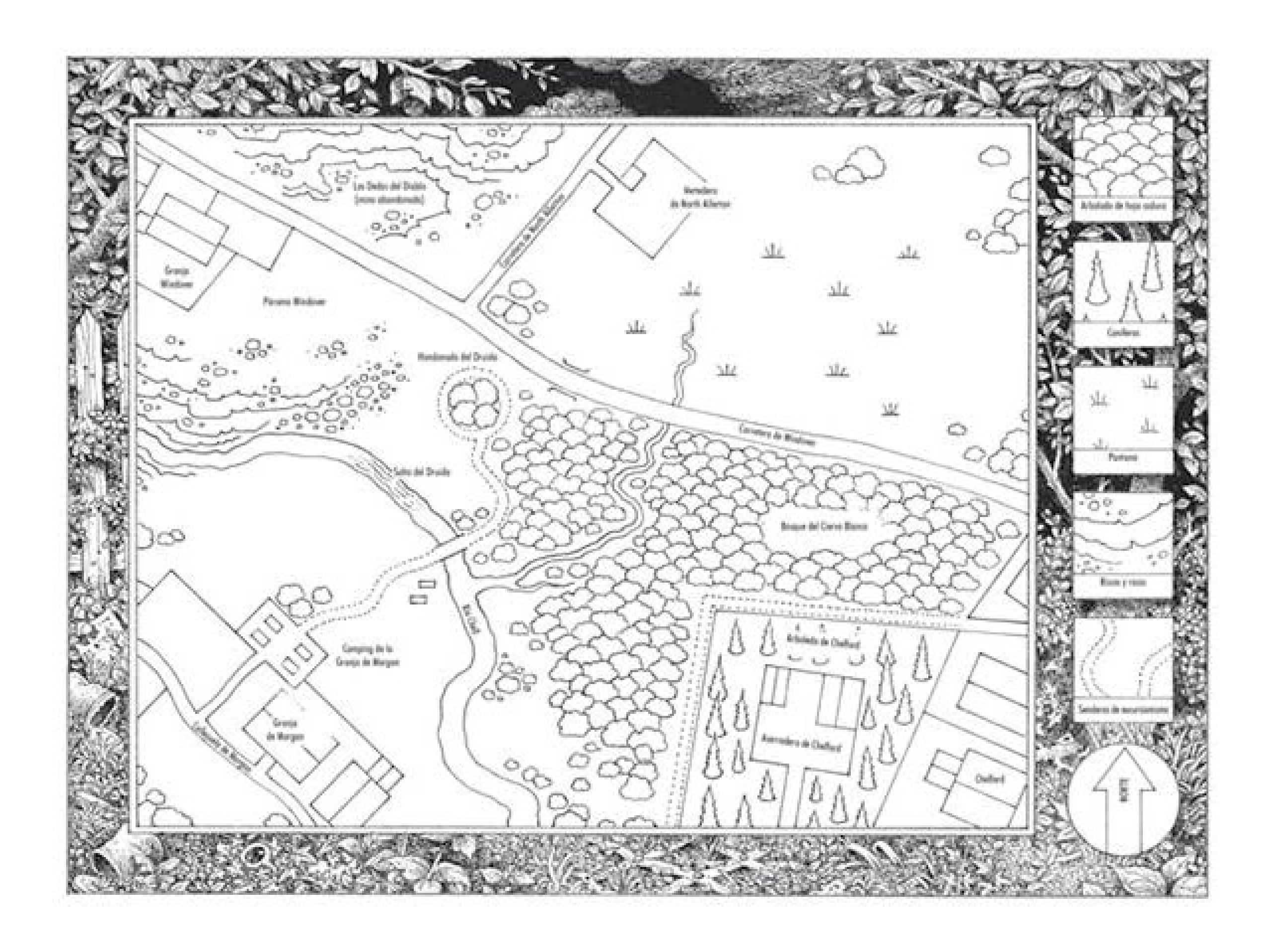
## GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

–CENTENO: gato blanco y negro; vive en una granja cercana al bosque.

–CUERVO: lustroso gato negro que vive en la granja con Centeno.

–PUMA: viejo gato atigrado que vive en el bosque cerca del mar.


Rocas Altas
Granja de Centeno
Vertedero
Campamento del Clan de la Sombra
Campamento del Clan del Viento
Cuatro Árboles
Sendero Atronador
Cascada
Campamento del Clan del Trueno
Gran Sicomoro
Rocas de las Serpientes
Hondonada Arenosa
Rocas Soleadas
Pinar
Campamento del Clan del Río
Cortatroncos
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar


Los Dedos del Diablo
(mina abandonada)
Vaquería
de North Allerton
Granja
Windover
Páramo Windover
Hondonada del Druida
Salto del Druida
Carretera de Windover
Bosque del Cuervo Blanco
Arboleda de Chelford
Camping de la
Granja de Morgan
Granja
de Morgan
Vaquería de Chelford
Chelford
Arbolado de hoja caduca
Coníferas
Pastura
Riscos y rocas
Senderos de excursionismo



# Prólogo

Uno a uno, los gatos entraron sigilosamente en la cueva. Tenían el pelo manchado de barro y sus ojos, dilatados de miedo, reflejaban la fría luz de la luna que se filtraba a través de una grieta en el techo. Se agazaparon, rozando casi el suelo con la barriga y mirando a un lado y a otro, como si esperaran ver algún peligro acechando en las sombras.

El resplandor de la luna incidía en los charcos de agua que había en la caverna y perfilaba un bosque de rocas puntiagudas; unas se elevaban desde el suelo, otras colgaban del techo. Algunas se encontraban en el medio y formaban esbeltos árboles de reluciente roca blanca. El viento soplaba entre ellos, alborotando el pelaje de los gatos. El aire olía a húmedo y limpio, y se oía el distante rugido de saltos de agua.

Un gato apareció por detrás de una roca. Tenía un cuerpo largo, de extremidades delgadas y musculosas, y estaba cubierto de barro seco, de modo que parecía tallado en piedra.

—Bienvenidos —maulló con voz ronca—. La luz de la luna se refleja en el agua. Ha llegado la hora de una Revelación, según las leyes de la Tribu de la Caza Interminable.

Un gato dio unos pasos adelante, inclinando la cabeza ante el felino cubierto de barro.

—Narrarrocas, ¿has recibido una señal? —preguntó.

—¿Hay esperanza por fin? —inquirió otro desde detrás del primero.

Narrarrocas bajó la cabeza.

—He visto las palabras de la Tribu de la Caza Interminable en el dibujo de la luz de la luna sobre la piedra, en las sombras proyectadas por las rocas, en el sonido de las gotas de lluvia al caer desde el techo. —Hizo una pausa y paseó la mirada por los gatos que lo rodeaban—. Sí —continuó—, me han dicho que hay esperanza.

Un leve murmullo, como el susurro de las hojas al viento, recorrió el grupo de gatos. Sus ojos parecieron volverse más brillantes y todos irguieron las orejas. El que se había adelantado para hablar en primer lugar maulló vacilante:

—Entonces, ¿sabes quién nos librará de este espantoso peligro?

—Sí, Peñasco —contestó Narrarrocas—. La Tribu de la Caza Interminable me ha prometido que vendrá alguien, un felino plateado que no pertenece a esta tribu. Él nos librará de Colmillo Afilado de una vez por todas.

Tras una pausa, una voz preguntó desde el fondo:

—¿Es que hay gatos que no son de la Tribu de las Aguas Rápidas?

—Debe de haberlos —respondió otra voz.

—Yo he oído hablar de extranjeros —maulló Peñasco—, aunque nunca hemos visto ninguno. ¿Cuándo llegará el felino plateado? —añadió con ansiedad, y otros maullidos se elevaron a su alrededor.

—Sí, ¿cuándo?

—¿Es realmente cierto?

Narrarrocas pidió silencio con un movimiento de la cola.

—Sí, es cierto. La Tribu de la Caza Interminable jamás nos ha mentido. Yo mismo he visto el fulgor de su pelaje plateado en un charco iluminado por la luna.

—Pero ¿cuándo? —insistió Peñasco.

—La Tribu de la Caza Interminable no me ha mostrado eso. No sé cuándo llegará el felino plateado, ni de dónde vendrá, pero lo sabremos cuando aparezca. —Levantó la cabeza hacia el techo de la caverna y sus ojos resplandecieron como lunas diminutas—. Hasta entonces, gatos de mi tribu, sólo podemos esperar.



# 1

Borrascoso abrió los ojos, parpadeó para acabar de despertarse, e hizo un esfuerzo por recordar dónde estaba. En vez del habitual lecho de juncos en el campamento del Clan del Río, estaba ovillado en una mata de helechos secos y quebradizos. Vio el techo terroso de una cueva, entrecruzado de raíces enmarañadas, y oyó la cadencia de un rugido en la distancia. Al principio lo desconcertó; luego recordó lo cerca que se hallaban del lugar en que se ahogaba el sol, un agua que batía interminablemente el borde de la tierra. Se estremeció, asaltado por una imagen: Zarzoso y él luchando por sus vidas en el agua. Escupió, notando todavía un regusto salado en la garganta. En su casa, en el Clan del Río, estaba acostumbrado al agua —el suyo era el único clan que podía nadar sin problemas en el río que atravesaba el bosque—, pero no estaba acostumbrado a aquella masa líquida tan turbulenta que se movía adelante y atrás; era demasiado potente, tanto que ni siquiera un gato de su clan podía nadar en ella con seguridad.

Lo asaltaron otros recuerdos. El Clan Estelar había mandado a representantes de todos los clanes a un viaje largo y peligroso, para escuchar lo que la medianoche tenía que decirles. Habían avanzado esforzadamente a través de tierras desconocidas, entre viviendas de Dos Patas, enfrentándose al ataque de perros y ratas, para hacer el último e increíble descubrimiento: que en realidad tenían que prestar oídos a la tejona Medianoche.

Le subió un frío helador por las patas al recordar el horrible mensaje de Medianoche: los Dos Patas estaban destrozando el bosque para construir un

nuevo Sendero Atronador y todos los clanes tendrían que marcharse. La tarea de los gatos escogidos por el Clan Estelar consistía en advertir a sus camaradas y llevarlos a un nuevo hogar.

Borrascoso se incorporó para mirar alrededor. Una débil luz se colaba por el túnel que conducía a lo alto del acantilado, junto con una suave corriente impregnada de olor a agua salada. A la tejona Medianoche no se la veía por ninguna parte. Cerca de Borrascoso dormía su hermana, Plumosa, con la cola sobre la nariz. Justo a su lado descansaba Trigueña, la feroz guerrera del Clan de la Sombra. Borrascoso se sintió aliviado al ver que Trigueña dormía tranquilamente, como si la mordedura que le había infligido una rata en el poblado de Dos Patas ya no la molestara demasiado. Las hierbas curativas de Medianoche habían conseguido rebajar la infección y ayudarla a dormir. En el otro extremo de la gruta, un poco apartado, estaba Corvino, el aprendiz del Clan del Viento; su pelaje gris oscuro apenas se distinguía entre los helechos. Más cerca de la entrada estaba el hermano de Trigueña, Zarzoso, estirado junto a Esquirolina, la cual dormía en un prieto ovillo. Al ver a los dos miembros del Clan del Trueno tan juntos, Borrascoso sintió una punzada de celos que intentó disipar. No se sentía digno de admirar tanto a Esquirolina por su valentía y su radiante optimismo, cuando ambos pertenecían a clanes diferentes. Zarzoso sería mejor compañero para ella.

Borrascoso debía despertar a sus amigos para iniciar el largo viaje de regreso al bosque. Sin embargo, se sentía extrañamente reacio a hacerlo. «Déjalos dormir un poco más —se dijo—. Necesitaremos todas nuestras fuerzas para lo que nos espera».

Sacudiéndose briznas de helecho de encima, avanzó por el suelo arenoso de la cueva. Un fuerte viento le alborotó el pelo cuando salió a la mullida hierba. Tras casi ahogarse la tarde anterior, Borrascoso ya estaba seco por fin, y el descanso lo había recargado de energía. Se quedó mirando alrededor: justo delante estaba el borde del acantilado, y más allá se veía una interminable extensión de agua brillante que reflejaba la pálida luz del amanecer.

Abrió la boca para absorber el aire y detectar el olor a presas, pero su olfato fue inundado por un intenso hedor a tejón. Descubrió a Medianoche

sentada en el punto más alto del acantilado; sus brillantes ojillos estaban clavados en las menguantes estrellas. A su espalda, en el extremo más alejado del páramo, una franja de luz lechosa indicaba el sitio por donde iba a salir el sol. Borrascoso se acercó a la tejona e inclinó la cabeza respetuosamente antes de sentarse a su lado.

—Buenos días, guerrero gris —lo saludó Medianoche con voz ronca—. ¿Bastante has dormido?

—Sí, gracias, Medianoche. —A Borrascoso todavía le resultaba extraño intercambiar saludos amigables con ella, pues los tejones siempre habían sido enemigos mortales de los clanes guerreros.

Sin embargo, Medianoche no era un tejón normal y corriente. Parecía más cercana al Clan Estelar que cualquier gato guerrero, excepto quizá los curanderos. Había viajado muy lejos y, de algún modo, había desarrollado la sabiduría necesaria para predecir el futuro.

Borrascoso la miró de soslayo y vio que seguía contemplando las pocas estrellas que quedaban en el cielo del alba.

—¿De verdad puedes descifrar las señales del Clan Estelar? —le preguntó, medio esperando que las terribles predicciones de la noche anterior pudieran esfumarse a la luz de la mañana.

—Mucho hay que descifrar en todas partes —contestó la tejona—. En las estrellas, en las corrientes de agua, en el reflejo de la luz en las olas. Todo habla, si los oídos están abiertos para escuchar.

—Entonces yo debo de estar sordo —maulló Borrascoso—. A mí el futuro me parece oscuro.

—No tanto, guerrero gris —replicó Medianoche con voz áspera—. Mira. —Señaló con el hocico a una zona del agua en que se ahogaba el sol, donde un solitario guerrero del Clan Estelar seguía reluciendo esplendorosamente, justo encima del horizonte—. El Clan Estelar ha presenciado nuestro encuentro. Satisfecho está, y ayuda nos dará en los oscuros días que se avecinan.

Borrascoso se quedó contemplando el brillante punto de luz y soltó un suspiro. Él no era curandero y, por tanto, no estaba acostumbrado a compartir lenguas con sus antepasados guerreros. Su tarea consistía en poner su fuerza y sus capacidades al servicio del clan… y ahora, según

parecía, al servicio de todos los gatos forestales. Medianoche había dejado bien claro que todos los clanes serían destruidos si eran incapaces de olvidar las antiguas fronteras y colaborar juntos por una vez.

—Medianoche, cuando vayamos a casa…

No pudo terminar la frase. Lo interrumpió un aullido. Al darse la vuelta, vio que Esquirolina salía disparada por el túnel que llevaba a la madriguera de tejón. La gata se detuvo en la entrada, con el pelaje ahuecado y las orejas erguidas.

—¡Estoy muerta de hambre! —anunció—. ¿Dónde están las presas por aquí?

—Muévete y déjanos salir a los demás —espetó la irritada voz de Corvino detrás de ella—. Así podríamos decírtelo.

Esquirolina dio unos pasos y apareció el aprendiz del Clan del Viento, seguido por Plumosa. La guerrera se desperezó con placer bajo el incipiente sol. Borrascoso se levantó y avanzó sobre la áspera hierba del páramo para rozarse la nariz con su hermana. Él no era uno de los gatos elegidos originalmente por el Clan Estelar, pero había insistido en unirse al viaje para proteger a Plumosa. Con su madre muerta y su padre viviendo en otro clan, ellos dos estaban mucho más unidos que la mayoría de los hermanos.

Medianoche lo siguió pesadamente y saludó a los gatos con un movimiento de cabeza.

—Trigueña está mucho mejor esta mañana —informó Plumosa—. Dice que el bíceps apenas le duele ya. —Y añadió, dirigiéndose a Medianoche—: La raíz de lampazo que le diste ha sido de gran ayuda.

—Buena es esa raíz —repuso la tejona con su voz ronca—. Ahora la guerrera herida viajará bien.

Mientras hablaba, Trigueña apareció por el túnel. Borrascoso sintió alivio al ver que parecía más fuerte después de dormir mucho y bien; además, casi no cojeaba.

Detrás de Trigueña llegó su hermano, Zarzoso, que se quedó bizqueando a la creciente luz.

—El sol ya casi ha salido —maulló—. Es hora de ponerse en camino.

—¡Primero tenemos que comer! —protestó Esquirolina—. ¡La barriga me ruge como un monstruo del Sendero Atronador! Podría comerme un

zorro, con pelo y todo.

Borrascoso coincidió con ella. Se notaba las zarpas del hambre en el estómago, y sabía que, sin comer, no podrían enfrentarse al largo y agotador viaje de regreso al bosque. Por otro lado, compartía la impaciencia de Zarzoso: ¿cómo se sentirían si se retrasaban demasiado y acababan descubriendo que habían muerto gatos por esa razón?

Una expresión exasperada cruzó el rostro de Zarzoso, que contestó con voz firme:

—Cazaremos algunas presas de camino. Y cuando lleguemos al bosque donde acampamos la otra vez, cazaremos como es debido.

—Bola de pelo mandona —masculló Esquirolina.

—Zarzoso tiene razón —dijo Trigueña—. ¿Quién sabe qué estará ocurriendo en casa? No hay tiempo que perder.

Hubo un murmullo de aprobación general. Ni siquiera Corvino, que solía cuestionar las decisiones de Zarzoso incluso más que Esquirolina, tuvo nada que decir. Algo impresionado, Borrascoso comprendió que su largo viaje y la amenaza que se cernía sobre los clanes habían hecho que pasaran de ser un grupo de rivales recalcitrantes a una fuerza unificada con un solo propósito: salvar a sus compañeros de clan y al código guerrero que los había protegido durante tanto tiempo. Lo embargó una cálida sensación de formar parte de algo. Su lealtad hacia el Clan del Río era complicada —consciente de que su herencia mestiza hacía que otros guerreros recelaran de él y Plumosa—, pero ahora sabía que había encontrado a unos amigos que lo juzgaban sin tener en cuenta las diferencias de clan.

Zarzoso se adelantó hasta quedar delante de Medianoche.

—Quería expresarte nuestro agradecimiento en nombre de todos los clanes —maulló.

La tejona gruñó.

—Hora no es todavía para las despedidas. Os acompañaré hasta el bosque, para asegurarme de que tomáis el correcto camino.

Y, sin esperar a que los gatos aceptaran o le dieran las gracias, echó a andar pesadamente. Delante de ella, el cielo se había tornado demasiado brillante para mirarlo, mientras el sol asomaba cada vez más por el horizonte. Borrascoso parpadeó agradecido ante la luz amarillenta. El sol

poniente los había guiado en su viaje al lugar donde se ahogaba el sol; ahora, el sol naciente los guiaría de regreso a casa.

Los cuatro gatos escogidos —junto con Borrascoso y Esquirolina, la cual se había ido con Zarzoso después de reñir con su padre, Estrella de Fuego— habían abandonado su bosque ciegamente, obedeciendo a una imprecisa profecía del Clan Estelar. Ahora que conocían el significado de la profecía, era más fácil decidir qué hacer, pero, al mismo tiempo, resultaba aterrador saber en qué gran peligro se hallaban sus clanes.

—Bueno, ¿a qué esperamos? —dijo Esquirolina, y echó a correr para adelantar a Medianoche.

Zarzoso la siguió más despacio, con aspecto de estar absorto en sus pensamientos, como si estuviera imaginando todas las dificultades que los aguardaban en su camino de regreso al bosque. A su lado, Trigueña parecía renovada por la noche de descanso, y aunque todavía cojeaba un poco, sus ojos no mostraban otra cosa que determinación por realizar el largo viaje a casa. Plumosa avanzaba con la cola bien alta, disfrutando de la radiante mañana, mientras Corvino lo hacía junto a ella con las orejas erguidas y los músculos tensos, como si ya estuviera previendo problemas.

Borrascoso se colocó en la retaguardia y pronunció una rápida súplica mental al Clan Estelar: «Guía nuestros pasos y condúcenos a todos a casa sanos y salvos».

Conforme iba ascendiendo el sol, el cielo se tornó de un azul profundo y nítido, salpicado de esponjosos retazos de nubes. El tiempo era cálido y suave para estar tan avanzada la estación de la caída de la hoja. La brisa soplaba sobre la hierba, y a Borrascoso se le hizo la boca agua al captar olor a conejo. Con el rabillo del ojo, atisbó una cola blanca mientras el conejo desaparecía por detrás de una loma.

Corvino salió como una flecha tras él.

—¡Espera! ¿Adónde vas? —le gritó Zarzoso, pero el aprendiz del Clan del Viento ya había desaparecido. El guerrero atigrado sacudió la cola irritado—. ¿Es que nunca escucha?

—No tardará —lo tranquilizó Plumosa—. No puedes esperar que pase por alto a un conejo cuando éste prácticamente salta delante de nuestras narices.

La única respuesta de Zarzoso fue volver a sacudir la cola.

—Iré a buscarlo —maulló Borrascoso.

Pero, antes de que pudiera moverse, el aprendiz gris oscuro reapareció en lo alto de la ladera. Llevaba el conejo a rastras; era casi tan grande como él.

—Aquí está —maulló con rudeza tras dejarlo en el suelo—. No he tardado mucho, ¿verdad? Podremos hacer un alto para comérnoslo, ¿no?

—Por supuesto —contestó Zarzoso—. Perdona, Corvino. Había olvidado lo rápidos que podéis ser los gatos del Clan del Viento. En este… este páramo debes de sentirte como en casa.

Corvino aceptó la disculpa con un breve asentimiento mientras los seis se apiñaban alrededor de la presa. Borrascoso se detuvo en seco al advertir un brillo de admiración en los ojos de Plumosa. Su hermana no podía estar interesada en Corvino, ¿verdad? Lo único que éste hacía era discutir y dar la lata como si ya fuera guerrero. Un gato de otro clan —¡y un aprendiz, encima!— no tenía ningún derecho a ir tras Plumosa. ¿Y qué es lo que Plumosa veía en él? ¿Acaso no sabía su hermana los problemas que acarreaban ese tipo de cosas? ¿No había aprendido nada de sus propios padres?

Entonces la mirada de Borrascoso pasó a Esquirolina. ¿Qué derecho tenía a criticar a Plumosa, cuando a él le gustaba tanto Esquirolina? Pero bueno, a cualquier gato le gustaría la valerosa e inteligente aprendiza del Clan del Trueno. Sabía de sobra las consecuencias de entablar una relación con una gata de otro clan, y lo más probable es que no tuvieran futuro juntos.

Borrascoso suspiró y empezó a engullir su parte del conejo. Esperaba que sólo fueran imaginaciones suyas; después de todo, cualquiera podría admirar la rapidez de Corvino en cazar una presa cuando todos estaban hambrientos. Seguro que era eso lo que sentía Plumosa.

Mientras los gatos comían, Medianoche aguardó a unos pasos de distancia. Borrascoso vio cómo arrancaba la hierba con sus fuertes zarpas romas, resoplando a las larvas y los escarabajos a los que molestaba. Tenía los ojos entornados, como si le costara buscar comida bajo la intensa luz

solar, pero no decía nada, y en cuanto los gatos se hubieron comido la presa de Corvino, la tejona se puso de nuevo en marcha hacia el sol naciente.

Incluso con Medianoche para guiarlos por la ruta más directa, el sol ya estaba en su cenit cuando llegaron a la cima de una suave loma y vieron el lindero del bosque delante de ellos. Después de viajar bajo el calor del páramo, desprovisto de protección, a Borrascoso la sombra que daban los árboles le pareció tan tentadora como el agua de un arroyo. Por un breve instante, se permitió imaginar una tarde de caza y luego aposentarse con la panza llena bajo las hojas de los helechos, pero sabía que no era posible.

Al acercarse más al bosque, Borrascoso entrevió lo que semejaba un bulto de pelo marrón entre la larga hierba que crecía bajo un arbusto. Agitó la cola, medio compungido, al reconocer al viejo atigrado que los había guiado —y casi había hecho que se perdieran para siempre— por el poblado de Dos Patas.

—¡Eh, Puma! —lo llamó Zarzoso—. ¡Hemos vuelto!

Una gran cabeza redonda emergió del bulto peludo, agitando los bigotes y parpadeando con una confusión que, poco a poco, se transformó en una expresión de bienvenida. El viejo se levantó a duras penas y dio unos pasos hacia ellos, sacudiéndose trocitos de hojas secas de su desaliñado pelaje.

—¡Por el gran Clan Estelar! —exclamó—. Nunca creí que volvería a veros. —Se interrumpió de golpe, con los ojos clavados en algo más allá del omóplato de Borrascoso—. ¡No mováis ni un bigote! —siseó—. Hay un tejón detrás de vosotros. Dejad que yo me encargue. Conozco unos cuantos movimientos de lucha que…

—No pasa nada, Puma —lo tranquilizó Borrascoso, mientras Esquirolina enroscaba la cola de la risa—. Ésta es Medianoche. Es una amiga.

El viejo atigrado se quedó mirando a Borrascoso, boquiabierto de asombro.

—¿Una amiga? No puedes hacerte amigo de un tejón, joven. No puedes fiarte de ellos ni un pelo.

Borrascoso miró a Medianoche con inquietud, preguntándose si la tejona se sentiría ofendida por las palabras de Puma. Para su alivio, parecía tan divertida como Esquirolina; sus ojillos negros relucían.

—Ven a conocer a Puma —le dijo Borrascoso—. Él nos guió a través del poblado de Dos Patas.

Medianoche se acercó pesadamente al viejo atigrado. Poco convencido, Puma se agazapó, erizando el lomo y mostrándole sus torcidos colmillos. Borrascoso admiró su valentía, a pesar de que la tejona podía aplastarlo con un solo mandoble de sus potentes patas delanteras.

—No he venido a pelear —lo tranquilizó Medianoche—. El amigo de mis amigos es también mi amigo. Me han hablado mucho de ti.

Puma agitó las orejas.

—Pues no puedo decir que me alegre de conocerte —masculló—. Pero supongo que debes de ser una criatura decente si ellos lo dicen. —Retrocediendo, se volvió hacia Zarzoso—: ¿Por qué estamos perdiendo el tiempo aquí? Hay Camina Erguidos y perros por todas partes. Despidámonos y pongámonos en marcha.

—¡Espera un momento! —protestó Esquirolina, y le dijo a Zarzoso—: Antes has dicho que podríamos cazar.

—Y así es.

El guerrero se detuvo a olfatear el aire y Borrascoso lo imitó. Se sintió aliviado al descubrir que, aunque percibía varios olores de perro, todos eran rancios. Supuso que Puma mencionaba el peligro de los perros como una excusa para alejarse de Medianoche.

—De acuerdo —continuó Zarzoso—, vamos a separarnos y cazar deprisa. Nos reuniremos en el lugar donde acampamos la otra vez. Trigueña, ¿quieres ir directamente allí?

La guerrera del Clan de la Sombra respondió echando chispas por los ojos:

—¡Qué dices! Yo puedo cazar tan bien como cualquiera de vosotros.

Antes de que ningún gato pudiera contestar, Medianoche se acercó a Trigueña y le dio un empujoncito afectuoso.

—Guerrera insensata —dijo con su áspera voz—. Descansa mientras puedas. Enséñame el lugar de acampada. Me quedaré mientras el sol en el

cielo esté; volveré a casa cuando oscurezca.

Trigueña se encogió de hombros.

—De acuerdo, Medianoche.

Y se internó en el bosque, siguiendo el arroyo hasta la hondonada donde habían descansado en el viaje previo.

El aire era más fresco bajo las sombras moteadas de los árboles. Borrascoso empezó a relajarse; se sentía más seguro allí que en campo abierto, aunque el cantarín arroyuelo, demasiado pequeño para pescar, no lograba hacerle olvidar su río preferido. Notó una sensación de pérdida al pensar que, aunque volviera a ver aquel río, no sería por mucho tiempo. Medianoche les había dicho que los clanes tendrían que abandonar el bosque enseguida.

Un rumor en la vegetación le recordó el hambre que tenía. Sería estupendo evadirse un rato y cazar con Plumosa, tal como hacían en casa. Pero, cuando se volvió para hablar con su hermana, vio que Corvino estaba diciéndole algo al oído.

—¿Quieres cazar conmigo? —le preguntó el aprendiz a la guerrera entre dientes, y sonó medio forzado y medio azorado—. Lo haremos mejor juntos.

—¡Sería genial! —exclamó Plumosa con ojos brillantes. Luego reparó en Borrascoso y pareció avergonzarse todavía más que el aprendiz del Clan del Viento—. Eh… ¿por qué no cazamos todos juntos?

Corvino apartó la vista, y Borrascoso notó que se le empezaba a erizar el pelo del cuello. ¿Cómo se atrevía aquel aprendiz a pedirle a Plumosa que fuera su pareja de caza?

—No; yo estoy bien por mi cuenta —replicó, dando media vuelta y adentrándose en el sotobosque, intentando fingir que no había visto en los ojos azules de su hermana que se sentía dolida.

Pero, en cuanto se deslizó por debajo de las ramas bajas de los arbustos, su irritación se desvaneció. Irguió las orejas, y todos sus sentidos se pusieron alerta en busca de presas. No tardó mucho en descubrir un ratón correteando entre la hojarasca; acabó con él de un solo zarpazo. Satisfecho, echó tierra encima del cuerpecillo marrón para recogerlo después y miró alrededor en busca de más presas. Pronto añadió una ardilla y otro ratón a

su botín —lo máximo que podría cargar—, y se encaminó al punto de reunión.

De camino se preguntó cómo le estaría yendo a Plumosa, pensando si debería haberse quedado con ella a pesar de todo. Él no era uno de los gatos escogidos por el Clan Estelar; se había unido a la misión para cuidar de su hermana. Se había equivocado al dejarla sola en aquel lugar desconocido, sólo porque Corvino lo había molestado. ¿Qué haría si le hubiera pasado algo?

Cuando llegó al lugar de acampada, vio a Trigueña estirada a la sombra de un espino; su pelaje pardo apenas resultaba visible bajo la moteada luz del sol. Medianoche estaba a su lado, dormitando. Trigueña tenía más raíces de lampazo mascadas sobre el omóplato herido; la tejona debía de haberlas encontrado cerca del arroyo. Zarzoso estaba en lo alto de una raíz que formaba un pronunciado arco, vigilando, mientras Plumosa y Corvino compartían un conejo justo debajo de él. Cuando Borrascoso dejó su carga en el pequeño montón de carne fresca, Esquirolina apareció por la loma arrastrando un conejo, seguida de Puma con un par de ratones.

—Bien, ya estamos todos —maulló Zarzoso—. Vamos a comer y luego nos pondremos en marcha.

Bajó a la hondonada de un salto y escogió un estornino del montón. Borrascoso tomó uno de sus ratones y se acercó a Plumosa, colocándose lo más lejos posible de Corvino.

—¿Buena caza? —le preguntó a su hermana.

—Estupenda, gracias. ¡Aquí hay muchísimas presas! Es una lástima que no podamos quedarnos un poco más.

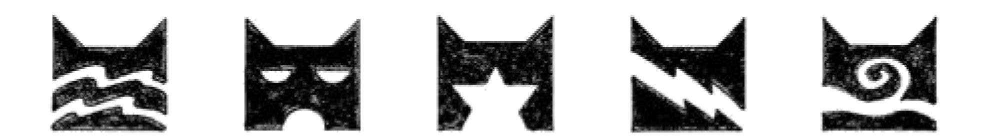
Borrascoso estuvo tentado de darle la razón, pero sabía que el peligro que amenazaba a su hogar era demasiado grave para que se retrasaran. Empezó a devorar el ratón con mordiscos hambrientos; ya notaba un hormigueo en las patas por la siguiente etapa del viaje.

Había engullido el último bocado y empezaba a atusarse el espeso pelaje gris cuando oyó un gruñido a sus espaldas. Vio que Zarzoso levantaba la cabeza, con un destello de alarma en sus ojos amarillos.

Borrascoso giró en redondo y vio lo que había sobresaltado al guerrero del Clan del Trueno. Sus glándulas olfativas captaron un olor familiar un

segundo antes de que dos esbeltas figuras rubias aparecieran entre los helechos que crecían junto al arroyo.

¡Zorros!



# 2

Hojarasca arrugó la nariz ante aquel repugnante olor y procuró no bufar de asco. Sacudiendo la cabeza, separó el pelaje pardo de Acedera con una zarpa para aplicar la bola de musgo empapada en bilis de ratón a la garrapata que su amiga tenía aferrada al omóplato.

Acedera se retorció al notar cómo la bilis le mojaba el pelo.

—¡Así está mejor! —exclamó—. ¿Ya se ha soltado?

Hojarasca abrió la boca para soltar el palito en que estaba clavado el musgo.

—Dale tiempo.

—Las garrapatas sólo tienen una cosa buena —maulló Acedera—. Odian la bilis de ratón tanto como nosotros.

Se levantó de un salto, dio una vigorosa sacudida y se deshizo de la garrapata.

—¡Ya está! Gracias, Hojarasca.

Una brisa susurraba entre los árboles que rodeaban la guarida de la curandera. Habían caído unas cuantas hojas; el frío del aire matutino advirtió a Hojarasca de que quedaban pocas lunas antes de la estación sin hojas. Esta vez habría que enfrentarse a algo más que el frío y la escasez de presas. La gata cerró los ojos y se estremeció al recordar lo que había presenciado el día anterior patrullando con su padre, Estrella de Fuego.

El monstruo más grande que los gatos habían visto en su vida había abierto un espantoso camino a través del bosque, dejando profundos surcos en la tierra y arrancando los árboles de raíz. El gigantesco y reluciente

monstruo había avanzado inexorablemente sobre los helechos, rugiendo y vomitando humo, mientras los gatos se dispersaban con impotencia a su paso. Por primera vez, Hojarasca empezaba a comprender el peligro que se cernía sobre el bosque, que ya se había profetizado dos veces: en un sueño de Zarzoso —que lo había impulsado a partir con Esquirolina— y en la visión de Carbonilla del fuego y el tigre. El desastre pronosticado estaba acercándose al bosque, y Hojarasca no sabía qué podían hacer los gatos para detenerlo.

—¿Te encuentras bien, Hojarasca? —preguntó Acedera.

La aprendiza de curandera parpadeó. La visión del humo, árboles astillados y gatos asustados se desvaneció, reemplazada por helechos verdes y la lisa piedra gris donde Carbonilla tenía su guarida. Estaba a salvo, el Clan del Trueno aún seguía allí… pero ¿durante cuánto tiempo?

—Sí, estoy bien —contestó.

Estrella de Fuego había ordenado a la patrulla que guardara silencio sobre lo que habían visto hasta que él decidiera cómo dar la noticia al clan.

—Tengo que ir a lavarme esta bilis de ratón de las zarpas —añadió.

—Te acompañaré. Luego podríamos ir a cazar algo a lo largo del barranco.

Hojarasca abrió la marcha hacia el claro principal. Zarpa Candeal y Topillo estaban peleando delante de la guarida de los aprendices, bajo los cálidos rayos del primer sol de la mañana, mientras los tres cachorros de Fronda los observaban con los ojos dilatados de admiración. Su madre estaba sentada en la entrada de la maternidad, lavándose sin quitar el ojo a su camada. La patrulla del alba —formada por Manto Polvoroso, Musaraña y Zancón— estaba entrando en ese momento por el túnel de aulagas. Manto Polvoroso entornó los ojos complacido al ver a Fronda y sus hijos. Hojarasca observó el atareado y apacible campamento, y le costó contener un maullido de desesperación.

En cuanto los aprendices repararon en Hojarasca, dejaron sus prácticas de lucha y se quedaron mirándola. Luego empezaron a hablar en susurros acaloradamente. Incluso los gatos de la patrulla recién llegada le lanzaron una mirada inquieta al dirigirse hacia el montón de carne fresca. Hojarasca sabía que estaban propagándose rumores sobre la patrulla del día anterior.

Al amanecer, Estrella de Fuego había convocado a una reunión en su guarida a su lugarteniente, Látigo Gris, a Tormenta de Arena, la madre de Hojarasca, y a la curandera, Carbonilla, y los demás gatos habían comenzado a sospechar que el día anterior había sucedido algo inusual.

Antes de que Hojarasca y Acedera llegaran al túnel de aulagas, Estrella de Fuego apareció desde su guarida, al pie de la Peña Alta. Látigo Gris y Tormenta de Arena lo siguieron hasta el claro, con Carbonilla cojeando detrás. Estrella de Fuego saltó a lo alto de la roca, y los otros tres buscaron sitios cómodos donde sentarse.

—Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas vengan aquí, bajo la Peña Alta, para una reunión del clan —llamó.

Hojarasca sintió un vuelco en el estómago cuando Acedera la empujó suavemente hacia la primera fila de los gatos congregados.

—Tú sabes lo que va a decir Estrella de Fuego, ¿verdad? —le preguntó la guerrera parda en voz baja.

Hojarasca asintió desolada.

—Sabía que ayer pasó algo raro —prosiguió Acedera—. Todos regresasteis como si el Clan de la Sombra al completo estuviera mordiéndoos la cola.

—Ojalá se tratara de eso —masculló Hojarasca.

—Gatos del Clan del Trueno —empezó el líder, e hizo una pausa para respirar hondo—. Yo… yo no sé si algún líder ha tenido que conducir a su clan hacia la oscuridad que veo delante de nosotros. —Se le quebró la voz. Sus ojos buscaron los de Tormenta de Arena, y pareció encontrar fuerzas en la firme mirada de la gata—. Hace algún tiempo, Cuervo me advirtió de que en el Sendero Atronador había más actividad humana. En aquel momento no lo consideré importante, y, además, no había nada que pudiéramos hacer porque ése no es nuestro territorio. Pero ayer…

Un tenso silencio se había abatido sobre el claro. Estrella de Fuego no solía mostrarse tan serio. Hojarasca notó cuánto le costaba a su padre continuar, cómo tenía que obligarse a hablar.

—Mi patrulla no estaba lejos de las Rocas de las Serpientes cuando vimos que un monstruo de los Dos Patas abandonaba el Sendero Atronador. Se abrió paso a través de la tierra y derribó árboles…

—¡Eso es ridículo! —lo interrumpió Hollín—. Los monstruos nunca abandonan el Sendero Atronador.

—Esto no será otro de sus sueños, ¿verdad? —Manto Polvoroso lo dijo demasiado bajo como para que pudiera oírlo su líder, pero Hojarasca sí lo oyó—. ¿Se comería una pieza de carne demasiado dura antes de irse a dormir?

—Cierra el pico y escucha —le espetó Nimbo Blanco, el sobrino de Estrella de Fuego, con una mirada asesina.

—Yo también lo vi —confirmó Látigo Gris, sentado al pie de la roca.

Un silencio sepulcral siguió a sus palabras. Hojarasca vio cómo los gatos se miraban con incertidumbre y miedo en los ojos. Acedera se volvió hacia ella.

—¿De verdad visteis eso?

Hojarasca asintió.

—No puedes ni imaginarte cómo fue.

—¿Qué tiene que decir Carbonilla? —inquirió Cola Pintada desde su sitio entre los veteranos—. ¿El Clan Estelar te ha mostrado algo?

La curandera se puso en pie frente al clan; sus ojos azules transmitían seguridad. De todos los gatos, Estrella de Fuego incluido, parecía la más tranquila.

Antes de contestar, Carbonilla levantó la vista hacia el líder. Hojarasca casi pudo ver cómo entre ambos relampagueaba el recuerdo de la profecía del fuego y el tigre que la curandera había visto en una mata de helechos en llamas. Se preguntó cuánto habrían decidido contar al clan en la reunión que acababan de mantener. Luego Estrella de Fuego asintió, como dándole permiso para hablar, y Carbonilla respondió con una breve inclinación de cabeza.

—Las señales del Clan Estelar no son claras —admitió—. Veo un tiempo de gran peligro y cambio para el bosque. Una terrible amenaza pende sobre nosotros.

—Entonces, ¡has recibido avisos sobre esto! ¿Por qué no nos alertaste antes? —la desafió Musaraña con una sacudida de la cola.

—¡No seas descerebrada! —gruñó Nimbo Blanco—. ¿De qué habría servido? ¿Qué íbamos a hacer? Dejar el bosque… ¿e ir adónde?

¿Deambular por un territorio desconocido con la estación sin hojas a punto de llegar? Quizá a ti te apetezca eso, Musaraña, pero a mí no.

—Si quieres saber mi opinión, Zarzoso y Esquirolina tuvieron una gran idea largándose cuando lo hicieron —le susurró Hollín a su hermano, Orvallo.

Hojarasca deseaba salir en defensa de los dos desaparecidos, pero se obligó a quedarse quieta y guardar silencio. De todo el clan, ella era la única que sabía que Esquirolina y Zarzoso habían emprendido una misión dispuesta por el Clan Estelar para intentar salvar al bosque de aquel terrible peligro. Plumosa y Borrascoso, los hijos de Látigo Gris pertenecientes al Clan del Río, se habían ido con ellos, y también miembros de los clanes del Viento y de la Sombra. Aunque sus compañeros los echaran de menos, Hojarasca sabía que su marcha era por el bien de todos los clanes.

Sin embargo, el peligro ya estaba allí, y los gatos desaparecidos no habían regresado. Hojarasca sintió que el temor le atenazaba el estómago. ¿Significaba eso que habían fracasado? ¿Que el Clan Estelar había fracasado, a pesar de las advertencias que había enviado?

La tranquila mirada de Carbonilla se posó en el clan, que estaba en silencio y a la espera.

—Habrá un gran cambio —repitió—. Pero yo no creo que el Clan del Trueno vaya a ser destruido.

Los gatos se miraron, desconcertados y temerosos. El silencio pareció alargarse durante mil segundos, hasta que fue roto por un único y sobrecogedor aullido que brotó del grupo de los veteranos. Como si hubiera sido una señal, sonaron más alaridos y maullidos de terror. Enfrentados al espanto de la proximidad de los monstruos, pocos miembros del clan podían creer en las tranquilizadoras palabras de Carbonilla.

Fronda rodeó protectoramente con la cola a sus tres cachorros, atrayéndolos hacia el refugio de su moteado pelaje gris.

—¿Qué vamos a hacer? —gimió.

Manto Polvoroso se levantó para reconfortar a la gata restregando el hocico contra su costado.

—Haremos algo —le prometió—. Los Dos Patas se enterarán de que este lugar es nuestro.

—¿Y cómo propones lograr tal cosa? —le preguntó Musaraña con voz dura—. ¿Cuándo les hemos importado algo a los Dos Patas? Ellos siempre hacen lo que se les antoja.

—Sus monstruos ahuyentarán a todas las presas —añadió Cenizo—. El bosque ya está más vacío de lo que ha estado nunca, y se acerca la estación sin hojas. ¿Qué vamos a comer?

Sonaron más maullidos, y transcurrieron varios segundos hasta que Estrella de Fuego consiguió que lo escucharan de nuevo.

—No podemos decidir qué hacer hasta que sepamos más —maulló cuando el estruendo se hubo transformado en un murmullo receloso—. Lo de ayer sucedió cerca de las Rocas de las Serpientes, bastante lejos de aquí. Es posible que los Dos Patas no vayan más allá.

—Entonces, ¿por qué iba a mandar advertencias el Clan Estelar? —objetó Espinardo—. Tenemos que afrontarlo, Estrella de Fuego… no podemos fingir que esto no está ocurriendo.

—Dispondré patrullas extra —le aseguró el líder—, y voy a intentar hablar con el Clan de la Sombra. Eso ha sucedido cerca de su frontera, y quizá ellos también hayan tenido problemas.

—No puedes creer en nada que te cuente el Clan de la Sombra —gruñó Nimbo Blanco—. No te darían ni una cola de ratón aunque estuvieras muriéndote de hambre.

—Tal vez. Pero, si los Dos Patas han invadido su territorio, quizá estén dispuestos a hablar si eso implica que podemos ayudarnos mutuamente.

—Y los erizos vuelan —rezongó Nimbo Blanco.

Se volvió para mascullar algo al oído de su compañera, Centella, que hundió la nariz en su pelo como para tranquilizarlo.

—Todos debéis estar alerta —continuó Estrella de Fuego—. Si veis algo fuera de lo normal, quiero saberlo. Sobrevivimos a la inundación y el incendio. Sobrevivimos a la jauría de perros de Estrella de Tigre, y a la amenaza de Azote y el Clan de la Sangre. También sobreviviremos a esto.

Bajó de un salto de la roca en señal de que la reunión había terminado.

Alterados, los gatos se dividieron en pequeños grupos para comentar lo que acababan de oír. Estrella de Fuego y Carbonilla intercambiaron unas palabras, y luego la curandera fue hacia Hojarasca.

—Estrella de Fuego irá al Clan de la Sombra ahora mismo —anunció la gata—. Quiere que lo acompañes.

La aprendiza notó una punzada de emoción y también de aprensión.

—¿Por qué yo?

—Estrella de Fuego quiere a sus dos curanderas con él. Cree que si nosotras estamos allí, Estrella Negra comprenderá que el Clan del Trueno no va en busca de pelea. —Los ojos azules de Carbonilla destellaron—. Aun así, Hojarasca, espero que hayas practicado la lucha recientemente.

La joven tragó saliva.

—Claro, Carbonilla.

—Bien.

Con un movimiento de la cola, la curandera la guió hacia donde aguardaba el líder, en la entrada del túnel de aulagas.

Látigo Gris y Fronde Dorado estaban con él.

—En marcha —ordenó Estrella de Fuego—. Y recordad: no quiero problemas. Sólo vamos a hablar.

Látigo Gris bufó.

—Intenta decirle eso al Clan de la Sombra. Si una patrulla nos sorprende en su territorio, nos clavarán las zarpas sin preguntar.

—Espero que no —contestó el líder—. Si los Dos Patas están amenazando a los dos clanes, no podemos permitirnos malgastar energías peleando entre nosotros.

Látigo Gris seguía dubitativo, pero no dijo nada más mientras el líder los conducía barranco arriba, hacia la frontera del Clan de la Sombra. Hojarasca tenía las orejas erguidas por si captaba sonidos raros, y el pelaje erizado. El bosque, un lugar seguro desde que ella tenía memoria, era de repente un sitio aterrador, invadido por los Dos Patas y sus monstruos.

Estrella de Fuego guió a la patrulla directamente hacia las Rocas de las Serpientes, y Hojarasca advirtió que estaban yendo hacia el punto en que el monstruo había abandonado el Sendero Atronador. Antes de llegar a verlo, la joven detectó el hedor del monstruo y el fértil aroma de la tierra removida. Cuando alcanzó la cima de la loma que daba al Sendero Atronador, se detuvo para asomarse entre una mata de helechos.

Justo a sus pies, una franja de hierba aplastada se extendía hasta el Sendero Atronador. Había árboles caídos, con las curvadas raíces al aire. Todo estaba en silencio. Hojarasca no consiguió oír un solo pájaro, ni el correteo de presas entre la hierba. Pero el monstruo se había ido, y cuando la aprendiza abrió las mandíbulas para saborear el aire, se encontró con que el olor de los Dos Patas era rancio. Incluso la fetidez del monstruo estaba empezando a disiparse.

—Hoy no han estado aquí —maulló Látigo Gris—. Quizá hayan acabado con lo que estaban haciendo.

—Yo no me fiaría —replicó Estrella de Fuego secamente.

—Esto es… horrible. —Fronde Dorado parecía conmocionado. Él no había ido en la patrulla original—. ¿Por qué están destrozando el bosque, Estrella de Fuego?

El líder sacudió la cola.

—¿Por qué hacen los Dos Patas estas cosas? Si lo supiéramos, nuestras vidas serían mucho más fáciles.

Bordeando la zona arrasada, avanzaron a lo largo del Sendero Atronador. A Hojarasca se le revolvió el estómago al ver más tierra removida y árboles arrancados en el territorio del Clan de la Sombra.

Todos se detuvieron para mirar al otro lado de la negra superficie. Fronde Dorado se agazapó, dispuesto para saltar al ataque, pero no había enemigo a la vista.

—¡Mirad eso! —exclamó Látigo Gris con voz temblorosa de espanto—. Tenías razón, Estrella de Fuego. El Clan de la Sombra se enfrenta al mismo problema.

—Entonces, debería ser más fácil hablar con Estrella Negra. —Estrella de Fuego intentaba sonar confiado, pero tenía las orejas pegadas al cráneo.

Carbonilla echó un vistazo al área devastada antes de volverse, sacudiendo la cabeza. Aunque no dijo nada, sus ojos azules rebosaban de miedo y confusión.

Un monstruo pasó rugiendo por el Sendero Atronador; era más pequeño que los monstruos comedores de árboles, pero seguía siendo ensordecedoramente ruidoso. Hojarasca se encogió, casi esperando que virara hacia el bosque, hacia donde estaban ellos. Pero el monstruo no se

salió del Sendero Atronador y se alejó gruñendo hasta desaparecer entre los árboles. Lo siguió otro; luego pasó un tercero en sentido contrario.

—No quiero cruzar por aquí —masculló Látigo Gris, parpadeando para sacarse el polvillo de los ojos.

Estrella de Fuego asintió.

—Vadearemos el arroyo que hay junto a los Cuatro Árboles y continuaremos por el túnel —decidió—. Y ojalá no nos encontremos con ninguna patrulla del Clan de la Sombra en este lado del Sendero Atronador.

Cuando llegaron al arroyo, Estrella de Fuego lo cruzó con un par de saltos gracias al pasadero que había en medio. Hojarasca no le quitó el ojo a su mentora para asegurarse de que llegaba a salvo al otro lado. Había sufrido un accidente en el Sendero Atronador algunas estaciones antes y había resultado herida en una pata. Luego la siguió mientras Estrella de Fuego subía por la ribera opuesta.

Una ligera brisa soplaba hacia ellos, arrastrando el rancio olor del Clan de la Sombra. En la frontera, Estrella de Fuego y Látigo Gris renovaron las marcas olorosas, y al cabo el líder abrió la marcha hacia el túnel que discurría por debajo del Sendero Atronador.

Para alivio de Hojarasca, no había ni rastro de gatos del Clan de la Sombra en aquella zona de su territorio. Los veteranos le habían contado muchas historias sobre ese clan de corazón oscuro, desde el asesino Estrella Rota, que había matado a su propio padre, hasta el traicionero Estrella de Tigre, que se había alzado con el liderazgo del Clan de la Sombra después de ser desterrado del Clan del Trueno. El actual líder, Estrella Negra, no había dado problemas hasta el momento, pero Hojarasca sabía que Estrella de Fuego no se fiaba realmente de él. Mientras seguía a su padre hacia el túnel, lo admiró por su valor al tratar de aliarse con sus viejos enemigos por el bien del bosque.

Hojarasca se estremeció al internarse en el lúgubre silencio bajo el Sendero Atronador, roto sólo por el goteo de agua y el sonido de sus patas sobre el barro que cubría el fondo del túnel. En el lado del Clan de la Sombra, el intenso olor era más fuerte. El suelo, frío y pantanoso, estaba alfombrado de una hierba áspera y corta. Había charcas cercadas de juncos

aquí y allá, y unos cuantos árboles altos, distintos de los que resguardaban el campamento del Clan del Trueno. Parecía otro mundo.

—El campamento del Clan de la Sombra está por ahí —maulló Estrella de Fuego, dirigiéndose hacia unos arbustos—. Hojarasca, Carbonilla, quedaos cerca de mí. Látigo Gris y Fronde Dorado, separaos y estad ojo avizor. Y recordad que no hemos venido a buscar problemas.

Hojarasca se mantuvo detrás de Estrella de Fuego mientras se internaban cada vez más en territorio ajeno. Odiaba la forma en que se le hundían las patas en el barro con cada paso. Deseaba poder pararse para sacudírselo. Costaba imaginarse a los gatos del Clan de la Sombra aguantándolo todos los días de su vida. ¿No habrían desarrollado patas palmeadas a esas alturas? Empezaban a dolerle los músculos por la tensión de mantenerse alerta. Cuando Fronde Dorado llamó al líder, Hojarasca pegó un salto de los nervios, y rogó que nadie se hubiera dado cuenta.

—Estrella de Fuego, ven a ver esto.

Fronde Dorado estaba señalando con la cola un trozo de madera, demasiado liso y regular para ser una rama de árbol. Sobresalía del suelo y era prácticamente tan alto como un gato. Estrella de Fuego se acercó a olfatearlo con desconfianza.

—Apesta a Dos Patas —declaró.

—Aquí hay otro —informó Hojarasca, al reparar en un palo idéntico, clavado a unos zorros de distancia—. Y otro… ¡todos en fila! ¿Qué diablos…?

Enmudeció. Mientras saltaba hacia el siguiente trozo de madera, los arbustos que tenía delante susurraron, y aparecieron tres gatos. Hojarasca reconoció a Bermeja, la gata color rojizo oscuro que era la lugarteniente del Clan de la Sombra; a los otros dos, un guerrero gris oscuro y un atigrado flaco con una oreja desgarrada, no los conocía.

Hojarasca tragó saliva nerviosamente.

Estrella de Fuego ya estaba acercándose a ella.

—Saludos, Bermeja —maulló el líder.

—Habéis entrado en nuestro territorio sin autorización —gruñó la lugarteniente.

Con una sacudida de la cola, indicó a sus guerreros que se adelantaran. Hojarasca apenas tuvo tiempo de esquivar al gato gris oscuro, que se abalanzó sobre ella. Sus garras le arañaron el costado mientras rodaba por el suelo. Se levantó a duras penas, intentando recordar los movimientos de lucha. Entrevió a Bermeja y Carbonilla, moviéndose en círculo cara a cara, a poca distancia. Látigo Gris había inmovilizado al atigrado contra el suelo, mientras que Fronde Dorado y el otro guerrero se retorcían en una maraña aulladora de pelo gris y dorado.

Durante un momento no vio a Estrella de Fuego. Mirando alrededor con desesperación, descubrió que su padre se había subido a un tronco caído. El líder del clan alzó la voz por encima de los bufidos y maullidos.

# 3

—Vosotros quedaos aquí —ordenó Puma en voz baja—. Yo me ocuparé de esto.

Borrascoso observó abatido cómo el viejo gato avanzaba hacia los zorros, erizando su pelo apelmazado y sacudiendo la cola. Paralizados por la impresión, los otros podrían haber dejado que Puma atacara y terminase despedazado, si Borrascoso no se hubiera interpuesto en el último momento para detenerlo.

—¿Qué pasa? —protestó Puma—. Déjamelos a mí. Yo he perseguido más zorros que vosotros ratones, jovencito.

—Entonces danos una oportunidad a los demás —replicó Borrascoso muy serio.

Los dos zorros estaban subiendo despacio por la ribera, calibrando a los gatos. Borrascoso comprendió demasiado tarde que él y sus amigos se habían equivocado al suponer que en aquellos bosques no había peligros.

Vio que Corvino se había adelantado para proteger a Plumosa, mientras que Zarzoso intentaba hacer lo mismo con Esquirolina. Pero la aprendiza esquivó la protección de su costado y se colocó al lado del guerrero, con las orejas pegadas al cráneo y una zarpa extendida amenazadoramente.

—¿Qué haces pisándome la cola? —le gruñó a Zarzoso—. ¡Puedo cuidar de mí misma!

—Has dicho que podrías comerte un zorro —señaló Trigueña con ironía —. Ésta es tu oportunidad.

Los zorros siguieron aproximándose. Borrascoso se preparó, con la mirada fija en aquellos hocicos afilados y aquellos ojos que brillaban con frialdad, intentando adivinar por dónde atacarían primero. En su hogar, los zorros no suponían demasiada amenaza para los gatos si éstos estaban alerta. No era difícil evitarlos, pero estos dos eran jóvenes y andaban buscando pelea, impacientes por defender su territorio. Borrascoso creía que ellos seis podrían acabar ahuyentándolos, aunque no sin sufrir graves heridas. ¿Y qué supondría eso para su viaje? «Clan Estelar, ¡ayúdanos!», suplicó para sus adentros.

Corvino, que era el que estaba más cerca de los zorros, se agazapó para saltar. Había apenas una cola de distancia entre él y el primer zorro, pero entonces Borrascoso oyó a sus espaldas un extraño sonido, medio gruñido y medio ladrido. El zorro que iba delante se detuvo bruscamente, levantó la cabeza y se quedó muy quieto.

Borrascoso lanzó una mirada por encima del hombro. Medianoche se aproximaba pesadamente, abriéndose paso entre Puma y Plumosa, hasta que se colocó frente a los zorros. La tejona dijo algo en aquella mezcla de ladridos y gruñidos. Aunque Borrascoso no entendía qué estaba diciendo, le resultaron inconfundibles la amenaza de sus hombros encorvados y la hostilidad de sus ojos negros.

El guerrero irguió las orejas de la sorpresa cuando el primer zorro ladró en respuesta.

—Había olvidado que Medianoche nos contó que sabe hablar la lengua de los zorros —masculló mirando a Zarzoso. El guerrero asintió sin despegar los ojos de los zorros.

—Dicen que este lugar suyo es —les informó Medianoche al cabo—. Que venir aquí es convertirse en presa para ellos.

—¡Qué tontería! —bufó Corvino—. Diles que, si intentan cualquier cosa, les arrancaremos la piel.

Medianoche negó con la cabeza.

—No, pequeño guerrero. También los gatos pueden la piel perder. Espera.

Corvino retrocedió, todavía con expresión furiosa, y Plumosa hundió la nariz en su costado.

Medianoche dijo algo más a los zorros y luego tradujo sus palabras:

—Les he contado que sólo estáis de paso. Les he dicho que muchas presas hay en este bosque, presas más fáciles y que la piel no arrancan.

El primer zorro parecía desconcertado, quizá por oír a una tejona hablando su lengua, o quizá porque estaba sopesando seriamente sus argumentos. Pero el segundo —muy delgado y con el hocico lleno de cicatrices— seguía mirando iracundo a Medianoche y el grupo de gatos, mostrándoles los colmillos. Gruñó algo que era una amenaza en cualquier lengua.

Medianoche ladró una única palabra. Dio un paso adelante y alzó una pata, con su enorme cuerpo en posición de ataque. A Borrascoso se le erizó hasta el último pelo y se preparó para la pelea. Entonces el segundo zorro empezó a retroceder, gruñendo una última maldición a Medianoche antes de dar media vuelta y desaparecer entre los helechos. Medianoche miró al otro, que se detuvo sólo para ladrar algo antes de seguir a toda prisa a su compañero.

—¡Y no volváis, si sabéis lo que os conviene! —les gritó Corvino.

Borrascoso se relajó, notando cómo el pelo se le alisaba. Esquirolina se dejó caer en el suelo con un sonoro suspiro. Todos los gatos, incluso Puma, miraron a la tejona con un nuevo respeto.

Zarzoso se le acercó e inclinó la cabeza ante ella.

—Gracias, Medianoche —maulló—. Esto podría haber ido muy mal.

—Podrían habernos matado —añadió Plumosa.

—Supongo que no es un buen momento para una pelea —admitió Corvino.

Borrascoso suspiró ante el tono agresivo con que continuó el aprendiz:

—En cualquier caso, Medianoche, me gustaría saber por qué no nos advertiste de la presencia de zorros. Dijiste que podías leerlo todo en las estrellas, así que ¿por qué no nos dijiste que estaban aquí?

Aunque Borrascoso jamás habría hecho esa pregunta, esperó tenso la respuesta de la tejona. Ésta ya les había advertido de la amenaza del bosque y que debían regresar a casa para guiar a los clanes a lugar seguro. Si no confiaban en ella, ellos y todos sus compañeros estarían indefensos ante la destrucción. ¿Podía haberlos avisado de los zorros?

Durante un momento, la tejona se irguió ante el aprendiz del Clan del Viento con una mirada iracunda. Corvino no pudo disimular un escalofrío de aprensión, pero no retrocedió. Luego la tejona se relajó.

—No dije todo. Todo no quiere el Clan Estelar que yo sepa. Mucho, sí. Cómo los Dos Patas destrozan el bosque, sin dejar sitio a los gatos. Pero muchas respuestas en vosotros están. Eso ya lo habéis aprendido, ¿no?

—Supongo —respondió Corvino entre dientes.

Medianoche se separó de él.

—Los zorros dicen que debéis iros ya —informó a los gatos—. Si aquí seguís a la puesta del sol, os atacan. El segundo dice que probó una vez la carne de gato y que rica le pareció.

—Bueno, ¡pues no va a volver a probarla! —espetó Trigueña.

—Tenemos que marcharnos —señaló Zarzoso—. Y no queremos problemas con los zorros. En marcha.

Se tomaron unos instantes para engullir los restos de presas. Luego Medianoche se puso en cabeza y los guió hasta el lindero del bosque. El sol estaba descendiendo tras los árboles, y el lugar donde se detuvieron ya se encontraba en sombras. Delante de ellos, Borrascoso vio una nueva extensión de páramo abierto, con una hilera de montañas en la distancia; a un lado estaba la silueta dura y rojiza del poblado de Dos Patas que habían atravesado en el viaje de ida.

—¿Ahora por dónde? —preguntó.

Medianoche alzó una pata para señalar adelante.

—Ése es el camino más rápido, por donde sale el sol.

—No es por ahí por donde vinimos —maulló Zarzoso con inquietud—, sino a través del poblado de Dos Patas.

—¡Y yo no pienso repetir! —declaró Corvino—. Subiré tantas montañas como quieras antes que volver a enfrentarme a esos Dos Patas.

—No estoy segura —intervino Plumosa—. Por lo menos conocemos el camino a través del poblado de Dos Patas, y tenemos a Puma para que nos ayude.

Corvino se limitó a responder con un resoplido desdeñoso. Borrascoso casi estaba de acuerdo con él: habían pasado muchos días de hambre y miedo deambulando por aquel poblado, y Puma parecía tan perdido como

ellos. Pero las montañas también les resultaban desconocidas; incluso desde donde estaba, Borrascoso veía que las laderas superiores eran de pelada roca gris, con alguna franja blanca que debía de ser de las primeras nieves, pues ya se aproximaba la estación sin hojas. Tenían mucha más altura que las Rocas Altas, y se preguntó cuántas presas, o cuántos refugios, encontrarían allí.

—Estoy de acuerdo con Plumosa —maulló al cabo—. Hemos conseguido atravesar el poblado de Dos Patas una vez, de modo que podemos volver a hacerlo.

Zarzoso miró a unos y otros, indeciso.

—¿Qué opinas tú, Trigueña?

Su hermana se encogió de hombros.

—Lo que queráis. Habrá problemas en los dos caminos; eso lo sabemos todos.

«Cierto», pensó Borrascoso, desalentado.

—Bueno, yo creo… —empezó Esquirolina, pero se interrumpió con un respingo.

Sus ojos verdes se dilataron con una expresión de horror; parecían clavados en algo situado en la distancia que nadie más podía ver.

—¡Esquirolina! ¿Qué ocurre? —la apremió Zarzoso.

—No… no lo sé. —La aprendiza se sacudió—. Toma una decisión, Zarzoso, y pongámonos en marcha. Yo prefiero ir por allí si es la ruta más corta… —añadió, apuntando con la cola hacia las lejanas montañas—. Desperdiciaremos días y días cruzando de nuevo el poblado de Dos Patas.

Borrascoso notó un hormigueo en los bigotes. Esquirolina tenía razón. Ya sabían que la ruta entre las viviendas de Dos Patas era complicada y confusa. ¿Qué podía haber en las montañas peor que las ratas y los monstruos que había en el poblado humano? Lo único importante era regresar al bosque sin demora.

—Creo que Esquirolina tiene razón —maulló—. He cambiado de opinión. Voto por ir a través de las montañas.

Esquirolina sacudió su cola rojiza, clavando las garras en la hierba.

—¿Y bien? —le espetó a Zarzoso—. ¿Vas a tomar una decisión o no?

El guerrero respiró hondo.

—De acuerdo. Iremos por las montañas.

—¿Eh? Pero… —Puma estaba rascándose una oreja con la pata trasera, pero cuando Zarzoso tomó su decisión, lo miró alarmado con sus grandes ojos ámbar—. No podéis ir por ahí. Es peligroso. ¿Qué pasa con…?

—Peligro por todas partes hay —lo cortó Medianoche, silenciándolo con una mirada feroz—. Gran valor necesitarán tus amigos. El camino trazado está para ellos desde las estrellas.

Borrascoso miró inquisitivamente al viejo atigrado. ¿Qué estaba intentando decir antes de que lo interrumpiera Medianoche? ¿Conocía algún tipo de peligro concreto en las montañas? Y si era así, ¿por qué la tejona había impedido que se lo contara al grupo? Creyó ver sabiduría en el rostro de la tejona, y algo parecido a la lástima. ¿Qué quería decir exactamente con «el camino trazado está»?

—Dura es la elección, joven guerrero. —Medianoche le habló a Zarzoso en voz baja, y Borrascoso se acercó un poco para oírla—. Tu camino ante ti se extiende, y muchos desafíos tendrás para regresar a salvo a casa.

Zarzoso se quedó mirándola a los ojos antes de dar unos pasos hacia el páramo. Fueran cuales fuesen esos desafíos, parecía preparado para hacerles frente, y Borrascoso no pudo sino admirar su resolución, aunque perteneciera a un clan rival. Cuando Puma se levantó penosamente para seguirlos, la tejona alzó una pata para detenerlo.

El viejo atigrado erizó el pelo, echando chispas por los ojos.

—Apártate de mi camino —mascculló con voz ronca.

Medianoche no se movió.

—Con ellos no puedes ir —le dijo con voz profunda—. El camino sólo para ellos es. —Sus ojos negros destellaron en el crepúsculo—. Jóvenes e impetuosos son, y muchas serán las pruebas. Necesitan su propio valor, amigo mío, no el tuyo. Confiarían demasiado en ti.

Puma parpadeó.

—Bueno, visto así…

Plumosa corrió hacia él y le dio un lametazo en las orejas.

—Nunca te olvidaremos, Puma, ni todo lo que has hecho por nosotros.

Detrás de ella, Corvino abrió la boca entornando los ojos, como si fuera a decir algo hiriente, pero Borrascoso se lo impidió lanzándole una mirada asesina. El guerrero dudaba que volvieran a ver al viejo atigrado, y aunque Puma había cometido errores, también había permanecido con ellos y había terminado conduciéndolos hasta Medianoche sanos y salvos.

—Adiós, Puma. Y gracias. Jamás habríamos encontrado a Medianoche sin ti —dijo Zarzoso, haciéndose eco del sentir de Borrascoso—. Y gracias también a ti, Medianoche.

La tejona inclinó la cabeza.

—Adiós, amigos míos. Que el Clan Estelar vuestro camino ilumine.

El resto de los gatos se despidieron también, y siguieron a Zarzoso hacia el páramo. Borrascoso se situó en la retaguardia. Al mirar atrás, vio a Puma y Medianoche sentados uno al lado del otro, debajo de los árboles, observándolos marchar. Resultaba imposible descifrar la expresión de sus rostros en la creciente oscuridad. Borrascoso agitó la cola en un último adiós, y volvió la cara hacia las montañas.



# 4

Al oír el maullido de Estrella de Fuego, Fronde Dorado y el guerrero gris del Clan de la Sombra dejaron de pelear. Látigo Gris miró a su amigo, pero mantuvo una pata firmemente posada en el cuello del gato.

—Suéltalo —le ordenó Estrella de Fuego—. No hemos venido a pelear.

—Es difícil hacer otra cosa si saltan sobre nosotros de esa manera —repuso el gato gris, y retrocedió.

El flaco atigrado se puso en pie y se sacudió el alborotado pelaje.

Hojarasca cruzó el pantanoso terreno para colocarse al lado de Carbonilla, temerosa de que Bermeja pudiera atacar a la curandera. No era probable que la lugarteniente acatara órdenes del líder de un clan rival.

Bermeja apuntó con la cola al guerrero gris oscuro.

—Cedro, vuelve al campamento. Avisa a Estrella Negra de que nos han invadido, y trae más guerreros.

Cedro desapareció entre los arbustos.

—Eso no es necesario —aseguró Estrella de Fuego con voz suave—. No estamos invadiendo vuestro territorio, y tampoco intentamos robaros presas.

—Entonces, ¿qué diantres queréis? —exigió saber Bermeja, malhumorada—. ¿Qué se supone que tenemos que pensar si traspasáis nuestras fronteras sin permiso?

—Lamento mucho eso. —Estrella de Fuego bajó del tronco y se le acercó—. Sé… sé que no deberíamos estar aquí. Es sólo que tengo que

hablar con Estrella Negra. Ha sucedido algo, algo demasiado urgente para esperar hasta la siguiente Asamblea.

Bermeja sorbió por la nariz con incredulidad, pero envainó las uñas. Hojarasca sintió que su desbocado corazón empezaba a bajar de ritmo. La lugarteniente estaba en inferioridad para iniciar un ataque, después de haber mandado al campamento a Cedro.

—¿Qué es eso tan urgente? —gruñó la gata.

Estrella de Fuego señaló con la cola a través de los escasos árboles, hacia la franja de destrucción que el monstruo de los Dos Patas había dejado en aquel lado del Sendero Atronador.

—¿Eso no es suficiente? —preguntó.

Bermeja lo silenció con un bufido de rabia.

—Si crees que el Clan de la Sombra está debilitado…

—Yo no he dicho eso. Debéis de haber visto que nosotros tenemos el mismo problema en nuestro territorio. Y ahora, ¿vas a echarnos de aquí o vas a permitir que hablemos con Estrella Negra?

Bermeja entornó los ojos. Luego asintió bruscamente.

—Muy bien. Seguidme.

Abrió la marcha a través de los arbustos. Los gatos del Clan del Trueno se apiñaron detrás de ella, y el guerrero atigrado del Clan de la Sombra se colocó en la retaguardia. A Hojarasca empezó a palpitarle el corazón de nuevo, conforme iban rodeándola los olores del territorio desconocido. Incluso el día se había vuelto más oscuro; las nubes cubrían el sol, llenando de sombras el camino. Intentó contenerse para no saltar ante cualquier sonido y para no mirar alrededor como si hubiera un guerrero del Clan de la Sombra acechando detrás de cada árbol.

Pronto, la gata advirtió que el olor del Clan de la Sombra se intensificaba delante de ellos. Bermeja los guió alrededor de un frondoso arbusto de avellano. Hojarasca la siguió, pero frenó en seco ante una larga hilera de gatos: guerreros delgados con los músculos tensos y el brillo de la batalla en los ojos. Detrás de ellos se alzaba un enmarañado muro de zarzas.

—Ahí tienes el campamento del Clan de la Sombra —le susurró Carbonilla al oído a Hojarasca—. No parece que Estrella Negra vaya a invitarnos a entrar.

El líder del Clan de la Sombra se hallaba en medio de sus guerreros. Era un enorme gato blanco de patas negras; su pelaje mostraba las cicatrices de muchos combates. Cuando aparecieron los miembros del Clan del Trueno, se adelantó para encararse a Estrella de Fuego con los ojos entornados.

—¿Qué significa esto? —inquirió con voz severa—. ¿Es que el gran Estrella de Fuego cree que puede ir a donde quiera en el bosque?

Estrella de Fuego pasó por alto el desprecio que destilaba su rival; se limitó a inclinar la cabeza con cortesía, con el saludo propio de un líder a otro.

—He venido a hablar contigo sobre los Dos Patas —empezó—. Tenemos que decidir qué haremos si esto sigue adelante.

—¿Tenemos? ¿Qué quieres decir? El Clan de la Sombra no habla con el Clan del Trueno. Nosotros tomamos nuestras propias decisiones.

—Pero ¡están destrozando el bosque!

Hojarasca percibía la exasperación de su padre, y sabía cuánto le estaba costando mantener la calma mientras el líder del Clan de la Sombra se empeñaba en tratarlo como a un enemigo.

Estrella Negra se encogió de hombros.

—Estrella de Fuego, te estás asustando por nada. Los Dos Patas están locos. Eso lo sabe hasta el cachorro más pequeño. Es cierto que han derribado unos cuantos árboles… pero ya se han ido. Fuera lo que fuese lo que estaba pasando, ya ha terminado.

Hojarasca se preguntó si Estrella Negra se lo creía realmente. No podía ser tan insensato, ¿verdad? Quizá sólo fuese una muestra de bravuconería para convencer a Estrella de Fuego de que el Clan de la Sombra no tenía de qué preocuparse.

—¿Y si no ha terminado? —repuso Estrella de Fuego con firmeza—. ¿Y si empeora? Las presas han huido asustadas. ¿Y si los Dos Patas arrasan más zonas de nuestros territorios? ¿Qué harás en la estación sin hojas, Estrella Negra, si no puedes alimentar a tu clan?

Un par de guerreros rivales parecieron intranquilos, pero su líder siguió mirando desafiante a Estrella de Fuego.

—No tenemos ninguna razón para temer la estación sin hojas —contestó—. Siempre podemos comer ratas del vertedero.

Carbonilla agitó las orejas con impaciencia.

—¿Has olvidado lo que ocurrió la última vez? La mitad de tu clan murió por la enfermedad que transmiten las ratas.

—Eso es verdad —se atrevió a intervenir un pequeño atigrado que estaba al final de la hilera. Hojarasca reconoció a Cirro, el curandero del Clan de la Sombra—. Yo mismo caí enfermo, y habría muerto de no haber sido por ti, Carbonilla.

—Guarda silencio, Cirro —ordenó Estrella Negra—. La enfermedad fue un castigo enviado por el Clan Estelar porque Estrella Nocturna no era un líder escogido correctamente. Ya no hay peligro en comer del vertedero.

—Hay peligro si un líder hace callar a su curandero —espetó Carbonilla agriamente—. O si pretende saber más que él sobre los designios del Clan Estelar.

Estrella Negra la fulminó con la mirada, pero no dijo nada.

—Escúchame —insistió Estrella de Fuego—. Creo que se avecina un gran problema para el bosque, un problema al que sobreviviremos sólo si trabajamos juntos.

—¡Tonterías! —gruñó Estrella Negra—. No intentes decirme qué debo hacer, Estrella de Fuego. Yo no soy uno de tus guerreros. Si tienes algo que decir, deberías seguir el protocolo habitual y sacar el tema en la próxima Asamblea en los Cuatro Árboles.

Hojarasca pensó que en parte el arisco líder tenía razón. El código guerrero dictaminaba que los asuntos del bosque debían debatirse en las Asambleas. No había ningún otro sitio en que los gatos pudieran reunirse bajo la sagrada tregua del Clan Estelar. No obstante, la aprendiza sabía que los Dos Patas no esperarían hasta la siguiente luna llena para continuar su destrucción del bosque. ¿Qué más podía suceder hasta que llegara la próxima Asamblea?

—Muy bien, Estrella Negra. —La voz de Estrella de Fuego sonó hueca por la derrota.

«Oh, no —pensó Hojarasca con pánico—. Estrella de Fuego se está rindiendo. El bosque va a ser destruido».

—Si así quieres que sea… —prosiguió el líder del Clan del Trueno—. Pero, si los Dos Patas regresan, tienes mi permiso para mandar un

mensajero a mi territorio, y volveremos a hablar.

—Tan generoso como siempre, Estrella de Fuego —maulló el otro líder con desprecio—. Pero no va a suceder nada que no podamos afrontar sin tu ayuda.

—¡Cerebro de ratón! —siseó Látigo Gris.

Estrella de Fuego lanzó una mirada de advertencia a su lugarteniente, pero el líder del Clan de la Sombra se limitó a hacer una señal con la cola a Bermeja.

—Toma a unos cuantos guerreros y escolta a estos gatos hasta su territorio —ordenó a su lugarteniente—. Y en caso de que estéis pensando en hacernos otra visita —le dijo a Estrella de Fuego—, vamos a aumentar las patrullas a lo largo de la frontera. Ahora marchaos.

No había nada más que hacer. Estrella de Fuego dio media vuelta e indicó a sus gatos que lo siguieran. Bermeja y sus guerreros los rodearon en un semicírculo amenazador, dejando que avanzaran pero obligándolos a apretujarse. Hojarasca se alegró al ver el túnel que discurría por debajo del Sendero Atronador, y se sintió aliviada al entrar en él para dirigirse a su parte del bosque.

—¡Y no volváis! —les bufó Bermeja cuando cruzaron la frontera.

—¡No lo haremos! —espetó Látigo Gris por encima del hombro—. Sólo intentábamos ayudar, estúpida bola de pelo.

—No insistas, Látigo Gris.

Ahora que ya estaban de vuelta en su territorio, Estrella de Fuego dejó de disimular su decepción. Hojarasca sintió una punzada de compasión por él; no era culpa suya que el Clan de la Sombra se hubiera negado a atender a razones.

—A lo mejor deberíamos intentar hablar con el Clan del Viento —le sugirió quedamente a Carbonilla mientras se encaminaban al campamento —. Tal vez ellos también tengan problemas. Quizá por eso estaban robando peces del Clan del Río. —Se refería a las furibundas acusaciones que había hecho Alcotán, un guerrero del Clan del Río, en la última Asamblea.

—Si es que lo hicieron. No hubo pruebas —le recordó la curandera—. En cualquier caso, es posible que tengas razón. Cuervo dijo que había más Dos Patas de lo habitual en aquella parte del Sendero Atronador.

—Entonces, quizá Estrella de Fuego debería hablar con Estrella Alta.

—No creo que, de momento, Estrella de Fuego vaya a hablar con más líderes de clan —maulló la curandera, lanzando una mirada comprensiva al líder color rojizo—. Además, Estrella Alta es un líder orgulloso. Jamás admitiría que su clan está pasando hambre.

—Pero ¡Estrella de Fuego tiene que hacer algo!

—Quizá Estrella Negra tenga razón y haya que esperar a la próxima Asamblea. Pero, si encuentro la ocasión —añadió, para impedir las protestas de su aprendiza—, tendré unas palabras con él. —Alzó su mirada azul al cielo cubierto de nubes—. Y roguemos por que el Clan Estelar tenga compasión de nosotros, pase lo que pase.

—Acedera, ¿estás ahí?

A la mañana siguiente, Hojarasca se presentó ante la guarida de los guerreros e intentó atisbar entre las ramas. Era muy temprano, y una espesa bruma cubría el campamento y le perlaba el pelo con diminutas gotas de agua.

—¿Acedera? —repitió.

Hubo un ruido dentro de la guarida y Acedera se asomó pestañeando somnolienta.

—¿Hojarasca? —Abrió la boca en un bostezo enorme—. ¿Qué pasa? Todavía no ha salido el sol. Estaba teniendo un sueño estupendo con un ratón…

—Perdona. Pero es que quiero que hagas algo conmigo. ¿Tienes que ir con la patrulla del alba?

—No. —Salió retorciéndose entre las ramas y se dio un lametazo en el omóplato—. ¿Qué sucede?

Hojarasca inspiró profundamente.

—Quiero visitar al Clan del Viento. ¿Tú me acompañarías?

A Acedera se le pusieron los ojos como platos y enroscó la cola.

—¿Y si nos tropezamos con una patrulla de ellos?

—No debería pasar nada… Yo soy aprendiza de curandera, así que estoy autorizada a cruzar los territorios que hay hasta las Rocas Altas. ¡Por

favor, Acedera! Necesito saber si el Clan del Viento también está teniendo problemas.

Aunque no podía contárselo a su amiga, Hojarasca sabía que el Clan Estelar había escogido para su misión a un gato de cada clan. Por eso mismo, sospechaba que todos los clanes sufrirían la invasión de los Dos Patas, pero quería asegurarse.

En los ojos de Acedera ya centelleaba la luz de la aventura.

—Cuenta conmigo —asintió—. Pongámonos en marcha, antes de que alguien nos pille y empiece a hacer preguntas. —Y cruzó el claro hacia el túnel de aulagas.

Hojarasca la siguió tras lanzar una última ojeada al campamento, que todavía dormía en silencio. La bruma cubría densamente el barranco, amortiguando el sonido de sus pisadas. Todo estaba gris, y aunque la luz del alba iba aumentando, no había ni rastro del sol. Los helechos estaban doblados por el peso del rocío, y el pelaje de las dos gatas no tardó en quedar empapado.

Acedera se estremeció.

—¿Por qué habré dejado mi cálido lecho? —se lamentó, bromeando sólo a medias—. De todos modos, si es igual en el páramo, la niebla nos ayudará a mantenernos ocultas.

—Y a disimular nuestro olor —observó Hojarasca.

Sin embargo, antes de que llegaran a los Cuatro Árboles, la niebla empezó a disiparse. Todavía era densa en el arroyo, pero cuando saltaron a la orilla opuesta se encontraron a la luz del sol. Hojarasca se sacudió la humedad del pelo, pero el sol no calentaba demasiado; le dieron ganas de echar una buena carrera por la llanura para entrar en calor.

Mientras bordeaban la cima de la hondonada de los Cuatro Árboles, les llegó una fuerte brisa directamente desde el páramo. Se detuvieron un momento en el extremo más alejado de la hondonada, con el pelo agitado por el viento y la boca abierta para absorber el olor del aire.

—Clan del Viento —maulló Acedera, y ladeó la cabeza con incertidumbre—. Pero hay algo raro en su olor.

—Sí. Y no hay la menor señal de conejos —añadió Hojarasca.

Vaciló unos segundos y luego cruzaron la frontera. Fueron corriendo de una mata de aulaga a otra, aprovechando al máximo la escasa protección que ofrecía el páramo. Hojarasca tenía el pelo erizado; su pelaje blanco y atigrado debía de destacar mucho contra la corta hierba. Como curandera, en el campamento del Clan del Trueno nadie la cuestionaría, pero ahora se sentía pequeña y vulnerable. Quería averiguar lo que pudiese y luego regresar a toda prisa a la seguridad de su territorio.

Se encaminó a la cima de una loma que se alzaba frente al Sendero Atronador. Una vez allí, pegó la barriga al suelo para mirar hacia abajo. A su lado, Acedera soltó un bufido.

—Bueno, eso no deja lugar a muchas dudas —maulló.

Partiendo del Sendero Atronador del extremo más lejano del territorio, se veía una larga cicatriz que había levantado la hierba del páramo. La franja estaba delimitada por pequeñas estacas de madera, como las que Hojarasca había visto el día anterior en las tierras del Clan de la Sombra. Formaba una zanja a través de la llanura que se detenía bruscamente al pie de la loma en que estaban agazapadas las gatas. Un monstruo resplandeciente se hallaba en silencio al final del camino. A Hojarasca se le cortó la respiración al imaginárselo inspeccionando el páramo, listo para saltar sobre sus presas con un rugido.

—¿Dónde está su Dos Patas? —preguntó Acedera en voz baja.

Hojarasca miró a un lado y otro, pero todo estaba tranquilo; sobre la tierra arrasada se cernía un aire amenazador tan espeso como la niebla. Seguía sin haber olor a conejos… y Hojarasca se preguntó si habrían huido asustados o se los habrían llevado los Dos Patas. Tal vez se habían trasladado a una zona distinta del páramo cuando el monstruo destrozó sus madrigueras.

—¡Puaj! —exclamó Acedera de repente—. ¿Hueles eso?

Hojarasca lo captó también: un olor fortísimo que no se parecía a nada que hubiese olido antes. Instintivamente, frunció la boca mientras se le revolvía el estómago.

—¿Qué es?

—Probablemente tenga que ver con los Dos Patas —maulló Acedera, asqueada.

La interrumpió un aullido lejano. Hojarasca se levantó de un salto y giró en redondo: tres guerreros del Clan del Viento corrían hacia ellas.

—Oh, oh —murmuró Acedera.

Antes de que Hojarasca pudiera decidir si salir pitando o quedarse a hablar, los gatos las habían rodeado. Se le cayó el alma a los pies al reconocer al agresivo lugarteniente Enlodado, con el guerrero Oreja Partida y otro atigrado que ella no conocía. Habría preferido tener que vérselas con el líder, Estrella Alta, o con Bigotes, que era amigo de Estrella de Fuego; cualquiera de los dos habría estado más dispuesto a escuchar sus explicaciones.

—¿Por qué habéis entrado en nuestro territorio sin permiso? —quiso saber el lugarteniente.

—Soy aprendiza de curandera —explicó Hojarasca, inclinando la cabeza respetuosamente—. He venido a…

—¡A espiar! —exclamó Oreja Partida, con los ojos llameantes de rabia —. ¡No creas que no sabemos qué te traes entre patas!

Ahora que los tenía más cerca, Hojarasca vio lo flacos que estaban aquellos gatos. El pelo erizado apenas les ocultaba las costillas. Emitían oleadas de olor a miedo que casi ahogaba su olor a furia. Resultaba obvio que andaban escasos de comida, pero eso no explicaba por qué se mostraban más hostiles que el mismísimo Clan de la Sombra.

—Lo lamento, nosotras sólo… —empezó Hojarasca.

Enlodado la interrumpió con un aullido:

—¡Atacad!

Oreja Partida se abalanzó sobre Hojarasca. Las gatas sólo eran dos y estaban en inferioridad de condiciones; además, no habían ido allí para pelear.

—¡Corre! —le gritó Hojarasca a Acedera.

Dio un salto atrás para esquivar las zarpas de Oreja Partida, giró en redondo y salió disparada hacia la frontera, la cola ondeando al viento. Acedera corría a su lado. Hojarasca no se atrevía a mirar atrás, aunque oía los chillidos de sus perseguidores, que les pisaban los talones.

La frontera ya estaba a la vista, pero Hojarasca apenas tuvo tiempo de advertir que estaban desviándose hacia el río cuando, de repente, se

encontró rodeada de marcas olorosas: los olores mezclados del Clan del Viento y el Clan del Río.

—¡Oh, no! —exclamó—. Ahora estamos en territorio del Clan del Río.

—Sigue adelante —resolló Acedera—. Hay sólo una pequeña franja hasta nuestra frontera.

Hojarasca se atrevió a mirar por encima del hombro para ver si la patrulla del Clan del Viento todavía las perseguía. Así era; debían de estar tan furiosos que no habían reparado en la frontera, o a lo mejor no les importaba.

—¡Están cada vez más cerca! —exclamó sin aliento—. Tendremos que pelear. No podemos llevarlos hasta nuestro territorio.

Ambas giraron de golpe para encararse a sus atacantes. Hojarasca se preparó, maldiciéndose por haberse colado en el territorio del Clan del Viento, y, sobre todo, por haber puesto en peligro a Acedera.

Cuando Enlodado saltó hacia ella, Hojarasca vio que una estela de pelaje dorado surgía de un arbusto cercano. Se trataba de Ala de Mariposa, la aprendiza de curandera del Clan del Río. El cuerpo de Enlodado chocó contra ella y se encontró rodando por el suelo, retorciéndose para escapar de aquellos frenéticos zarpazos. Intentó girarse para propinarle un mordisco en el pescuezo, pero el delgado lugarteniente poseía una ruda fuerza que la mantuvo atrapada como a una pequeña presa. Hojarasca notó cómo le arañaba el costado hasta clavarle las uñas en el omóplato. Consiguió zafarse mediante un gran esfuerzo, e intentó levantar las patas traseras para golpearlo en la barriga.

De pronto, dejó de sentir el peso de Enlodado y vio que éste estaba a su lado intentando mantener el equilibrio. Hojarasca se levantó trastabillando y descubrió que Ala de Mariposa estaba propinándole potentes manotazos en las orejas al lugarteniente.

—¡Lárgate de nuestro territorio! —bufó—. ¡Y llévate contigo a tus sarnosos amigos!

Enlodado trató de dar un golpe final a Hojarasca, pero ella ya estaba retrocediendo. Acedera, que tenía inmovilizado a Oreja Partida, se levantó y le dio un mordisco en la cola antes de soltarlo. Él salió corriendo, aullando tras el lugarteniente de su clan; el otro atigrado ya se había esfumado.

Ala de Mariposa se volvió hacia las gatas. Su pelo dorado apenas se había despeinado, y sus ojos resplandecían con satisfacción.

—¿Teníais problemas? —murmuró.

Hojarasca intentó recuperar el aliento, sacudiéndose del pelo hojas y astillas.

—Gracias, Ala de Mariposa —contestó—. No sé qué habríamos hecho sin ti. —Volviéndose, añadió—: Acedera, ¿conoces a Ala de Mariposa? Es la aprendiza de Arcilloso, pero antes de eso se entrenó para convertirse en guerrera.

—Pues qué bien —maulló Acedera, dando las gracias a la gata del Clan del Río con un gesto de cabeza—. Nos has salvado de una buena.

—Perdón por estar en tu territorio —continuó Hojarasca—. Nos iremos de inmediato.

—Oh, no hay prisa. —Ala de Mariposa no se molestó en preguntarles por qué estaban allí, ni qué habían hecho para enfurecer al Clan del Viento—. Parecéis bastante alteradas. Descansad un poco y os traeré unas hierbas calmantes.

Desapareció entre los arbustos, dejando a Hojarasca y Acedera sin otra cosa que hacer que sentarse a esperar.

—¿Siempre es tan descuidada con el código guerrero? —preguntó Acedera en voz baja—. No parece preocuparle que nosotras no deberíamos estar aquí.

—Creo que es porque yo también soy aprendiza de curandera.

—Los curanderos también tienen que ceñirse al código guerrero. Y no veo que Carbonilla sea tan acogedora con los demás clanes. Aunque, claro, la madre de Ala de Mariposa era una proscrita, ¿verdad? Eso podría explicarlo.

—¡Ala de Mariposa es una gata leal al Clan del Río! —Hojarasca se enardeció en la defensa de su amiga—. No importa quién fuera su madre.

—Yo no he dicho que importe —la tranquilizó Acedera, tocándole el omóplato con la punta de la cola—. Pero ésa podría ser la razón de que no se muestre estricta con las fronteras de los clanes.

Ala de Mariposa regresó con una bola de hierbas en la boca. La aprendiza del Clan del Trueno captó el aroma del tomillo, y recordó que

Carbonilla le había explicado lo bueno que era para mitigar la ansiedad.

—Tomad —maulló la gata—. Comed un poco y enseguida os sentiréis mejor.

Hojarasca y Acedera se pusieron a mascar las hojas. Hojarasca se imaginó que el jugo se filtraba por todo su cuerpo, calmando la impresión de su aterrador encuentro con el Clan del Viento.

—¿Estáis heridas? —preguntó Ala de Mariposa—. Puedo traeros unas cuantas telarañas.

—No, no es preciso, gracias —aseguró Hojarasca. Tenían algunos arañazos, pero dejarían de sangrar por sí solos sin necesidad de telarañas—. La verdad es que deberíamos marcharnos.

—¿De qué iba todo eso? —inquirió Ala de Mariposa mientras las otras dos terminaban de engullir las hojas de tomillo. No era tan indiferente como ellas habían pensado—. ¿Qué estabais haciendo en el territorio del Clan del Viento?

—Queríamos ver qué están tramando los Dos Patas —explicó Hojarasca.

Ante el desconcierto de Ala de Mariposa, le describió al monstruo rugiente que había irrumpido en el bosque dos días atrás, revolviendo la tierra; luego le contó que tenían pruebas de que el Clan de la Sombra y el Clan del Viento estaban sufriendo los mismos destrozos. Acedera la miraba dubitativa: era evidente que a la joven guerrera no le hacía gracia que le revelara los problemas del Clan del Trueno a una gata de un clan rival. Hojarasca sacudió la cabeza con impaciencia: era inofensivo hablar en confianza con otra curandera.

—Estrella de Fuego quiere preguntar a los demás clanes qué opinan —concluyó—. Pero el Clan de la Sombra no admitirá que algo va mal, y… bueno, ya has visto la reacción del Clan del Viento.

—¿Qué esperabas? —intervino Acedera. Se pasó la lengua por los labios, como si no le gustara demasiado el sabor de las hierbas—. Ningún clan va a venir corriendo a contarnos que se muere de hambre y está perdiendo territorio por culpa de los Dos Patas.

—En el Clan del Río no hemos visto a ninguno de esos monstruos —dijo Ala de Mariposa—. Aquí está todo bien. Pero eso explica una cosa…

—Sus ojos ámbar se dilataron—. He captado pánico procedente del territorio del Clan del Viento. Sus marcas olorosas en la frontera están cargadas de miedo.

—No me sorprende —maulló Acedera—. Están flaquísimos, y no hay conejos por ninguna parte.

—Todo está cambiando —murmuró Hojarasca.

—También dentro de los clanes. Un gato ambicioso podría aprovechar la ocasión para… —Ala de Mariposa habló deprisa, con apremio, pero se interrumpió bruscamente.

—¿Qué quieres decir? —maulló Hojarasca.

—Oh… no… no lo sé. —Ala de Mariposa desvió la mirada.

Hojarasca la observó, preguntándose qué estaba pasando dentro de aquella preciosa cabeza dorada. Era demasiado joven para recordar a Estrella de Tigre, el sanguinario gato que había conspirado para convertirse en líder del Clan del Trueno. Cuando sus mortíferos planes fracasaron, se preparó para aniquilar a todo el clan como venganza. Hojarasca se estremeció. ¿Acaso Ala de Mariposa conocía a otro gato con una ambición semejante? El bosque jamás podría crear un nuevo Estrella de Tigre, ¿verdad?

Sus pensamientos se interrumpieron cuando Ala de Mariposa se levantó de un salto, mirando hacia el río.

—¡Viene una patrulla! —anunció—. Venid por aquí, ¡deprisa!

Desapareció entre dos arbustos. Acedera y Hojarasca la siguieron. Al cabo de unos momentos salieron a campo abierto, junto a la ladera que llevaba a la frontera del Clan del Trueno.

—Si en vuestro clan escasean las presas, venid a verme —maulló la gata del Clan del Río—. Podemos prescindir de un pez o dos. ¡Ahora, corred!

Hojarasca y Acedera subieron presurosas la pendiente, internándose en los arbustos para esconderse. Aunque Hojarasca estaba preparada para oír gruñidos acusadores a sus espaldas, alcanzaron la frontera sin ser vistas.

—¡Gracias al Clan Estelar! —exclamó Acedera cuando pisaron su propio territorio.

Hojarasca miró atrás entre las ramas. Ala de Mariposa seguía donde la habían dejado. Al cabo de un instante, la maleza se separó y apareció un gran guerrero de pelaje atigrado y lustroso. Hojarasca reconoció al hermano de su amiga, Alcotán; lo seguían otros dos guerreros. Alcotán se detuvo a charlar con Ala de Mariposa, pero no miró ni una vez hacia donde estaban ellas.

Observando los enormes omóplatos y los fuertes músculos de Alcotán, Hojarasca se sintió aliviada porque no las hubiera sorprendido en su territorio. Al contrario que su hermana, él seguía estrictamente el código guerrero, y era improbable que hubiera escuchado sus explicaciones. No por primera vez, Hojarasca tuvo la sensación de que le recordaba a otro gato, pero, por mucho que lo mirara, no sabía a quién.

—Vamos —maulló Acedera—. ¿Vas a quedarte todo el día mirando a esos guerreros? Es hora de regresar, y entonces tendrás que decidir qué le cuentas a Estrella de Fuego.



# 5

Las zarpas de Borrascoso resbalaron sobre la lisa piedra gris. Tras impulsarse con esfuerzo, llegó a lo alto de la roca y se volvió para mirar abajo, a sus amigos, con el pelo azotado por una gélida brisa.

—Vamos —maulló—. Es mejor subir de un salto.

Siguiendo al sol naciente, Borrascoso y los demás gatos habían dejado atrás la llanura y comenzado a ascender. Se hallaban en la segunda jornada de su viaje de regreso a casa, y ahora, conforme se aproximaba el momento en que el sol alcanzaría su cenit, las montañas que habían visto en la distancia se alzaban ante ellos, mucho más grandes de lo que se habían imaginado. Sus laderas eran negras e imponentes, con volutas de nubes flotando alrededor de las cimas. El suelo que pisaban era áspero, tapizado de piedrecillas, y tenía poco de verde, a excepción de una escasa hierba y unos retorcidos arbustos de espino. No había un sendero claro, de modo que avanzaban por desfiladeros serpenteantes y estrechos; a menudo tenían que dar media vuelta al tropezarse con insalvables muros rocosos.

Pensando con nostalgia en el río de su hogar, que discurría a través de hierba frondosa y fresca, Borrascoso casi deseó que hubieran elegido regresar a través del poblado de Dos Patas.

Esquirolina flexionó las patas traseras y dio un gran salto, siguiendo a Borrascoso hacia la roca que les bloqueaba el paso.

—¡Cagarrutas de ratón! —exclamó con voz ahogada cuando no alcanzó el extremo del peñasco y comenzó a resbalar.

Borrascoso se inclinó e hincó los colmillos en el pescuezo de la aprendiza, estabilizándola, hasta que ella se izó el último tramo arañando la piedra y se sentó a su lado.

—¡Gracias! —Esquirolina lo miró con ojos relucientes—. Nunca pensé que llegaría a desear ser una ardilla.

Borrascoso soltó un ronroneo risueño.

—Todos acabaremos deseando ser ardillas si nos encontramos más obstáculos como éste.

—¡Eh! —llamó Corvino desde abajo, con tono agresivo—. Apartaos, ¿queréis? ¿Cómo voy a subir hasta ahí con vosotros dos en medio, bolas de pelo?

Ambos se retiraron del extremo de la roca y al cabo de un momento se les unió Corvino; con sus largas patas, no le costaba saltar con facilidad. Ninguneando a los demás, el aprendiz se volvió para ayudar a Plumosa, que estaba maldiciendo porque se le había enganchado una garra en la piedra.

A Borrascoso le preocupaba que Trigueña no pudiese trepar a la roca debido al mordisco que aquella rata le había dado en el bíceps, y se preguntó si la gata tendría que buscar una manera de rodearla, pero, para su alivio, la guerrera llegó casi a lo alto de un solo salto. Corvino la agarró por el pescuezo y tiró de ella. Zarzoso fue el último en llegar; una vez sobre la roca, se sacudió el alborotado pelo y miró alrededor. Como el sol ya estaba casi en su cenit, había pocas sombras que les señalaran la dirección correcta, y ante ellos sólo había un precipicio cortado a pico que les ocultaba lo que había más adelante.

—Supongo que tenemos que ir por ahí —maulló Zarzoso, indicando con la cola un estrecho saliente que llevaba al otro lado de la pared rocosa —. ¿Qué opinas? —le preguntó a Borrascoso.

El guerrero del Clan del Río sintió un hormigueo al mirar el saliente. Unos pocos arbustos dispersos habían echado raíces en algunas grietas, pero, aparte de eso, la piedra estaba desnuda, y si resbalaban no habría nada a lo que agarrarse.

—Podemos intentarlo —contestó dubitativo, sorprendido por que Zarzoso le hubiera preguntado su opinión—. No hay ningún otro sitio, a menos que volvamos atrás.

Zarzoso asintió.

—Sitúate en la retaguardia, ¿vale? No sabemos qué puede estar acechando por aquí, y necesitamos que un gato fuerte vigile nuestras espaldas.

Borrascoso accedió con un murmullo; ante el elogio del guerrero del Clan del Trueno, notó una oleada de calidez desde las orejas hasta la punta de la cola. Zarzoso no era ni su líder ni su mentor, pero no podía evitar sentir una fuerte admiración por el valor del joven guerrero, por la manera en que había asumido el liderazgo en aquel difícil viaje.

—He cambiado de opinión —anunció Esquirolina cuando Zarzoso echó a andar por la angosta cornisa—. Ya no quiero ser una ardilla. ¡Preferiría ser un pájaro!

Borrascoso ocupó el último lugar de la fila, como le habían pedido, con las orejas erguidas para captar cualquier peligro, mientras intentaba ocultar su nerviosismo por el escarpado precipicio, que tiraba de él como un peso invisible. Se pegó a la pared rocosa, pisando con mucho cuidado y usando la cola para mantener el equilibrio. Al cabo de un rato, la brisa pasó a ser viento, y a Borrascoso se le llenó la mente de imágenes aterradoras, en las que él mismo o uno de sus amigos eran empujados de la cornisa hacia el fondo del despeñadero.

Poco después, el saliente giraba junto con la pared de piedra y quedaba fuera de la vista. Antes de que Borrascoso llegara al recodo, Trigueña, que iba delante de él, frenó en seco y se oyó cómo Plumosa exclamaba:

—¡Oh, no!

—¿Qué sucede? —preguntó Borrascoso.

Trigueña continuó andando más despacio, y Borrascoso la siguió hasta ver lo que había más adelante. Le dio un vuelco el estómago. Se había abierto un boquete entre la cornisa y la pared rocosa; más allá, la cornisa era poco más que una protuberancia que sobresalía en un lado de la montaña y acababa estrechándose. A ambos lados había un precipicio mareante; caía en picado hacia un valle por el que discurría un arroyo que parecía tan fino como la cola de un ratón.

—¿Quieres volver atrás? —le preguntó Borrascoso a Zarzoso.

—Espera un minuto —respondió el guerrero—. Quizá haya un camino. Mira ahí.

Borrascoso lo hizo. Más allá de donde se había roto la cornisa, la pared rocosa estaba partida, formando un angosto desfiladero entre dos empinadas laderas. Allí crecían arbustos, y uno o dos arbolillos. Un arroyuelo corría cuesta abajo, rodeado de hierba.

—Esa ruta parece más fácil —maulló Plumosa—. Pero ¿podemos llegar hasta allí?

Esquirolina levantó la cabeza para saborear el aire.

—Huelo a conejos —maulló anhelante.

Borrascoso evaluó el boquete. Era más ancho de lo que le gustaría, especialmente porque no podían tomar carrera antes de saltar. Pensó que podría con él, pero ¿y Trigueña? La guerrera del Clan de la Sombra había empezado a cojear de nuevo después de iniciar el ascenso y, aunque no había dicho nada, era obvio que la herida aún no se le había curado del todo.

Antes de que Borrascoso pudiera manifestar sus dudas en voz alta, Corvino dijo:

—¿A qué estamos esperando? ¿Vamos a quedarnos aquí plantados hasta que nos salgan alas?

Sin pensárselo más, el aprendiz del Clan del Viento se lanzó hacia el hueco. Su cuerpo gris oscuro pareció quedar colgado en el aire antes de aterrizar limpiamente al otro lado, sobre las piedras sueltas que había al borde del precipicio.

—¡Vamos! —les gritó a los demás—. Es fácil.

Al cruzar la mirada con Zarzoso, Borrascoso advirtió que el guerrero atigrado compartía su irritación por que Corvino no hubiera esperado a que el resto tomara una decisión. Ahora, todos tendrían que intentar ese salto, tanto si querían como si no, porque Corvino jamás podría regresar desde el estrecho espacio en que se hallaba, y ellos no podían dejarlo allí, a su suerte.

Se sintió todavía más disgustado al ver que Plumosa se agazapaba al borde de la repisa, con el viento azotándole el pelo. Corvino estaba

esperando para agarrarla al otro lado. Ella sacudió su peluda cola, muy ufana, cuando consiguió cruzar sin ningún problema.

Los gatos restantes se apiñaron en la cornisa. Borrascoso sintió una punzada de miedo al notar que el viento aumentaba.

—Muy bien, ¿quién va ahora? —preguntó Zarzoso con firmeza.

—Iré yo —maulló Esquirolina—. Nos vemos allí.

Se impulsó desde el saliente, dio un gran salto y aterrizó a una cola del borde del otro lado.

—Es magnífica —murmuró Zarzoso, pero pareció confundido, como si no pretendiera expresar sus pensamientos en voz alta.

—Desde luego que lo es —coincidió Borrascoso.

—Trigueña, ¿estás preparada? —le preguntó Zarzoso a su hermana, volviéndose hacia ella—. ¿Tu bíceps está en condiciones?

—Descuida —contestó Trigueña muy seria.

Calculó la distancia de un vistazo y saltó. Durante un momento terrible, Borrascoso pensó que la guerrera se había quedado corta. La gata chocó contra el borde y arañó frenéticamente entre las piedras sueltas, buscando dónde agarrarse. Al cabo de un segundo, tenía a Plumosa a un lado y a Esquirolina al otro, y ambas le hincaban los colmillos en el pescuezo para izarla.

—¡Bien hecho! —exclamó Zarzoso con alivio.

Trigueña no contestó. Se le había erizado la cola de pavor. Borrascoso vio cómo Plumosa la convencía para ir hasta el arroyo, animándola a beber un poco de agua.

—¿Te toca a ti? —le preguntó Zarzoso a Borrascoso.

—Ve tú, no te preocupes.

Pero, mientras contemplaba cómo el atigrado salvaba el boquete, deseó no haber sido el último. Estaba a punto de saltar cuando Esquirolina chilló:

—¡Borrascoso! ¡Cuidado!

En ese instante, una sombra oscura se cernió sobre él y se oyó un batir de alas. Sin detenerse a mirar, el guerrero se lanzó a través del hueco, mientras vislumbraba cómo sus amigos se desperdigaban hacia los extremos del valle.

Aterrizó torpemente y cayó de costado. Se quedó helado de espanto al alzar la mirada y ver cómo un ave gigantesca descendía hacia él con las garras extendidas.

Un gato aulló su nombre. Rodando para esquivar las garras y el afilado pico, Borrascoso notó el movimiento del aire provocado por las alas y percibió hedor a carroña. Luego reparó en Zarzoso y Plumosa, que corrían hacia él bufando y con el pelo erizado. El ave se desvió a un lado. Borrascoso contó con un par de segundos para escapar. Entonces, las garras del ave impactaron contra el suelo, levantando nubes de polvo. El ave soltó un graznido de frustración y agitó las alas para volver a elevarse. Los tres gatos se apresuraron a refugiarse bajo el arbusto donde estaban Trigueña y Esquirolina.

—En el nombre del Clan Estelar, ¿qué bicho es ése? —preguntó Borrascoso sin aliento, contemplando cómo el ave ascendía por el cielo hasta convertirse en un punto—. Nunca había visto un pájaro tan grande.

—Es un águila. —Corvino salió retorciéndose de entre las ramas inferiores—. En el Clan del Viento las vemos de vez en cuando. Cazan corderos, pero los veteranos dicen que alguna vez se han llevado gatos.

—Un segundo más y me habría atrapado —musitó Borrascoso—. Gracias, a los dos —les dijo a Zarzoso y Plumosa.

La gata se estremeció.

—Imaginaos qué habría sucedido si esa águila nos hubiera descubierto un poco antes, cuando estábamos todos apretujados en la cornisa rocosa.

—¡Prefiero no imaginármelo! —replicó Esquirolina.

—Creo que necesitamos hacer una pausa antes de continuar —maulló Zarzoso—. ¿Buscamos algo de comer? He olido a conejo.

—Iré yo —se ofreció Corvino—. No necesito descansar. ¿Me acompañas, Plumosa?

Borrascoso abrió la boca para protestar mientras su hermana salía de debajo del arbusto junto con Corvino. Al final, lo único que dijo fue:

—¡Tened cuidado con esa águila!

Cuando ambos se marcharon, Trigueña cerró los ojos con un suspiro de agotamiento y en pocos segundos se quedó dormida. Borrascoso se ovilló junto a ella, pero le costó mucho descansar. Oía a Esquirolina y Zarzoso

murmurar, y se sorprendió aguzando el oído para saber qué estaban diciendo. Envidiaba su intimidad, y deseó una vez más que Esquirolina fuera miembro de su clan y no del de Zarzoso. También le preocupaba su hermana, que estaba cazando a solas con ese aprendiz. Deberían seguir avanzando mientras pudieran; si se demoraban demasiado, se haría de noche y se verían obligados a pernoctar allí.

Por fin, consiguió echar una cabezada a duras penas. Lo despertó el pinchazo de una zarpa en las costillas. Parpadeando, vio los ojos verdes de Esquirolina y un olor a conejo le anegó el olfato.

—Ya han vuelto —maulló Esquirolina—. Y han traído carne fresca de sobra para todos. —Y añadió con un brillo risueño en la mirada—: Claro que, si no quieres, yo puedo comerme tu parte.

—¡Ni se te ocurra! —gruñó Borrascoso, dándole un golpecito en la oreja con la cola al levantarse.

Cuando se agachó sobre su ración de conejo, Borrascoso vio que Plumosa y Corvino se habían sentado a comer juntos. Reprimió un gruñido, preguntándose de nuevo si Plumosa habría olvidado lo que sucedía cuando dos gatos de clanes distintos intentaban emparejarse.

En cuanto todo el grupo estuvo más relajado con el estómago lleno, Borrascoso se las ingenió para llevar a su hermana aparte.

—Escúchame, Plumosa. Corvino y tú… —empezó en voz baja.

—¿Qué pasa con Corvino? —Los ojos azules de Plumosa llamearon, y su voz sonó cortante—. ¡Todos sois muy injustos con él!

El gato tuvo ganas de replicar que el aprendiz se había buscado problemas por su costumbre de discutir por todo, pero tuvo la suficiente sensatez para no decirlo.

—No se trata de eso —maulló—. ¿Qué ocurrirá cuando regresemos a casa? Corvino pertenece a otro clan.

—Ni siquiera sabemos si seguirá habiendo clanes —argumentó Plumosa —. Vamos a abandonar el bosque, ¿recuerdas?

Borrascoso resopló.

—¿Crees que las fronteras de los clanes van a esfumarse sólo porque tengamos que cambiar de sitio? Lo dudo mucho.

Lo sorprendió el fulgor de rabia en los ojos de ella.

—¿Has olvidado lo que dijo Medianoche? —le espetó la gata—. Los clanes no sobrevivirán si son incapaces de trabajar juntos.

—¿Y tú has olvidado lo que sucede cuando se unen gatos de clanes distintos? —gruñó Borrascoso—. Fíjate en nuestro padre, que ha estado dividido entre dos clanes. ¡Tú y yo estuvimos a punto de morir por ser mestizos! Estrella de Tigre nos habría matado si no nos hubieran rescatado los del Clan del Trueno.

—Pero Estrella de Tigre ya no está aquí —contestó la gata con tozudez—. No volverá a haber un gato como él en el bosque. Y Medianoche dijo que todos los clanes tendrán que encontrar otro sitio donde vivir. Todo será diferente.

—Pero tú y Corvino…

—No voy a hablar sobre eso. —Su furia se apagó—. Lo lamento, Borrascoso, pero esto no tiene nada que ver contigo.

Borrascoso se disponía a soltarle una réplica mordaz, pero se dio cuenta de que su hermana tenía razón. Con cierta torpeza, le acarició el omóplato con la punta de la cola.

—Me preocupo por ti; eso es todo.

Plumosa le dio un lametón en la oreja.

—Lo sé, hermanito, pero no tienes por qué. En serio.

Aunque no estaba de acuerdo con Plumosa, Borrascoso no dijo nada más. Era su hermana y él haría cualquier cosa por verla feliz. Deseó que Corvino también pudiera hacerla feliz, si eso era lo que ella quería de verdad, aunque no podía creer que la rivalidad entre clanes desapareciera, pasara lo que pasase, ni que los demás fueran a dejar que estuvieran juntos.

Cuando salieron del refugio del arbusto para continuar adelante, vieron que el cielo había oscurecido. El viento era más suave, pero el aire seguía frío y las nubes rodeaban la cima de las montañas, ocultando el sol.

—Va a llover —comentó Trigueña—. Justo lo que necesitamos.

—Entonces avancemos mientras podamos —maulló Zarzoso.

Echaron a andar por el estrecho valle para internarse en la montaña, manteniéndose pegados a las paredes y aprovechando al máximo la

protección de los arbustos, por si acaso volvía el águila. Borrascoso tenía un ojo puesto en el cielo; una vez vio un punto que flotaba perezosamente en lo alto, y supo que la feroz ave seguía vigilando.

Pasaron ante el manantial del pequeño arroyo; el agua brotaba borboteando por una grieta entre dos rocas. Bebieron una última vez antes de continuar. Borrascoso observó las laderas que tenían delante, buscando algo familiar que le señalara la siguiente fuente de comida o de refugio, pero sólo vio piedra gris.

El valle se tornó más angosto y pelado. Borrascoso se sintió incómodamente expuesto, pero el águila no regresó. Conforme anochecía, comenzó a caer una llovizna fría. Pronto, los gatos estuvieron empapados y no había donde resguardarse.

—Tenemos que hacer un alto —declaró Esquirolina—. Se me van a caer las patas.

—Bueno, pues aquí no podemos parar. —Zarzoso sonó irritado—. Necesitamos cobijarnos de la lluvia.

—No. Esquirolina tiene razón —objetó Borrascoso, encarándose al guerrero del Clan del Trueno—. No podemos continuar en la oscuridad; nos arriesgamos a caer.

Zarzoso erizó el cuello, fulminando al gato gris con la mirada. A sus espaldas, Borrascoso oyó un murmullo angustiado de Plumosa, y comprobó que estaban a punto de pelearse. Debido a su creciente respeto por el gato del Clan del Trueno, lo último que quería era una riña, pero no podía desdecirse y permitir que Zarzoso los guiara a un precipicio en la penumbra.

Entonces vio que a Zarzoso se le alisaba el pelo; el atigrado había empezado a entender su preocupación.

—Tienes razón, Borrascoso. Vayamos a resguardarnos debajo de aquella peña. Es mejor que nada.

Los condujo hacia una roca que sobresalía abierta al viento y la lluvia, que arreció mientras se acomodaban, apretujándose, en un intento de secarse y entrar en calor.

—¿Y esto es un refugio? —masculló Corvino—. Si es un refugio, ¡entonces yo soy un erizo!

«Pues eres igual de picajoso», pensó el guerrero del Clan del Río.

Esa noche, Borrascoso durmió a ratos breves e incómodos; cada vez que se despertaba, notaba cómo sus compañeros de penurias se movían inquietos a su alrededor. Cuando por fin la oscuridad empezó a disiparse, se levantó pesadamente, notándose entumecido y adormilado. Al asomarse a la peña, descubrió que estaban rodeados por una densa niebla blanca.

—Debemos de estar en las nubes —murmuró Zarzoso, uniéndose a él—. Espero que se levante pronto.

—¿Crees que deberíamos seguir adelante? —preguntó Borrascoso dubitativo, pues quería evitar otra confrontación—. Si no podemos ver por dónde vamos, podríamos caer por un despeñadero.

—Nosotros nos las arreglamos cuando la niebla desciende sobre el páramo —señaló Corvino, bostezando. Y añadió titubeando—: Claro que nosotros conocemos nuestro territorio por el olor, aparte de con la vista.

—¿Y qué hay de las presas? —maulló Esquirolina—. Aquí arriba no huele a conejo. ¡Estoy famélica!

Borrascoso intentó no prestar atención a su propio estómago —que estaba rugiendo—, mientras Zarzoso se aventuraba a salir del refugio y mirar en derredor.

—Puedo ver hasta unos pocos zorros de distancia —informó—. Este desfiladero parece continuar. Creo que estaremos a salvo si lo seguimos.

Lanzó una mirada a Borrascoso mientras hablaba, una mirada interrogativa, como si lamentara su reciente discusión y quisiera que el gato del Clan del Río coincidiese con él.

Borrascoso salió para colocarse a su lado, y se estremeció cuando la bruma comenzó a empaparlo.

—De acuerdo —aceptó—. Encabeza tú la marcha. Tampoco tenemos muchas opciones.

Reacios, los demás gatos siguieron a Zarzoso bajo la húmeda niebla, que se les pegaba al pelo, y ascendieron por el pasaje rocoso. Borrascoso advirtió que Trigueña cojeaba más que el día anterior, como si la pata se le hubiera agarrotado durante la noche. La raíz de lampazo de Medianoche había curado la infección, pero Borrascoso sospechaba que los músculos

habían quedado afectados. Necesitaba que la examinara un curandero, pero de momento eso era imposible.

Poco a poco, la luz del día fue ganando intensidad y las volutas de nubes se tornaron más claras, como si, por encima de ellas, estuviera saliendo el sol. El desfiladero comenzó a estrecharse cada vez más.

—Espero que no termine en un paso sin salida —maulló Plumosa—. No podemos regresar a esa cornisa del precipicio.

Apenas había acabado de quejarse cuando las nubes empezaron a disiparse y la visibilidad mejoró. Borrascoso se quedó mirando boquiabierto cómo el pasaje finalizaba en un muro de roca vertical. No parecía haber manera de salvarlo, a menos que les salieran alas. El guerrero tenía el pelo apelmazado por la bruma y estaba hambriento.

—¿Y ahora qué? —maulló Trigueña, sonando tan derrotada como se sentía Borrascoso.

Los seis gatos se quedaron mirando hacia arriba. Una fina lluvia flotaba a su alrededor, como si las gotas de agua fueran lo bastante ligeras para ser arrastradas por el viento. Borrascoso intentó no dejarse vencer por la desesperación. ¿De qué servía todo aquello? Aunque llegaran a casa, el bosque iba a ser destruido. Sus esperanzas de ayudar a los clanes se basaban en la palabra de una tejona, cuando los gatos siempre habían visto a los tejones como enemigos. Inmovilizado, entre rocas mojadas por la lluvia, le costaba recordar la confianza que le inspiraba la sabiduría de Medianoche. Y si él dudaba de la tejona, ¿qué dirían sus compañeros de clan cuando intentara transmitirles su mensaje? Ellos nunca se habían fiado del todo de Borrascoso y Plumosa, debido a su herencia mestiza, así que ¿por qué deberían escucharlos ahora?

Entonces, Borrascoso advirtió que se oía una especie de rugido cadencioso. Le recordó al río que bajaba por un barranco hasta el territorio de su hogar.

—¿Qué es eso? —maulló levantando la cabeza—. ¿Podéis oírlo?

—Creo que es por ahí —respondió Zarzoso.

Borrascoso lo siguió hasta el final del desfiladero y descubrió una grieta en la roca. Ascendía serpenteando con suficiente anchura para que pasara un gato. Zarzoso se puso en cabeza, indicando a los otros con la cola que

fueran tras él. Borrascoso esperó para situarse en la retaguardia, rozando los dos lados rocosos con el cuerpo, y se preguntó qué sucedería si el camino se volvía tan angosto que se quedaban atascados.

El rugido aumentó de intensidad, y al cabo de un rato la senda desembocó en un saliente abierto. Delante de ellos había rocas rotas, alzándose en una cresta montañosa. Un arroyo bajaba por la cresta formando espuma junto al lugar en que se hallaban, y desaparecía detrás de un risco.

—¡Eh, por lo menos podemos beber! —exclamó Esquirolina.

—Ten cuidado —le aconsejó Zarzoso—. Si resbalas, te harás papilla.

Ella le lanzó una mirada ceñuda, pero no dijo nada. Se acercó cautelosamente hasta el borde del arroyo y se agachó a beber. Los demás la siguieron. El agua estaba fría como el hielo; a Borrascoso le resultó refrescante y lo reanimó. Quizá acabaran pronto sus apuros en aquellas montañas tan agrestes.

Tras incorporarse de nuevo, Borrascoso lanzó un vistazo arroyo abajo y se quedó paralizado de espanto. Justo debajo de donde estaban bebiendo los gatos, las rocas descendían en forma de precipicio. Dio unos pocos pasos prudentes hacia allí y estiró el cuello para asomarse por el borde: el arroyo caía abruptamente a una poza que se encontraba a muchas colas de distancia. El sonido atronador del agua lo ensordeció, mareándolo, y el gato clavó las garras instintivamente en el suelo mojado por la lluvia.

Los demás se reunieron a su alrededor, con los ojos desorbitados y horrorizados.

—¡Asombroso! —murmuró Esquirolina. Y asomándose, añadió—: Seguro que ahí abajo hay presas.

A través del agua en suspensión que se elevaba de la poza, Borrascoso entrevió otro valle como el que acababan de dejar, donde la hierba crecía entre rocas quebradas y los arbustos tapizaban las paredes de piedra. Esquirolina tenía razón: si podían encontrar otros seres vivos en ese lugar, era allí abajo.

—Pero tenemos que ascender. —Zarzoso señaló con las orejas hacia el borde donde el arroyo caía en forma de cascada, situado por encima de sus

cabezas—. No parece muy difícil. Si bajamos, puede que nunca consigamos volver a subir.

—Y qué más da si eso significa comer algo —masculló Esquirolina, pero tan bajito que Borrascoso se preguntó si Zarzoso la habría oído.

Con Zarzoso abriendo la marcha, comenzaron a trepar. Se sentían cansados y el pelaje empapado los volvía torpes. A Trigueña le estaba costando mucho; se movía penosamente por las piedras, como si apenas le quedaran fuerzas.

El arroyo borboteaba junto a ellos, salpicando las rocas, mojadas y resbaladizas ya por la lluvia, que había arreciado de nuevo. Borrascoso no le quitaba ojo al arroyo, temiendo que se desbordara y los barriera a todos del camino. Permaneció en el último puesto de la fila, tratando de vigilar a los demás, consciente de que, si alguno de ellos resbalaba, podría acabar en la poza que había debajo de la cascada.

Casi en el mismo instante en que le vino esa idea a la mente, Plumosa resbaló y se deslizó de costado hasta el arroyo. El agua la rodeó mientras ella trataba de aferrarse a las rocas con una zarpa, la boca abierta en un grito mudo de espanto.

Borrascoso corrió hacia su hermana, pasando ante Trigueña, pero, antes de que la alcanzara, Corvino se inclinó cautelosamente sobre la espumeante agua, hincó los dientes en el pescuezo de Plumosa y tiró para sacarla a la orilla.

—Gracias, Corvino —resolló la gata.

Irritado, Borrascoso vio que los ojos azules de su hermana relucían con gratitud… y algo más.

—Deberías tener más cuidado —maulló el gato oscuro bruscamente—. ¿Acaso crees que eres líder de clan, con nueve vidas a tu disposición? Te he salvado esta vez; no hagas que tenga que salvarte de nuevo.

—No lo haré —contestó Plumosa, restregando el hocico contra el de Corvino—. Lamento no haber prestado atención.

—Claro que debes lamentarlo —le espetó Borrascoso. No sabía si le molestaba más la despreocupación de su hermana o que Corvino la hubiese salvado. Apartó al aprendiz para examinar a Plumosa de cerca—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —contestó ella, intentando sacudirse el agua del pelo.

La interrumpió un estruendoso retumbo que sonó mucho más arriba en la montaña, ahogando incluso el fragor de la catarata. Borrascoso levantó la vista y se quedó helado de horror al ver que una pared de barro, ramas y agua se abalanzaba hacia ellos. Sus peores temores se habían hecho realidad: el arroyo se había desbordado. Esquirolina soltó un alarido aterrorizado, y Zarzoso corrió hacia ella.

Pero el agua estaba encima de ellos antes de que pudieran hacer nada. Impactó sobre Borrascoso como un puñetazo y lo arrastró. El joven gato agitó las patas mientras la corriente se lo llevaba, empujándolo contra las rocas; intentó aferrarse con las zarpas, pero el agua lo arrastró de nuevo. Tosió con la boca llena de agua, y una de las patas se le enganchó dolorosamente en una piedra. Al siguiente instante ya no había nada debajo de él, y supo que estaba cayendo por la cascada. Hubo un momento de silencio escalofriante, sólo roto por el susurro de la veloz agua. Luego volvió a oír el potente rugido y cayó a plomo en la poza. Dando vueltas en la helada agua, vislumbró brevemente a Corvino, pataleando salvajemente antes de que el oleaje se cerrara sobre su cabeza. Después cayó más agua sobre él, hundiéndolo y dejándolo aturdido. Todo era espuma blanca, un rugido ensordecedor y, al cabo, nada.

«Lo siento, Clan Estelar —pensó Borrascoso desesperadamente mientras sus sentidos se apagaban—. Ya sé que ésta no era mi misión, pero lo he intentado con todas mis fuerzas. Por favor, cuida de nuestros clanes…».

# 6

Hojarasca emergió en la superficie, resollando en busca de aire mientras pataleaba para encontrar suelo firme. Tras conseguir tocar fondo, y a pesar de que el río fluía con potencia alrededor de sus patas, se sacudió el agua helada del pelo. La orilla estaba a sólo unas colas de distancia. Se estremeció bajo el pálido sol de la estación de la caída de la hoja, y al levantar la mirada vio que Ala de Mariposa estaba observándola desde una roca junto al río.

La gata del Clan del Río tenía los ojos entornados de risa.

—No se pesca lanzándose al río —señaló.

—¡Ya lo sé! —refunfuñó Hojarasca—. Simplemente he resbalado.

—Te creo —ronroneó la gata, lamiéndose el pecho dorado—. Ahora sal de ahí y probaremos de nuevo. Voy a enseñarte a pescar, aunque sea lo último que haga.

—No sé si podemos hacer eso —maulló Hojarasca, regresando a la ribera.

—Por supuesto que podemos. Los conejos y las ardillas están empezando a desaparecer por culpa de los Dos Patas, pero todavía hay peces de sobra para todos los gatos.

—Pero he tenido que entrar en el territorio del Clan del Río para pescar —apuntó Hojarasca, angustiada—. ¿Qué diría Estrella Leopardina si se enterara?

Ala de Mariposa parpadeó.

—Tú y yo somos curanderas, así que las fronteras de clan no son tan importantes para nosotras como para los demás gatos.

Hojarasca no creía que el código guerrero funcionara así. Su amiga había dicho prácticamente lo mismo un par de días antes, cuando las rescató a ella y a Acedera de la persecución de los gatos del Clan del Viento. Esa mañana, Ala de Mariposa la había llamado mientras ella estaba recolectando hierbas en las Rocas Soleadas, ofreciéndose para darle su primera lección de pesca. Se había sentido muy nerviosa al cruzar la frontera vecina, pero lo había hecho guiada por el hambre, ahora que las presas escaseaban más que nunca en el territorio del Clan del Trueno. Sin embargo, sus oídos y su nariz estaban alertas al menor signo de una patrulla del Clan del Río.

—De acuerdo —continuó Ala de Mariposa—. Agáchate aquí, a mi lado, y mira hacia el agua. Cuando veas un pez, sácalo con la zarpa. Es fácil.

Un par de relucientes peces tendidos en la orilla demostraban lo fácil que era para Ala de Mariposa. Hojarasca les lanzó una mirada anhelante, preguntándose si debería aprender.

—¿Quieres un poco? —maulló la otra, siguiendo su mirada.

Hojarasca se sintió culpable ante la idea de llenarse la barriga mientras el resto de su clan pasaba hambre. Pero no probaba carne fresca desde la noche anterior, y la cena había consistido en un campañol escuálido.

—No debería… —murmuró, intentando convencerse de que al Clan del Trueno no lo ayudaría en nada que ella también se muriera de hambre.

—Por supuesto que sí. ¿Qué tiene de malo?

Hojarasca no esperó a que se lo preguntara otra vez. Se inclinó dispuesta a zamparse el pescado, y hundió los colmillos en la fresca carne.

—Delicioso —aprobó con la boca llena.

Ala de Mariposa pareció complacida.

—Aprende a hacerlo y podrás llevar montones a tu clan.

Dio unos mordisquitos delicados, como si ya estuviera llena y no le preocupara el hecho de comer o no.

Tras engullir el resto de la presa, Hojarasca se prometió que buscaría comida para su clan como compensación. En cuanto hubo acabado, se

acomodó en la roca junto a Ala de Mariposa y se concentró en el agua que corría debajo de ellas, esperando pescar ella sola.

Captó un olor extraño justo cuando Ala de Mariposa siseaba:

—¡Alcotán!

Hojarasca notó que una zarpa la pinchaba en las costillas, empujándola hasta que cayó de la roca al agua. Pataleó desesperadamente, preguntándose por qué Ala de Mariposa querría ahogarla. Pero, cuando sacó la cabeza a la superficie, vio que la enorme figura atigrada de Alcotán se acercaba a la orilla, y comprendió que su amiga había hecho lo único que podía para esconderla rápidamente.

Moviendo despacio las patas para mantener la nariz justo por encima del agua, Hojarasca se dejó llevar por la corriente hasta un carrizal desde el que podría llegar al lado del río del Clan del Trueno y ocultarse.

Alcotán se había detenido a charlar con su hermana, y Hojarasca supo que tendría que quedarse donde estaba, mojada y temblorosa, hasta que el guerrero se marchara y ella pudiese cruzar el espacio abierto hasta la frontera del Clan del Trueno.

—… ojo avizor por si veo al Clan del Viento —oyó que decía Alcotán cuando se sacudió el agua de las orejas—. Sé muy bien que están robando peces, y algún día los sorprenderé haciéndolo.

—Pero seguro que no bajan hasta aquí —replicó Ala de Mariposa con inocencia—. El Clan del Viento pescará más cerca de los Cuatro Árboles… si es que están pescando.

—El Clan del Viento y el Clan del Trueno —gruñó Alcotán. Y añadió —: Ahora mismo puedo oler a gato del Clan del Trueno.

Hojarasca se estremeció y se agachó más en su mata de juncos.

—¿Y qué? —replicó Ala de Mariposa—. La frontera está ahí mismo. Lo raro sería que no oliera al Clan del Trueno.

Alcotán soltó un gruñido.

—Algo no va bien en el bosque. Para empezar, han desaparecido gatos de los cuatro clanes. ¿Recuerdas lo que dijeron los otros líderes en la última Asamblea? Son cuatro gatos más, aparte de Borrascoso y Plumosa. No sé qué está ocurriendo, pero pienso averiguarlo.

Hojarasca se puso en tensión. Ella le había contado a Ala de Mariposa lo de los monstruos de Dos Patas, pero era evidente que su amiga no había comunicado esas noticias al resto de su clan. Helada por la avidez que destilaba la voz de Alcotán, deseó, por el Clan Estelar, no haber dicho nada sobre el tema. Para su alivio, Ala de Mariposa maulló con tranquilidad:

—En el Clan del Río no pasa nada malo, así que ¿por qué preocuparse?

—¿Es que tienes la cabeza hueca? —le espetó Alcotán—. Ésta podría ser nuestra oportunidad de engrandecer el Clan del Río. Si los otros clanes están debilitados, nosotros podríamos gobernar el bosque entero.

—¿Qué dices? —Ala de Mariposa sonó incrédula—. Tú eres el que tiene la cabeza hueca. ¿Quién te crees que eres? ¿Estrella de Tigre?

—Hay gatos peores a los que imitar —maulló Alcotán.

Hojarasca sintió una punzada de miedo paralizante. Estrella de Tigre había estado dispuesto a matar a cualquier gato que se opusiera a su objetivo de conseguir el poder absoluto. Y ahora, otro gato estaba preparándose para seguir sus pasos.

Entonces recordó otra cosa. El día que Ala de Mariposa las rescató a ella y Acedera del Clan del Viento, aludió a un gato con ambiciones; debía de haberse referido a Alcotán. ¡Le preocupaba su propio hermano! Pocos días antes, Hojarasca estaba convencida de que el bosque nunca volvería a producir a un nuevo Estrella de Tigre; ahora aguzó el oído, horrorizada, para enterarse de los planes de Alcotán.

—¿Es que ya has olvidado lo que le sucedió a Estrella de Tigre? —exclamó Ala de Mariposa—. Fracasó, y ahora no es más que un nombre que pronunciamos para asustar a los cachorros.

—Yo aprenderé de sus errores —contestó el gato con voz profunda—. Al fin y al cabo, nuestra madre nos contó bastantes cosas sobre él. Estrella de Tigre quebrantó el código guerrero y mereció fracasar. Yo sabré hacer mejor las cosas.

Hojarasca se quedó mirando los juncos que tenía delante, desconcertada. ¿La madre de Alcotán y Ala de Mariposa, la proscrita Sasha, les había hablado de Estrella de Tigre? ¿Cómo sabía su historia? Hojarasca no había llegado a conocer a Sasha; la gata apátrida había permanecido poco tiempo en el Clan del Río, pero el suficiente para comprender que

quería que sus hijos se criaran como miembros del clan. Nadie sabía dónde había estado antes.

En su confusión, Hojarasca no había advertido el cambio del viento: una brisa juguetona había llevado su olor río arriba.

—Huelo al Clan del Trueno —declaró Alcotán de repente, y a Hojarasca casi se le sale el corazón del pecho—. Olor fresco. Si uno de sus guerreros está en nuestro territorio, le arrancaré el pellejo.

Hojarasca oyó que Ala de Mariposa se levantaba de un salto.

—¡Tienes razón! —exclamó la gata dorada—. Es por ahí. ¡Vamos!

Y echó a correr en dirección contraria. Alcotán fue tras ella protestando:

—¡Cerebro de ratón! Es río abajo…

Mientras Alcotán seguía a su hermana, Hojarasca salió de entre los juncos y subió por la orilla hacia el territorio del Clan del Trueno. Agradecida, se internó en un denso espino que crecía en el lado de la frontera de su clan.

Ya en su escondrijo, miró hacia atrás. Vio que Alcotán avanzaba río abajo y que se detenía a olfatear a fondo el carrizal en que ella se había ocultado, antes de regresar con Ala de Mariposa soltando un gruñido de frustración. A Hojarasca volvió a impresionarle el poderoso parecido del atigrado con otro gato; no recordaba cuál, de modo que ese pensamiento la incordiaba como una garrapata.

Ahora estaba demasiado lejos para oír lo que decían los hermanos, pero, al cabo de un instante, ambos continuaron andando hasta los pasaderos y cruzaron al lado del río que pertenecía a su clan. Cuando desaparecieron por fin entre los juncos, Hojarasca soltó un suspiro de alivio y echó a andar hacia el campamento.

Casi se olvidó del sentimiento de culpabilidad por tener el estómago lleno, presa de la inquietud por lo que había dicho Ala de Mariposa. Alcotán parecía tan ambicioso como Estrella de Tigre, pero no había lugar para eso cuando el bosque se hallaba al borde de la destrucción.

Un rayo del sol poniente atravesó las nubes y se posó como una veta de sangre en el suelo forestal. Hojarasca supuso que Carbonilla estaría preguntándose dónde se había metido, pero ella necesitaba tiempo para

averiguar cómo aquellos hermanos sabían tantas cosas sobre Estrella de Tigre. Se sentó y comenzó a atusarse el pelo, ya casi seco.

Sasha era una gata proscrita que se había dedicado a vagar por el bosque, hasta que llegó al Clan del Río con sus cachorros y se instaló brevemente allí. Quizá hubiera visitado el Clan de la Sombra cuando Estrella de Tigre era el líder. Eso era posible…

De pronto, Hojarasca se quedó azorada. Acababa de descubrir a qué gato le recordaba tantísimo Alcotán. ¡A Zarzoso! Y todo el mundo sabía quién era el padre de Zarzoso. ¿Sería posible que Estrella de Tigre también fuera padre de Alcotán y Ala de Mariposa? De ser así, eso convertía en hermanastros a Alcotán y Zarzoso.

Hojarasca estaba mirando fijamente los árboles, como si pudiera ver la respuesta allí, cuando la interrumpió un frenético batir de alas. Al alzar la vista, vio una urraca saliendo de entre los arbustos para posarse en una rama por encima de su cabeza. Al mismo tiempo, una voz exclamó:

—¡Cagarrutas de ratón!

Los arbustos que Hojarasca tenía justo delante se sacudieron con violencia, y apareció Látigo Gris, mirando ceñudo a la urraca, con frustración en sus ojos amarillos.

—Se me ha escapado —masculló—. No sé qué me pasa.

Hojarasca se levantó mientras se acercaba su lugarteniente, inclinando respetuosamente la cabeza y soltando un ronroneo comprensivo. Esperó tener el pelo lo bastante seco para que Látigo Gris no advirtiera que había estado nadando.

—Hola, Hojarasca. Perdona si te he sobresaltado. La verdad es que no sé qué me ocurre —insistió, agitando la punta de la cola con desasosiego—. No puedo quitarme de la cabeza a Plumosa y Borrascoso. Ojalá supiera adónde han ido. Y también Zarzoso y Esquirolina.

Hojarasca sintió una nueva punzada de culpabilidad. Podría ahorrarle muchas inquietudes a Látigo Gris si le contara lo que sabía sobre la profecía, pero había prometido a Zarzoso y Esquirolina que guardaría silencio.

—Presiento que todos están a salvo —se atrevió a decir— y que volverán con nosotros.

Látigo Gris la miró con un brillo esperanzado en los ojos.

—¿Te lo ha dicho el Clan Estelar?

—No exactamente, pero…

—Me temo que tiene algo que ver con los Dos Patas —la interrumpió él—. Desaparecen gatos… los Dos Patas nos invaden… —Clavó las garras en el suelo, arrancando la hierba.

—Látigo Gris, ¿puedo preguntarte una cosa? —maulló Hojarasca, buscando cambiar de tema.

—Claro, lo que quieras.

—¿Tú llegaste a conocer a Sasha, la madre de Alcotán y Ala de Mariposa?

El lugarteniente la miró sorprendido.

—La vi una vez. En una Asamblea.

—¿Cómo era?

—Bastante agradable. Tranquila y simpática. De aspecto, muy parecida a Ala de Mariposa. Pero la asustaba estar en medio de muchos gatos. No me extrañó que abandonara el bosque en cuanto sus hijos fueron lo bastante mayores para no necesitarla.

—¿Alguien sabe quién era el padre de Ala de Mariposa y Alcotán?

El lugarteniente negó con la cabeza.

—No. Siempre di por supuesto que era otro proscrito.

—¿Proscritos?

Sonaron una pisadas a sus espaldas. Al volverse, Hojarasca vio que era Estrella de Fuego, procedente del campamento.

—¿Habéis visto proscritos? —inquirió; la tensión se notaba en su pelo, del color de las llamas—. Por el Clan Estelar, eso es lo último que necesitamos ahora.

—No, no es eso —se apresuró a responder Látigo Gris—. Hojarasca estaba preguntándome por Sasha y por el padre de Ala de Mariposa y Alcotán.

Estrella de Fuego se volvió hacia su hija, con desconcierto en sus ojos verdes.

—¿Por qué quieres saberlo?

Ella titubeó. No pensaba admitir que había estado con Ala de Mariposa en el territorio del Clan del Río.

—Oh, es que he visto a Alcotán —maulló—. Estaba patrullando por la frontera.

Se consoló pensando que eso no era mentira. De ninguna manera iba a compartir sus sospechas de que Ala de Mariposa y Alcotán eran hijos de Estrella de Tigre, no cuando éste y Estrella de Fuego habían sido enemigos acérrimos.

El líder asintió.

—Bueno, yo no tengo ni idea. Quizá Sasha se lo contara a algún miembro del Clan del Río.

Se acercó a Látigo Gris para frotarse la nariz con él, como si imaginara qué pensamientos angustiaban a su viejo amigo. Los dos habían perdido hijos entre los seis gatos desaparecidos del bosque. Se quedaron mirando los árboles; un gélido viento desprendía las hojas de las ramas, que caían uniéndose al lecho de hojarasca que tapizaba el suelo forestal.

—Deben de tener frío, sin ningún clan que los cobije por la noche —murmuró Látigo Gris.

—Al menos se tienen los unos a los otros —repuso el líder, restregándose contra el costado de su amigo.

Durante un momento, ambos gatos permanecieron en silencio. Al cabo, Estrella de Fuego se volvió hacia su hija.

—Hojarasca, a veces sabes qué está pensando Esquirolina, ¿verdad? Tú nos contaste que estaba con los gatos del Clan del Río. ¿Tienes alguna idea de dónde se encuentran ahora?

La gata parpadeó. No podía negarle a su padre la oportunidad de saber que Esquirolina estaba viva… y ella misma quería saberlo con la misma intensidad. Cerró los ojos para evocar la vieja conexión con su hermana. Tras dejar la mente en blanco, se concentró con todas sus fuerzas. Soltó un respingo al notar una oleada de frío y humedad, y se echó a temblar cuando una ráfaga de viento helado se coló entre su pelo. Pero no había señales de Esquirolina por ningún lado… Sólo agua, un furioso viento y rocas interminables.

Abrió los ojos y pestañeó confundida al descubrir que tenía el pelo seco y el bosque estaba tranquilo. ¡Sí que había contactado con su hermana!

—Esquirolina está viva —murmuró. A Estrella de Fuego se le iluminaron los ojos—. Y dondequiera que se encuentre, creo que debe de estar lloviendo…



# 7

Borrascoso abrió los ojos y bizqueó ante una luz tan cortante como una garra. La respiración le arañaba la garganta y le dolían todos los músculos. Se sentía demasiado exhausto incluso para moverse.

Cuando se le aclaró la vista, descubrió que estaba sobre una roca mojada por la lluvia, junto a un estanque de agitadas aguas negras. Le pitaban los oídos. Levantó la cabeza débilmente y vio una catarata que caía con estruendo en la poza, en un remolino de espuma y agua en suspensión, y comprendió que lo que oía era el rugido del agua.

De pronto recordó la riada que lo había barrido de las rocas para lanzarlo a la poza. ¿Cómo había sobrevivido? Se acordó del ruido ensordecedor, la espuma, la oscuridad… Y sintió una punzada de miedo por sus amigos.

—¿Plumosa? ¿Esquirolina? —preguntó con voz ronca.

—Aquí.

La respuesta fue tan débil que casi se perdió bajo el interminable estruendo de la cascada. Borrascoso giró la cabeza y vio a Esquirolina despatarrada a su lado, con el pelo empapado.

—Necesito dormir —musitó la aprendiza, cerrando los ojos.

Justo detrás de ella vio a Zarzoso, de costado. El guerrero del Clan del Trueno estaba mirando al cielo, tomando aire con la respiración entrecortada. Corvino se hallaba al otro lado de Borrascoso; con una sensación de espanto, el guerrero pensó que el aprendiz del Clan del Viento

estaba muerto, hasta que notó cómo sus flancos subían y bajaban levemente.

«¿Y Plumosa y Trigueña?», se preguntó, invadido por el pánico, intentando ponerse en pie. Al principio no localizó a su hermana ni a la guerrera parda. Luego, un movimiento al borde del estanque atrajo su atención. Cerca de la cascada, Plumosa estaba ayudando a Trigueña a subir a la roca. La guerrera del Clan de la Sombra iba a tres patas, y en cuanto pisó suelo firme, se derrumbó y se quedó inmóvil. Plumosa saltó a su lado; el pelo gris se le había pegado a los costados y parecía casi negro. Plumosa se acomodó junto a Trigueña y le dio unos lametones débiles en el bíceps.

—¡Gracias al Clan Estelar! —exclamó Borrascoso con voz ronca—. Hemos sobrevivido todos.

Tenían que buscar refugio. Si seguían allí tendidos, serían vulnerables ante los depredadores, como las águilas, pero estaba demasiado agotado para moverse. Se dio unos lametones, pero incluso eso le supuso un esfuerzo excesivo. Se quedó inmóvil, con los sentidos a la deriva, mirando sin ver las rocas que había al lado de la poza.

Conforme fue recobrándose poco a poco, reparó en que se hallaban en una hondonada rocosa, abierta por el lado en que el arroyo continuaba su camino valle abajo. Las orillas estaban cubiertas de guijarros, entre los que habían brotado un par de árboles retorcidos. La luz se estremecía sobre el agua; la lluvia había cesado casi por completo, y las nubes estaban disipándose. Por encima de su cabeza, un arcoíris danzaba en el agua en suspensión que levantaba la cascada. Un fino rayo de sol bañaba las rocas a una cola de distancia. Borrascoso se arrastró penosamente hasta allí, y suspiró de placer al notar la calidez en la piel.

Al cabo de unos segundos, le pareció percibir un movimiento. Parpadeó, esforzándose por enfocar la mirada. Durante un momento todo estuvo quieto; a continuación, captó otro movimiento en el extremo más alejado de la poza. Sintió un hormigueo en el cuerpo. ¡Estaban observándolos!

Borrascoso entornó los ojos, clavando la vista en las piedras que había cerca de la cascada.

—Zarzoso —susurró—. Mira hacia allí.

—¿Qué? —El guerrero del Clan del Trueno levantó la cabeza, miró alrededor y volvió a tumbarse—. No veo nada.

—¡Allí! —siseó Borrascoso al reparar en otro movimiento, esta vez a una cola de distancia más cerca. Flexionó las garras, consciente de lo desvalidos que estaban él y sus amigos para defenderse.

Entonces una figura marrón se separó de la roca y echó a andar hacia ellos, bordeando el estanque. ¡Era un gato! Antes de que Borrascoso pudiera moverse, apareció otro, y luego otro: todo un grupo de felinos que avanzaban silenciosamente desde las rocas en que se habían ocultado, intentando camuflarse en ellas como si ellos mismos estuvieran tallados en piedra. Se sentaron al borde de la poza, mirando fijamente al grupo de viajeros que habían estado a punto de ahogarse.

Borrascoso tragó saliva a duras penas. Aquellos gatos no se parecían a ninguno que hubiera visto antes; eran de un gris amarronado uniforme y tenían el pelo aplastado. Cuando uno se colocó a la luz del sol, Borrascoso descubrió que tenía el cuerpo cubierto de barro: eso era lo que los ayudaba a fundirse con las rocas y a ocultar el verdadero color de sus pelajes.

Borrascoso se incorporó, aunque todos sus músculos protestaron. Pinchó a Esquirolina con una zarpa y susurró con voz ronca:

—Incorpórate muy despacio. Hagas lo que hagas, no digas nada en voz alta.

Ella alzó la cabeza y, en cuanto vio a los gatos desconocidos, intentó levantarse con un destello de alarma en sus ojos verdes. Su reacción sobresaltó a Zarzoso, que se levantó de un brinco. Borrascoso consiguió situarse junto a él, contento de tener al guerrero del Clan del Trueno para enfrentarse a aquel peligro.

Zarzoso miró a su alrededor en busca de sus demás amigos.

—Plumosa, Trigueña… venid aquí, de inmediato. —La voz le temblaba de cansancio, pero sonó imperiosa—. Tú también, Corvino.

Corvino se puso en pie trabajosamente, sin discutir por una vez, y fue a ayudar a Plumosa. Trigueña se apoyaba sobre el omóplato de la guerrera gris, casi incapaz de moverse. Los tres fueron cojeando junto a la poza, hasta que pudieron agruparse con Borrascoso y los demás, contemplando a los extraños gatos con ojos dilatados y asustados.

Borrascoso era consciente de que estaban demasiado afectados y exhaustos para defenderse. Pero, a pesar del miedo, sintió que le picaba la curiosidad. Quería saber más sobre aquellos desconocidos que parecían tan distintos de cualquier gato que hubiese visto antes. Incluso le pasó por la cabeza que quizá los ayudaran brindándoles comida y refugio… Luego pensó que era muy improbable que los recibieran de buen grado tras haber entrado en su territorio sin permiso, y supuso que lo mejor que podían esperar era que los echaran de allí.

Apenas se atrevió a respirar cuando el primer gato se acercó a examinarlo con atención. Aproximándose a él, le dedicó un escrutinio especialmente largo, tras lanzar apenas una ojeada a sus amigos. Borrascoso intentó sostener la mirada de aquellos ojos amarillos, preguntándose desazonado qué le interesaría tanto a aquel gato cubierto de barro.

—¿Es éste? —inquirió ansiosamente una atigrada.

Hablaba la misma lengua que los gatos de clan, aunque a Borrascoso le resultó extraño el sonido de las palabras, y más la pregunta. Borrascoso se quedó mirándola mientras ella se acercaba, manteniendo ágilmente el equilibrio sobre las resbaladizas piedras que bordeaban el estanque.

—¿Es éste el que estamos esperando? —insistió la gata al llegar junto a su compañero.

El primer gato volvió la cabeza de golpe, lanzándole una mirada furibunda.

—¡Silencio, Rivera! —Y volviéndose de nuevo hacia Borrascoso, le preguntó rudamente—: ¿Quiénes sois? ¿Venís de muy lejos?

—¿Qué son estos… guerreros de barro? —masculló Trigueña—. Podríamos vencerlos sin problema —añadió, y Borrascoso se sintió reconfortado por el brusco valor de la guerrera del Clan de la Sombra.

—Sí, hemos recorrido un largo camino —respondió Esquirolina—. ¿Podéis ayudarnos?

—Ten cuidado —le advirtió Zarzoso. Y le dijo al desconocido—: Somos viajeros, y estamos intentando cruzar estas montañas. No buscamos problemas, pero, si sois enemigos, podemos luchar.

El gato entornó los ojos.

—No tenemos ningún deseo de luchar. Vuestro viaje os ha traído hasta la Tribu de las Aguas Rápidas.

—Sois bienvenidos si venís en son de paz —apostilló la atigrada, contemplando a Borrascoso con un centelleo en sus ojos ámbar.

Borrascoso recordó que la tejona había hablado de gatos que vivían en tribus en vez de en clanes. Debía de referirse a ellos, aunque no había mencionado que se los encontrarían en su viaje de vuelta a casa. Seguro que Medianoche sabía que se tropezarían con la tribu al atravesar las montañas. Borrascoso se recordó que él había confiado instintivamente en la tejona; si la tribu fuera peligrosa, ella les habría avisado o habría dicho que tomaran el otro camino. En cambio, había insinuado que esa ruta estaba trazada para ellos. ¿Significaba eso que estaban destinados a conocer a la tribu?

Mientras la atigrada hablaba, otro de los desconocidos se acercó a mirar a Borrascoso con un brillo en los ojos.

—Vamos, Peñasco —le dijo al primero—. Deberíamos llevar a éste ante Narrarrocas.

—¿Qué? —Zarzoso se adelantó para encararse a Peñasco, mientras Borrascoso se tensaba, preparándose para pelear—. No vais a llevároslo a ninguna parte sin nosotros. Queremos hablar con vuestro líder. —Se relajó un poco al ver que Peñasco frenaba a su compañero sacudiendo con furia la cola—. Sólo queremos viajar en paz —repitió—. Yo me llamo Zarzoso, y soy del Clan del Trueno.

Peñasco inclinó la cabeza alargando a la vez una pata, un gesto raro pero educado.

—Yo me llamo Peñasco donde Anidan las Águilas —se presentó.

—Y yo soy Rivera donde Nada el Pequeño Pez —anunció la atigrada, también alargando una pata, como había hecho Peñasco.

Éste la miró con desaprobación, como si no le pareciera bien que se hubiera presentado. Luego se volvió hacia Zarzoso, y finalmente hacia Borrascoso.

—¿Cómo se llama éste?

—Yo soy Borrascoso. —Intentó sofocar la incomodidad que le provocaba la fascinación que aquellos gatos sentían por él—. Del Clan del Río.

—Borrascoso —repitió Peñasco.

—Yo me llamo Esquirolina. —Las palabras de la aprendiza rompieron el momento de tensión.

—Y yo, Corvino.

—Yo soy Plumosa, y ésta es Trigueña. —La hermana de Borrascoso clavó sus angustiados ojos azules en Peñasco—. Por favor, ¿podéis ayudarla? Tiene una herida en el omóplato.

Zarzoso la miró ceñudo, con un bufido de desaprobación; no era momento de admitir debilidad ante desconocidos.

Corvino se apresuró a dar un paso adelante.

—Plumosa tiene razón —la defendió—. Puede que este clan tenga un curandero que nos ayude.

—Vuestras palabras nos resultan extrañas —respondió Peñasco—, pero os ayudaremos. Acompañadnos y nuestro líder hablará con vosotros.

—Un momento —maulló Corvino. Seguía teniendo las patas inestables, pero intentaba parecer preparado para defenderse—. ¿Vamos a ir muy lejos?

—No mucho —contestó Rivera.

Borrascoso miró a los gatos que los observaban alrededor de la poza.

—¿Qué otra cosa podemos hacer, excepto ir con ellos? —le murmuró a Zarzoso—. Necesitamos descansar.

No expresó su recelo por las penetrantes miradas de Peñasco. Al fin y al cabo, cualquier gato miraría así si encontrara en su territorio a seis desconocidos medio ahogados.

Zarzoso asintió.

—De acuerdo —le dijo a Peñasco—. Iremos con vosotros.

—Bien.

Peñasco echó a andar por la orilla del estanque, subió por las primeras rocas que había junto a la cascada y desapareció tras la cortina de agua espumeante.

Borrascoso se quedó atónito, casi esperando que el extraño gato cayera de golpe en la poza, arrastrado por la fuerza del agua.

Entonces se adelantó Rivera, haciendo un gesto con la cola.

—Ésta es la Senda de las Aguas Rápidas. Venid… es seguro.

El resto de los gatos se agruparon alrededor de ellos. Borrascoso sintió inquietud al ver que los empujaban tras Peñasco como si fueran prisioneros. Pero no tenía otra opción que seguir a aquellos felinos cubiertos de barro y trepar por las rocas. Fue difícil subir después de la caída, en especial para Trigueña, que cojeaba acusadamente. A mitad de camino, la guerrera del Clan de la Sombra dio un traspié y estuvo a punto de resbalar de nuevo hasta la poza, pero Rivera corrió a sujetarla.

Trigueña se apartó de la atigrada.

—Estoy bien —gruñó.

Al ascender al lugar por el que había desaparecido Peñasco, Borrascoso vio que éste estaba esperándolo en un estrecho saliente rocoso que llevaba hasta detrás de la cascada. Al final se abría un oscuro agujero.

—¡No pienso entrar ahí! —exclamó Esquirolina.

—No pasa nada —la tranquilizó Zarzoso.

—No hay peligro —maulló Peñasco, avanzando con seguridad por la senda hasta detenerse frente a la abertura.

Borrascoso tragó saliva. Tenían que fiarse de aquellos gatos… no podrían atravesar aquellas montañas sin comer ni descansar.

—Vamos.

Poniéndose en cabeza, avanzó por el saliente pegándose al muro, tan lejos como podía de la atronadora cortina de agua. La cascada estaba a apenas una cola de distancia; las gotitas en suspensión le perlaban el pelo, y la piedra estaba fría y resbaladiza. Demasiado tenso para volverse, no podía saber si los demás lo seguían. Le pareció que caminaba solo, internándose en una oscuridad estruendosa e interminable.

Pero el agujero conducía a una cueva con escarpadas paredes de roca, que ascendían casi hasta lo alto de la catarata. Borrascoso se detuvo en el umbral, mirando más allá de Peñasco, a los verticales muros por los que caía el agua. Le llegó el olor de muchos gatos desconocidos, ocultos en las sombras que bordeaban la caverna.

—¿Qué hay ahí? —murmuró Plumosa inquieta, aguzando la mirada para ver algo. Estaba temblando, y tenía el pelo tan empapado que parecía casi tan oscuro como el de Corvino.

Éste se restregó contra su costado.

—Pase lo que pase, nosotros estaremos juntos —le susurró a la guerrera.

Borrascoso se dijo que él no debería haber oído eso. Tuvo que contenerse para no bufarle a Corvino o lanzarle una mirada iracunda a su hermana. Había cosas más acuciantes de las que ocuparse en ese momento.

Peñasco ondeó la cola una vez y entró en la cueva, volviéndose para comprobar que los demás iban tras él.

—Esto no me gusta —musitó Esquirolina—. ¿Cómo podemos saber qué vamos a encontrarnos ahí?

—No podemos —contestó Zarzoso—. Pero tenemos que hacerle frente. En este viaje, todo sucede por una razón. Les debemos a los clanes pasar por esto.

—Nunca creímos que sería fácil —coincidió Borrascoso, intentando sacudirse el miedo que lo había invadido ante la idea de entrar en la gruta.

—Bueno, si tenemos que hacerlo, hagámoslo. —Corvino echó a andar, abriendo la marcha hacia el interior.

Borrascoso lo siguió, con los otros apiñados detrás. Mientras miraba alrededor, oyó que Trigueña maullaba quedamente, tanto para tranquilizarse a sí misma como a los demás:

—El Clan Estelar estará con nosotros, incluso aquí.

# 8

—Si un gato salta sobre ti, tírate al suelo boca arriba —instruyó Carbonilla—. Así podrás darle con las zarpas en la barriga. Prueba.

Hojarasca esperó a que su mentora se agazapara delante de ella y luego saltara. Tras rodar por el suelo como ella le había aconsejado, clavó las zarpas traseras en la panza de la curandera y se la quitó de encima.

—Bien —maulló Carbonilla. Se levantó con torpeza debido a su pata herida—. Ya basta por hoy.

Habían pasado toda la mañana practicando en la hondonada arenosa. Aunque el cielo estaba cubierto de gruesas nubes grises, Hojarasca supuso que el sol debía de estar casi en lo más alto: se lo decían los rugidos de su estómago. Había disfrutado de la sesión de entrenamiento con su mentora. El ejercicio había sido una buena distracción de sus preocupaciones por el clan y los Dos Patas, por no mencionar a Esquirolina y los demás gatos que viajaban con ella.

Siguió a Carbonilla barranco abajo. Antes de llegar a la entrada del túnel de aulagas, Hojarasca oyó que una patrulla regresaba detrás de ellas. Al darse la vuelta, vio a Estrella de Fuego, Manto Polvoroso y Acedera. El líder parecía más preocupado que nunca, mientras que Manto Polvoroso tenía erizado su pelaje atigrado e iba sacudiendo la cola de un lado a otro.

Carbonilla fue al encuentro de Estrella de Fuego cojeando, mientras Hojarasca corría al lado de Acedera.

—Por el Clan Estelar, ¿qué ha pasado? —le preguntó a su amiga.

—El Clan del Viento —maulló Acedera, lanzando una mirada a los guerreros más mayores—. Han estado robándonos presas.

Hojarasca recordó a los flacos y desesperados gatos que las habían echado de su territorio, y no se sorprendió ante esa noticia.

—Hemos encontrado trozos de piel y huesos de conejo junto al arroyo que hay cerca de los Cuatro Árboles —continuó Acedera—. Apestaban al Clan del Viento.

—Eso es porque sus conejos han desaparecido —repuso Hojarasca. Apartó el recuerdo culpable de cómo ella había comido un pescado del Clan del Río.

—Aun así, eso va contra el código guerrero —señaló Acedera—. Manto Polvoroso se ha puesto furioso.

—Ya lo veo.

Hojarasca siguió a su amiga por el túnel de aulagas. Encontró a Estrella de Fuego y Manto Polvoroso junto al montón de carne fresca; se le encogió el estómago al ver lo pequeño que era.

—¡Mira! —Manto Polvoroso lo señaló con la cola—. ¿Cómo va a alimentarse un clan con esto? Tendrás que hacer algo con el Clan del Viento, Estrella de Fuego.

El líder negó con la cabeza.

—Todos sabemos que Estrella Alta no permitiría que sus guerreros robaran presas a menos que su clan estuviera realmente apurado.

—Puede que Estrella Alta no sepa lo que está ocurriendo. Además, el Clan del Trueno también está pasando apuros. No tenemos presas de sobra.

—Lo sé —suspiró Estrella de Fuego.

—Me preocupa Fronda —añadió el guerrero marrón—. Ya ha perdido mucho peso, y todavía tiene que alimentar a tres cachorros.

—Si esto continúa así, tendré que empezar a racionar la comida —decidió el líder—. Pero, mientras tanto, haremos algo con el Clan del Viento; te lo prometo.

Tras dar media vuelta, cruzó el claro y subió a la Peña Alta de un salto. Alzó la voz para convocar a sus gatos, que se acercaron presurosos. Hojarasca se quedó impactada al ver lo delgados que estaban todos; hasta ese momento no se había dado cuenta del cambio gradual que habían ido

experimentando, día a día, conforme resultaba más difícil hallar presas. Pero ahora los encontró más semejantes a los escuálidos gatos del Clan del Viento que a los robustos gatos del Clan del Trueno. Manto Polvoroso tenía razón: Fronda parecía especialmente consumida y exhausta. Sus cachorros también estaban más flacos; iban tras ella como si no les quedara energía para jugar. ¿Es que todos los clanes —excepto el Clan del Río— iban a morir de hambre lentamente?

Hojarasca escuchó nerviosa cómo su líder le contaba al resto del clan lo que había descubierto la patrulla. Surgieron maullidos de indignación ante la noticia de que el Clan del Viento había entrado en su territorio y robado presas.

—¡Hay que darles una lección! —exclamó Nimbo Blanco—. No huelo a conejo desde hace días.

—Deberíamos atacar ahora mismo —intervino Musaraña, erizando su pelaje marrón.

—No —replicó Estrella de Fuego con firmeza—. Las cosas ya están bastante mal como para ir buscando pelea.

Musaraña no protestó, aunque masculló algo para sí misma, y Nimbo Blanco sacudió la cola. Hojarasca vio cómo Centella le susurraba unas palabras al guerrero blanco, intentando calmarlo.

—¿Y qué vas a hacer, Estrella de Fuego? —inquirió Cola Pintada desde la entrada de la guarida de los veteranos—. ¿Ir a pedirles con educación que no roben nuestra comida? ¿Crees que te harán caso?

Se elevaron más voces de protesta, con varios gatos apoyando la propuesta de Musaraña de atacar.

—He dicho que no —zanjó el líder—. Voy a hablar con Estrella Alta. Él es un gato noble y digno de confianza; quizá no sepa que sus guerreros han estado robándonos presas.

—¿Y de qué servirá hablar? —resopló Nimbo Blanco—. Estrella Negra no quiso escucharte cuando fuiste a hablar con él.

—Si quieres saber mi opinión, Estrella de Fuego —dijo Cola Pintada con voz ronca—, estás cruzando las fronteras de clan demasiado a menudo. El último gato que ninguneó las fronteras de esa manera fue Estrella de Tigre.

Hojarasca se estremeció ante la insinuación de la vieja gata: que su padre se parecía en algo al infame Estrella de Tigre. No fue la única en sentirse escandalizada. Varios gatos se volvieron hacia Cola Pintada, bufando con ferocidad, pero el líder le contestó con voz tranquila:

—Estrella de Tigre deseaba satisfacer su sed de poder. Lo único que yo quiero es la paz. Y en cuanto a lo que has dicho de Estrella Negra —añadió, volviéndose hacia Nimbo Blanco—, Estrella Alta siempre ha sido más razonable.

—Eso es cierto —coincidió Látigo Gris, apoyando a su líder al pie de la Peña Alta—. Acordaos de cuando Estrella Azul quiso enfrentarse al Clan del Viento. En aquel caso, Estrella Alta estuvo dispuesto a hacer las paces.

—Pero en aquellos días no había escasez de presas —les recordó Espinardo.

—Así es —se sumó Musaraña, sacudiendo la cola de nuevo—. Algunos gatos harán cualquier cosa si tienen el estómago vacío.

Abatida, Hojarasca oyó cómo brotaban aullidos a su alrededor dando la razón a Musaraña. Se fijó en que su madre, Tormenta de Arena, intercambiaba una mirada de inquietud con Látigo Gris.

Estrella de Fuego hizo una señal con la cola para pedir silencio.

—¡Ya basta! La decisión está tomada. Todos los clanes tienen problemas ahora. No es momento para empezar a pelear unos con otros.

—Ten cuidado, Estrella de Fuego —le advirtió Acedera cuando los gritos de protesta se convirtieron en un murmullo de descontento—. Aunque tú vayas en son de paz, es posible que los otros clanes no lo vean así. —La guerrera le lanzó una mirada a Hojarasca, recordándole cómo habían escapado por los pelos del Clan del Viento sólo unos días atrás.

Estrella de Fuego asintió.

—El Clan del Viento tendrá que respetar a una patrulla que parezca lo bastante fuerte para repeler un ataque —maulló—. Le dejaré claro a Estrella Alta que habrá problemas si es incapaz de controlar a sus guerreros y mantenerlos en su lado de la frontera. Pero no iremos buscando guerra. Con la ayuda del Clan Estelar, podremos evitarla.

Hojarasca recordó la imagen del páramo arrasado que había visto al visitar el territorio del Clan del Viento, y también la desesperación de los

guerreros que la habían perseguido. Se encogió ante la idea de atacar al Clan del Viento y empeorar todavía más su difícil situación.

—Ésta es una época mala para todos —empezó la aprendiza, titubeante—. Deberíamos estar ayudándonos mutuamente. ¿Por qué no compartimos entre todos los peces del río? Allí todavía hay muchos.

—Eso debería decirlo el Clan del Río, no nosotros —señaló Látigo Gris.

—Pescar es muy difícil —añadió Cenizo.

—No, no lo es —respondió Hojarasca—. Podemos aprender a hacerlo.

Advirtió que algunos le lanzaban miradas recelosas, como si se preguntaran qué sabía ella de pescar. Apurada, arañó el suelo con las zarpas delanteras.

—Sólo era una idea —musitó.

—Pero una idea que no nos sirve —maulló Estrella de Fuego, tajante.

Deseosa de no atraer más atención, Hojarasca inclinó la cabeza y se quedó mirándose las patas mientras el líder elegía los gatos para la patrulla que iría al Clan del Viento.

—Látigo Gris, por supuesto —maulló—. Tormenta de Arena, Manto Polvoroso, Espinardo. Y Cenizo. Y tú, Carbonilla. Estrella Alta escuchará a una curandera si no me escucha a mí.

Hojarasca reparó en que su padre no había escogido a ninguno de los que habían propuesto atacar, aunque sí a algunos luchadores formidables. ¡Aquella patrulla no tendría que salir por patas!

La aprendiza no se movió mientras la reunión llegaba a su fin. Todavía con los ojos clavados en el suelo, vio que su padre saltaba de la Peña Alta y se acercaba a ella.

—Bueno, Hojarasca —empezó el gato. Cuando la joven alzó la cabeza, se sintió aliviada al ver un cálido afecto en los ojos del líder, y se avergonzó más de sí misma—. ¿Qué es todo eso de pescar?

Hojarasca sabía que tendría que contar la verdad.

—Ala de Mariposa me enseñó —se explicó—. Dijo que no pasaba nada porque las dos somos curanderas…

—Aprendizas de curandera —la corrigió él—. Y me da la impresión de que a las dos os queda mucho por aprender. Ya sabes que va contra el

código guerrero tomar presas de otro clan. Incluso los curanderos tienen que respetar eso.

—Lo sé. —La culpabilidad invadió de nuevo a Hojarasca, que se sintió como una cachorrita mala. Deseó que el Clan del Río no descubriera lo que había hecho Ala de Mariposa y la castigara por su generosidad—. Lo lamento.

—Ahora tendré que imponerte un castigo; lo sabes, ¿verdad? —continuó Estrella de Fuego, pero le tocó el omóplato tiernamente al añadir—: No puedo permitir que ningún gato diga que te trato con favoritismo por ser mi hija.

—Oh, vamos, Estrella de Fuego. —Carbonilla se había reunido con ellos cojeando, y miraba a su líder con un brillo risueño en sus ojos azules—. Yo me acuerdo de un par de gatos que llevaron presas del Clan del Trueno a los miembros del Clan del Río, cuando los Dos Patas envenenaron a los peces. Seguro que no lo has olvidado.

—No. Y a Látigo Gris y a mí nos castigaron por eso —replicó él. Luego suspiró—. Hojarasca, ya sé que es muy difícil ver que otros gatos pasan hambre y no hacer nada. Pero el código guerrero nos convierte en lo que somos. Si los gatos pudieran quebrantarlo cuando les apeteciese, ¿adónde iríamos a parar? Sea lo que sea lo que vaya a sucederle al bosque, o lo que ya esté sucediendo, no podemos olvidarnos de todo en lo que creemos.

—Lo lamento, Estrella de Fuego —repitió la gata. Hizo un esfuerzo por incorporarse y mirar a su padre a los ojos.

—Déjala que venga con la patrulla al Clan del Viento —maulló Carbonilla adelantándose al líder—. Será una buena experiencia para ella.

Hojarasca lo miró esperanzada.

—Por favor, Carbonilla —repuso él con tono exasperado—. Algunos dirían que eso es una recompensa, no un castigo… Bah, está bien —cedió al cabo—. Saldremos de inmediato. Voy a reunir a los demás.

Volvió a tocar a Hojarasca en el omóplato antes de alejarse con la cola bien alta.

—Gracias, Carbonilla —maulló la aprendiza—. Sé que he sido una estúpida. Es sólo que… bueno, cuando Ala de Mariposa lo dijo, no me pareció mal comer el pescado.

Carbonilla soltó un resoplido.

—Como ha dicho Estrella de Fuego, las dos tenéis mucho que aprender.

—¡No sé si alguna vez lo lograré! —estalló la joven—. Hay normas guerreras y normas de curanderos, y todo es de lo más confuso.

—No se trata tan sólo de normas —murmuró Carbonilla comprensiva, tocándole el hocico con la nariz—. Tu compasión por los otros clanes y tu disposición a ver que, en ocasiones, no hay que seguir las normas, acabarán por convertirte en una gran curandera.

A Hojarasca se le pusieron los ojos como platos.

—¿En serio?

—Sí. «Curandero» no significa nada por sí solo si no se comprende qué debe hacerse… lo cual no siempre es lo primero que uno piensa. ¿Recuerdas lo que te conté sobre Fauces Amarillas? Ella nunca siguió las normas, pero fue de las mejores curanderas que el bosque ha visto jamás.

—Ojalá la hubiera conocido —murmuró Hojarasca.

—Sí, ojalá. Pero yo puedo transmitirte lo que ella me enseñó. Ser un curandero auténtico es algo que reside en el corazón y en los cinco sentidos. Debes ser más valiente que los guerreros, más sabia que un líder de clan, más humilde que el cachorro más pequeño, más predispuesta a aprender que cualquier aprendiz…

Hojarasca miró a su mentora.

—No estoy segura de que pueda ser todas esas cosas —musitó.

—Bueno, pues yo sí lo estoy —repuso Carbonilla en voz baja y vehemente—. Porque los curanderos no lo conseguimos por nosotros mismos, sino a través de la fuerza del Clan Estelar que hay en nuestro interior. —De pronto, la vehemencia desapareció y el humor regresó a los ojos de la gata—. Vamos. Estrella de Fuego no nos perdonará si, después de todo, no estamos listas para partir con la patrulla.

El sol había rebasado su cenit hacía mucho y una fresca brisa rasgaba las nubes cuando Estrella de Fuego guió la patrulla hacia los Cuatro Árboles. No muy lejos del campamento, Hojarasca empezó a oír el rugido de los monstruos de Dos Patas, que seguían abriéndose paso a la fuerza por el

territorio del Clan del Trueno. En contraste, los habituales sonidos forestales —el trino de los pájaros, los correteos de presas entre la vegetación— brillaban por su ausencia. Incluso aunque ya se hallaban en plena estación de la caída de la hoja, Hojarasca sabía que debería haber muchas más presas de las que encontraban. Las pequeñas criaturas de las que dependían los gatos para sobrevivir habían desaparecido, ahuyentadas por los Dos Patas, o incluso aniquiladas por los monstruos que destrozaban sus hogares forestales.

A medida que se aproximaban a los Cuatro Árboles, el rugido de los monstruos se apagó y Hojarasca logró distinguir un débil sonido de presas entre los arbustos, aunque mucho menos de lo habitual. Tragó saliva, nerviosa, al imaginarse una estación sin hojas dura, de hambruna.

Espinardo la sacó de sus pensamientos.

—¡Mirad!

Hubo un movimiento en la densa vegetación que crecía junto al arroyo. Dos gatos —uno marrón oscuro y otro atigrado— cruzaron a saltos el arroyo y ascendieron la ladera hacia los Cuatro Árboles. Uno de ellos llevaba una pequeña presa entre los dientes, un campañol o un ratón.

—¡Son del Clan del Viento! —exclamó Tormenta de Arena, erizando su pelaje cobrizo—. Enlodado y Oreja Partida, estoy segura.

Manto Polvoroso y Cenizo salieron tras los guerreros en fuga, pero Estrella de Fuego los llamó para que regresaran.

—No debemos dar la impresión de que vamos a atacar al Clan del Viento —les dijo—. Voy en son de paz, no llevado por la furia, a hablar con Estrella Alta.

—¿Vas a dejarlos marchar? —preguntó Cenizo con incredulidad—. ¿Con nuestra comida en la boca?

—Es una prueba más de que están robándonos presas —señaló Estrella de Fuego—. Ahora Estrella Alta no podrá desoírme.

—Pero ellos le avisarán —protestó Manto Polvoroso—. El Clan del Viento podría tendernos una emboscada antes de que logremos acercarnos a su campamento.

—No. Estrella Alta no es así. Si lucha con nosotros, lo hará en campo abierto.

Los dos guerreros intercambiaron una mirada dubitativa antes de colocarse detrás de su líder. Hojarasca vio que Manto Polvoroso seguía ardiendo de rabia, aunque se limitó a mover con irritación la punta de la cola.

La patrulla cruzó el arroyo, con el agua todavía revuelta y embarrada por las patas de los gatos del Clan del Viento, y subió por la ladera de los Cuatro Árboles. Cuando Estrella de Fuego los guió por el borde de la hondonada, a Hojarasca se le aceleró el corazón; recordando su fracasada visita con Acedera, se preguntó si podrían realmente hablar con Estrella Alta.

Al acercarse a la frontera, el viento les llevó un intenso olor gatuno. Hojarasca miró por encima de la hierba y vio un desaliñado grupo de gatos corriendo por una loma del páramo. A la cabeza iba Estrella Alta, el líder del clan, al que reconoció por su pelaje blanco y negro y su larga cola. El líder debió de reparar en los miembros del Clan del Trueno, porque aflojó el paso e hizo una seña con la cola. Sus guerreros dejaron de correr y se distribuyeron para formar una larga línea frente a los intrusos.

—¿Veis? —bufó Manto Polvoroso—. Estaban advertidos de nuestra llegada.

Siguiendo una orden silenciosa, los gatos del Clan del Viento avanzaron hasta la frontera y se detuvieron a un par de colas de los del Clan del Trueno. Estaban más flacos incluso de lo que recordaba Hojarasca; se les marcaban visiblemente las costillas. Sus ojos ardían con hostilidad, y era evidente que ninguno de ellos quería que los visitantes pusieran una pata en su territorio.

—Y bien, Estrella de Fuego —gruñó Estrella Alta—, ¿qué quieres de nosotros esta vez?



# 9

Borrascoso se quedó mirando asombrado. La cueva era, como mínimo, igual de ancha que la cascada que la ocultaba del mundo exterior, y se prolongaba hacia el interior de la montaña; los rincones más alejados se perdían en la penumbra. Sólo pudo distinguir un estrecho pasaje a ambos lados del muro que había frente a la cortina de agua. El techo, muy alto, también se hallaba en sombras; aquí y allá sobresalían piedras como colmillos que apuntaban directamente al suelo de la gruta.

La única luz se colaba a través de la cascada, pálida y temblorosa, de modo que era como hallarse en las profundidades de un lago. Cuando los gatos de la tribu los condujeron al interior de la caverna, al rugido de la catarata se añadió más chapoteo de agua, y Borrascoso vio un hililllo que goteaba sobre una roca musgosa y caía en un charco. Junto a éste había dos o tres gatos bebiendo, un escuálido veterano y un par quizá demasiado jóvenes para ser aprendices. Levantaron la vista con recelo ante los desconocidos, como si temieran peligro.

Al lado del charco había un montón de carne fresca. Mientras Borrascoso lo contemplaba, entraron dos gatos y depositaron más presas encima. Era lo primero que le resultaba del todo familiar, y el estómago le rugió de hambre.

—¿Creéis que nos dejarán comer? —musitó Esquirolina—. ¡Estoy muerta de hambre!

—Por lo que sabemos, quizá piensen que nosotros somos carne fresca —bufó Corvino.

—De momento no nos han hecho ningún daño —señaló Zarzoso.

Borrascoso intentó compartir el optimismo de su amigo, pero Peñasco y Rivera habían desaparecido y, durante unos momentos, ningún otro gato se acercó a hablar con ellos. Los que estaban bebiendo se arrimaron cautelosamente a sus guardianes, y el veterano susurró algo sin dejar de lanzarle miradas a Borrascoso. Los dos jóvenes murmuraron entusiasmados entre sí. El estruendo de la cascada ahogaba sus voces, pero Borrascoso advirtió que los gatos de las montañas no parecían tener problemas en oírse.

Tratando de no hacer caso de los murmullos —la mayoría de los cuales parecían dirigidos a él, aunque se reprochó ser tan paranoico—, Borrascoso identificó lo que semejaban lugares para dormir junto a las paredes de la gruta: pequeños huecos en el suelo de tierra, rellenos de plumas y musgo. Había un grupo de lechos cerca de la entrada, y otros dos más lejos, en lados opuestos de la caverna. Se preguntó si uno sería para los guerreros, otro para los aprendices y el tercero para los veteranos. Al reparar en dos cachorros revolcándose en la entrada de uno de los pasajes, supuso que por ahí se iría a la maternidad. De pronto, vio aquella cueva oscura, ruidosa y aterradora bajo una luz diferente: ¡aquello era un campamento! La tribu compartía algunas costumbres de los clanes del bosque. Entonces tuvo más esperanzas de obtener comida, descanso y ayuda para Trigueña, que se había encogido temblorosa en el suelo.

En ese momento Peñasco salió del pasadizo más alejado y se acercó al tenso grupo de los gatos forestales. Lo seguía otro minino, de cuerpo largo y delgado como los guerreros del Clan del Viento. Tenía tanto barro pegado al pelo que Borrascoso no supo de qué color era realmente, aunque sus ojos eran de un verde profundo y centelleante, y unos pocos pelos alrededor del hocico delataban que era mucho más viejo que los gatos que habían visto hasta entonces.

—Buenas —maulló con una voz profunda que retumbó en toda la cueva. Hizo el extraño gesto de alargar una pata, como Peñasco y Rivera—. Soy Narrador de las Rocas Puntiagudas, aunque os resultará más fácil llamarme Narrarrocas. Soy el sanador de la Tribu de las Aguas Rápidas.

—¿Sanador? —Zarzoso miró a sus amigos—. ¿Te refieres a curandero? ¿Dónde está el líder de vuestro clan… quiero decir, vuestra tribu?

Narrarrocas titubeó un momento.

—No estoy seguro de qué quieres decir con curandero, y en esta tribu no hay otro líder. Yo interpreto las señales de las rocas, las hojas y el agua, y eso me muestra qué ha de hacer la tribu… con la ayuda de la Tribu de la Caza Interminable.

De aquellas palabras, Borrascoso dedujo algo que sí entendía.

—Entonces es curandero y líder a la vez —le susurró a Zarzoso—. ¡Menudo poder!

En respuesta, Zarzoso inclinó la cabeza respetuosamente.

—Nosotros venimos de un bosque que se encuentra a un largo camino de aquí —empezó, y se presentó a sí mismo y a sus amigos—. Tenemos un viaje muy difícil por delante, y necesitamos comer y descansar en lugar seguro antes de proseguir.

Mientras hablaba, se acercaron más gatos de la tribu, abiertamente curiosos. Borrascoso reparó en lo que, por su tamaño, serían cachorros y aprendices, y se fijó en que los guerreros se dividían en dos grupos, uno de enormes omóplatos y potentes músculos, y otro más ágil, con fuerza fibrosa y largas extremidades para correr. Advirtió lo nerviosos que parecían todos, como si estuvieran en tensión, listos para huir.

Con los ojos clavados en Borrascoso, una atigrada marrón murmuró:

—¡Sí! Es éste… ¡Debe serlo!

Borrascoso se sobresaltó. Rivera había dicho algo similar al verlo por primera vez junto a la poza. Quiso preguntar a qué se refería la gata, pero el sanador de la tribu se había vuelto hacia ella.

—¡Silencio! —bufó. A continuación, más delicadamente, se dirigió a los gatos forestales—: Sois bienvenidos en nuestra cueva. Ahí hay capturas en abundancia. —Apuntó con la cola hacia el montón de carne fresca—. Comed todo lo que os apetezca y descansad. Tenemos mucho de qué hablar.

Zarzoso miró a sus compañeros.

—Vamos —maulló en voz baja—. No creo que sea una trampa.

Mientras lo seguía hacia el montón de capturas, Borrascoso sintió de nuevo una docena de ojos quemándole el pelaje. No era cosa de su imaginación: era innegable que lo observaban con más atención que a los demás. Notó un hormigueo mientras se acomodaba para comer.

Al morder el conejo que había escogido, oyó un respingo a sus espaldas y una voz que susurraba escandalizada:

—¡Ellos no comparten!

Al alzar la vista, se encontró con que un joven gato gris lo miraba con hostilidad, mientras una atigrada más vieja se inclinaba hacia él y murmuraba:

—Chist. No es culpa suya si no les han enseñado lo correcto.

Borrascoso no entendía nada. Entonces se fijó en dos gatos de la tribu que estaban comiendo hombro con hombro: cada uno dio un bocado a la presa que habían elegido y luego la intercambiaron para terminársela. Se sintió avergonzado al comprender lo groseros que él y sus amigos debían de haberles parecido a los gatos de montaña.

—Nosotros no lo hacemos así —le dijo al joven que había hablado en primer lugar—. Pero sí que compartimos. —Apuntó con la cola a Plumosa, que estaba intentando que Trigueña se comiera un ratón—. Ninguno de nosotros dejaría que un compañero pase hambre, y las patrullas de caza siempre alimentan al clan antes de tomar comida para sí mismas.

El gato gris retrocedió unos pasos, con aspecto confundido, como si no hubiera pretendido que los recién llegados oyeran su comentario. La atigrada inclinó la cabeza con una mirada más afable.

—Vuestras costumbres nos resultan extrañas —maulló—. Quizá podamos aprender unos de otros.

—Quizá —coincidió Borrascoso, y siguió engullendo su conejo.

Al cabo de unos instantes, uno de los cachorros más atrevidos fue derecho al grupo de gatos de clan, incitado por sus hermanos.

—¿De dónde venís? —preguntó.

—De muy lejos —farfulló Esquirolina. Tras tragarse el bocado, añadió con más claridad—: Más allá de estas montañas y de muchísimos campos, hay un bosque.

El cachorro parpadeó.

—¿Qué son campos? —Pero, antes de que Esquirolina pudiera responder, añadió—: Yo voy a ser guardacueva.

—Qué bien —maulló Plumosa.

—Claro que primero tengo que ser pupilo.

—¿Qué es eso? —preguntó Corvino.

Borrascoso contuvo la risa ante la mirada desdeñosa que el cachorro le lanzó al aprendiz del Clan del Viento.

—Pues pupilo, ya sabes, entrenar y todas esas cosas. ¿Es que vosotros no sabéis nada de nada?

—Quiere decir aprendiz —explicó Borrascoso—. Como tú.

Corvino enseñó los colmillos cuando el cachorro, mirándolo con los ojos como platos, exclamó:

—¿Tú sólo eres pupilo? Pero ¡si ya eres muy mayor!

—Es como si tuvieran algunas tradiciones iguales a las nuestras —murmuró Trigueña.

—Me pregunto si creerán en el Clan Estelar —susurró Esquirolina.

—La Boca Materna está demasiado lejos para ellos —repuso Borrascoso—, y nadie los ha visto jamás por allí.

—Narrarrocas ha mencionado a la Tribu de la Caza Interminable —recordó Plumosa—. Tal vez sea el nombre que le dan al Clan Estelar. —Sus ojos azules se dilataron, y sonó inquieta al añadir—: ¿O creéis que ellos tienen unos antepasados guerreros distintos?

—No lo sé —contestó Zarzoso—. Pero supongo que lo averiguaremos pronto.

Al terminar de comer, Borrascoso pensó que no se sentía tan agradablemente ahíto desde que se habían despedido de Puma y Medianoche. Le habría gustado echarse una siesta, pero, mientras se pasaba la lengua por el hocico, vio que Narrarrocas se dirigía hacia ellos junto con tres acompañantes: Peñasco y dos gatas, aunque ninguna de ellas era Rivera. Borrascoso se sintió levemente decepcionado. La joven gata había demostrado valentía y cordialidad al conocerlos, y él deseaba volver a verla.

—¿Habéis comido bien? —preguntó Narrarrocas.

—Muy bien, gracias —respondió Zarzoso—. Sois muy amables al compartir las presas con nosotros.

—¿Por qué no íbamos a hacerlo? —Narrarrocas pareció sorprenderse—. Las presas no son nuestras… pertenecen a las piedras y las montañas.

Se sentó delante de los gatos forestales, enroscando la cola pulcramente alrededor de las patas. Los otros tres se colocaron junto a él, pero

permanecieron de pie. Zarzoso los miró expectante.

—A Peñasco ya lo conocéis —maulló Narrarrocas, presentando a sus acompañantes—. Él es el líder de nuestros guardacuevas. Los gatos que protegen este lugar —explicó, al ver que los del clan parecían desconcertados. Luego señaló a la gata más joven—. Ésta es Neblina donde Reluce la Luz del Sol, uno de nuestros mejores apresadores.

Neblina inclinó la cabeza, dedicando un guiño amistoso a los gatos forestales.

—Y ésta —prosiguió Narrarrocas— es Lucero que Resplandece sobre el Agua. De momento es criandera, pero, cuando sus hijos crezcan, volverá a ser guardacueva.

—Entonces, ¿todos tenéis tareas diferentes? —preguntó Trigueña, mientras sus amigos saludaban.

—Así es —respondió Narrarrocas.

—¿Escogéis a los mejores luchadores para ser guardacuevas y a los más rápidos para apresadores? —inquirió Borrascoso, fascinado a pesar de sus recelos.

Narrarrocas agitó los bigotes.

—No. Todos los gatos de nuestra tribu nacen con su tarea adjudicada. Ésa es nuestra costumbre. Pero habladnos más de vosotros —pidió, interrumpiendo a Esquirolina, que iba a hacer otra pregunta—. ¿Cuál es el motivo de vuestro largo viaje? Nunca habíamos visto gatos como vosotros.

Zarzoso miró de reojo a Borrascoso y musitó:

—¿Qué opinas? ¿Se lo contamos?

—Creo que deberíamos contarles que nos envía el Clan Estelar —le susurró Borrascoso a su amigo, consciente de lo agudo que era el oído de los gatos de montaña—. De lo contrario, podrían pensar que somos forajidos. Pero no les digas la razón del viaje —añadió—. No nos conviene parecer débiles.

Zarzoso asintió. Tras carraspear con timidez, empezó a explicar los sueños enviados por el Clan Estelar que habían tenido los cuatro elegidos, y las señales de agua salada que los habían conducido hasta el lugar donde se ahogaba el sol, donde habían conocido a Medianoche.

Más gatos de la tribu se acercaron cautelosamente para escuchar. Borrascoso advirtió miradas de admiración cuando Zarzoso habló de los peligros que habían sorteado, pero también algunos murmullos recelosos, como si a algunos les costara fiarse de los recién llegados.

—No os preocupéis —intervino cuando Zarzoso hizo una pausa en su relato—. El Clan Estelar no nos ha enviado contra vosotros. De hecho, no mencionó que os encontraríamos.

—¿El Clan Estelar? —repitió Neblina, mirando perpleja a Narrarrocas —. ¿Qué es?

Borrascoso vio cómo Trigueña reprimía una exclamación de sorpresa. Plumosa tenía razón: aquellos gatos no estaban guiados por el Clan Estelar. Sintió un hormigueo al contener un escalofrío: quizá el Clan Estelar no estaba cuidando de ellos en aquel extraño lugar.

—No te preocupes —maulló Narrarrocas, tocando el omóplato de Neblina con la punta de la cola para tranquilizarla—. No todos los gatos creen en lo mismo que nosotros, pero debemos respetar lo que no conocemos. La ignorancia no es algo que deba asustarnos. Por favor —añadió para Zarzoso—, continúa.

—Cuando llegamos al agua en que se ahoga el sol, descubrimos que Medianoche es una tejona —maulló Zarzoso—. Ella nos explicó el significado de la profecía del Clan Estelar, y ahora vamos de regreso a casa para informar a nuestros clanes.

—¿Una profecía? —maulló Narrarrocas. Tenía sus ojos verdes clavados en Borrascoso, con una mirada intensa e inquietante—. Entonces, ¿vosotros también tenéis visiones de lo que está oculto?

—Bueno, en ocasiones tenemos sueños —contestó Trigueña—. Pero, en general, son los curanderos los que interpretan las señales para nosotros: en las nubes, el vuelo de las aves, la caída de las hojas…

—Yo también hago eso —dijo Narrarrocas justo cuando un grupo de gatos apareció en la entrada. Poniéndose en pie, murmuró—: Disculpadme. Ésos son guardacuevas que vuelven de patrullar. Debo escuchar su informe.

Tras inclinar la cabeza, fue a reunirse con el líder del grupo.

Neblina y Lucero se quedaron con los gatos forestales. A Borrascoso volvió a preocuparle lo desazonados que parecían sus anfitriones, y reparó

en que hasta el momento no los había visto relajados: no había aprendices jugando, ni guerreros compartiendo lenguas, ni veteranos intercambiando chismorreos e historias.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Trigueña a Neblina, haciéndose eco de los pensamientos de Borrascoso—. Pareces preocupada. ¿Pasa algo malo?

—¿Os está atacando otra tribu? —inquirió Esquirolina.

—No, aquí no hay gatos que nos ataquen —contestó Lucero—. Que nosotros sepamos, no hay más en estas montañas. ¿Cómo iba a haber otra tribu si nosotros custodiamos la Gruta de las Rocas Puntiagudas?

—¿Qué es eso? —maulló Corvino.

Neblina intercambió una rápida mirada con Lucero y murmuró:

—¿Deberíamos contárselo?

Borrascoso captó apenas sus palabras, y comprendió que no querían que él las oyera.

Uno de los gatos que se habían aproximado a escuchar la conversación soltó un bufido. Más de uno parecía asustado o enfadado con Neblina.

—¿De qué tenéis miedo? —insistió Borrascoso, sintiendo que se le erizaba el vello por temor a lo desconocido.

—De nada —respondió Lucero—. Al menos, de nada de lo que podamos hablar.

Dicho eso, la gata inclinó la cabeza y empezó a alejarse tras hacer un gesto con la cola a Neblina para que la siguiera. Neblina lanzó una mirada asustada a los gatos forestales antes de desaparecer en las sombras del fondo de la cueva. Los demás comenzaron a dispersarse.

Desconcertado, Borrascoso se volvió hacia Zarzoso y advirtió la misma aprensión que él sentía en los ojos ámbar del guerrero del Clan del Trueno.

—¿De qué iba todo eso? —musitó.

Zarzoso negó con la cabeza.

—El Clan Estelar sabrá. Pero, sea lo que sea, es obvio que hay algo que atemoriza a estos gatos. Y no quieren contarnos de qué se trata.



# 10

Hojarasca se quedó observando la línea de gatos hostiles, y le sostuvo la mirada a un aprendiz marrón. El joven gruñó enseñándole los colmillos y a Hojarasca se le erizó el lomo. Ella era curandera y se suponía que debía mantenerse al margen de las rivalidades normales entre clanes, pero se descubrió clavando instintivamente las garras en la blanda hierba del páramo; si aquello terminaba en batalla, ese aprendiz se enteraría de que ella no carecía de habilidades guerreras.

—¿Y bien? —repitió Estrella Alta al ver que Estrella de Fuego no contestaba a su pregunta—. ¿Por qué has venido? ¿Crees que estamos tan débiles que puedes expulsarnos de aquí, como hizo Estrella Rota?

Tras él, los guerreros se pusieron a bufar y aullar desafiantes, y pasó un rato antes de que pudiera oírse la voz de Estrella de Fuego.

—Estrella Alta, de mí no has conocido otra cosa que amistad desde el día en que Látigo Gris y yo os encontramos y llevamos de vuelta a vuestro hogar. ¿Te has olvidado de eso? Creo que sí, o no me habrías acusado de ser como Estrella Rota.

A Hojarasca le pareció detectar un destello de culpabilidad en los ojos del viejo líder, que sin embargo respondió con voz retadora:

—En ese caso, ¿por qué has venido con tantos guerreros?

—No seas absurdo, Estrella Alta. No traigo guerreros suficientes para enfrentarme a tu clan. Sólo queremos hablar contigo. El Clan del Viento ha estado robando presas de nuestro territorio, y tú sabes tan bien como yo que eso viola el código guerrero.

Estrella Alta pareció sorprendido, como si realmente no supiera lo que hacían sus guerreros. Antes de que pudiera contestar, su lugarteniente, Enlodado, exclamó:

—¡Demuéstralo! ¡Demuestra que el Clan del Viento ha olfateado siquiera una de vuestras presas!

—Pero ¡qué dices! —Látigo Gris se puso en tensión—. ¡Acabamos de verlo ahora mismo con nuestros propios ojos! Y hemos encontrado huesos de presas que apestaban a Clan del Viento.

—Eso lo dices tú —le espetó Enlodado—. En mi opinión, no es más que una excusa para atacarnos.

Furioso, Látigo Gris se lanzó a través de la frontera y derribó al bravucón lugarteniente, que soltó un alarido. Los dos rodaron sobre la corta hierba del páramo.

Estrella Alta se quedó mirándolos con expresión de disgusto, como si hubiera encontrado gusanos en su carne fresca. A ambos lados, los guerreros se prepararon para saltar mostrando los colmillos, con el brillo de la batalla en los ojos. A Hojarasca se le desbocó el corazón mientras intentaba recordar los movimientos de lucha que le había enseñado su mentora.

Estrella de Fuego dio un paso al frente con un bufido feroz.

—¡Deteneos!

Al instante, Látigo Gris se separó de las afiladas garras de Enlodado, resollando. Éste se levantó tambaleándose y lo fulminó con la mirada.

—Látigo Gris, os había dicho que no hemos venido a pelear —maulló su líder.

Los ojos ámbar del lugarteniente llameaban.

—Pero ¿has oído las mentiras que ha soltado?

—Sí. Pero eso no cambia mis órdenes. Regresa a nuestro lado de la frontera. Ya.

Meneando la cola con rabia, Látigo Gris obedeció. Hojarasca comprendía cómo debía de sentirse, sobre todo cuando seguía preocupado por sus hijos desaparecidos, pero también comprendía lo incómodo que debía de ser aquello para Estrella de Fuego, pues su amigo y lugarteniente había desobedecido sus órdenes directas delante de otro clan. La aprendiza

contuvo un suspiro. ¿Sería aquello parte de ser curandera: comprender a todos y desear simpatizar con ellos?

Carbonilla se adelantó cojeando para situarse junto a Estrella de Fuego.

—Tú sabes que los curanderos no mienten —le dijo a Estrella Alta—. Y también que no es deseo del Clan Estelar que los guerreros entren en el territorio de otros clanes y roben sus presas.

—¿Y también es deseo del Clan Estelar que mi clan se muera de hambre? —replicó el líder con amargura—. Ayer murió uno de nuestros veteranos, y será el primero de muchos si no hacemos algo.

—Si pudiéramos ayudaros, lo haríamos —contestó Carbonilla de corazón—. Pero nuestro clan también anda escaso de presas. Todo el bosque está sufriendo a causa de los Dos Patas.

—Deberíamos formar un frente común —añadió Estrella de Fuego—. Os juro, por el Clan Estelar, que si el Clan del Trueno encuentra una respuesta a estos problemas, la compartirá con vosotros.

Estrella Alta le sostuvo la mirada un largo instante, con ojos pensativos; su amargura se fue disipando, dando paso a un profundo pesar.

—¿Una respuesta? Estrella de Fuego, no creo que ni siquiera tú puedas hallar una respuesta a nuestros problemas. A menos que nos permitas cazar en vuestro territorio. —Sacudió la cabeza mientras lo decía, para indicarle a Estrella de Fuego que no lo sugería en serio—. No; tienes razón al quedarte con tus propias presas. El código guerrero exige que un líder alimente primero a su propio clan. Nuestro clan no os pide ayuda.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza ante su colega.

—Estrella Alta, podemos prometerte que el Clan del Trueno no os ha mentido. No habrá pelea hoy, pero, si no cesa el robo de presas, ya sabes qué esperar.

Dio media vuelta y se alejó, indicando a sus guerreros que lo siguieran. Mientras se retiraban, el Clan del Viento prorrumpió en aullidos burlones, como si hubieran echado por la fuerza a unos invasores de su territorio.

A Hojarasca se le erizó el pelo del cuello, pues creyó que el clan rival los perseguiría, como los guerreros las habían perseguido a ella y Acedera unos días atrás. Pero el sonido se desvaneció mientras Estrella de Fuego los

guiaba por lo alto de la hondonada de los Cuatro Árboles y descendía la ladera hacia el arroyo.

—¿Por qué no lo hemos resuelto peleando? —quiso saber Manto Polvoroso—. ¡Podríamos haberles dado una lección que no olvidarían en mucho tiempo!

—Lo sé —dijo el líder con un suspiro—. Pero, como he dicho antes, los clanes no pueden permitirse atacarse entre sí.

—¿Y cuando nuestras patrullas los sorprendan robando presas de nuevo? —inquirió el gato, sacudiendo la cola; normalmente tenía muy mal genio, y Hojarasca sabía lo angustiado que estaba por Fronda y sus cachorros.

—Si los encontramos en nuestro territorio, los echaremos —prometió Estrella de Fuego—. Pero pidamos al Clan Estelar que Estrella Alta entre en razón y mantenga a sus guerreros en su propio terreno. No creo que supiera lo que está pasando.

—Quizá no. Pero ahora apoyará a sus guerreros. —Manto Polvoroso se detuvo erizando el pelaje marrón, como si pudiera ver a su enemigo delante de él.

—¿Por qué no vas a cazar un rato? —le propuso el líder—. A ver si encuentras alguna pieza para Fronda.

El otro lo miró y se relajó.

—Lo haré. —Y con un gruñido, añadió a su pesar—: Gracias.

Dio media vuelta y desapareció en la espesa vegetación que crecía junto al arroyo.

Estrella de Fuego lo observó con expresión apenada. Hojarasca apenas soportaba ver la frustración y desesperanza de su padre. Sabía que él nunca se daría por vencido, hasta que los monstruos hubieran destrozado el último árbol del bosque. Pero parecía que ese momento estaba cada vez más cerca, ¿y qué podría hacer Estrella de Fuego entonces?

Mientras lo seguía a través del arroyo en dirección al campamento, Hojarasca se debatió otra vez con la culpabilidad por no contarle a su padre lo que sabía sobre Esquirolina y Zarzoso. A lo mejor había llegado el momento de hablar, de quitarle algunas de sus preocupaciones por ellos, y de asegurarle que el Clan Estelar conocía el sufrimiento del bosque y tenía

su propio plan para aliviarlo. Pero ¿qué le diría Estrella de Fuego, cuando ella había guardado silencio tanto tiempo? Se acobardó ante la idea de la ira de su padre.

Al ver que Carbonilla había quedado algo rezagada, se preguntó si su mentora tendría la respuesta. Podía contárselo a la curandera; ésta lo entendería y quizá la ayudara a transmitir la información a Estrella de Fuego.

Esperó a que Carbonilla la alcanzara.

—Carbonilla… —empezó, esperando sus sensatos consejos.

Pero, cuando su mentora se volvió hacia ella, sus ojos azules estaban empañados de dolor.

—No he sabido nada del Clan Estelar —maulló, sin darle a Hojarasca la ocasión de hablar primero—. ¿Nos habrá abandonado? No puede ser deseo suyo que los Dos Patas acaben con todos nosotros.

Como para enfatizar su desesperación, el rugido de los monstruos de los Dos Patas atronó en la distancia. Aunque no lograba verlos desde allí, Hojarasca podía imaginarse sus pelajes llamativos y relucientes, y sus gigantescas patas negras, que destrozaban el bosque con la misma facilidad con que las zarpas de Manto Polvoroso habían destrozado la hierba unos momentos antes.

Se restregó consoladoramente contra su mentora.

—A lo mejor el Clan Estelar nos habla de otra manera —sugirió.

Todo el bosque estaba patas arriba, y los aprendices sabían de profecías que no habían recibido los gatos de mayor edad.

—¿Qué otra manera? No me han mandado ni un solo sueño ni una señal.

—Tal vez se lo hayan enviado a otro gato.

—¿A ti? —Carbonilla se volvió hacia Hojarasca con un fulgor en los ojos azules—. ¿Es así?

—No, pero…

—No. El Clan Estelar está en silencio. —El breve destello de energía se había esfumado, y la curandera dejó caer la cola—. Los espíritus guerreros deben de querer algo de nosotros, pero ¿qué?

A Hojarasca le resultó imposible continuar. Quizá no era el momento adecuado para confesar. ¿Cómo se sentiría Carbonilla si descubriera que el Clan Estelar había elegido hablar con guerreros inexpertos para mandarlos en una misión, en vez de hacerlo con curanderos? Se sintió tan sola y confundida que, instintivamente, intentó conectar con Esquirolina y compartir los pensamientos de su hermana. Pero allí no encontró ningún consuelo. Lo único que pudo percibir fue oscuridad y el ruido de una corriente de agua.

—¡Hojarasca! ¿Vienes o no?

Con un sobresalto, la joven descubrió que su mentora iba varias colas por delante de ella.

—¡Lo siento! —contestó, y se colocó cabizbaja en la retaguardia de la patrulla, llena de temores por los gatos escogidos por el Clan Estelar y por todo el bosque. Y, sobre todo, por Esquirolina… dondequiera que estuviese.



# 11

La luz de la luna resplandecía en la caverna, convirtiendo la cascada en una lámina de plata ondulante. Borrascoso sintió como si ese día hubiera durado toda una luna. Incluso los pequeños huecos arenosos en el suelo de la gruta le parecían tan confortables como el lecho de juncos de su hogar.

Narrarrocas había regresado para mostrar a los gatos forestales sus lugares de descanso, a un lado de la gruta principal, rellenos con una fina capa de musgo y plumas.

—Podéis dormir aquí. Quedaos todo lo que queráis. Sois bienvenidos.

En cuanto se fue Narrarrocas, Zarzoso llamó a sus amigos para que se reunieran a su alrededor.

—Tenemos que hablar —maulló—. ¿Cuánto tiempo creéis que deberíamos quedarnos aquí?

Corvino sacudió la cola.

—¡No sé cómo puedes preguntar eso! —refunfuñó con voz ronca—. Pensaba que teníamos una misión. ¿O ya no debemos llevar el anuncio de Medianoche al bosque?

—Corvino tiene razón —repuso Borrascoso con cierta irritación por coincidir con el aprendiz—. Deberíamos marcharnos de inmediato.

—Sí —se sumó Trigueña—. Se acerca la estación sin hojas, y aquí arriba no tardará en nevar.

—Pero ¿qué pasa con tu bíceps? —le recordó Zarzoso. Desde la caída por la cascada, su hermana caminaba a tres patas, y un hilo de sangre le bajaba de la herida y se filtraba entre sus zarpas—. Tenemos que

permanecer aquí hasta que te sane la mordedura de rata. Entonces todos iremos más deprisa.

Trigueña erizó el cuello.

—Me he dado un golpe en la herida, eso es todo. Si crees que os estoy retrasando —le espetó—, entonces dímelo directamente.

—Zarzoso no quería decir eso. —Plumosa se restregó contra su costado para tranquilizarla, cuidando de no tocar la herida—. No te curarás del todo si no descansas.

Esquirolina se quedó pensativa.

—Es como si la tribu pensara que no debemos marcharnos. ¿De qué tienen tanto miedo? ¿Es que vamos a enfrentarnos a más peligros?

Los otros gatos se miraron desazonados. Borrascoso admitió para sí que también le había pasado esa idea por la cabeza. Una parte de él quería permanecer a salvo en la cueva tanto tiempo como fuera posible, si la alternativa era un terror desconocido entre las rocas y los precipicios de las montañas.

—Será peligroso nos vayamos cuando nos vayamos —apuntó Corvino—. Estoy de acuerdo con lo de Trigueña, pero podemos pedirle a Narrarrocas que le cure la herida y luego nos largamos.

—Todo eso está muy bien —intervino Esquirolina; sus verdes ojos centellearon a la luz de la luna—. Pero estamos dando por sentado que podemos irnos cuando nos apetezca.

—¿Qué quieres decir? ¡No se atreverían a detenernos! —exclamó Corvino.

Esquirolina soltó un resoplido.

—Me apuesto mi próxima pieza de carne fresca a que sí se atreverían. Mirad ahí.

Apuntó con las orejas a la entrada de la cueva. Había un guardia a cada lado, y al parecer su misión era vigilar a los recién llegados.

—Quizá estén protegiendo la gruta de enemigos externos —maulló Plumosa.

—Igualmente podríamos intentar irnos —propuso Corvino, agitando la punta de la cola—. Y a ver qué pasa entonces.

—No —respondió Zarzoso con voz firme—. Sería de tontos marcharse ahora mismo. Estamos agotados y necesitamos dormir. Mañana veremos cómo está el bíceps de Trigueña y decidiremos cuándo partimos.

Hubo un murmullo de aprobación. Ni siquiera Corvino quería más problemas en esos momentos. Los gatos forestales no tardaron mucho en acomodarse en sus huecos, apretujados ante las miradas curiosas que les lanzaban desde todas partes.

Mientras Borrascoso arreglaba el relleno de su lecho, oyó unos pasos y al darse la vuelta vio que un gato de la tribu se dirigía hacia él. Se alegró al reconocer a Rivera por su pelaje atigrado y sus ágiles andares. La gata traía un fardo de plumas en la boca.

Tras dejar su carga en el hueco que Borrascoso había elegido para dormir, inclinó la cabeza.

—Narrarrocas me ha pedido que me asegure de que estás cómodo.

—Eh… gracias —contestó él.

¿Acaso quería decir que Narrarrocas la había mandado a agasajarlo a él, de entre todos los gatos? No parecía que fuera a llevarles más plumas al resto. Borrascoso había salido maltrecho de la caída a la poza, pero sus amigos estaban igual. Además, él no era el líder del grupo y por tanto no merecía un trato especial.

—Yo… espero que estés contento aquí —continuó Rivera, vacilante—. Esto debe de ser muy diferente de lo que estás acostumbrado. ¿En vuestro bosque tenéis cuevas para dormir?

—No; nosotros dormimos en lechos entre juncos y arbustos. El campamento del Clan del Río, ése es mi clan, está instalado en una isla.

Sintió una punzada de nostalgia mientras hablaba, y se preguntó si alguna vez volvería a ovillarse en la guarida de los guerreros, oyendo el tenue suspiro de la brisa entre los juncos. Si Medianoche tenía razón y todos los clanes debían abandonar el bosque, quizá jamás encontrara un hogar tan pacífico.

Los ojos de Rivera brillaron.

—¿Tú eres guardacueva o…? —Se interrumpió, arañando el suelo por su torpeza—. No, por supuesto que no; si no tenéis cuevas, no habrá guardacuevas. ¿Vigilas tu campamento o eres apresador?

—Nuestros clanes no funcionan así. Todos vigilamos, cazamos y patrullamos.

—Debe de ser muy duro. Nosotros nacemos con una tarea asignada, así que sabemos exactamente qué hemos de hacer. Yo soy apresadora. Si Narrarrocas lo permite, ¿te gustaría cazar mañana conmigo?

Borrascoso tragó saliva. Parecía como si Rivera diera por hecho que iban a quedarse un tiempo. No sabía si le hacía gracia pedir permiso a Narrarrocas para todo; mientras permanecieran en su territorio, respetarían al líder de la tribu, pero éste no tenía derecho a darles órdenes. Sin embargo, sería divertido cazar con Rivera.

Pensó en preguntarle directamente si eran prisioneros, pero en ese momento la bonita atigrada inclinó la cabeza para despedirse.

—Estás cansado; te dejaré solo —dijo—. Que duermas bien. Espero que cacemos juntos pronto.

Se despidió de ella y la observó cruzar la cueva antes de aposentarse entre las plumas. A su alrededor sonaban los leves murmullos de sus amigos dormidos. Pero, aunque le dolían los músculos y la cabeza le daba vueltas de agotamiento, tardó un buen rato en quedarse dormido.

A la mañana siguiente, Borrascoso se despertó con el ruido de pasos ante su lugar de descanso; al abrir los ojos, vio que la luz del sol se filtraba en la cueva a través de la cascada. Eso le recordó que deberían estar siguiendo al sol naciente de regreso al bosque, y se levantó, sacudiéndose las plumas que se le habían pegado al pelo.

Zarzoso ya estaba en pie, observando a una patrulla de guardianes que salía por la entrada principal. Su silenciosa determinación le recordó a Borrascoso a las patrullas de su hogar. Se acercó a Zarzoso, que agitó los bigotes a modo de saludo.

—Anoche Trigueña sangró más. Creo que la herida se le ha desgarrado de nuevo —maulló el guerrero del Clan del Trueno—. Le he dicho que durmiera un poco más, pero eso significa que tendremos que quedarnos aquí un día o dos como mínimo.

Borrascoso se dio la vuelta y vio la suave curva del pelaje pardo de Trigueña, acurrucada en su lecho. Plumosa estaba inclinada sobre ella, examinándole el omóplato herido, mientras Corvino observaba la escena. Esquirolina seguía durmiendo.

Ver a su hermana tan cerca del aprendiz del Clan del Viento no mejoró el mal humor de Borrascoso.

—Bueno, si tenemos que hacerlo, lo hacemos —musitó—. Pero antes o después habrá que descubrir por qué estos gatos nos han recibido tan bien. Sabemos que hay algo que no nos han contado.

—Cierto. —Zarzoso estaba tranquilo y miró a Borrascoso—. Pero nos enteraremos de más cosas si cooperamos con ellos… por lo menos al principio.

—Ya —rezongó Borrascoso.

Un movimiento en el fondo de la cueva atrajo su atención. Narrarrocas estaba saliendo de uno de los túneles, y se dirigía hacia ellos. Corvino y Plumosa también lo vieron. El aprendiz dio un empujoncito a Esquirolina para despertarla, y los tres fueron a reunirse con Borrascoso y Zarzoso.

Trigueña levantó la cabeza cuando Plumosa se alejó.

—¿Nos vamos ya? —maulló. Borrascoso percibió el dolor en su voz—. Puedo continuar si es necesario.

Plumosa se volvió a mirarla.

—No, no vamos a ninguna parte todavía. Intenta dormir un poco más.

—¿Vas a pedirle a Narrarrocas que nos deje salir de aquí? —le susurró Corvino a Zarzoso—. Si cree que puede retenernos como prisioneros, ¡le arrancaré las orejas!

—No, no lo harás —se apresuró a replicar Zarzoso—. Sabes de sobra que Trigueña necesita descansar hasta que mejore. Además, lo último que queremos es ofender a estos gatos. Deja que hable yo.

Corvino le lanzó una mirada asesina, pero no dijo nada más.

—Estoy seguro de que no somos prisioneros. —Borrascoso habló con más confianza de la que sentía, intentando convencerse de que se había imaginado el inquietante interés que los gatos de la tribu mostraban hacia él —. ¿Por qué íbamos a serlo? No les hemos hecho nada.

—Quizá tengamos algo que ellos quieren —sugirió Esquirolina.

Esa idea se aproximaba tanto a lo que Borrascoso estaba pensando que no se le ocurrió nada que decir. Además, Narrarrocas ya estaba cerca; no tendrían otra oportunidad para hablar a solas.

—Buenos días —maulló el sanador—. ¿Habéis dormido bien?

—Muy bien, gracias —contestó Zarzoso—. Pero Trigueña tiene una grave herida, así que nos gustaría quedarnos un día o dos, hasta que mejore, si es que no te parece mal.

—Bien. —Narrarrocas se volvió hacia Borrascoso, que se sintió aún más receloso al ver el fulgor de sus ojos verdes—. Examinaré la herida de vuestra amiga y buscaré algunas hierbas para curarla.

—A los demás nos gustaría salir a cazar —continuó Zarzoso—. Necesitamos estirar las piernas, y querríamos atrapar nuestras propias presas. No podéis seguir dándonos de comer a los seis mientras nosotros estamos sin hacer nada.

Narrarrocas irguió las orejas, entornando los ojos, y Borrascoso presintió que no le agradaba la petición de Zarzoso. Sin embargo, el sanador apenas titubeó.

—Por supuesto. Nos alegrará contar con vuestra ayuda. Algunos apresadores están a punto de salir, así que podéis ir con ellos.

Mientras Narrarrocas hablaba, Borrascoso vio que varios gatos estaban agrupándose junto a la entrada de la gruta; Rivera se hallaba entre ellos, así como Bruma, la apresadora que habían conocido el día anterior. Narrarrocas guió a los gatos forestales hasta allí.

—Nuestros nuevos amigos quieren ir de caza —anunció—. Llevadlos con vosotros y enseñadles cómo lo hacemos.

Tras dar la orden, se marchó. Borrascoso se quedó mirándolo, algo molesto porque Narrarrocas pensara que ellos necesitaban que les enseñaran a cazar. Luego reparó en que Rivera estaba a su lado.

—Hola —maulló ella—. Somos muchos, así que será mejor que nos dividamos en dos grupos. ¿Quieres cazar conmigo?

—Sí, me encantaría —contestó, sorprendido de alegrarse tanto de que la gata hubiera recordado su invitación de la noche anterior.

Los gatos formaron dos grupos rápidamente. Uno de ellos, con Bruma a la cabeza, se llevó a Corvino y Plumosa, mientras que Borrascoso se unió al

de Rivera, junto con Zarzoso y Esquirolina.

Trigueña los observó partir con un destello de temor en los ojos, pero, mientras salía de la cueva, Borrascoso vio que la criandera Lucero le acercaba una pieza de carne fresca.

—Trigueña estará bien —murmuró Zarzoso—. Con un poco de suerte, dormirá hasta que volvamos. No parece que vayan a hacerle ningún daño.

Al ver la afabilidad con que Lucero le hablaba a Trigueña, Borrascoso supo que el guerrero atigrado tenía razón. Avanzó cautelosamente por el saliente que había detrás de la cascada, estremeciéndose mientras el agua en suspensión lo empapaba, hasta que salió a las rocas que bordeaban la poza.

Mientras se sacudía de encima el agua, vio que Peñasco y unos cuantos más estaban ya esperando, con el pelo surcado de barro fresco. Eran gatos fuertes de enormes omóplatos, al contrario que los ágiles apresadores. Borrascoso supuso que todos eran guardacuevas.

—¿Qué están haciendo aquí? —le susurró a Zarzoso.

Rivera oyó su pregunta.

—Llevamos guardianes a las cacerías —explicó—. Necesitamos que vigilen la presencia de águilas o… —Enmudeció y dirigió una mirada nerviosa a Borrascoso, que se preguntó qué había estado a punto de decir. Aun así, se sintió aliviado por la explicación. Había pensado que los guardacuevas estaban allí para vigilarlos a ellos y asegurarse de que no intentaban escapar. Por supuesto, ellos jamás abandonarían a Trigueña, pero Narrarrocas no sabía eso.

Después de que Rivera le explicara a Peñasco que los visitantes iban a acompañarlos a la cacería, los guardacuevas se unieron a los dos grupos. Uno de ellos, con Corvino y Plumosa, empezó a saltar a las rocas desde las que todos habían caído el día anterior, mientras que Rivera llevaba el grupo de Borrascoso hacia el valle.

El suelo era de tierra dura y asomaban escasas matas de hierba entre piedras rotas. Bajo las escarpadas paredes rocosas crecían unos pocos arbustos dispersos. Aunque había dejado de llover, las rocas relucían húmedas a la luz matinal. A los ojos de Borrascoso, las perspectivas de caza eran ínfimas, y se preguntó cómo sus anfitriones habrían logrado encontrar

las presas que habían compartido con ellos tan generosamente. Saboreó el aire y sólo captó mínimas trazas de olor a presas.

Rivera guió a su grupo a lo largo de un lado del valle, a la sombra de los arbustos. Borrascoso comprendió por qué se embadurnaban de barro: los ayudaba a confundirse con las rocas, pues cuando se quedaban quietos, costaba mucho distinguirlos. En contraste, el pelaje rojizo de Esquirolina parecía una salpicadura de sangre, aunque el manto gris de Borrascoso y el atigrado oscuro de Zarzoso eran bastante discretos. Todos los gatos montañeses se movían en silencio; Borrascoso tenía que concentrarse para que sus pisadas fueran igual de sigilosas.

Al cabo de poco, Esquirolina frenó en seco, irguiendo las orejas con emoción.

—¡Mirad… un ratón! —susurró.

Borrascoso también lo vio, mordisqueando una semilla a pocas colas de distancia. Esquirolina adoptó la posición de caza, pero Rivera la detuvo alargando la cola delante de ella, y le dijo sin emitir ningún sonido: «Espera».

Borrascoso pensó que la gata protestaría indignada, pero la aprendiza supuso que si lo hacía ahuyentaría a la presa. Así que sólo fulminó con la mirada a Rivera, pero ésta no se enteró. Tenía los ojos fijos en el ratón.

Una sombra pasó por encima de Borrascoso. Un segundo después, un halcón descendió del cielo y atrapó al ratón entre sus potentes garras. En el mismo momento, Rivera saltó hacia delante. Aterrizó sobre el ave y le clavó las zarpas. El halcón se revolvió furiosamente y durante unos instantes levantó a Rivera del suelo, pero terminó cayendo bajo su peso. Un segundo apresador se unió a Rivera para ayudarla a acabar con el ave, que dejó de sacudir las alas y quedó inerte sobre las rocas.

—Y también nos quedamos con el ratón —le dijo Peñasco a Borrascoso, relamiéndose.

A Borrascoso se le desorbitaron los ojos de admiración ante la destreza cazadora de Rivera. ¡Qué magnífica guerrera sería si hubiera nacido en el bosque! Se la imaginó en el Clan del Río, enseñándoles aquel nuevo método de caza, pero al punto volvió a la realidad. Rivera pertenecía a aquellas montañas, y al cabo de poco tiempo tendría que separarse de ella.

Sintió una extraña punzada de pesadumbre al pensar en eso, y se sorprendió. ¿Cómo podía sentirse unido a una gata a la que apenas conocía?

Esquirolina estaba mirando con incredulidad al halcón muerto, ya sin rastro de indignación.

—¡Eso ha sido genial! —exclamó—. Quiero probarlo. ¿Crees que en casa podríamos cazar así? —le preguntó a Zarzoso.

—Allí no hay muchos halcones. Supongo que el Clan del Viento sí podría intentarlo… Corvino dice que ha visto águilas en el páramo.

Borrascoso se fijó en que, en vez de echar tierra sobre las presas para recogerlas más tarde, Rivera las arrastraba hasta una grieta y las escondía. Luego se puso de nuevo en marcha, a la cabeza del grupo.

Esa vez los condujo por una de las paredes del valle, trepando por piedras sueltas hasta una repisa. Borrascoso no sabía qué tipo de presas esperaba Rivera encontrar allí, pero se conformó con esperar y ver, consciente de que aquellos gatos tenían trucos que él y sus amigos desconocían.

Llegaron a un montón aplastado de ramitas y hierba seca que bloqueaba la cornisa. Había un intenso hedor a presas rancias. Rivera lo salvó ágilmente de un salto y los demás la siguieron.

—Eso es un nido de halcón —explicó—. En la estación de las aguas libres, a veces encontramos polluelos.

—¿Aguas libres? —repitió Esquirolina.

—Supongo que se refiere a la estación de la hoja nueva —contestó Zarzoso en voz baja—. Cuando el agua queda libre del hielo, me imagino. Es entonces cuando habría polluelos en el nido.

—Están muy buenos —comentó Peñasco, acercándose por detrás—. Además, eso hace que crezcan menos halcones que puedan escogernos como presas. Como ése —añadió, dando un gran salto en el aire.

Borrascoso levantó la cabeza de golpe con un respingo. Justo encima de él, un halcón descendía en picado con las garras extendidas, pero cuando Peñasco saltó hacia arriba el ave viró, originando una fuerte ráfaga de aire con las alas.

Peñasco aterrizó peligrosamente cerca del borde de la roca, pero recuperó el equilibrio con la facilidad de una larga práctica. Borrascoso se

quedó impresionado: la valentía y la rapidez con que el guardacueva había atacado a la feroz ave estaban a la altura de las destrezas de los mejores guerreros de clan.

—Gracias —dijo sin aliento, al agacharse en la cornisa y ver cómo el halcón seguía descendiendo, a muchas colas por debajo de ellos.

—Eso es lo primero que aprende un pupilo —maulló Peñasco con un ronroneo divertido—. ¡Nunca te olvides de mirar hacia arriba!



# 12

Borrascoso se agazapó en un afloramiento rocoso y miró hacia abajo, al valle que había a un par de colas. El sol se estaba poniendo por cuarto día desde que él y sus amigos llegaron a la cueva de la tribu. Aunque lo que estaba sucediendo en el bosque pendía sobre sus cabezas como una henchida nube de tormenta, no habían podido seguir adelante. La herida de Trigueña se estaba curando de nuevo gracias a las hierbas suministradas por Narrarrocas, pero todavía no podía caminar con normalidad.

Mientras tanto, Borrascoso empezaba a pensar que le había pillado el tranquillo a las técnicas de caza de la tribu. Se basaban más en permanecer inmóvil y en silencio que en acechar a las presas; entre las rocas no había tanta protección como en el bosque, o incluso junto al río donde él solía pescar.

Irguió las orejas al captar un levísimo batir de alas y aguzó la vista entre las sombras. Un pájaro se había posado justo debajo de él y estaba picoteando en el suelo. Tras tensar los músculos, Borrascoso saltó. Sus garras se clavaron en las plumas, y el desesperado chillido del ave se interrumpió con un potente zarpazo.

Borrascoso se incorporó con la presa en la boca y vio que se acercaba la difusa figura de un guardacueva cubierto de barro. El olor de la presa enmascaró el del gato, de modo que Borrascoso no reconoció a Peñasco hasta que éste habló.

—¡Buena captura! Serás un estupendo apresador.

Borrascoso se lo agradeció con un gesto de la cabeza, aunque esas palabras lo inquietaron un poco: ¿de verdad quería decir «serás» o había pretendido decir «serías»? En ocasiones, el guardacueva parecía dar por sentado que Borrascoso se quedaría con la tribu para siempre. Pero no tuvo ocasión de preguntarle qué quería decir. Acababan de aparecer Rivera y los demás apresadores, y toda la patrulla se dirigió a la caverna, recogiendo de camino las presas cobradas.

Cuando llegaron a la poza, Borrascoso dejó un instante su carga para tomarse un breve descanso antes de trepar por las rocas y recorrer la cornisa detrás de la cascada. El sol ya se había puesto y la cima de la montaña se recortaba contra un cielo color sangre. Borrascoso se estremeció, procurando no imaginarse sangre derramada en su hogar del bosque. Por mucho que le gustara cazar con aquellos gatos, tenían que reanudar su viaje lo antes posible.

Rivera se le acercó, con ojos relucientes a la luz crepuscular.

—Ha sido un buen día de caza —ronroneó—. Has aprendido muy bien nuestras técnicas, Borrascoso.

Él se sintió pletórico. Incluso más que antes, sabía que iba a echarla muchísimo de menos cuando tuviera que irse. En aquellos días, la gata se había convertido en una amiga y hasta su extraño acento ya le resultaba familiar. Borrascoso supuso que ella sentía lo mismo; por lo menos, siempre le preguntaba si quería acompañarla a cazar, mientras que el resto de los gatos forestales, cuando cazaban, iban con otros grupos. Borrascoso se preguntó qué pensaría Rivera de él realmente. ¿Lo echaría en falta cuando tuviera que marcharse?

Al abrir la boca, detectó un olor intenso y fétido. No se parecía a nada que hubiese olido antes; era un poco como el de gato, pero más crudo y con un dejo a carroña. Notó que se le erizaba el pelo del cuello con una premonición de peligro.

—¿Qué es eso?

A Rivera se le dilataron los ojos de miedo, pero no contestó. El resto de la patrulla ya estaba reuniendo sus presas, apresurándose a refugiarse en la cueva. Peñasco ascendió a saltos y estuvo a punto de derribar a Borrascoso. Éste levantó la vista y creyó distinguir un movimiento cerca de lo alto de la

cascada, pero no estaba seguro. Después, tuvo que concentrarse en atravesar las resbaladizas piedras de la cornisa y en ver adelante con el pájaro que llevaba en la boca. Nadie intentó explicar el motivo de aquel pánico repentino, y, para entonces, Borrascoso había aprendido que no servía de nada preguntar.

Ya en la caverna, llevó su presa hasta el montón de carne fresca y fue en busca de sus amigos. Al verlos cerca de sus sitios de descanso, se encaminó hacia ellos, esquivando a un par de pupilos que estaban entrenando con un guardacueva. Practicaban unos movimientos de lucha desconocidos para él, y sintió un cosquilleo y tuvo ganas de unirse al entrenamiento y aprender, y enseñarles a su vez algunos trucos del Clan del Río. «Quizá más tarde», se dijo.

Sus amigos se hallaban reunidos alrededor de Trigueña, que estaba de pie, girando la cabeza para examinarse el bíceps herido. Plumosa estaba muy atareada lamiéndole el pelaje.

—Está mucho mejor —maulló la guerrera del Clan del Río—. Ya no está inflamado, y la herida está curándose limpiamente. ¿Cómo te sientes, Trigueña?

La guerrera del Clan de la Sombra movió el omóplato herido, adoptó la posición de acecho y avanzó así unas colas por el suelo.

—La verdad es que Narrarrocas sabe lo que se hace —declaró—. Ignoro qué hierbas ha usado, pero son tan buenas como la raíz de lampazo. Tengo el omóplato un poco agarrotado, sólo eso —añadió, levantándose de un salto—. Estaré bien si sigo ejercitándolo. ¡Ojalá pudiera clavar las garras en esa rata!

—Entonces ha llegado la hora de marcharse —maulló Zarzoso—. Hablaré con Narrarrocas y partiremos mañana a primera hora.

—¡Por fin! —exclamó Corvino—. Y será mejor que no intenten retenernos aquí.

—No lo harán. —Plumosa restregó el hocico contra su costado—. Te preocupas por nada. Estos gatos sólo han sido amables con nosotros desde nuestra llegada.

—Es probable que se alegren de vernos marchar —coincidió Esquirolina jovialmente—. Seguro que andarán escasos de presas cuando

llegue la estación sin hojas.

—Ya casi ha llegado —maulló Plumosa—. Esta mañana, las rocas estaban blancas de escarcha.

—Cierto. —Esquirolina agitó la cola—. Así que no querrán tenernos aquí atiborrándonos de comida.

Por la forma en que Zarzoso miró a su compañera de clan, Borrascoso supo que el atigrado seguía preocupado, pero no dijo nada. Fue Corvino quien habló al ver a Borrascoso.

—¡Aquí estás! —exclamó, frunciendo la boca—. Por fin has decidido unirte a nosotros, ¿eh? ¿Te has aburrido de tus nuevos amiguitos?

—Por favor —murmuró Plumosa, haciéndole un gesto a Corvino con la cola.

Dolido, Borrascoso se acercó al aprendiz del Clan del Viento.

—Si Corvino tiene algo que decir, deja que lo diga.

—Sólo que te pasas todo el tiempo con ellos. A lo mejor te gustaría quedarte aquí. Después de todo, las cosas serán bastante duras cuando regresemos al bosque.

—No seas ridículo —replicó Borrascoso, y vio que los demás lo miraban muy serios, casi como si estuvieran de acuerdo con el aprendiz del Clan del Viento—. Vamos —continuó, alarmado—. ¿Qué es lo que he hecho? He ido a cazar un par de veces, eso es todo. Zarzoso, tú mismo dijiste que debíamos cazar nuestras propias presas mientras estuviéramos aquí. ¿Qué os hace pensar que a mí me importa menos que a vosotros lo que sucede en el bosque?

—Nadie piensa eso —contestó Plumosa en tono tranquilizador.

—Él sí —repuso Borrascoso, señalando con las orejas a Corvino—. Esto no tiene nada que ver con los sueños, ¿verdad? Sólo porque no fui uno de los elegidos por el Clan Estelar… ¿No habréis tenido más sueños y no me lo habéis contado?

Sacó las uñas, detestando que rozaran contra roca en vez de clavarse en la blanda tierra de la orilla del río o en una mata de juncos. Podía entender a Corvino; el aprendiz siempre había sido problemático, y sería capaz de encararse con el mismísimo Clan Estelar. Pero que los otros pensaran que él podía ser menos leal… incluso su propia hermana. Era casi tan malo como

cuando Estrella de Tigre fusionó el Clan del Río con el de la Sombra, y él y Plumosa estuvieron a punto de morir por ser mestizos. Seguro que Plumosa se acordaba de aquello y lo comprendía. Borrascoso contuvo una punzada de culpabilidad al recordar lo cómodo que se sentía entre la tribu, pero su lealtad estaba con el Clan del Río.

—No, no hemos tenido más sueños —respondió Zarzoso—. Siéntate, Borrascoso, y tú, Corvino, deja de incordiarlo. Ya tenemos suficientes problemas.

—Es por la cascada —maulló Trigueña inesperadamente—. Ese ruido, día y noche, está volviéndome loca. El Clan Estelar podría estar mandándonos todas las señales del mundo, y jamás las oiríamos. Me alegraré mucho cuando estemos bien lejos de este lugar.

—Tenemos que regresar al bosque —intervino Corvino con un leve gruñido— y defenderlo como deben hacer los guerreros. Borrascoso puede acompañarnos o no.

—Cierra el pico, cerebro de ratón —le espetó Esquirolina—. Borrascoso es tan leal como tú.

Borrascoso le dedicó un guiño de gratitud.

—Por supuesto que voy a ir con vosotros —maulló.

—Entonces vamos a comer y a dormir bien esta noche —gruñó Zarzoso—. Quizá sea nuestra última oportunidad durante un tiempo.

Borrascoso levantó la vista y se estremeció, sorprendido al descubrir que, mientras estaban hablando, varios gatos se habían acercado y estaban mirándolos con expresión severa.

Peñasco se adelantó.

—¿Por qué habláis de marcharos? —preguntó—. Jamás conseguiréis cruzar estas montañas en la estación del agua congelada. Quedaos con nosotros hasta que vuelva el sol.

—¡No podemos! —exclamó Esquirolina—. En nuestros hogares hay problemas… os lo contamos el día de nuestra llegada.

—Agradecemos vuestro ofrecimiento —maulló Zarzoso más diplomáticamente, rozando la boca de Esquirolina con la cola para que se callara—. Pero tenemos que irnos.

Los gatos de la tribu se miraron entre sí, empezando a erizar el pelo del cuello. De pronto parecieron amenazantes. Algunos de los fuertes guardacuevas se situaron entre ellos y la entrada, y dos o tres crianderas comenzaron a empujar a sus cachorros hacia el túnel de la maternidad. El significado estaba claro; si intentaban marcharse en ese momento habría problemas.

Al ver a Rivera en la última fila del grupo, Borrascoso apartó a un guardacueva para acercarse a ella.

—¿Qué está ocurriendo? —quiso saber—. ¿Por qué de pronto nos tratáis como a prisioneros?

Rivera no lo miró a los ojos.

—Por favor… —murmuró—. ¿Tan desdichado eres que quedarte aquí te parece insoportable?

—Ésa no es la cuestión. Tenemos una misión: no nos queda otra alternativa.

Borrascoso se volvió para preguntarle a Peñasco, pero éste evitó su mirada. El guerrero del Clan del Río supo que su amistad había quedado relegada debido a la lealtad a la tribu, por razones que él desconocía. Creía que los gatos montañeses lo apreciaban, y el dolor producido por su traición lo hirió como las garras de un águila.

—¡Cagarrutas de zorro! —masculló Corvino, intentando abrirse paso entre los guardacuevas.

Peñasco alzó una pata, y un guardián obligó a Corvino a retroceder con un bufido furioso. El aprendiz del Clan del Viento erizó el pelo y sacudió la cola para demostrar que se disponía a atacarlos.

—Espera —murmuró Plumosa, interponiéndose entre Corvino y los guardacuevas—. Primero averigüemos qué significa todo esto.

—Significa problemas —gruñó Corvino—. Nadie va a impedir que me vaya.

Apartó a Plumosa y saltó sobre Peñasco, derribándolo. El enorme gato lo golpeó en la barriga con las patas traseras, pero, antes de que la pelea fuera a mayores, Zarzoso hincó los dientes en el pescuezo de Corvino y lo separó de Peñasco a tirones.

El aprendiz giró en redondo para encararse a él, con ojos llameantes.

—¡Suéltame! —bramó.

—¡Pues deja de comportarte como un ratón descerebrado! —bufó Zarzoso, igual de enfadado—. Esos guardias podrían hacerte picadillo. Tenemos que averiguar qué pretenden.

Borrascoso detestaba admitir la derrota, pero, si salían de allí usando la fuerza —suponiendo que pudiesen—, tendrían que enfrentarse a una gélida noche en una montaña desconocida. Y al mirar a los musculosos guardacuevas, a los que apenas había afectado la escaramuza con Corvino, supo que no podrían sobrevivir a una batalla sin resultar heridos, y eso volvería su viaje aún más duro. «¿Por qué Medianoche no previó esto?», se preguntó desesperado. ¿O sí lo había previsto y sin embargo lo había ocultado?

Vio que Narrarrocas había salido de su túnel. «Quizá ahora obtengamos algunas respuestas», pensó.

Los guardacuevas retrocedieron para que su líder se acercara a los gatos de clan. Zarzoso fue a su encuentro.

—Creo que hay algún malentendido —empezó el guerrero atigrado. Borrascoso notó sus esfuerzos por mantenerse tranquilo—. Tenemos que marcharnos mañana, y parece que tu tribu no quiere dejarnos ir. Agradecemos que nos hayáis dado comida y refugio, pero…

Zarzoso enmudeció. Narrarrocas no estaba escuchándolo; sus ojos resplandecieron como guijarros en el lecho de un arroyo al mirar al grupo de gatos. Elevando la voz, anunció:

—He recibido una señal de la Tribu de la Caza Interminable. Es hora de una Revelación.

—¿Una Revelación? ¿Qué es eso? —maulló Esquirolina.

—Quizá sea como una Asamblea —murmuró Borrascoso.

—Pero no hay otras tribus con las que reunirse.

—Entonces a lo mejor tiene que ver con la Tribu de la Caza Interminable. —Aunque empezaba a temer que no les permitieran salir de la caverna, Borrascoso no pudo evitar sentir curiosidad por conocer más de las extrañas creencias de la tribu.

Los guardacuevas rodearon más estrechamente a los gatos de clan, y comenzaron a guiarlos hacia el túnel por el que acababa de aparecer

Narrarrocas.

—¡Dejadme! —le espetó Trigueña a uno de ellos—. ¿Adónde nos lleváis?

Borrascoso se preguntó lo mismo. Hasta ese momento había supuesto que el segundo túnel llevaba a la guarida privada de Narrarrocas.

—A la Gruta de las Rocas Puntiagudas —contestó el sanador—. Allí, muchas cosas os quedarán claras.

—¿Y si no queremos ir?

Sin esperar respuesta, Corvino se abalanzó contra el guardián que tenía más cerca, un gato que casi lo doblaba en tamaño. Éste le dio un manotazo sin inmutarse, mandándolo al suelo medio atontado. Plumosa le bufó al guardia, extendiendo una zarpa con las uñas desenvainadas.

A Borrascoso se le erizó el pelo del cuello, pero, antes de que se desatara una auténtica refriega, Zarzoso gritó:

—¡Alto! Si van a darnos una explicación, la escucharemos. Luego decidiremos qué hacer. ¿Me oyes, Corvino?

El aprendiz, levantándose a trompicones con el pelo alborotado y la cola erizada, lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada.

—En marcha —gruñó un guardacueva.

Borrascoso trastabilló y casi perdió el equilibrio cuando el guardián más cercano lo empujó hacia el túnel. Necesitó de todo su autodominio para guardar silencio. Luego se dio cuenta de que Rivera estaba a su lado. La gata maulló, con algo parecido al alivio en la mirada:

—No te preocupes. Pronto se aclarará todo.

—No estoy preocupado —replicó él con frialdad, pues Rivera lo había traicionado—. No podéis retenernos aquí para siempre.

Se sintió casi contento al ver que ella se estremecía.

—Por favor… —susurró la gata—. Tú no lo entiendes. Es por el bien de la tribu.

Borrascoso frunció la boca y se alejó. Entró en el pasadizo detrás de Trigueña, con un par de guardacuevas pisándole los talones.

En la oscuridad, oyó cómo se elevaba la voz de Narrarrocas en una queda salmodia:

—Cuando la Tribu de la Caza Interminable llama, nosotros acudimos a escuchar.

Más voces respondieron por detrás de Borrascoso; no sólo los guardacuevas, sino también los gatos de la tribu que empujaban desde el túnel.

—En roca y lago, en aire y agua, a través de la caída de presas y el lamento de un cachorro, a través del contacto de garras y el latido de sangre, te oímos.

Las voces resonaron entre las sombras. Borrascoso vio la luz de la luna filtrándose por algún punto más adelante, y las orejas erguidas de Trigueña, silueteadas de gris. Entró en otra cueva y, durante un momento, todos sus temores y frustraciones se desvanecieron. Se quedó boquiabierto de asombro.

Aquella caverna era mucho más pequeña que la anterior. Una grieta desigual en lo alto del techo dejaba pasar un rayo de luna que bañaba el suelo con una acuosa luz grisácea. Borrascoso se encontró en medio de un bosque de rocas puntiagudas, muchas más que en la cueva principal; algunas se alzaban desde el suelo y otras colgaban por encima de su cabeza. Unas cuantas se habían unido, como si estuvieran apuntalando el techo; eran de un amarillo claro, y estaban surcadas de diminutos regueros de agua que goteaba sobre el duro suelo de roca.

Ese mismo día había llovido, y el agua se había colado por la grieta hasta dejar un entramado de charcos diseminados. El rugido de la cascada, tan estruendoso en la otra cueva, había quedado allí reducido a un susurro, lo bastante tenue como para oír las gotas que caían del techo.

Todos los gatos de clan estaban en silencio y en sus ojos relucía el mismo asombro que sentía Borrascoso. El lugar le recordó a la Boca Materna; además de estar en una gruta iluminada por la luna, se tenía la misma sensación de hallarse en presencia de algo más grande que uno mismo. Pero aquél no era el hogar del Clan Estelar, sino de la Tribu de la Caza Interminable, ¿y a ésta le importarían unos gatos de territorios tan lejanos? Lo recorrió un escalofrío, y suplicó mentalmente a los antepasados del Clan Estelar: «Protegednos y guiadnos, incluso aquí».

Los guardacuevas empujaron a los gatos de clan más adentro de la gruta, mientras Narrarrocas avanzaba ante ellos hasta plantarse en el centro del bosque de piedra. Una vez allí, se volvió hacia los demás gatos.

—Nos encontramos en la Gruta de las Rocas Puntiagudas —maulló—. El claro de luna está aquí, atrapado en la roca y el agua, como siempre ha sido y siempre será. Ha llegado la hora de una Revelación. Convocamos a la Tribu de la Caza Interminable para que nos muestre su voluntad.

—Muéstranos tu voluntad —corearon los demás.

Casi todos se hallaban allí, tras los gatos forestales; el aire estaba caldeándose con sus cuerpos y su aliento húmedo.

Moviéndose como una sombra, Narrarrocas fue de un lado a otro, examinando los charcos. Sus ojos brillaban y el barro de su pelo parecía más siniestro y pétreo. Rivera le había contado a Borrascoso que su líder había recibido nueve vidas de manos de la Tribu de la Caza Interminable, al igual que el Clan Estelar concedía nueve vidas a los líderes de clan, pero a Borrascoso le había costado creerlo hasta ese momento. Perfilado por la acuosa luz y rodeado de extrañas piedras picudas, Narrarrocas parecía revestido de un gran poder.

Finalmente, el líder de la tribu se detuvo junto a uno de los charcos más grandes y murmuró:

—Te saludamos, Tribu de la Caza Interminable, y te damos las gracias por tu clemencia al salvarnos por fin de Colmillo Afilado.

—Te damos las gracias —murmuraron los demás en respuesta.

Borrascoso se puso tenso. Cuando intercambió miradas con sus amigos, vio en sus ojos la misma confusión que sentía él. ¿Qué quería decir Narrarrocas? ¿Qué era Colmillo Afilado y por qué la tribu necesitaba salvarse de él?

—¿Por qué…? —empezó Esquirolina, pero el bufido de un guardián la hizo enmudecer.

Narrarrocas prosiguió:

—Tribu de la Caza Interminable, te damos las gracias por que nos hayas enviado al felino prometido.

—Te damos las gracias —corearon de nuevo los gatos de las montañas, con voz cada vez más fuerte.

Levantando la cabeza, Narrarrocas ordenó:

—Dejad que se aproxime.

Sin que Borrascoso pudiera protestar, dos corpulentos guardianes lo empujaron hacia delante. Pillado por sorpresa, el guerrero resbaló en un charco y quebró el reflejo de la luna en esquirlas centelleantes. Un grito ahogado brotó de la tribu, y Borrascoso oyó que uno mascullaba:

—¡Mal augurio!

Esforzándose por mantener la calma, se sacudió el agua de las patas y continuó hasta quedar al lado de Narrarrocas, en el centro de las piedras puntiagudas.

—¿Qué pretendes? —quiso saber el guerrero.

Narrarrocas alzó una pata para pedir silencio. Sus ojos destellaban con evidente triunfo.

—No hagas preguntas —murmuró—. Éste es tu destino.

Al mirar alrededor, Borrascoso vio que los gatos de la tribu estaban contemplándolo con la misma expectación y con una especie de felicidad, como si él fuera lo más maravilloso que hubieran visto jamás.

—Es tu destino —repitieron.

Borrascoso había estado en lo cierto desde el principio. La tribu lo consideraba especial, y ahora iba a descubrir por qué.

—Ha llegado la hora —entonó Narrarrocas solemnemente—. El felino prometido está aquí, y por fin seremos salvados de Colmillo Afilado.

—¡No lo entiendo! —estalló Borrascoso—. Jamás he oído hablar de Colmillo Afilado.

Como si sus palabras hubieran roto un hechizo, sus amigos se pusieron en movimiento para unirse a él, pero los guardacuevas se lo impidieron. Esquirolina bufó, y tanto Corvino como Trigueña sacaron las uñas, arañando la fría roca, pero Zarzoso los contuvo con una palabra de advertencia. Era evidente que los guardianes tampoco querían pelear; mantuvieron las garras envainadas y se limitaron a empujar a los gatos forestales a un reducido círculo.

—Colmillo Afilado es un gran gato —empezó Narrarrocas, en voz baja y aprensiva—. Vive en las montañas y ha convertido a la tribu en su presa. Desde hace muchas estaciones está acabando con nosotros, uno a uno.

—Tiene aspecto de león —añadió Peñasco, y preguntó—: ¿Habéis oído hablar de los leones?

—Tenemos leyendas sobre el Clan del León —contestó Borrascoso, preguntándose qué tendría que ver Colmillo Afilado con él—. Los leones son conocidos por su fuerza y sabiduría, y tienen una melena dorada como los rayos del sol.

—Colmillo Afilado no tiene melena —maulló Narrarrocas—. Quizá la haya perdido por su maldad. Es el enemigo de nuestra tribu. —Su voz sonó desolada, y sus ojos destellaron con frialdad al recordar—. Temíamos que no fuera a descansar hasta eliminar a toda nuestra tribu.

—Pero entonces la Tribu de la Caza Interminable nos mandó al felino prometido —intervino Rivera, y Borrascoso giró en redondo al oírla. La gata se le había acercado y estaba mirándolo con ojos rebosantes de admiración—. Borrascoso, tú eres el escogido. Tú nos salvarás. Sé que lo harás.

—¿Cómo podría hacerlo? —Una lenta furia había despertado en el interior del guerrero del Clan del Río, reemplazando su desconcierto—. ¿Qué esperáis que haga?

—Antes de la última luna llena, la Tribu de la Caza Interminable nos envió una profecía —explicó Narrarrocas—. Nuestros antepasados nos dijeron que un felino plateado nos salvaría de Colmillo Afilado. En cuanto te vimos junto a la poza, supimos que tú eras el gato prometido.

—Pero eso no puede ser —protestó Borrascoso—. Yo procedo de un bosque muy lejos de aquí y nunca he visto a Colmillo Afilado.

—Eso es cierto. —Zarzoso se adelantó para situarse junto a su amigo—. Lamentamos que ese Colmillo Afilado os amenace, pero nuestros clanes también se encuentran en peligro.

—Quizá ante un peligro todavía peor —añadió Plumosa nerviosamente —. Tenemos que irnos.

Narrarrocas agitó las orejas. Sin una palabra, los guardacuevas rodearon a los gatos forestales y los empujaron hacia la entrada de la gruta, a todos excepto a Borrascoso, que quedó rodeado por otros gatos. Plumosa trató de ir hacia su hermano, pero un guardián la derribó de un solo mandoble.

—¡Quítale las patas de encima, cagarruta de zorro! —bufó Corvino, lanzándose contra el guardacueva y propinándole un zarpazo en una oreja.

Ambos gatos rodaron por el suelo en una maraña de zarpas, hasta que Zarzoso separó a Corvino.

—Ahora no —ordenó el guerrero atigrado al furioso aprendiz—. A nadie lo ayudará que acabes hecho un guiñapo.

—¡Deberíamos pelear! —gruñó Corvino—. Yo prefiero luchar a estar atrapado aquí.

—Sólo tienes que decirlo —le susurró Trigueña a su hermano—. Les arrancaré el pellejo y se lo echaré a las águilas.

—¡Clan Estelar, ayúdanos! —exclamó Plumosa mientras la obligaban a ir hacia la entrada del túnel—. ¡Demuéstranos que no nos has abandonado!

Al ver cómo separaban a sus amigos de él a base de empujones, de vuelta a la cueva principal, Borrascoso sintió como si estuviera cayendo en un agua negra y profunda. Cuando intentó seguirlos, Peñasco y otro guardián le bloquearon el paso.

—Allí —maulló Peñasco, señalando con la cola al otro extremo de la Gruta de las Rocas Puntiagudas—. Encontrarás un lugar de descanso preparado para ti. —Cuando Borrascoso se volvió hacia él con ojos llameantes, el gato montañés añadió—: No es tan grave. Tú matarás a Colmillo Afilado por nosotros, tal como predijo la Tribu de la Caza Interminable, y luego podrás marcharte si así lo deseas.

—¡Matar a Colmillo Afilado! —exclamó Borrascoso, recordando la fetidez y la figura oscura que había entrevisto en lo alto de la cascada. Aquél debía de ser Colmillo Afilado, rondando la entrada de la cueva; no era de extrañar que Rivera y el resto de la patrulla estuvieran asustados—. ¿Y cómo voy a hacerlo si todos vosotros habéis fracasado? Es una idea descabellada. Estáis todos locos.

—No —maulló Narrarrocas, acercándose de nuevo a Borrascoso—. Debes tener fe en la Tribu de la Caza Interminable. La señal fue clara, y tú has venido, tal como nos anunciaron.

—Mi fe reside en el Clan Estelar —replicó Borrascoso, procurando ocultar el miedo que sentía. ¿Los espíritus de sus antepasados guerreros lo habrían abandonado realmente?

—Ve a tu lugar de descanso —zanjó Narrarrocas—. Te traeremos carne fresca. Hace mucho tiempo que esperamos tu llegada, así que no debes temer que vayamos a tratarte mal.

«No, pero me tendréis prisionero», pensó Borrascoso desesperado. Se dirigió al fondo de la gruta, hacia el sitio que le había indicado Peñasco, y encontró un hueco cálidamente relleno de hierba seca y plumas. A un par de colas había otro hueco en la roca, también cómodamente preparado, y supuso que Narrarrocas dormiría allí.

Bebió agua de un charco cercano y luego se tumbó, apoyando la cabeza en las patas delanteras, para tramar cómo escapar. Pero le costaba pensar con el dolor de la traición latiendo en todo su cuerpo. Había llegado a creer que los gatos de la tribu lo apreciaban de verdad, sin ninguna de las cuestiones que habían ensombrecido sus amistades del Clan del Río por su parentesco o su lealtad. Pero resulta que los gatos de montaña sólo deseaban que él cumpliera con su extraña profecía.

Al cabo de unos momentos apareció Rivera con un conejo en la boca, que depositó tímidamente delante de Borrascoso.

—Lo lamento —susurró la gata—. ¿De verdad es tan malo quedarse en la tribu? Yo quiero ser amiga tuya, si tú me dejas. —Titubeó antes de añadir—: Ahora me quedaré contigo, si te apetece. Tenemos por costumbre atusarnos el pelo unos a otros, especialmente en momentos duros. Lo llamamos dar consuelo mutuo.

El gato pensó que era lo mismo que compartir lenguas. No mucho antes, le habría encantado compartir lenguas con Rivera. Ahora, lo soliviantaba. ¿En serio pensaba la gata que querría estar cerca de ella, después de que le hubiera mentido y traicionado?

—¿Borrascoso…?

Los ojos de Rivera relucieron con compasión, pero su fulgor era un fuego que abrasó a Borrascoso hasta el corazón. El guerrero apartó la cabeza.

Oyó un tenue respingo de Rivera y luego sus pasos al marcharse por el túnel. Una vez a solas, Borrascoso le dio la vuelta al conejo con una zarpa. Al final del día siempre tenía hambre, pero, ahora, la idea de comer le daba

náuseas. Sin embargo, se obligó a engullir la pieza, porque sabía que, pasase lo que pasara después, iba a necesitar de todas sus fuerzas.

Luego se ovilló en su lecho y se quedó mirando el túnel por el que habían desaparecido sus amigos. Peñasco y los otros guardacuevas estaban plantados en la entrada, y mientras los observaba, Narrarrocas surgió de las sombras y pasó entre los guardianes, de regreso a la caverna principal. Entre ellos y Borrascoso había charcos de agua iluminados por la fría luz lunar. Le recordaron al río, pero echó de menos el interminable murmullo, el centelleo y el chapoteo del agua en movimiento.

Al cerrar los ojos para dormir, se dijo con tristeza que jamás debería haber emprendido aquel viaje. El Clan Estelar no lo había elegido ni convocado en sueños. Pero en esos momentos habría dado cualquier cosa por que aquella aventura no fuera más que un sueño; ojalá pudiera despertarse por la mañana y descubrir que estaba de regreso en su hogar del Clan del Río.



# 13

Incómoda, Hojarasca cambió de postura en un círculo de luz de luna y escuchó el suave suspiro del viento en los robles de los Cuatro Árboles. Ella y Carbonilla iban a reunirse con los demás curanderos en la Boca Materna, y la media luna ya estaba bastante alta en el cielo.

—Llegan tarde —gruñó Carbonilla—. Estamos desperdiciando luz de luna.

Cirro, el curandero del Clan de la Sombra, se puso más cómodo en un hueco entre la hierba.

—Enseguida estarán aquí.

Carbonilla agitó la cola.

—Necesitaremos todo el tiempo que tengamos en la Piedra Lunar, especialmente esta noche. Hay que averiguar qué debemos hacer con lo de los Dos Patas.

Hojarasca intentó dominar su propia impaciencia por el retraso de los curanderos del Clan del Río, que ya hacía un buen rato que deberían estar allí. Quizá no les pareciese muy importante compartir lenguas con el Clan Estelar, ya que su territorio no estaba invadido por los monstruos de Dos Patas. Ahora todo estaba en silencio; los monstruos dormían de noche, pero Hojarasca sabía que seguían allí, agazapados en la tierra arrasada, entre los árboles que aún no habían destrozado. El silencio del bosque era antinatural, sin los leves sonidos de presas que siempre se oían mejor por la noche.

Le rugió el estómago al pensar en presas. Antes de partir, Carbonilla le había dado hierbas de viaje para aplacar el hambre, pero no eran de gran ayuda si no podía recordar la última vez que había comido hasta hartarse. Todos los clanes estaban sufriendo; la falta de alimento los había debilitado tanto que no podían correr con la misma velocidad y atrapar las pocas presas que quedaban. Con la amenaza de la estación sin hojas cada vez más cerca, las hojas secas cayendo al suelo cada vez más rápido bajo la fría brisa, Hojarasca no veía en qué podría ayudarlos el Clan Estelar.

Para su vergüenza, el estómago le rugió de nuevo y los demás lo oyeron. Cirro le lanzó una mirada comprensiva.

—Estrella Negra ha mandado guerreros al vertedero, a buscar ratas y carroña —le dijo a Carbonilla. Se le ensombrecieron los ojos—. Aún no hemos tenido ningún brote de enfermedad, pero sólo es cuestión de tiempo.

—Espero que recuerdes las hierbas y bayas que te di cuando estuviste enfermo —maulló la curandera.

—He estado recolectándolas. Sé que las necesitaré dentro de poco.

—Y dile a tu clan que no toque nada de carroña —le advirtió Carbonilla—. Las ratas frescas podrían estar bien, pero no la carroña.

Cirro suspiró.

—Lo he intentado, pero ¿qué puedo hacer cuando Estrella Negra da esas órdenes? La mayoría de nuestros gatos están demasiado hambrientos para importarles qué comen.

En ese momento, Hojarasca vio a Arcilloso, el curandero del Clan del Río, y su aprendiza, Ala de Mariposa, subiendo la ladera desde el río. Se puso en pie, encantada de volver a ver a su amiga, aunque no pudo reprimir una punzada de envidia al advertir que parecía muy bien alimentada, y que su largo pelaje dorado estaba lustroso por su buena salud.

—¡Por fin! —gruñó Carbonilla cuando los dos gatos llegaron—. Empezaba a temer que se te hubiera tragado un pez.

—Bueno, ya estamos aquí.

Arcilloso apenas se paró a saludar; abrió la marcha por el borde superior de la hondonada, hacia la frontera del Clan del Viento.

Carbonilla y Cirro lo siguieron. Hojarasca y Ala de Mariposa se situaron en la retaguardia, hombro con hombro.

—Tuve problemas por aquella lección de pesca —susurró Hojarasca—. Sabía que no debía comerme vuestras presas.

—¡Tu líder no tiene razón! —maulló la otra gata, indignada—. Nosotras somos curanderas.

—Aun así, no deberíamos haberlo hecho. Los curanderos deben atenerse al código guerrero tanto como cualquier gato.

Ala de Mariposa se limitó a soltar un resoplido.

—Creo que lo estoy haciendo bien —maulló al cabo de un momento—. Arcilloso me ha enseñado qué hierbas usar para la tos verde y la tos negra, y la mejor manera de sacar espinas de las almohadillas. Dice que nunca ha visto a nadie que lo haga tan limpiamente.

—¡Genial! —ronroneó Hojarasca.

No le importaba que su amiga alardeara tanto, porque sabía que se sentía muy insegura. Como era hija de una proscrita, muchos gatos del Clan del Río pensaban que no deberían haberle permitido que aprendiese a ser curandera. Ala de Mariposa estaba ansiosa por demostrarles que se equivocaban.

Al acercarse a la frontera del Clan del Viento, Hojarasca sintió cierto nerviosismo. No hacía mucho de la confrontación con el Clan del Viento, y sabía que los guerreros vecinos seguirían mostrándose hostiles. Parecían decididos a mantener en secreto el hambre que estaban pasando, incluso aunque fuese espantosamente obvio por sus cuerpos famélicos y sus ojos apagados. ¿Estarían lo bastante desesperados para atacar a curanderos si los encontraban en su territorio? Hojarasca no dijo nada; Estrella de Fuego se pondría furioso si ella chismorreara con Ala de Mariposa sobre aquel agorero encuentro.

Nadie se detuvo al cruzar la frontera. Se apresuraron a seguir adelante, llevando el ritmo que marcaba la cojera de Carbonilla. Al llegar a lo alto de una suave loma, Hojarasca descubrió a sus pies la peor escena, hasta el momento, de la devastación de los Dos Patas: la herida abierta en el territorio del Clan del Viento era mucho más larga y ancha de lo que habían visto ella y Acedera. Allí había agazapados un par de monstruos de Dos Patas; sus brillantes pelajes refulgían a la luz de la luna. Si una colina se alzaba a su paso, ellos se limitaban a abrirse camino a través de ella,

dejando un montón de tierra a cada lado. ¿Es que iban a devorar todo el páramo?

Con un escalofrío, Hojarasca siguió adelante detrás de su mentora. No muy lejos del campamento del Clan del Viento, el curandero del clan, Cascarón, salió de detrás de un arbusto de aulaga. Aunque Hojarasca se había preparado para su aspecto hambriento, se quedó impactada al verlo: era poco más que un esqueleto andante, cubierto de pelaje desgreñado.

Carbonilla se acercó a entrechocar su nariz con la de él, compasiva.

—Que el Clan Estelar esté contigo, Cascarón —maulló.

—Y con todo mi clan. —Cascarón soltó un suspiro—. A veces pienso que el Clan Estelar quiere que todos nosotros nos unamos a ellos y que no quede ni siquiera un cachorro para mantener vivo el código guerrero.

—Quizá los antepasados nos muestren qué hacer cuando compartamos sueños en la Piedra Lunar —intentó animarlo Carbonilla.

—La situación es cada vez peor para el Clan del Viento —murmuró Ala de Mariposa al oído de Hojarasca, dilatando sus ojos ámbar—. Están robando peces del río de nuevo, ¿sabes? Alcotán pilló a dos de ellos y los echó.

—Tienen que buscar presas en algún sitio.

Hojarasca sabía que la actitud de los gatos del Clan del Viento no era correcta, pero no podía culparlos. No cuando el río estaba lleno de peces, suficientes para alimentar a todos los clanes. Entonces se dio cuenta de que Estrella de Fuego tenía razón: los Dos Patas estaban destrozando el bosque, pero, al hacerlo, también estaban destruyendo las fronteras invisibles entre los clanes. Quizá los gatos sólo sobrevivirían si se unían.

Ala de Mariposa se detuvo a olfatear el aire.

—Espera, huelo a conejo… bueno, creo que es conejo, aunque huele un poco raro. ¡Sí, mira ahí!

Apuntó con la cola hacia una hondonada en el páramo, por la que discurría un arroyuelo sobre un lecho de piedras. Junto a él yacía un pequeño cuerpo marrón.

—Está muerto —señaló Hojarasca.

Ala de Mariposa se encogió de hombros.

—Así que es carroña. Imagino que el Clan del Viento no puede permitirse ser quisquilloso. ¡Eh, Cascarón! —llamó—. Mira lo que he encontrado. —Y empezó a bajar la ladera hacia el conejo.

—¡Detente! —ordenó Cascarón—. ¡No lo toques!

Ala de Mariposa frenó en seco junto al cuerpo inmóvil y miró hacia arriba.

—¿Qué pasa?

Cascarón se reunió con ella, seguido por Hojarasca y los demás curanderos. Cautelosamente, el gato del Clan del Viento se inclinó sobre el conejo y lo olfateó. Hojarasca también olisqueó, y reconoció el penetrante olor que había captado cuando ella y Acedera visitaron el territorio del Clan del Viento. Se le revolvió el estómago y tragó saliva para contener las náuseas. Fuera lo que fuese lo que le había ocurrido a ese conejo, ya no servía como comida.

—Sí, eso pensaba… —murmuró Cascarón con los ojos empañados—. Ahí está de nuevo ese olor… —Volviéndose hacia los otros gatos, explicó quedamente—: Los Dos Patas les han hecho algo malo a los conejos del territorio. Todos mueren. Y si los gatos los comen, también mueren. Hemos perdido a la mitad de nuestros veteranos y a casi todos nuestros aprendices.

Hubo un silencio horrorizado. Hojarasca sintió una compasión dolorosa. Estrella Alta no había contado nada de eso en su confrontación con Estrella de Fuego; el orgulloso líder prefería que los otros clanes pensaran que no podían cazar en su propio territorio a confesar que sus presas los estaban diezmando.

—¿Y tú no pudiste ayudarlos? —preguntó Arcilloso.

—¿Acaso piensas que no lo intenté? —Cascarón sonó desesperado—. Les di milenrama para provocarles el vómito, al igual que hacemos con las bayas mortales. Dos de los más fuertes lo superaron, pero los demás murieron. —Arrancó la hierba que tenía delante; sus ojos ardían con pesadumbre y frustración—. ¿Qué esperanza nos queda cuando incluso nuestras presas pueden matarnos?

Carbonilla restregó el hocico contra su costado.

—Sigamos adelante —murmuró—. Le pediremos al Clan Estelar consejo sobre esto, al igual que sobre lo demás.

—¿No deberíamos enterrar el conejo? —preguntó Hojarasca cuando todos comenzaron a trepar por la ladera—. Por si lo encuentra otro gato.

Cascarón negó con la cabeza.

—Da lo mismo. Ningún gato del Clan del Viento lo tocaría ahora. —Y soltó un gruñido sarcástico—. Hemos aprendido a no fiarnos de la carne fresca de nuestro territorio.

Arrastrando la cola cabizbajo, avanzó pesadamente por el páramo, en dirección a las Rocas Altas.

Hojarasca parpadeó ante la plateada Piedra Lunar, dejando que la relajara hasta que se sintió como un pez hundiéndose en aguas profundas. En aquella caverna, muy por debajo de las Rocas Altas, resultaba fácil creer que el Clan Estelar lo dominaba todo y que los problemas del mundo superior quedaban muy lejos. Pero los curanderos acudían allí sólo para conocer la sabiduría del Clan Estelar y luego transmitirla a sus clanes. En aquellos días aciagos necesitaban esa sabiduría más que nunca.

Los otros curanderos se hallaban tumbados alrededor de la piedra. Ala de Mariposa estaba a su lado; los ojos de la gata del Clan del Río estaban dilatados de admiración ante la resplandeciente superficie cristalina. Intentando concentrarse en sus propios pensamientos, Hojarasca dejó a un lado las dudas que la corroían sobre Ala de Mariposa y su agresivo hermano. Su amiga tenía todo el derecho a estar allí; el mismísimo Clan Estelar le había dado su aprobación dejando un ala de mariposa frente a la guarida de Arcilloso, antes de que fuera aceptada por fin como aprendiza de curandera.

Tras una rápida plegaria al Clan Estelar para pedirle consejo, Hojarasca cerró los ojos y apretó la nariz contra la Piedra Lunar. El frío la atenazó de inmediato como una garra; la dura superficie del suelo de la cueva desapareció debajo de ella y se sintió flotar en la oscuridad.

«¡Esquirolina! Esquirolina, ¿puedes oírme?», llamó en silencio. Estaba ansiosa por comprobar que su hermana seguía sana y salva, y por saber si los gatos elegidos habían hallado una solución a los problemas que sufría el

bosque. Encontrar a Esquirolina le daría cierta esperanza que podría compartir con los demás.

Pero esa noche algo parecía bloquear sus pensamientos. El silencio fue roto por el sonido de agua en movimiento, tan intenso como el trueno, y luego la oscuridad le mostró una catarata cayendo en una poza. Antes de que Hojarasca pudiera entender lo que estaba viendo, las nubes se amontonaron en lo alto. De ellas brotó un espantoso gruñido y vislumbró unos afilados colmillos. Notó la presencia de antepasados guerreros y alargó una pata, buscando el reconfortante amparo del Clan Estelar. Pero sólo captó una imagen parpadeante de ágiles gatos al acecho, embadurnados de barro y sangre. Sus ojos relucían con desesperación, como si estuvieran viendo una escena horrible que quedaba oculta para Hojarasca. La gata creyó que les gritaba, pero ellos no respondieron, y ni siquiera estuvo segura de que hubieran reparado en ella.

Un viento aulló a su alrededor, llevándose todas las visiones, y Hojarasca se despertó sobresaltada. Parpadeó confundida, mirando la caverna, que ahora estaba a oscuras, a excepción del tenue brillo del Manto de Plata. En la escasa luz, distinguió apenas la figura de otra gata tumbada junto a ella, de hermoso pelaje pardo y con las patas y el pecho blancos. Su pelo desprendía un dulce aroma a hierbas.

Durante un segundo, Hojarasca creyó que se trataba de Acedera, hasta que recordó que su amiga se encontraba en el campamento del Clan del Trueno. ¿Y dónde estaban Ala de Mariposa y los curanderos? Entonces advirtió que, excepto por ella misma y la desconocida gata parda, la cueva estaba vacía.

La gata parda abrió los ojos y se volvió hacia Hojarasca.

—Hola —maulló suavemente—. No estés nerviosa por tu hermana ni por tu clan. Ha llegado una época de grandes problemas, pero los clanes son fuertes y tienen el valor para enfrentarse a ellos.

Hojarasca se quedó atónita. Se había despertado en otro sueño. Se le desorbitaron los ojos al comprender quién debía de ser aquella desconocida. Había oído muchas historias sobre la curandera que había trabado amistad con su padre cuando éste llegó al Clan del Trueno, y que lo había guiado en sueños en su camino para convertirse en líder.

—¿Tú eres… eres Jaspeada? —maulló.

La gata parda inclinó la cabeza.

—Lo soy. Ya veo que Estrella de Fuego te ha hablado de mí.

—Sí. —Hojarasca se quedó mirándola con curiosidad—. Me contó cuánto lo ayudaste.

—Yo lo quise tanto como a cualquier gato —ronroneó Jaspeada—. Tal vez incluso más de lo que debía, siendo curandera. Si el Clan Estelar no me hubiese escogido para seguir su senda, las cosas podrían haber sido diferentes. —Entornó los ojos con afecto—. Nunca tuve hijos, Hojarasca, pero no puedo expresar lo feliz que me hace que una hija de Estrella de Fuego esté siguiendo el camino de los curanderos. Sé que el Clan Estelar tiene grandes cosas preparadas para ti.

Hojarasca tragó saliva.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —maulló titubeante.

—Por supuesto.

—¿Puedes ver a Esquirolina? ¿Se encuentra bien?

Hubo una larga pausa.

—No puedo verla —contestó Jaspeada al cabo—, pero sé dónde está. Está a salvo, y de regreso a casa.

—¿Por qué no puedes verla si sabes dónde está?

Los ojos de Jaspeada brillaron con dulzura y compasión.

—Ahora, Esquirolina se halla en manos de unos antepasados guerreros diferentes.

—¿Qué quieres decir? —Hojarasca recordó a los extraños gatos que había visto cuando intentaba contactar con su hermana. Se levantó de un salto, con los ojos dilatados—. ¿De quiénes son antepasados esos espíritus guerreros? ¡No puede haber más de un Clan Estelar!

Jaspeada rió suavemente.

—El mundo es muy grande, querida jovencita. Hay otros gatos a los que guían otros espíritus. Siempre hay cosas que aprender.

A Hojarasca le dio vueltas la cabeza.

—Yo… cr… creía… —tartamudeó.

—El Clan Estelar no controla el viento ni la lluvia, ¿verdad? No ordena al sol que salga ni a la luna que crezca y mengüe… No temas, pequeña.

Desde ahora, allá donde vayas, yo iré contigo…

Su voz empezó a apagarse; su pelaje palideció y su silueta pareció fundirse con la oscuridad. Durante un segundo más, Hojarasca pudo ver su blanco pecho reluciendo como una estrella y sus centelleantes ojos. Luego se despertó, saliendo del sueño a la cueva, donde Ala de Mariposa y los curanderos estaban empezando a despertar a su alrededor.

«¿Es eso cierto? —se preguntó, aturdida—. ¿Esquirolina y los demás están en poder de otro clan? ¿Y de verdad existen poderes distintos de los del Clan Estelar… y significa eso que el Clan Estelar no podrá salvar al bosque?».

Mientras se levantaba tambaleándose, percibió todavía un rastro del dulce aroma de Jaspeada.



# 14

Presa de la impotencia, Plumosa volvió la vista hacia la entrada del túnel mientras los guardacuevas los empujaban hacia la caverna principal. La gata sintió como si unas garras invisibles estuvieran arrancándole el corazón con cada paso que la alejaba de su hermano.

¿Qué había querido decir Narrarrocas con que Borrascoso era el felino prometido que salvaría a la tribu de Colmillo Afilado? Sin duda, su hermano era un guerrero fuerte y valiente, más diestro en el combate que los otros expedicionarios, pero, si Colmillo Afilado era tan enorme y terrible como decían, ¿qué podría hacer incluso el guerrero más valeroso?

—Por favor —maulló a uno de los guardianes, un gran atigrado llamado Roquedal bajo el Cielo de Invierno—, no podéis retener a Borrascoso ahí. Su sitio está con nosotros.

En los ojos del aludido había compasión, pero aun así negó con la cabeza.

—No. Él ha sido enviado hasta aquí por la Tribu de la Caza Interminable. Ellos nos dijeron que vendría un felino plateado.

—Pero…

—No intentes discutir con él —gruñó Corvino al oído de Plumosa—. No sirve de nada. Si tenemos que sacar a Borrascoso de aquí peleando, lo haremos.

Plumosa observó el pelo erizado del aprendiz del Clan del Viento, y el feroz coraje que brillaba en sus ojos.

—No podemos —contestó apenada—. Ellos son demasiados.

—No entiendo por qué la tribu está tan preocupada por Colmillo Afilado —maulló Corvino con voz desdeñosa—. No le hemos visto ni los bigotes desde que llegamos aquí, así que ¿dónde está el problema?

—Da las gracias por no haberlo visto —replicó Roquedal.

Corvino le enseñó los dientes, pero esa vez no saltó sobre el guardián, sino que se volvió para tocar con la nariz el hocico de Plumosa. La guerrera sabía que Corvino se habría enfrentado a toda la tribu por ella, pero él tenía que comprender que luchar no serviría de nada en esa ocasión.

Los guardacuevas los condujeron a través de la caverna hasta sus lugares de descanso.

—¿Qué ocurre? —maulló Zarzoso, sorprendido—. ¿No vais a echarnos de aquí?

—¿En plena noche? —bufó Roquedal—. No somos crueles. Ahí fuera hace frío y hay peligros. Podéis comer y descansar aquí; os marcharéis por la mañana.

—¿Con Borrascoso? —espetó Trigueña, desafiante.

Roquedal negó con la cabeza.

—No. Lo lamento.

Los guardacuevas se marcharon, excepto Roquedal y otro, que se quedaron vigilando a unas pocas colas de distancia. Un par de pupilos les llevaron carne fresca.

—¿No es genial? —maulló uno de ellos entusiasmado, tras dejar en el suelo la presa que cargaba—. ¡Ahora Colmillo Afilado sabrá lo que es bueno!

—Cierra el pico, cerebro de escarabajo —gruñó su amigo, clavándole bruscamente una uña en el costado—. ¿Es que no recuerdas que Peñasco nos ha dicho que no habláramos con ellos?

Se marcharon deprisa, mirando alrededor para asegurarse de que nadie había visto cómo desobedecían las órdenes.

—¡Yo no pienso comerme eso! —bufó Corvino, mirando ceñudo el pequeño montón de carne fresca—. No quiero nada que venga de estos gatos.

—¡Por el gran Clan Estelar! —Trigueña soltó un sonoro suspiro—. ¿Y cómo va a ayudarte eso, estúpida bola de pelo? Ahora necesitas doblemente

de todas tus fuerzas: para salvar a Borrascoso y para salvar al bosque.

Corvino masculló algo inaudible, pero no volvió a protestar y se limitó a sacar un halcón del montón de presas.

—¿Y bien? —inquirió Esquirolina, después de que repartieran el resto de las piezas y se apiñaran para comer—. No vamos a aguantar esto, ¿verdad? ¿Qué vamos a hacer?

—No hay mucho que podamos hacer —señaló Zarzoso—. No somos suficientes para derrotar a los guardacuevas.

—No pensarás dejar aquí a Borrascoso… —Los ojos verdes de Esquirolina se dilataron de incredulidad.

Zarzoso hizo una pausa. Plumosa vio una indecisión agónica en la expresión del atigrado, y eso la preocupó. Desde el inicio de la misión, ella había llegado a respetar al joven guerrero como el líder tácito del grupo; si él no sabía qué hacer, entonces ¿qué esperanza había para Borrascoso?

—No deberíamos haber venido a estas montañas —gruñó Trigueña—. Esto es cien veces peor que el poblado de Dos Patas. Medianoche mencionó gatos en una tribu, así que debía de conocer la existencia de Colmillo Afilado. ¿Por qué, entonces, nos mandó por este camino?

—Ha sido una trampa desde el principio —resopló Corvino—. Sabía que no debíamos confiar en esa tejona.

—Pero ¿por qué iba a engañarnos Medianoche? —objetó Zarzoso—. El Clan Estelar nos envió hasta ella, y ella nos advirtió que los Dos Patas estaban destruyendo el bosque. Si no podemos fiarnos de Medianoche, entonces nada tiene sentido.

Plumosa iba a darle la razón, pero de repente se acordó de algo que había dicho Puma cuando estaban en el lindero del bosque, discutiendo sobre qué camino tomar.

—Puma intentó decirnos que no viniéramos por las montañas —maulló—, y Medianoche no lo dejó hablar. Tenéis razón. Los dos lo sabían. —Miró alrededor y vio su propia alarma reflejada en la cara de sus amigos.

—Medianoche dijo que necesitaríamos mucho valor —recordó Zarzoso tras una tensa pausa—. Dijo que el camino estaba trazado para nosotros. De modo que si ella conocía la existencia de la tribu y de Colmillo Afilado,

debe de haber un modo de superar esta encerrona. Eso me hace pensar que debemos de estar siguiendo el camino correcto.

—Eso lo dices tú —replicó Corvino con desdén—. Supongo que a un guerrero del Clan del Trueno no le importa si un gato del Clan del Río se queda atrás.

—¿Y qué le importa al Clan del Viento? —se sulfuró Esquirolina, defendiendo a su compañero de clan—. Me parece que estarías encantado si el hermano de Borrascoso no siguiera aquí para vigilarte.

Corvino se puso en pie de un salto, bufando desafiante. Los ojos verdes de Esquirolina llamearon. Horrorizada, Plumosa se obligó a levantarse y separar a Corvino.

—¡Parad! —ordenó—. ¿No veis que estáis empeorando las cosas?

—Plumosa tiene razón —maulló Trigueña—. Aquí da igual de qué clan procedamos. Además, cuatro de nosotros estamos divididos entre dos clanes… ¿Alguna vez se os ha ocurrido que el Clan Estelar podría habernos elegido precisamente por eso? Si reñimos unos con otros, lo perderemos todo.

Esquirolina abrasó con la mirada a Corvino un momento más, antes de retroceder y ponerse a dar mordiscos a un conejo. Corvino miró a Plumosa a los ojos, y luego agachó la cabeza y musitó:

—Lo siento.

—Entonces, a lo mejor ya podemos debatir qué hacemos sin arrancarnos el pelo mutuamente —maulló Trigueña con aspereza. Al ver que nadie respondía, continuó—: No olvidéis que Borrascoso no fue uno de los elegidos por el Clan Estelar en primer lugar. Solamente está aquí porque no quería que Plumosa viniese sola a esta misión. —Hizo una pausa, y sus ojos reflejaron más inquietud cuando añadió—: ¿Y… y si estos gatos están en lo cierto y Borrascoso es el felino prometido que va a salvarlos de Colmillo Afilado?

—¡Ésa es una idea de ratón descerebrado! —exclamó Corvino.

Plumosa no estaba tan segura. Trigueña había dado voz a los temores que ella misma sentía desde que Narrarrocas les había hablado de la profecía. En realidad, ella no definiría el pelaje de Borrascoso como plateado —era más oscuro, más semejante al de Látigo Gris—, pero su

hermano había llegado a la tribu, tal como habían prometido sus antepasados guerreros.

—¿Significa eso…? —Se le quebró la voz y tuvo que empezar de nuevo—. ¿Significa eso que vamos a dejarlo aquí?

—No, claro que no. —Zarzoso sonó decidido—. Éstos no son nuestros antepasados guerreros. El Clan Estelar no tiene nada que ver con esta tribu, pero no podemos sacar a Borrascoso de aquí sin luchar, así que tendremos que hacerlo de otra manera. Por la mañana, cuando nos digan que nos vayamos, obedeceremos sin rechistar. Luego regresaremos a hurtadillas y rescataremos a Borrascoso.

Los amigos guardaron silencio, mirándose unos a otros, como sopesando la idea. Plumosa comenzó a sentir una leve esperanza. Luego advirtió que los guardacuevas estaban observándolos con recelo, y se preguntó si habrían oído algo. Agitó las orejas, y los gatos de clan, tras seguir su mirada, se apretujaron más.

—Eso es fácil decirlo —maulló Corvino en voz baja, ya nada desdeñoso—. Tendríamos que volver a entrar en esa gruta interior, y todo este sitio está plagado de guardacuevas.

—Podríamos esperar hasta que oscurezca —sugirió Trigueña.

—Y el estruendo de la cascada ahogaría nuestras pisadas —añadió Esquirolina con optimismo.

Corvino siguió mostrándose indeciso.

—No estoy tan seguro… ¿No habéis notado que esos gatos están tan acostumbrados a ese ruido que pueden oír el chillido de un cachorro desde el otro extremo de la caverna?

Plumosa le dio la razón. Miró alrededor, preguntándose si la oscuridad o el ruido de la cascada los ayudaría en algo. La claridad lunar se filtraba en la gruta a través de la cortina de agua atronadora, pero las sombras eran densas junto a las paredes. Quizá fuera posible. Además, por muy difícil que pareciese, tenían que intentarlo. Borrascoso era su hermano.

—Yo estoy dispuesta a intentarlo —anunció—. Podéis dejarme atrás si queréis.

—Bueno, pues yo… —empezó Corvino.

—No intentes detenerme —lo interrumpió Plumosa—. Sé que debemos llevar a los clanes el mensaje del Clan Estelar antes de que sean destruidos junto con el bosque, pero para eso no hacemos falta todos. Yo puedo quedarme aquí.

—¿Quién dice que iba a intentar detenerte? —exclamó Corvino indignado, erizando el cuello—. Iba a decir que te ayudaría, pero si no me quieres a tu lado…

—No seas cerebro de ratón. —Plumosa le dio un lametón en la oreja—. Perdona si te he malinterpretado. Por supuesto que te quiero a mi lado.

—Yo creo que no deberíamos dividirnos. —Zarzoso entornó los ojos pensativamente—. Es todos o ninguno. Emprendimos juntos esta misión y la acabaremos juntos… y eso incluye a Borrascoso. —Con más brío, añadió—: Terminemos de comer y durmamos un poco. Necesitaremos todas nuestras fuerzas.

Plumosa procuró obedecer y se obligó a comerse el polluelo de halcón que el pupilo le había llevado, aunque tenía el estómago revuelto por la aprensión. Trató de centrar sus pensamientos en lo leales que eran sus amigos de los otros clanes. Costaba imaginar que volverían a separarse en sus distintos clanes una vez que regresaran al bosque. ¿Cómo podría ella retomar su vida habitual sin ellos?

Se ovilló en su hueco, lo bastante cansada para dormir, pero luego se incorporó de nuevo. «¿Qué ha sido eso?». Giró la cabeza a un lado para escuchar. Captó un susurro de voces, aunque no había gatos cerca, excepto sus amigos, todos dormidos. Moviendo las orejas, se quedó petrificada. Las voces procedían de la cascada, casi ahogadas por el fragor del agua. Aguzando el oído, logró distinguir lo que decían.

—El felino plateado ha llegado —parecían susurrar—. Colmillo Afilado será destruido.

«No —protestó Plumosa en silencio, instintivamente. No se paró a averiguar con quién se estaba comunicando—. Os equivocáis. Borrascoso no es vuestro gato. Él debe partir con nosotros».

Aguardó una respuesta, pero las voces se habían esfumado en el rugido del agua. Plumosa se preguntó si las habría oído de verdad. Pasó un largo rato; la luz de la luna se arrastró por el suelo de la caverna y se desvaneció

antes de que el agotamiento venciera a la gata, que por fin se sumió en un sueño intranquilo.

Plumosa se despertó cuando una zarpa la sacudió por el omóplato rudamente. Al abrir los ojos, vio el semblante serio de Peñasco.

—Es hora de partir —anunció el gato.

Otros guardias estaban despertando a sus amigos. Mientras salía tambaleándose de su hueco, Plumosa vio a Narrarrocas plantado ante la entrada del pasaje que llevaba a la Gruta de las Rocas Puntiagudas. Lo flanqueaban dos guardacuevas y Plumosa creyó entrever unos cuantos más dentro del túnel; los gatos de la tribu querían que Borrascoso estuviera bien custodiado ante cualquier intento de rescate.

—Os acompañaremos hasta el límite de nuestro territorio, y desde allí os mostraremos el mejor camino para atravesar las otras montañas —maulló Peñasco.

—¿Y qué pasa con Borrascoso? —preguntó Zarzoso, sacudiéndose una pluma del pelo—. No podemos marcharnos sin él.

El último intento del guerrero por liberar a su amigo pacíficamente estaba condenado al fracaso. Peñasco negó con la cabeza antes de que Zarzoso terminara de hablar.

—No podéis llevároslo —contestó—. Su destino es quedarse aquí y salvarnos de Colmillo Afilado. Cuidaremos de él y lo honraremos.

—Y así, todo solucionado, ¿no? —masculló Corvino disgustado.

Los guardacuevas rodearon a los gatos de clan y los empujaron hacia la entrada. Plumosa se fijó en que Corvino seguía cojeando por el golpe que le había propinado uno de los guardianes la noche anterior.

—¿Estás bien para viajar? —le preguntó al oído.

—¿Crees que tengo otra opción? —replicó él con tono desagradable, pero se volvió hacia ella para tocarle el hocico con la nariz—. No te preocupes. Estaré bien.

Justo antes de llegar a la cascada, Plumosa oyó que la llamaban y al volverse vio que Rivera corría hacia ella.

—Yo… yo quería despedirme —maulló la gata al llegar a su lado—. Lamento que las cosas hayan salido así. Pero, sin tu hermano, Colmillo Afilado aniquilará a nuestra tribu.

Plumosa la miró a los ojos. Sabía que Rivera creía en lo que decía, y no podía olvidar que Borrascoso pensaba que aquella gata era su amiga. Él no hacía amigos con facilidad; era uno de los legados de ser mestizo, siempre sintiendo que tenía que demostrar su valía más que los otros, como si nunca pudiera luchar bastante o atrapar suficientes presas. Plumosa había visto cómo Rivera se ganaba la confianza de su hermano, pero ahora lo había traicionado, y probablemente lo vería morir en un combate con Colmillo Afilado por el bien de su tribu.

—Vamos.

Corvino le rozó con la cola el costado, ya húmedo por el agua en suspensión de la cascada. Plumosa le dio la espalda a Rivera sin más. Mientras avanzaba por el estrecho reborde, aguzó el oído buscando captar las voces de la estruendosa agua, pero sólo oyó el incesante ruido de la espumeante cascada.

«Quienesquiera que seáis, volveremos a buscar a mi hermano —juró en silencio—. Él es nuestro, y su destino se encuentra muy lejos de aquí».

Los gatos forestales atravesaron las montañas hasta que el sol alcanzó casi su cenit. Los guardacuevas iban al mismo ritmo que ellos, escoltándolos a ambos lados, con la vista clavada en el camino. No se detuvieron ni siquiera a cazar, y el tenso silencio hizo que Plumosa sintiera un hormigueo en el cuerpo.

La guerrera intentaba memorizar cada una de las rocas, los árboles, los recodos de la senda, con la esperanza de que pudieran seguir su propio rastro para regresar a la caverna. Las laderas pedregosas ya le resultaban más familiares, pero todos los senderos se asemejaban. En cambio, los guardacuevas parecían saber exactamente adónde iban, y en ocasiones esquivaban grandes rocas o precipicios.

Peñasco los guió por una ladera cubierta de piedras sueltas hasta un arroyo de montaña.

—Bebed —les ordenó, señalando la corriente de agua.

Corvino entornó los ojos, observando los guijarros resbaladizos de la orilla, y Trigueña intercambió una mirada de desconfianza con su hermano.

—No vamos a empujaros al agua —espetó Peñasco, irritado—. En las montañas hay que beber siempre que se pueda.

Todavía recelosos, los gatos de clan se agacharon a beber el agua helada.

El aire era gélido y el sol relucía en un cielo azul celeste. El viento les alborotaba el pelo, pero no había indicios de lluvia que pudiera borrar el rastro oloroso. Aliviada, Plumosa vio que a Corvino ya no parecía molestarle el golpe recibido, y que la cojera era menos evidente ahora que el aprendiz estaba ejercitando la pata magullada. Trigueña también se las estaba arreglando bien; aunque Plumosa la vio hacer alguna mueca al tener que dar un salto difícil, no la oyó quejarse ni una sola vez.

Después de ascender una escarpada pendiente, Peñasco dio el alto.

—Éste es el límite de nuestro territorio —anunció, aunque no había marcas olorosas que señalaran una frontera—. A partir de aquí continuaréis solos.

Plumosa se sintió aliviada. Estaba deseando alejarse de aquellos guardacuevas callados y serios.

—Encaminaos hacia esa montaña —los instruyó Peñasco, señalando una cima pronunciada, cuyas laderas superiores lucían el blanco de la nieve —. Un sendero la rodea hasta unas tierras verdes, al otro lado. Deberíais estar a salvo de Colmillo Afilado hasta que caiga la noche.

Plumosa pensó que el gato exageraba lo de Colmillo Afilado para advertirles de que había otros peligros acechando entre las rocas. Su sospecha se confirmó al ver que uno de los guardias le dirigía a Peñasco una mirada ceñuda.

—Adelante —maulló el gato montañés bruscamente, sin darles la oportunidad de hacer más preguntas—. Aprovechad que todavía queda bastante tiempo de luz. —Inclinó la cabeza en dirección a Zarzoso—. Adiós. Ojalá nos hubiéramos conocido en circunstancias normales. Nuestras tribus tienen mucho que enseñarse mutuamente.

—Pues no hay nada que yo quiera aprender de ti —mascullÓ Esquirolina, y por una vez Corvino estuvo de acuerdo con ella.
—Sí, ojalá. —Zarzoso les lanzó una mirada glacial a sus compañeros para que se callaran—. Pero no puede haber amistad entre nosotros mientras retengáis a nuestro amigo.
Peñasco volvió a inclinar la cabeza; parecía realmente apesadumbrado.
—Ése es nuestro destino y el suyo, tal como han prometido nuestros antepasados guerreros. Al igual que la promesa que os han hecho los vuestros.
Llamó al resto de su patrulla, y los guardacuevas se quedaron esperando mientras Zarzoso guiaba a sus amigos por una loma herbosa. Pronto, la hierba dio paso a piedras sueltas que ascendían hacia una cresta de rocas punzantes.
Zarzoso se detuvo en lo alto. Plumosa miró hacia abajo y vio que Peñasco y los guardianes seguían observándolos sin pestañear.
—Quieren asegurarse de que nos marchamos —gruñó Trigueña—. Eso significa que probablemente se queden vigilando por si regresamos.
Corvino se encogió de hombros.
—Peor para ellos. —Flexionó las uñas contra la roca desnuda—. Si nos encontramos con una patrulla aquí fuera, acabará hecha picadillo.
Zarzoso le lanzó una mirada.
—Haremos esto sin pelear —maulló—. Recuerda que no podemos permitirnos heridas tan lejos de casa. Mientras tanto, sigamos andando para que crean que nos hemos resignado.
Abrió la marcha entre las rocas. Al otro lado, la tierra descendía abruptamente hasta una hondonada herbosa. Un arroyuelo brotaba de una grieta y caía en un pequeño estanque. Algunos arbustos crecían junto a él. El viento le llevó a Zarzoso olor a conejos.
—¿Podemos parar aquí? —suplicó Esquirolina—. ¿Recordáis lo que nos han dicho de beber siempre que podamos? Podríamos cazar y descansar hasta que sea la hora de volver atrás.
Zarzoso vaciló.
—De acuerdo. De todas formas, será mejor que montemos guardia por si los guardacuevas vienen a echar un vistazo.

—Yo haré el primer turno —se ofreció Trigueña—. Mi bíceps está bien, y puedo llamaros si hay problemas.

Con cautela, andando tan sigilosamente como si estuviera acechando a un ratón, Trigueña se deslizó entre las rocas y desapareció. Esquirolina ya estaba bajando a saltos hacia la hondonada, exclamando:

—¡Vamos! ¡Me muero de hambre!

—Ahuyentará a todas las presas desde aquí hasta las Rocas Altas —rezongó Corvino mientras Zarzoso seguía a la aprendiza.

Plumosa se quedó mirando cómo el guerrero alcanzaba a Esquirolina y luego continuaban juntos, rozándose. Se habían vuelto inseparables, aunque todavía no eran muy conscientes de eso.

—No te preocupes por Esquirolina —le dijo a Corvino—. Vamos a ver si hay peces en ese estanque. Podría darte una clase de pesca, por si quieres atrapar peces cuando volvamos a casa. —Miró al suelo—. Será un conocimiento muy útil, pase lo que pase.

Corvino se animó.

—Vale… —Pareció querer decir algo más, pero luego descendió la ladera tras los gatos del Clan del Trueno sin añadir una palabra.

Plumosa lo siguió, con la cabeza confundida por sus sentimientos hacia Corvino y sus temores por Borrascoso. Se acercó al agua para observar sus azules profundidades. Ella y Corvino tenían mucho tiempo para decidir qué harían cuando regresaran al bosque. Intentó acallar la vocecilla insistente que no dejaba de repetirle que los gatos de clanes diferentes no podían estar juntos sin ocasionar problemas. Negó con la cabeza con impaciencia; en esos momentos, lo único en que deberían estar pensando era en encontrar presas que les dieran fuerzas para rescatar a Borrascoso.

Un destello plateado atrajo su atención, y alargó una pata con las uñas extendidas para capturar un pez.

Corvino se le unió con una mueca al pisar la orilla embarrada del estanque. Se sentó al lado de Plumosa, pero, en vez de mirar al agua, miró a la gata a los ojos.

—Sé que no debería preguntarte esto, pero… ¿querrás seguir viéndome cuando regresemos a casa? —El aprendiz se miró las patas para añadir—: Quiero ser leal a mi clan, pero… nunca ha habido nadie como tú, Plumosa.

Ella sintió un cosquilleo de felicidad y emoción. Le tocó el hocico con la nariz, y percibió cuánto le costaba a Corvino creer que ella pudiera quererlo lo suficiente para cruzar las fronteras de clan por él.

—Sé cómo te sientes. Tendremos que esperar y ver; quizá no sea tan difícil. Con todo lo que está sucediendo en el bosque, a los clanes no les quedará más remedio que unirse.

Para su sorpresa, Corvino negó con la cabeza.

—No veo cómo. Siempre ha habido cuatro clanes.

—Bueno, quizá ese «siempre» vaya a cambiar —replicó ella en voz baja—. Y ahora, ¿qué tal si pescamos?

Corvino le rozó el omóplato con la cola y se agachó junto al agua. Al cabo de unos segundos, dio un manotazo. Un pez trazó un arco fuera del estanque y cayó retorciéndose en el suelo. Corvino lo agarró con la boca antes de que se deslizara de nuevo al agua.

Plumosa dio un salto y hundió el hocico en su omóplato.

—¡Bien hecho! Te convertiremos en un gato del Clan del Río. Oh. —Se interrumpió, confundida, pero Corvino parpadeó al comprender sus palabras.

Los ojos del aprendiz centellearon. Plumosa deseó que sus compañeros pudieran ver aquel aspecto del aprendiz, vehemente y entusiasta, en vez de la cara latosa y cascarrabias que prefería mostrarles.

—Los guardacuevas se han ido —anunció Trigueña a sus espaldas—. Pero voy a seguir vigilando.

Poco después, Zarzoso y Esquirolina regresaron de su partida de caza con un par conejos y varios ratones. Junto con los peces de Corvino y Plumosa, había suficiente carne fresca para todos.

Se turnaron para montar guardia, pero no había ni rastro de gatos montañeses. Pasaron el resto del día refugiados entre los arbustos. Plumosa se sentía más cómoda allí fuera, en el silencioso espacio abierto, que en aquella ruidosa y oscura cueva.

En el cielo aparecieron nubarrones amenazantes que taparon el sol. El viento amainó y el ambiente se tornó denso y húmedo, como si fuera a estallar una tormenta.

Por fin, la última luz diurna se fue y las sombras comenzaron a crecer en la hondonada.

Zarzoso se puso en pie.

—Ha llegado la hora —maulló.

Enfiló ladera arriba y los demás lo siguieron. De pronto, Plumosa advirtió que destacaban mucho contra las rocas, especialmente Esquirolina, con su pelaje rojizo, y ella, con su color gris claro.

—Esto no va a salir bien. Seguro que nos verán llegar —maulló nerviosamente.

—Espera. —Esquirolina entornó los ojos—. Podríamos revolcarnos en el barro. Así pareceríamos gatos de la tribu, sobre todo en la oscuridad. Y también ayudaría a disimular nuestro olor.

Trigueña la miró con gran respeto.

—Es la mejor idea que he oído en toda una luna.

Los ojos verdes de Esquirolina resplandecieron. La aprendiza corrió al estanque y empezó a examinar la orilla.

—¡Aquí hay barro de sobra! —exclamó, y se puso a rodar por el suelo para embadurnarse bien.

Corvino agitó los bigotes con disgusto, mientras todos seguían a Esquirolina.

—Justo la clase de idea que se le ocurriría a ella. Aunque es muy ingeniosa —admitió el aprendiz a su pesar.

Plumosa se estremeció al acercarse al borde del estanque y notar cómo el barro le envolvía las zarpas. El frío le llegó hasta la piel al tumbarse en la pegajosa orilla, y pensó que por lo menos su espeso pelaje del Clan del Río estaba adaptado para la humedad. Corvino se sentiría mucho más incómodo con su corto pelo, alisado por el viento, aunque, por una vez, el aprendiz no se quejó. Ella le dedicó un guiño afectuoso, recordando lo que le había dicho antes, que quería seguir viéndola cuando regresaran a casa. En esos momentos, Plumosa deseaba no dejar de verlo jamás.

Con el pelo de punta, untado de barro, los gatos regresaron a la cresta rocosa y descendieron por el otro lado, entrando de nuevo en el territorio de la tribu, cautelosamente. Plumosa irguió las orejas, alerta al sonido de otros gatos, y todos se detenían cada pocos pasos a olfatear el aire. Incluso con el

disfraz propuesto por Esquirolina, había un gran riesgo de que los descubrieran, y nadie sabía cuánto tiempo retendrían a Borrascoso. Plumosa sabía lo desesperados que estaban por que se cumpliera la profecía de sus antepasados. Puede que ella y sus compañeros estuvieran volviendo para encontrarse con la muerte.

Zarzoso casi tocaba el suelo con la nariz mientras seguía su propio rastro de esa mañana. Plumosa se esforzaba por recordar las referencias geográficas por las que habían pasado, pero todo parecía distinto en la creciente oscuridad. Estaban descendiendo por un sendero escarpado entre piedras rotas cuando Corvino frenó en seco, levantando la cabeza con la boca abierta. Entonces se volvió hacia Plumosa y la empujó tras una roca, indicando enérgicamente a los demás que se escondieran también.

Un segundo después, Plumosa captó el mismo olor: ¡gatos montañeses! Asomándose con cuidado, vio una patrulla de ágiles apresadores avanzando en su dirección por el camino, con la boca llena de presas y una escolta de guardacuevas. La guerrera se puso en tensión, esperando que la patrulla percibiera su olor y los atacara, pero los gatos pasaron ante su escondrijo sin detenerse y desaparecieron en la oscuridad. El barro de Esquirolina debía de haber enmascarado su olor, tal como esperaban.

—Ya es la segunda vez que te salvo —bromeó Corvino, retrocediendo para que Plumosa pudiera incorporarse.

Ella frotó su nariz contra la de él, con un ronroneo risueño.

—Lo sé. No lo olvidaré, no te preocupes.

Zarzoso salió de entre las rocas al otro lado del sendero, indicando a los demás que continuaran. Esta vez fue Trigueña quien se colocó en último lugar, vigilando la retaguardia por si aparecían otros apresadores de camino a casa. Cuando llegaron al río, la luna estaba alzándose por encima de las cumbres más altas; era un resplandor difuso tras el telón de nubes. Todavía alertas por si oían a más gatos de la tribu, siguieron las turbulentas aguas hasta que oyeron el rugido de la cascada en la distancia.

—Ahora silencio —susurró Zarzoso—. Nos estamos acercando.

Avanzaron sigilosamente hasta la parte superior de la catarata. Plumosa se agachó en la orilla, observando cómo las oscuras aguas caían por el

borde rocoso. Entonces un relámpago estalló en el cielo, y la gata oyó por encima del estruendo del agua el retumbar de truenos.

—Se avecina una tormenta —le susurró Corvino al oído.

Una gruesa gota de lluvia aterrizó en la cabeza de Plumosa, que se la sacudió. El ruido y la confusión de una tormenta podría ayudarlos, pero luego temió que eso hiciera que hubiese más gatos de lo habitual dentro de la cueva. Borrascoso ya estaba celosamente custodiado… no podían esperar vencer a toda la tribu.

—Vamos —masculló Esquirolina.

Estallaron más relámpagos y otra serie de truenos retumbó sobre sus cabezas mientras miraban hacia abajo. Plumosa apenas podía distinguir la espuma blanca del agua al caer en la poza. Luego creyó ver un movimiento al final del sendero.

—¿Qué es eso? —Corvino también lo había visto.

Como en respuesta, un rayo hendió el cielo. Trigueña soltó un maullido horrorizado. Durante un segundo que pareció durar una eternidad, la blanca luz iluminó la figura de un gigantesco gato leonado que avanzaba a hurtadillas por el camino; el animal se detuvo mientras el trueno sacudía el cielo, y luego continuó hasta desaparecer detrás de la cascada.

¡Colmillo Afilado!



# 15

Un espantoso chillido surgió de la caverna, atravesando la cascada y el sonido de la lluvia que había empezado a caer sobre los gatos de clan. Plumosa pegó un salto; hasta su último pelo le decía que huyera de allí tan deprisa como pudiera. Sólo se contuvo por el peligro en que se hallaba Borrascoso.

—¡Vamos! —ordenó Zarzoso con voz tensa.

Los demás gatos lo miraron con incredulidad.

—¿Ahí abajo? —espetó Corvino—. ¿Es que tienes cerebro de ratón?

—¡Piensa! —Zarzoso ya estaba saltando hacia la entrada de la cueva, pero se detuvo para encararse con el aprendiz—. Con Colmillo Afilado en la cueva, nadie reparará en nosotros. Es nuestra única oportunidad de liberar a Borrascoso.

Y sin aguardar a ver si los otros lo seguían, descendió por las rocas hacia el camino.

—¡Sigo pensando que está loco! —masculló Corvino, pero fue tras él.

Plumosa también bajó, resbalando sobre las piedras húmedas e intentando clavar penosamente las uñas para mantener el equilibrio. Recorrió la cornisa que discurría tras la cascada sin apenas tiempo de pensar que podría caer a las turbulentas aguas del fondo. Los chillidos aumentaron de volumen. A Plumosa la invadió el espanto por lo que encontrarían en la cueva. En ese preciso momento, Colmillo Afilado podría estar clavando sus dientes en el cuello de Borrascoso, arrancándole la piel y convirtiéndolo en carne fresca.

Entró en la cueva y se detuvo detrás de Zarzoso. Durante un momento, casi no pudo entender lo que estaba viendo. Con la luna tapada por las nubes, la caverna se hallaba casi a oscuras; la gigantesca figura de Colmillo Afilado parecía estar en todas partes a la vez. Sus enormes patas golpeaban el suelo mientras saltaba de una pared a otra, con salpicaduras de sangre en los costados y saliva goteándole de la boca. Aquello era mucho más aterrador de lo que Plumosa podría haberse imaginado… era imposible que Borrascoso se enfrentara a aquella bestia y sobreviviese.

Los gatos de la tribu se dispersaban, huyendo a ciegas de sus lugares de descanso. Plumosa entrevió a Rivera, empujando a un cachorro hacia el túnel que llevaba a la maternidad y con otro en la boca. Cerca del otro túnel, un guardacueva saltó al cuello de Colmillo Afilado, que se lo quitó de encima lanzándolo contra la pared con un crujido espeluznante. El guardacueva cayó al suelo, inerte y con un hilo de sangre saliéndole de la boca. Mientras Plumosa contemplaba la escena horrorizada, dos o tres gatos pasaron corriendo ante ellos entre aullidos estridentes, sin reparar en ellos.

—¡Por aquí! —ordenó Zarzoso. Miró a sus compañeros, uno tras otro, posando más la mirada sobre Esquirolina—. Tenemos que hacerlo por Borrascoso —les recordó.

Colmillo Afilado había tomado carrera para saltar a la pared más alejada de la cueva, intentando alcanzar a un gato que se había agazapado en un saliente justo por encima de sus crueles garras.

Pegado a los muros rocosos, siguiendo los rincones más oscuros, Zarzoso se encaminó al túnel que llevaba a la Gruta de las Rocas Puntiagudas. Los demás fueron tras él. En la penumbra, tropezaron con gatos de la tribu, unos heridos, otros paralizados por el miedo, pero el olor a pánico y sangre que llenaba la caverna era tan fuerte que nadie los reconoció.

En la entrada del túnel, dos guardacuevas seguían en su puesto, con el pelo erizado y los ojos desorbitados. Plumosa sintió respeto por su valor, al permanecer allí mientras todos sus compañeros corrían para salvar el pellejo.

—¡Ahora!

Zarzoso y Corvino se abalanzaron sobre los guardacuevas mostrando los dientes y con las uñas desenvainadas. Esquirolina iba sólo un segundo por detrás. Plumosa oyó la exclamación de sorpresa de uno de los guardianes y reconoció la voz de Peñasco. Vio cómo Zarzoso lo derribaba y le clavaba los colmillos en el pescuezo, mientras Corvino daba manotazos en las orejas al otro, alejándolo de la entrada del túnel. Esquirolina mordió la cola de Peñasco.

Con el paso despejado, Plumosa y Trigueña enfilaron el túnel. Antes de llegar a la Gruta de las Rocas Puntiagudas, se encontraron con otros dos gatos apenas visibles en la oscuridad. Con alivio y alegría, Plumosa distinguió el olor de Borrascoso. El otro era Narrarrocas; la gata vislumbró sus ardientes ojos al pasar junto a ella como una flecha en dirección a la cueva principal.

—¡Deprisa! —le gritó el líder de la tribu a Borrascoso—. Ha llegado tu hora. ¡Oh, Tribu de la Caza Interminable, ayúdanos!

—¡Plumosa! —exclamó Borrascoso—. ¿Qué está ocurriendo?

Plumosa se contentó con aspirar el olor de su hermano y entrelazar su cola con la suya. Había temido encontrar vacía la Gruta de las Rocas Puntiagudas, que Borrascoso ya hubiera tenido que enfrentarse al gato-león, y que su cuerpo fuera uno de los ensangrentados que había en los rincones de la cueva.

—¡No hay tiempo para eso! —les espetó Trigueña—. Id hacia la entrada. Y no os paréis por nada.

Echó a correr por el túnel y los hermanos la siguieron. Al llegar a la cueva principal, un chillido atravesó la penumbra, más sonoro que el trueno. Un relámpago dejó ver a Colmillo Afilado encaminándose a la salida. Llevaba a un gato entre las fauces. Con un estremecimiento de puro espanto, Plumosa reconoció a Lucero, la criandera que había hablado con ellos el día que llegaron. Tenía la boca abierta en un aullido mudo y desesperado, y sus garras arañaban el suelo, luchando en vano por liberarse. Luego todo volvió a sumirse en la oscuridad. Plumosa vio la tenue silueta del gato-león contra la cortina de agua mientras desaparecía por la entrada de la cueva.

Durante un segundo, un silencio conmocionado llenó la caverna. A continuación, se elevaron agudos aullidos por todas partes. Plumosa notó que alguien la empujaba con rudeza; al girarse vio a Zarzoso.

—¡Sal ya! —ordenó el guerrero con voz ronca.

Zarzoso saltó hacia la entrada con Esquirolina y Trigueña pisándole los talones. Corvino empujó a Plumosa para que lo siguiera, pero la gata no se movió hasta comprobar que Borrascoso también iba con ellos. Nadie intentó detenerlos. Los gatos de la tribu estaban atenazados por el terror, acurrucados en el suelo de la caverna o mirando el lugar por donde había desaparecido Colmillo Afilado, con el pelo erizado y los ojos desorbitados de miedo.

Zarzoso se paró en la entrada, olfateó el aire y se puso en marcha por el sendero. Plumosa captó el olor de Colmillo Afilado, mezclado con el olor a pánico de Lucero y el hedor a sangre, pero se estaban desvaneciendo. El depredador se había ido, llevándose a su presa y dejando atrás más gatos muertos o malheridos.

Cortinas de lluvia caían sobre ellos profusamente, azotadas por rachas de viento, con truenos retumbando en el cielo. Plumosa quedó empapada en unos segundos, con el pelo pegado al cuerpo, pero apenas reparaba en eso. Siguió a Zarzoso rocas arriba, hacia el camino por el que habían llegado. Tras ellos, el desgarrador aullido de la tribu se fue apagando, ahogado por la intensa lluvia y el interminable rugido de la cascada.



# 16

Una fría gota de lluvia cayó sobre Hojarasca, que se la sacudió de encima irritada. Por encima de ella un viento implacable agitaba los árboles, lanzando una lluvia de quebradizas hojas rojas y doradas sobre el claro. Apenas faltaba una luna para la estación sin hojas, pero ése parecía el menor de los problemas del clan.

—El conejo olía mal —informó Carbonilla a Estrella de Fuego—. Cascarón dijo que los gatos que los comieron acabaron muertos. Yo lo creo. El conejo que vimos no estaba infectado con ninguna enfermedad conocida. Debe de ser cosa de los Dos Patas.

Sentada junto al montón de carne fresca del campamento del Clan del Trueno, Hojarasca escuchaba desazonada cómo su mentora le exponía a Estrella de Fuego lo que habían descubierto de camino a las Rocas Altas. Se le encogió el corazón de lástima al ver la conmoción en los ojos verdes de su padre mientras oía las noticias.

—Eso significa que nosotros tampoco podemos comer conejos —maulló el líder—. Por el gran Clan Estelar, ¿qué será lo siguiente? Vamos a morirnos todos de hambre.

—En nuestro territorio todavía no ha muerto nadie —señaló Tormenta de Arena, a unos pasos de distancia y con la cola pulcramente enroscada alrededor de las patas. Se sacudió cuando una hoja le rozó la oreja al caer—. Quizá el problema se limite al Clan del Viento.

—Pero los conejos cruzan las fronteras continuamente —replicó Carbonilla—. Puede que sea seguro comer conejos del otro extremo de

nuestro territorio, cerca del Cortatroncos, pero creo que no deberíamos arriesgarnos ni siquiera allí.

—Tienes razón. —Estrella de Fuego soltó un profundo suspiro—. Lo anunciaré al resto del clan. No más conejos.

—Pero tenemos que comer. —Tormenta de Arena se levantó briosamente—. Reuniré una partida de caza, a ver qué encontramos. —La gata desapareció entre las ramas de la guarida de los guerreros.

—Mientras tanto —maulló Carbonilla—, será mejor que nos deshagamos de los conejos que haya en el montón de carne fresca.

Hojarasca examinó el montón, patéticamente pequeño. Sólo había un conejo; estaba rollizo y parecía muy tentador, y se le hizo la boca agua. No comía algo tan bueno desde hacía días. Luego le dolió el estómago al pensar en lo que podrían haberle hecho los Dos Patas. Creyó captar un tufillo del crudo olor que desprendía el conejo del Clan del Viento, pero tan mezclado con el de las otras presas del montón que no podía estar segura.

—Sácalo del campamento y entiérralo —le ordenó Estrella de Fuego.

—Espera… no lo agarres con los dientes —advirtió Carbonilla—. Empújalo con las patas y luego límpiatelas bien con musgo.

Hojarasca acababa de separar el conejo de las demás piezas cuando Cola Moteada, la gata más veterana del clan, pasó ante ellos y le lanzó al conejo una mirada ávida.

—Espero que eso sea para los veteranos —dijo con voz ronca—. El estómago me está dando tantas vueltas como una hoja al viento.

—No —respondió Carbonilla, y le explicó lo que ella y Hojarasca habían visto en el territorio del Clan del Viento.

—¿Qué? ¡Nunca había oído una tontería tan grande! —resopló la vieja gata—. Si el Clan del Viento tiene problemas, ¿entonces resulta que el Clan del Trueno no puede comer conejos? A lo mejor Cascarón mintió para debilitar al Clan del Trueno. Siempre han sido un clan arrogante y falso. ¿No habéis pensado en eso?

Hojarasca intercambió una mirada con su mentora, y pensó que sería inútil intentar convencer a Cola Moteada. La veterana quería el conejo.

—La decisión está tomada. —Estrella de Fuego habló con la autoridad de un líder—. No más conejos. Hojarasca se llevará a éste y lo enterrará.

—¡No hará semejante cosa! —Indignada, Cola Moteada se abalanzó sobre el conejo y empezó a darle mordiscos y a engullir grandes bocados.

—¡No! —gritó Carbonilla—. ¡Detente!

Estrella de Fuego saltó y le arrancó la presa a la veterana.

—Cola Moteada, te ordeno que no comas esto. Es por tu propio bien.

Los ojos de la gata llamearon, rebosantes de hostilidad. Viendo su cuerpo escuálido, su pelaje pardo, apelmazado y sin brillo, Hojarasca pudo comprender su desesperación. Antes era una de las gatas más dulces; sólo el hambre podía haberla llevado a eso.

—¿Y tú te llamas a ti mismo líder? —espetó Cola Moteada—. Todo el clan morirá de hambre, y será culpa tuya.

—Estrella de Fuego hace lo correcto —replicó Carbonilla—. Sería absurdo alimentar al clan con comida que podría matarnos más deprisa que cualquier hambruna.

Cola Moteada se volvió hacia la curandera, mostrándole los colmillos con un gruñido. Luego dio media vuelta y cruzó el claro a grandes zancadas hacia la guarida de los veteranos.

Hojarasca la observó marchar.

—Por favor, Clan Estelar, que este conejo no esté contaminado —murmuró mientras empezaba a empujar con una pata la pieza medio devorada hacia la entrada del campamento.

Una marchita hoja marrón descendió en espiral delante de Hojarasca mientras ésta subía por el barranco junto a Carbonilla. Era el día siguiente de su regreso de las Rocas Altas y de la discusión con Cola Moteada por el conejo. Carbonilla estaba haciendo acopio de las hierbas que el clan necesitaría para pasar la estación sin hojas. Debilitado por el hambre, el clan correría un riesgo aún mayor de contraer la tos verde y la letal tos negra.

—No tiene sentido acercarse a los monstruos de Dos Patas —maulló Carbonilla—. Donde han estado ellos no crece nada. Nos encaminaremos a las Rocas Soleadas, a ver qué podemos encontrar allí.

Las hojas muertas formaban una gruesa alfombra, agitadas por una persistente brisa. Cuando era cachorrita, a Hojarasca le encantaba lanzarlas al aire y darles caza. Ahora, apenas contaba con la energía suficiente para poner una pata delante de la otra.

Pronto tuvieron a la vista las Rocas Soleadas, suaves montículos grises que sobresalían entre la hierba como lomos de animales durmientes. Casi al instante, Carbonilla localizó una frondosa mata de álsine y empezó a cortar tallos cuidadosamente. Hojarasca inspeccionó la zona para ver qué más podía encontrar, y miró anhelante hacia la orilla del río, donde las plantas crecían más espesas a causa del agua. Pero aquello era territorio del Clan del Río, y después de que la castigaran por la lección de pesca con Ala de Mariposa había aprendido a no traspasar las fronteras.

Oyó un ruidito cerca de ella, y al girarse vio un campañol correteando por la base de la roca más próxima. En ese instante, el roedor percibió la presencia de la gata y corrió hacia una grieta, pero, antes de que pudiera ponerse a salvo, Hojarasca saltó sobre él y le mordió el cuello.

El estómago le pedía a gritos que se lo comiera, pero se obligó a recogerlo e ir en busca de Carbonilla. Su mentora estaba donde la había dejado, juntando los tallos de álsine, listos para llevarlos al campamento.

—Toma —maulló Hojarasca, depositando la presa.

La curandera la miró con un guiño de gratitud.

—No, Hojarasca. Tú lo has cazado, así que tú te lo comes.

La joven se encogió de hombros, intentando mostrar indiferencia.

—Puedo atrapar otro. —Sabía que a Carbonilla, con su pata tullida, le resultaba difícil cazar—. Adelante —añadió, al ver que su mentora no empezaba a comer—. ¿Qué le pasará al Clan del Trueno si su curandera cae enferma?

Carbonilla ronroneó y tocó con la nariz el hocico de su aprendiza.

—De acuerdo. Y gracias, Hojarasca.

Se agachó delante del campañol y lo engulló a mordiscos limpios y veloces. Hojarasca estaba a punto de ir a buscar más hierbas cuando oyó que alguien gritaba:

—¡Carbonilla! ¡Carbonilla!

La curandera se levantó de un salto, irguiendo las orejas.

—¡Estoy aquí! —exclamó.

Zancón, el aprendiz de Musaraña, salió de entre los árboles a la carrera; su largo pelo gris oscuro era una mancha difusa mientras cruzaba la extensión de hierba hasta detenerse en seco frente a Carbonilla.

—Tienes que venir —dijo el joven sin resuello—. ¡Se trata de Cola Moteada!

—¿Qué le ocurre? —preguntó la curandera, y a Hojarasca se le aceleró el corazón.

—Se siente mal. Dice que le duele mucho el estómago.

—¡Ese conejo! —exclamó Carbonilla—. Lo sabía. De acuerdo —le dijo a Zancón—. Voy para allá. Tú adelántate y diles que estoy en camino.

Zancón salió disparado mientras la curandera se volvía hacia Hojarasca.

—Tú quédate aquí; no es necesario que regresemos las dos. Recoge más hierbas. Y trae esa álsine contigo.

Carbonilla echó a andar tan deprisa como podía, cojeando hacia los árboles. Hojarasca esperó a que su mentora hubiera desaparecido para retomar su tarea. ¿Qué había dicho Cascarón sobre el tratamiento dispensado a los gatos que habían comido conejos letales? Les había administrado milenrama, pero casi todos habían muerto. Sólo se curaban los fuertes, y Cola Moteada era vieja y estaba debilitada por el hambre.

«¡Oh, Clan Estelar, ayúdanos! —suplicó—. Muéstranos qué debemos hacer antes de que los Dos Patas nos aniquilen».

Acababa de empezar a buscar hierbas de nuevo cuando oyó un agudo quejido gatuno procedente del río. Por un momento se preguntó si debería traspasar la frontera vecina. Se decidió al volver a oír el quejido; algún gato tenía problemas. Así pues, Hojarasca descendió la ladera.

El río bajaba deprisa, crecido por las lluvias de la estación de la caída de la hoja. La corriente arrastraba ramas y otros desechos, que cabeceaban y giraban entre las olas ribeteadas de espuma blanca. Hojarasca escudriñó por encima del agua, buscando la procedencia del lamento. Entonces reparó en una rama que descendía cerca de la orilla del Clan del Río; medio oculta por las pocas hojas que le quedaban, se veía la cabecita negra de un gato. Mientras Hojarasca lo observaba, abrió la boca para soltar otro chillido aterrorizado, aferrándose a la rama y a la vida.

Se preparó para saltar al río, aunque su sentido común le decía que no serviría de nada. La corriente era demasiado fuerte y rápida, y el gato en apuros se hallaba demasiado lejos.

Justo antes de saltar, vio cómo otro gato se abría paso a través de los carrizos de la ribera opuesta y se lanzaba al agua, nadando con potentes movimientos hacia la rama flotante. Hojarasca reconoció aquel pelaje gris azulado: Vaharina, la lugarteniente del Clan del Río.

La aprendiza observó, sacando y metiendo las uñas de angustia, cómo Vaharina alcanzaba la rama y la empujaba hacia la orilla del Clan del Río. Pero, antes de que llegara, las olas volcaron la rama y arrastraron a Vaharina con ella, de modo que desapareció en las negras aguas. Hojarasca soltó un grito ahogado de espanto. Luego hubo un chapoteo, y la guerrera reapareció más cerca de la orilla, donde pudo hacer pie sobre los guijarros. Hojarasca se estremeció de alivio al ver que Vaharina sacaba a rastras al otro gato, agarrándolo por el pescuezo, y se agachaba a su lado. La pequeña y empapada figura se quedó inmóvil, chorreando agua.

—¿Puedo ayudarte? —gritó Hojarasca, preguntándose si Vaharina se acordaría de que era aprendiza de curandera.

Vaharina levantó la vista.

—¡Sí! ¡Ven aquí!

Hojarasca corrió por la orilla hasta los pasaderos. El agua los rozaba, pero ella se lanzó al primero sin titubear. Unos segundos podrían significar la diferencia entre la vida y la muerte para el gatito negro.

Al saltar a la tercera piedra resbaló y tuvo que arañar frenéticamente la deslizante superficie mojada. El río burbujeaba a su alrededor y temió que la arrastrara y terminara ahogándose, dando vueltas en aquella agua negra sin fondo. En medio de la oleada de pánico, notó que algo cálido la empujaba de nuevo hacia la piedra y un dulce aroma, extrañamente familiar.

—¿Jaspeada? —susurró.

No veía nada, pero percibió su tranquilizadora presencia cerca de ella, igual que en su sueño junto a la Piedra Lunar. Como si le hubiesen salido alas, saltó velozmente sobre los demás pasaderos y corrió por la orilla hacia Vaharina y el gatito rescatado.

Antes de que Hojarasca llegara junto a ellos, Alcotán y Ala de Mariposa aparecieron entre los juncos y se plantaron al lado del minino negro.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Alcotán.

—Junquillo ha caído al río. Necesitamos a Arcilloso —maulló Vaharina —. ¿Puedes ir a buscarlo? ¡Deprisa!

—Ha salido a recolectar hierbas —contestó Ala de Mariposa—. Yo iré por él.

Echó a correr por el sendero que iba río arriba, pero su hermano la detuvo.

—Tardarás demasiado —exclamó con voz ronca, y señaló con las orejas al inmóvil gatito—. Examínalo tú; tú sabes qué hacer.

Justo entonces reparó en que se aproximaba Hojarasca. La miró ceñudo con sus sobrecogedores ojos azul hielo. Hojarasca sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —espetó Alcotán.

—La he llamado yo —explicó Vaharina—. Junquillo necesita toda la ayuda que podamos darle.

Alcotán soltó un resoplido indignado. Hojarasca no le hizo caso y se agachó junto al gatito negro. Era muy pequeño —supuso que acabarían de nombrarlo aprendiz—, permanecía muy quieto, y de la boca abierta le salía agua. Tenía un corte en una pata, y la sangre se filtraba entre su pelo empapado.

—Debe de haber caído —maulló Vaharina con preocupación—. Los aprendices siempre juegan demasiado cerca del río. Parece como si la rama lo hubiera golpeado.

Hojarasca lo examinó más detenidamente. Soltó un suspiro de alivio al detectar que su pecho subía y bajaba levemente. Junquillo todavía respiraba, pero su respiración era rápida y superficial, y parecía debilitarse a ojos vista. Miró a Ala de Mariposa, esperando que ella empezara a tratar al herido.

Pero los enormes ojos ámbar de la gata estaban clavados en el cuerpo inerte del aprendiz.

—¿Y bien? —maulló Alcotán con impaciencia—. Ponte manos a la obra.

Ala de Mariposa levantó la mirada y Hojarasca vio pánico en sus ojos.

—Yo… no estoy segura. No he traído las hierbas apropiadas. Tendré que regresar al campamento…

—¡Junquillo no tiene tiempo para eso! —exclamó Vaharina con voz quebrada.

Hojarasca entendió el miedo de su amiga. Ellas sólo eran aprendizas; aún no estaban preparadas para tener en sus manos la vida de otros gatos. ¿Dónde estaba Arcilloso?

Entonces, una delicada voz habló dentro de su mente: «Hojarasca, tú puedes hacerlo. Recuerda lo que te ha enseñado Carbonilla. Telarañas para las hemorragias…».

—Sí… sí, ahora me acuerdo —maulló Hojarasca.

Alcotán la miró con los ojos entornados.

—¿Sabes qué hay que hacer? —inquirió.

La joven asintió con la cabeza.

—De acuerdo, hazlo. Tú… quítate de en medio. —Alcotán apartó a su hermana de un empujón para que Hojarasca pudiera acercarse más al cachorro.

Ala de Mariposa soltó un leve maullido de protesta. Hojarasca vio que su amiga tenía los ojos desorbitados y las orejas pegadas al cráneo.

—Ve a buscar unas telarañas —le pidió—. ¡Deprisa!

La aprendiza del Clan del Río le dirigió una mirada asustada, y luego giró en redondo y salió disparada por la orilla, en dirección a unos arbustos que había en lo alto de la ladera.

«Ahora haz que expulse el agua que ha tragado», le susurró Jaspeada a Hojarasca. Ésta se inclinó para hacerle los movimientos apropiados, hasta que a Junquillo le salió un chorro de agua por la boca.

«Bien. Ahora respirará bien, así que puedes ocuparte de su pelo empapado».

El aprendiz empezó a toser débilmente y soltó un leve gemido de dolor.

—No te muevas —maulló Vaharina, lamiéndole el hocico para reconfortarlo—. Te recuperarás.

—Sigue así —le dijo Hojarasca a la lugarteniente del Clan del Río—. No dejes de lamerlo, y hazlo a contrapelo, para que se seque antes y entre

en calor.

Vaharina se instaló junto al joven aprendiz y empezó a darle vigorosos lametazos; al cabo de un momento de indecisión, Alcotán se puso a hacer lo mismo por el otro lado. Hojarasca pasó la lengua por el corte que Junquillo tenía en el bíceps, retirando los trozos de corteza y hojas. Sabía que debía limpiarlo bien para evitar que se infectara.

—Toma —dijo Ala de Mariposa sin aliento, reapareciendo junto a ella con una bola de telarañas—. ¿Hay bastantes?

—Muy bien, Ala de Mariposa. Colócaselas justo aquí.

Hojarasca se sintió casi como la mentora de su amiga mientras comprobaba cómo ésta ponía las telarañas, asegurándose de que cubrían todo el corte y dándoles golpecitos delicados.

—Muy bien —repitió al cabo—. Junquillo, ¿te duele algo más?

El aprendiz volvió a toser. Estaba empezando a revivir bajo los enérgicos lametones de Vaharina y Alcotán.

—No —respondió con voz ronca—. Sólo el omóplato.

Hojarasca lo examinó en busca de otras heridas, pero no encontró nada.

—Creo que has tenido suerte —maulló.

—Suerte de que tú estuvieras aquí —gruñó Alcotán, lanzando una mirada hostil a su hermana—. Ala de Mariposa, ¿qué te pasa? ¡Se supone que eres curandera!

Ella se encogió, incapaz de mirar a su hermano a los ojos.

—Junquillo, ¿puedes levantarte? —preguntó Hojarasca, visto el azoro de su amiga.

En respuesta, el aprendiz se incorporó tambaleándose. Vaharina lo sujetó por el otro lado para que se apoyase en ella con el omóplato ileso.

—¿Podrás llegar hasta el campamento? —inquirió Alcotán.

Junquillo asintió.

—Gracias… —Se le quebró la voz al mirar a Hojarasca, y de pronto se le pusieron los ojos como platos—. ¡Hueles al Clan del Trueno!

—Así es. Me llamo Hojarasca y soy la aprendiza de Carbonilla. Llevadlo directamente al campamento —le dijo a Vaharina—. Si Arcilloso está allí, será mejor que le eche un vistazo. Si no, podéis darle a mascar hojas de tomillo, para que se le pase la impresión.

—Y semillas de adormidera para el dolor —añadió Ala de Mariposa, intentando sonar segura.

—Hum… no, yo no lo haría. —Hojarasca detestó tener que contradecir a su amiga—. De momento, es mejor si puede dormir por sí solo. En cualquier caso, estará exhausto por la conmoción.

Ala de Mariposa volvió a bajar la vista hacia sus patas, mientras Alcotán le lanzaba una mirada despectiva. El guerrero se volvió para echar a andar río arriba hacia el campamento del clan. Vaharina lo siguió sujetando a Junquillo. El aprendiz negro continuaba temblando, pero siguió adelante hasta que un carrizal ocultó de la vista a los tres gatos.

Al verlos marchar, Hojarasca no pudo evitar sentir envidia de sus lustrosos pelajes y sus fuertes músculos. Incluso Junquillo, con el pelo casi seco por el frío viento, parecía sano y bien alimentado. El Clan del Río era el único que seguía teniendo presas en abundancia, el único al que no le afectaba que los Dos Patas estuvieran arrasando el bosque.

Dejando a un lado su envidia, Hojarasca miró a Ala de Mariposa, que no se había movido.

—No te sientas mal —maulló—. Ya ha terminado todo y no ha sucedido nada malo. Ahora Junquillo estará bien.

—¡No ha terminado todo! —Ala de Mariposa se le encaró, elevando la voz—. La he desperdiciado… Mi primera oportunidad de demostrar que soy apta para convertirme en curandera, y lo he estropeado todo.

—Todo el mundo comete errores —intentó calmarla Hojarasca.

—Tú no los has cometido.

«Pero tenía ayuda», pensó Hojarasca, deseando poder contarle lo de Jaspeada, aunque no debía compartir semejante secreto con un miembro de otro clan. En silencio, le dio las gracias a la amiga de su padre.

—Yo podría haber ayudado a Junquillo —continuó Ala de Mariposa con amargura—. Sé todo eso que le has hecho. Aquella vez que el Clan del Viento os perseguía a tu amiga y a ti, os di hojas de tomillo. Pero ahora… por alguna razón, no he podido pensar con claridad. He sufrido un ataque de pánico y no me acordaba de nada.

—Lo harás la próxima vez.

—Si es que hay una próxima vez. —Ala de Mariposa arrancó ferozmente la hierba con sus afiladas y curvas uñas—. Alcotán le contará a todo el mundo que he sido una completa inútil, y Arcilloso deseará no haberme escogido como aprendiza. ¡Y ahora el clan no me respetará jamás!

—Por supuesto que sí. —Hojarasca hundió la nariz en el hermoso pelaje dorado y atigrado de su amiga—. Pronto todo estará olvidado, ya lo verás. —Estaba impactada por que Ala de Mariposa creyera que su hermano iba a propagar la noticia de su fracaso. Ella habría esperado que Alcotán fuera más leal a su familia.

—Sé lo que estás pensando —maulló la gata amargamente, haciendo que Hojarasca se sobresaltara—. Alcotán sólo es leal al clan; ni a mí ni a ningún otro gato. Lo único que le importa es ser un gran guerrero.

«Como Estrella de Tigre», pensó Hojarasca con un escalofrío.

—Tú eres afortunada, Hojarasca. —Ala de Mariposa parecía desesperada—. Naciste dentro de un clan y tu padre es el líder. Mi madre era una proscrita, y nadie se olvidará nunca de eso.

Dio media vuelta y, cabizbaja, echó a andar arrastrando la cola, como si cada paso le supusiera un gran esfuerzo.

—¡Nos veremos pronto! —exclamó Hojarasca, pero su amiga no respondió.

No había nada más que ella pudiera hacer. Tristemente, volvió a los pasaderos, y esta vez cruzó con más cuidado que en su carrera desesperada por salvar a Junquillo.

Para cuando llegó a la frontera del Clan del Trueno, empezaba a sentirse mejor. Con la cercanía de la estación sin hojas, Ala de Mariposa tendría muchas ocasiones para poner a prueba sus habilidades de curandera, y su clan olvidaría que había fallado una vez. Además, Hojarasca no podía evitar sentirse complacida con su propio éxito. Había salvado la vida de un gato por primera vez, pero esperaba que no fuera la última.

—Gracias, Jaspeada —murmuró, y creyó captar un leve rastro del dulce aroma de la curandera.

Sintiéndose más optimista que en varias lunas, recogió la álsine de Carbonilla y se apresuró a regresar al campamento. Cuando llegó a lo alto del barranco se detuvo. Su optimismo se desvaneció, y una garra helada le

atenazó el corazón al oír estridentes gemidos y aullidos procedentes del claro principal. Mirando hacia abajo vio que Musaraña y Orvallo salían disparados por el túnel de aulagas y ascendían el barranco a toda prisa, pasando ante ella sin apenas advertir su presencia.

Bajó hasta el campamento y cruzó el túnel, aterrada por lo que podría encontrar. ¿Habrían llegado los Dos Patas hasta allí? Estrella de Fuego se hallaba al pie de la Peña Alta, con Látigo Gris, Tormenta de Arena y Fronde Dorado apiñados a su alrededor. Delante de la guarida de los aprendices, Zarpa Candeal se hallaba acurrucada en el suelo, gimiendo como una cachorrita. Topillo y Zancón estaban intentando consolarla.

Hojarasca se detuvo en seco, desconcertada. ¿Por qué estaban todos tan apenados? En el campamento no había olores forasteros, ni señales de la devastación de los Dos Patas. Vio a Carbonilla, cojeando con cansancio por el túnel de helechos que llevaba al claro de las curanderas.

Hojarasca corrió tras ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó, dejando caer la álsine—. ¿Qué ha sucedido?

Carbonilla se volvió; sus ojos azules rebosaban tristeza.

—Cola Moteada ha muerto —explicó, y la falta de emoción en su voz asustó a Hojarasca más que ninguna otra cosa—. Y Nimbo Blanco y Centella han desaparecido.



# 17

A Borrascoso le dolían las patas, y el peso de su pelaje empapado hacía que fuera trastabillando dolorosamente sobre las piedras. Le parecía que llevaban lunas huyendo a través de la tormentosa oscuridad. Todo parecía haber quedado reducido a nada más que rocas, viento y lluvia.

Mientras ascendía penosamente una peña, la lluvia empezó a amainar. Al cabo de poco, no fue más que gotitas arrastradas por el viento. El cielo comenzó a despejarse y la luna luchó por mostrarse entre las nubes.

Zarzoso se detuvo y el resto se agrupó a su alrededor. Se hallaban en una ancha cornisa; por encima había una ladera cubierta de piedras sueltas, mientras que hacia abajo la roca se hundía en la oscuridad.

—No tengo ni idea de dónde estamos —admitió Zarzoso—. Pretendía traeros por el mismo camino que recorrimos con los guardacuevas, pero no había visto este lugar antes.

—No es culpa tuya —maulló Esquirolina fulminando con la mirada a Corvino, como si esperara que el aprendiz fuera a soltar alguna grosería—. La lluvia ha eliminado todos los rastros, y está demasiado oscuro para ver nada.

—Todo eso está muy bien —intervino Trigueña—, pero ¿qué vamos a hacer? Si no tenemos cuidado, los gatos de la tribu nos atraparán.

—O Colmillo Afilado —añadió Plumosa con un estremecimiento.

Borrascoso se aclaró la garganta. Se sentía culpable y traicionado por haber llegado a creer que los gatos de la tribu eran sus amigos, y deseaba

olvidarse de todo lo que tuviera que ver con ellos. Pero le habían enseñado cosas que podrían resultar útiles ahora, y sería una estupidez no utilizarlas.

—Creo que puedo encontrar el camino —maulló—. Acordaos de que yo salí de caza con la tribu muchas veces.

—Entonces, ponte en cabeza —respondió Zarzoso—. Sácanos de estas montañas.

Borrascoso se animó un poco ante la confianza del guerrero del Clan del Trueno. No le habría extrañado perder el respeto de Zarzoso, tras haberse amoldado a vivir entre los gatos de la tribu. Era consciente de cuánto significaba para él la amistad de Zarzoso.

—Tardaremos unos pocos días en atravesar las montañas —le advirtió al atigrado, recordando el día en que Rivera lo llevó a lo alto de una elevada cumbre y le mostró las altísimas estribaciones que se extendían ante ellos interminablemente. Por lo menos, el sol naciente los guiaría cuando se hiciese de día—. Pero creo que puedo sacaros del territorio de la tribu.

—Cuanto antes, mejor —maulló Corvino.

El aprendiz estaba tan cerca de Plumosa que ambos se rozaban. Parecía haber una conexión muda entre ellos, y Borrascoso se preguntó qué habría sucedido mientras él estaba prisionero en la cueva.

Borrascoso abrió la marcha a lo largo de la cornisa y luego diagonalmente, ladera arriba, resbalando sobre las piedras sueltas. Al llegar a la cresta, se detuvo para decidir la dirección por el modo en que el musgo crecía en las rocas y en el retorcido tronco de un árbol. Sintió una oleada de culpabilidad al advertir lo fácil que le resultaba usar las costumbres de la tribu, como si se hubiera permitido convertirse en gato de tribu en vez de ser un leal guerrero del Clan del Río.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Plumosa en voz queda, restregándose contra él.

Borrascoso debería haber sabido que su hermana percibiría lo mal que se sentía.

—Yo confiaba en ellos —dijo con voz apenada—. En Rivera, Peñasco y los demás. Jamás pensé… Y entonces me hicieron prisionero, y vosotros habéis arriesgado vuestra vida para sacarme de allí.

—No podíamos dejarte. —La gata soltó un ronroneo reconfortante.

—¿Sabes? Nunca me dijeron nada de la profecía, para mí fue una sorpresa todo lo que nos contó Narrarrocas en la Gruta de las Rocas Puntiagudas.

—Sí, lo sabemos —murmuró su hermana.

—¿Tenemos que quedarnos aquí plantados hablando de eso? —espetó Corvino de mala manera, uniéndose a ellos en la cresta—. Sigamos adelante.

—Debían de estar equivocados. —Borrascoso no hizo caso del impertinente aprendiz. Clavó sus ojos en los de Plumosa, intentando convencerla tanto como a sí mismo—. Yo no soy el felino prometido, ¿verdad? No tiene sentido.

—No, por supuesto que no —contestó Plumosa—. No te culpes. Ninguno de nosotros se dio cuenta de lo que estaba pasando. Y los gatos de la tribu no son malos… sólo están desesperados.

Borrascoso esperaba que su hermana no pudiera ver la culpabilidad que lo atenazaba en lo más hondo de su ser. ¿Y si la profecía era cierta y la Tribu de la Caza Interminable lo había elegido realmente a él para ayudar a los gatos de montaña? El Clan Estelar había escogido a cuatro gatos para salvar el bosque, pero él no era uno de ellos. Borrascoso se había unido al viaje porque no soportaba la idea de que Plumosa se marchara sin él. Ahora se preguntó si, de algún modo, la Tribu de la Caza Interminable habría influido en aquella decisión para que él estuviera en el lugar apropiado y acabar con Colmillo Afilado.

Pero él le había dado la espalda a la tribu cuando más ayuda necesitaban. Recordó cómo Colmillo Afilado había abandonado la cueva, sujetando entre sus fauces a Lucero, que aullaba en vano pidiendo socorro. ¿Y si el próximo gato en morir era Peñasco? ¿O Rivera? Le acudió la imagen de la hermosa gata atrapada entre aquellos brutales colmillos, y luchó por librarse de ella.

Se estremeció, apenas consciente de que los demás estaban esperándolo.

—¿Sucede algo? —preguntó Zarzoso.

Borrascoso se sacudió.

—No —contestó—. Es por aquí. Vamos.

Al otro lado de la cresta, el suelo descendía en una pendiente rota por precipicios lo bastante pequeños para que un gato pudiera ir bajando de un nivel a otro. Al prepararse para saltar a uno de ellos, Borrascoso vio un pájaro de montaña posado en el suelo por debajo de él.

Esquirolina, que estaba a su lado, le hincó una uña e hizo una seña con las orejas. Borrascoso le pasó levemente la cola por el hocico e indicó a los demás que guardaran silencio.

—Yo lo atraparé —susurró—. Quedaos aquí.

Pero se sentía sorprendido por lo naturales que le resultaban sus nuevas habilidades, como si las conociera de toda la vida. El ave estaba en un estrecho saliente, de modo que Borrascoso no podía saltar sin arriesgarse a sufrir una peligrosa caída. En el bosque, los gatos no dudarían en salir de un salto de entre los árboles, pero allí la tierra era blanda, no piedras irregulares que podían dañar las almohadillas e incluso los huesos.

Borrascoso se acercó ágilmente al pájaro usando rocas rotas para ocultarse. Cuando estaba lo bastante cerca, atacó, inmovilizando al ave contra la pared rocosa. La criatura batió las alas desesperadamente durante unos segundos, hasta que el guerrero la remató.

—¡Has estado genial! —exclamó Esquirolina, irguiendo la cola de admiración—. Pareces un auténtico gato de las montañas, Borrascoso.

—Espero que no —replicó él.

Los seis se apiñaron y compartieron la presa. Para cuando terminaron, había empezado a caer una fina llovizna y las nubes estaban agrupándose de nuevo para tapar la luna.

—Esto tiene mala pinta —maulló Zarzoso, relamiéndose—. Creo que deberíamos buscar cobijo para el resto de la noche.

—Siempre que los gatos de la tribu no nos localicen —repuso Trigueña.

Borrascoso vio que la guerrera ya no tenía secuelas de su herida. Las hierbas de Narrarrocas habían funcionado. Por lo menos había una cosa que podían agradecer a los gatos de la tribu.

—Estamos lo bastante lejos —maulló Borrascoso—. Zarzoso tiene razón. No podemos seguir bajo esta lluvia. A ver si encontramos una cueva.

Volvió a ponerse en cabeza, esta vez buscando el refugio. No tardó en encontrarlo: un negro agujero se internaba en la montaña desde la base de

una roca que sobresalía junto a dos arbustos achaparrados.

Se acercó cautelosamente a olfatear.

—Hay un olor rancio a conejo —informó—. Probablemente fue una madriguera hace tiempo.

—Qué lástima —maulló Esquirolina—. Podría comerme un conejo.

—También huele a gatos de la tribu —añadió Corvino, uniéndose a Borrascoso para olisquear—. Y el rastro es bastante fresco. Yo no pienso entrar ahí.

—Pues entonces quédate aquí fuera mojándote —replicó Esquirolina, dando un paso adelante.

—Espera. —Trigueña usó la cola para impedirle el paso al interior de la cueva—. Deja que antes eche un vistazo.

Trigueña desapareció por el agujero mientras Esquirolina la miraba indignada. Por primera vez esa noche, Borrascoso se sintió contento, reconfortado por el valor de la aprendiza del Clan del Trueno. Esquirolina no soportaba tener que dejar las tareas peligrosas a los guerreros.

Al cabo de un momento, se oyó la voz de Trigueña resonando desde el agujero, como si estuviera hablando desde un espacio más grande por debajo de ellos:

—Venid. Todo está en orden.

Borrascoso guió a sus compañeros por el angosto pasadizo, rozando las paredes de ambos lados. El espacio se fue estrechando, hasta que Borrascoso tuvo que contener la respiración, temeroso de quedarse atascado, pero luego se ensanchó de golpe. Aunque la oscuridad era completa, el eco de sus pasos en el suelo le dijo que se hallaba en una gruta bastante grande.

—¡Esto es estupendo! —exclamó Esquirolina a sus espaldas. Borrascoso notó cómo la aprendiza se sacudía las gotas de lluvia—. Lo único que necesitamos es un buen montón de carne fresca.

Borrascoso comprobó con el olfato que los seis, Corvino incluido, habían entrado en la cueva. Estaba empezando a relajarse cuando captó otro olor y se quedó paralizado. Era un gato de tribu, aunque, de algún modo, distinto de los de la tribu que él conocía.

En ese instante, una voz maulló desde las sombras:

—¿Quiénes sois vosotros?



# 18

El clan había velado a Cola Moteada durante toda la noche, y ahora, a la pálida luz del alba, los veteranos estaban sacando su cuerpo del campamento para enterrarlo. El claro estaba envuelto en bruma, y las ramas peladas de los árboles goteaban por el chaparrón caído durante la noche. Hojarasca contemplaba la escena en silencio. La vieja gata había formado parte de su vida, y con su muerte era como si todo lo que ella conocía pudiera desaparecer también.

Mientras los veteranos se marchaban por el túnel de aulagas, los demás gatos se reunieron en pequeños grupos, maullando con apremio y lanzándose miradas de inquietud. Hojarasca no podía oír lo que decían, pero no le hacía falta. Sabía que estarían comentando la desaparición de Nimbo Blanco y Centella. Ya eran cuatro los gatos desaparecidos, pero Hojarasca no creía que el Clan Estelar también hubiera enviado lejos de allí a Nimbo Blanco y Centella… a menos que los otros hubieran fracasado en su misión y no fueran a regresar. «Si no puedes ayudarnos, Clan Estelar —pensó, desesperada—, ¿por qué te estás llevando tantos gatos?».

Carbonilla interrumpió sus pensamientos, hundiendo el hocico en su pelaje para reconfortarla sin palabras, y luego se alejó unos pasos para hablar con Estrella de Fuego y Látigo Gris. Hojarasca vio que Musaraña atravesaba el claro seguida de Espinardo y Cenizo.

—Vamos a salir en la patrulla del alba —anunció Musaraña al llegar junto al líder—. ¿Quieres que sigamos buscando a Nimbo Blanco y Centella?

—No servirá de mucho, si se marcharon voluntariamente —intervino Cenizo.

Hojarasca se sintió más descorazonada al recordar los esfuerzos que había hecho el clan el día anterior por encontrar a los dos gatos. Las patrullas habían peinado todo el territorio, y habían captado un rastro oloroso que llevaba hacia la zona que los Dos Patas habían destrozado. El rastro se perdía abruptamente cerca de un gigantesco monstruo cortatroncos, y más allá ya no había nada.

—Mantened los ojos bien abiertos —contestó Estrella de Fuego—. Eso es lo único que podéis hacer.

—No me extrañaría que Nimbo Blanco hubiera vuelto al poblado de Dos Patas —gruñó Musaraña—. Con tan pocas presas en el bosque, incluso la comida de los Dos Patas debe de resultar tentadora.

—Y él la aceptaba a menudo cuando era aprendiz —añadió Cenizo.

—Sí, no os olvidéis de cuando nos abandonó —maulló Musaraña—. Algunos gatos corrieron peligro al rescatarlo de los Dos Patas.

—¡Ya basta! —bufó Látigo Gris.

—Musaraña tiene razón —replicó Estrella de Fuego, y a Hojarasca le sorprendió lo agotado que parecía—. Nimbo Blanco siempre ha tenido una pata en el mundo de los Dos Patas. Pero yo pensaba que ahora era leal a su clan.

—Por supuesto que lo es. No sois justos con él —dijo Carbonilla, cortante—. Ha pasado mucho tiempo desde que Nimbo Blanco comía alimento para mascotas. En aquel entonces era joven e insensato.

—Además, Centella jamás habría hecho algo así. —Látigo Gris apoyó a sus desaparecidos compañeros con un destello en sus ojos ámbar—. Y Nimbo Blanco nunca se iría sin ella. Tenemos que averiguar por qué han desaparecido los dos a la vez.

—Y por qué han dejado atrás a Zarpa Candeal —maulló Espinardo—. Es su única hija.

—Cierto —rezongó Musaraña—. Me pregunto si habrán ido al Clan del Río… a robar peces, quizá.

—Eso no me extrañaría en Nimbo Blanco —coincidió Carbonilla, sin hostilidad en la voz.

Látigo Gris reflexionó un momento y luego negó con la cabeza.

—No. Si el Clan del Río los hubiera sorprendido, se habría limitado a echarlos de sus tierras. Habría problemas en la próxima Asamblea, pero nuestros gatos no se habrían esfumado sin más.

«A menos que cayeran al río», pensó Hojarasca, pero no se atrevió a decirlo en voz alta. Recordó las aguas crecidas cuando estuvo a punto de caerse en los pasaderos, al ir a ayudar a Junquillo.

—Además, su rastro oloroso no iba hacia el Clan del Río —señaló Estrella de Fuego—. No puedo dejar de pensar que es raro que se perdiera tan cerca de los monstruos de Dos Patas. Supongamos…

El líder enmudeció, pero Hojarasca vio la angustia en sus ojos y se imaginó qué estaba pensando. Ella había visto cómo el primer monstruo abandonaba el Sendero Atronador y empezaba a arrasar el bosque. Si un gato se hubiera cruzado en su camino, podría haber quedado machacado por aquellas potentes mandíbulas sin que el monstruo se enterara siquiera. La aprendiza se estremeció y sus ojos se encontraron con los de su padre. Los dos querían a su díscolo pariente, y Hojarasca adoraba a Centella por su valor al sobrellevar las espantosas heridas que le había infligido la manada de perros. La desaparición de la pareja supondría una gran pérdida para el clan.

—Patrulla como de costumbre, Musaraña —dijo Estrella de Fuego—. Infórmanos si ves algo extraño.

—Siempre lo hago. —La gata se puso en marcha, con los dos guerreros más jóvenes a la zaga.

Estrella de Fuego se dio una sacudida, como si estuviera quitándose de encima pensamientos improductivos.

—Carbonilla, ¿el Clan Estelar te ha mostrado algo sobre Nimbo Blanco y Centella?

—No —contestó la curandera—. Nada en absoluto.

—¿O alguna señal sobre más guerreros desaparecidos en el bosque? No… no ha pasado tantísimo tiempo desde que se marcharon Zarzoso y Esquirolina. —Se ahogó con esas palabras, como si fueran huesos medio devorados.

Carbonilla volvió a negar con la cabeza.

—El Clan Estelar guarda silencio. Lo lamento.

De nuevo, Hojarasca tuvo que reprimir el impulso de contarles a su padre y su mentora lo que sabía: que Zarzoso y Esquirolina habían sido convocados por el Clan Estelar para ir en busca de algo que ayudaría al bosque. Pero apenas sabía qué decir ya. Cada vez que intentaba contactar con Esquirolina, no conseguía más que sensaciones confusas y aterradoras de aguas turbulentas, oscuridad y garras afiladas… un revoltijo de sangre, rocas y agua. No podía asegurarle al líder que Esquirolina se encontraba bien, ni darle a Látigo Gris noticias esperanzadoras sobre sus hijos del Clan del Río.

—Tal vez debería ir a las Rocas Altas —dijo Estrella de Fuego—. Quizá el Clan Estelar hable conmigo si…

Se interrumpió ante la llegada de Fronde Dorado con su aprendiza, Zarpa Candeal. A Hojarasca se le cayó el alma a los pies. La joven gata venía cabizbaja, arrastrando la cola por el suelo. Era evidente que estaba sufriendo por la pérdida de sus padres.

—Estrella de Fuego, creo que deberías hablar con Zarpa Candeal —maulló Fronde Dorado con tono preocupado.

El líder irguió las orejas.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Zarpa Candeal lo miró a los ojos.

—Quiero que me eximas de seguir entrenando —le pidió, y sus ojos ardieron con la intensidad de su súplica—. Quiero ir en busca de Nimbo Blanco y Centella.

—Le he dicho que no puede ir sola —continuó Fronde Dorado—. Pero ella…

—Por favor —lo interrumpió Zarpa Candeal—. Sólo soy una aprendiza. El clan puede prescindir de mí. Tengo que encontrar a mis padres.

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—Lo lamento, Zarpa Candeal —maulló con delicadeza—. Los aprendices son importantes para el clan, tanto como cualquier otro gato. Además, Fronde Dorado tiene razón. No puedes ir por ahí tú sola, sobre todo ahora, cuando no sabemos dónde está el peligro. De hecho, nadie debería salir del campamento solo.

—Ya los hemos buscado —añadió Látigo Gris—. Hemos hecho todo lo posible.

—Pero ¡no ha sido suficiente! —protestó Zarpa Candeal.

Hojarasca sabía que la aprendiza nunca le habría hablado así al lugarteniente del clan de no haber estado loca de inquietud.

—El Clan Estelar estará con ellos dondequiera que se encuentren —murmuró Carbonilla, hundiendo la nariz en el pelaje de la joven para consolarla.

—Fronde Dorado, quiero que organices una partida de caza —maulló el líder—. El Clan Estelar sabe que necesitamos carne fresca. Zarpa Candeal, ve con él; puedes aprovechar para buscar alguna pista sobre Nimbo Blanco y Centella. Pero no te separes de tu mentor, ¿entendido?

La aprendiza asintió, un poco más esperanzada.

—Os acompañaré —se ofreció Látigo Gris—, y le diré a Tormenta de Arena que venga también. Si alguien puede encontrarlos, es ella. —Y corrió hacia la guarida de los guerreros.

—Gracias, Estrella de Fuego —maulló Zarpa Candeal, inclinando respetuosamente la cabeza antes de seguir a su mentor hacia la entrada del campamento.

Hojarasca se quedó mirando hasta que Látigo Gris y Tormenta de Arena se unieron al grupo y todos desaparecieron por el túnel de aulagas.

—Ya no estamos seguros ni en nuestro propio territorio —se lamentó Estrella de Fuego—. Pero es imposible que desaparezcan cuatro gatos sin…

Enmudeció al oír un débil lamento procedente de la maternidad. Hojarasca giró en redondo y vio salir de allí a Manto Polvoroso. El guerrero dio unos pasos vacilantes y se derrumbó en el suelo, como si las patas no lo sostuvieran.

Tras lanzar una mirada a su padre, Hojarasca corrió hacia Manto Polvoroso, con la mente llena de imágenes siniestras. Estrella de Fuego y Carbonilla la siguieron.

—¿Estás herido? —le preguntó el líder al atigrado marrón.

El guerrero levantó la vista con unos ojos tan apagados como piedrecillas.

—No ha sido culpa de Fronda —susurró—. Ha hecho todo lo que ha podido, pero prácticamente no ha comido lo suficiente para mantenerse viva, y mucho menos para alimentar a tres cachorros.

Cuando Manto Polvoroso terminó de hablar, Hojarasca oyó de nuevo el lamento, resonando con tanta pena como si llorara la muerte de todo un clan.

—¿Qué sucede? —exclamó la aprendiza de curandera.

Manto Polvoroso la miró desesperanzado.

—Alercina ha muerto.

De inmediato, Carbonilla se fue a la maternidad a ver a Fronda. Estrella de Fuego posó la cola sobre el omóplato de Manto Polvoroso, en un vano intento de reconfortarlo. El gato hundió brevemente el hocico en el pelaje rojizo de su líder. Hojarasca sintió un nudo en la garganta al ver a los dos gatos, que nunca habían sido amigos, unidos por el dolor compartido.

—¿Y ahora qué? —maulló Estrella de Fuego, alzando la cabeza hacia el cielo gris de la mañana—. Clan Estelar, ¿qué problemas vas a mandar ahora al Clan del Trueno?



# 19

¿Qué era eso? A Borrascoso se le erizó el pelo de golpe, presa del miedo. Él y sus amigos estaban atrapados en aquel agujero oscuro; quienquiera que hubiese hablado estaba bloqueando la salida, y no había ninguna vía de escape. Olisqueó el aire y distinguió el olor de varios gatos, todos con olor a tribu, aunque no completamente a tribu.

—¿Quiénes sois? —exigió saber.

En respuesta, notó un fuerte empujón en el omóplato cuando el desconocido se abrió paso hacia el interior de la cueva. Sonaron suaves pisadas cuando los demás lo siguieron.

Luego oyó la voz de Zarzoso, tensa pero tranquila:

—Estamos yendo hacia nuestro hogar, que está muy lejos de aquí, y hemos buscado cobijo para la noche. No tenemos nada contra vosotros.

El desconocido volvió a hablar:

—Este lugar es nuestro.

—Entonces nos marcharemos —maulló Trigueña.

La guerrera se encaminó a la salida, y los otros se volvieron para seguirla.

Borrascoso notó cómo se le alisaba el pelo de nuevo. Con un poco de suerte, podrían salir de allí sin pelear. Aquellos gatos no procedían de la Tribu de las Aguas Rápidas, o sabrían quiénes eran ellos. Sin embargo, tenían el olor de la tribu. Borrascoso estaba desconcertado, pero no le importaba dejar sin resolver ese misterio si podían marcharse sanos y salvos.

—No tan deprisa —gruñó el desconocido—. ¿Cómo sabemos que estáis diciendo la verdad? No sé quiénes sois, y no conozco vuestro olor.

—Garra, deberíamos hacerlos prisioneros —siseó uno de los otros—. A lo mejor nos sirven como cebo para Colmillo Afilado.

—¿Conocéis a Colmillo Afilado? —exclamó Borrascoso.

—Por supuesto —contestó con voz profunda el primer gato, el llamado Garra—. Todos los gatos de estas montañas conocen a Colmillo Afilado.

Poco a poco, las siluetas de los desconocidos se recortaron contra una tenue luz grisácea que se filtraba por el túnel. Borrascoso sintió un hormigueo de temor al mirarlos.

El primero, Garra, era uno de los gatos más grandes que había visto en su vida, un atigrado marrón oscuro de anchos omóplatos y enormes patas. Su pelo desgreñado estaba erizado con hostilidad, y una profunda cicatriz le recorría un lado de la cara, curvando su labio superior en un gruñido congelado. Entornó sus ojos ámbar mientras observaba recelosamente a los gatos del bosque.

Detrás de él había dos gatos más, un escuálido macho negro con una cola que era poco más que un muñón y una hembra marrón grisáceo. Estaban flexionando las uñas, como si desearan clavarlas en el pellejo de los intrusos.

Aunque doblaban en número a los desconocidos, Borrascoso no confiaba en sus posibilidades en un enfrentamiento. Sin duda, no podrían salir sin heridas graves. Percibió que sus amigos estaban pensando lo mismo; incluso el agresivo Corvino guardaba silencio, observando cautelosamente a los desconocidos.

—Hemos visto a Colmillo Afilado y sabemos lo peligroso que es. —Zarzoso seguía intentando que el encuentro fuera pacífico—. Pero tenemos una misión urgente y debemos irnos.

—Os iréis cuando yo os diga que podéis iros —gruñó Garra.

—¡No puedes retenernos aquí! —exclamó Esquirolina, echando chispas por los ojos. Borrascoso se estremeció. No había nada malo en el valor de la aprendiza, pero a veces tenía el sentido común de un mosquito—. Ya hemos escapado de la Tribu de las Aguas Rápidas.

Corvino soltó un bufido furioso, y, por una vez, Borrascoso coincidió con él. Esquirolina debería sujetar su lengua ante aquellos amenazantes gatos.

Pero, para sorpresa de Borrascoso, el recelo que reflejaban los ojos de Garra pareció esfumarse.

—¿Habéis estado con la tribu?

—Así es —maulló Zarzoso—. ¿La conoces?

—La conocemos mucho, demasiado —contestó Garra.

—Nosotros también éramos miembros de la tribu —añadió la gata atigrada.

Borrascoso la miró boquiabierto, pues había dado por supuesto que aquéllos eran gatos proscritos. Eso explicaría el desconcertante olor, como si alguna vez hubieran pertenecido a la tribu, pero también recordó que los gatos de la tribu se habían negado a echarlos de la cueva en plena noche para salvaguardarlos de Colmillo Afilado. Si se preocupaban tanto por los forasteros, era extraño que hubieran permitido que sus propios compañeros viviesen fuera de la caverna. A menos que hubiesen cometido un crimen que pesara más que la amenaza de Colmillo Afilado…

—¿La tribu os obligó a marcharos? —preguntó.

—Prácticamente —gruñó Garra. Poco a poco, se le fue alisando el pelo. Hizo una seña a sus compañeros, que estaban guardando la entrada, para que descansaran—. Sentaos —les dijo a los gatos forestales—. Sentaos y hablaremos. Pero no intentéis marcharos, a menos que queráis perder las orejas.

Borrascoso tomó la amenaza en serio. Se sentó obedientemente; sus amigos lo imitaron, poniéndose tan cómodos como podían en el suelo arenoso. A medida que se acostumbraban a la escasa luz de la cueva, Borrascoso distinguió con más claridad lo que los rodeaba. El techo estaba profusamente surcado de raíces que se extendían por las paredes de tierra, con más raíces y piedras sobresaliendo de vez en cuando. No logró ver lechos ni montones de carne fresca; ningún indicio de que aquellos gatos vivieran allí permanentemente.

—Me llamo Garra de Águila en Picado —empezó el enorme atigrado, alzando una zarpa hasta la cicatriz de su cara—. La garra de un águila me

hizo esto cuando era un cachorro, y me dio mi nombre junto con una marca que me recuerda lo cerca que estuve de morir. Éstos son Risco donde se Acumula la Nieve y Ave que Cabalga el Viento —añadió, señalando primero al gato negro y después a la gata.

El miedo de Borrascoso empezó a disiparse. De algún modo, saber el nombre de aquellos desconocidos hacía que parecieran menos enemigos.

—Hace muchas estaciones —continuó Garra—, la Tribu de la Caza Interminable mandó una señal a Narrarrocas. Escogieron a seis gatos para que abandonaran el refugio de la cueva y salieran a las montañas para enfrentarse a Colmillo Afilado y matarlo. Nosotros somos tres de esos seis.

—¿Qué les pasó a los otros? —quiso saber Corvino.

—Les pasó Colmillo Afilado —gruñó Risco, cerca de la entrada—. Casi acaba también conmigo. ¿Cómo creéis que perdí la cola?

Garra bajó la cabeza.

—Narrarrocas nos ordenó que no regresáramos sin el pellejo de Colmillo Afilado.

—Pero ¡eso es descabellado! —exclamó Esquirolina—. ¿Cómo ibais a matar a Colmillo Afilado sólo seis cuando la tribu al completo no puede con él?

El atigrado volvió a levantar la cabeza, y Borrascoso se estremeció por la profunda amargura de su mirada.

—No lo sé —contestó—. ¿Creéis que no nos hemos hecho la misma pregunta? Daría el pellejo por salvar a mi tribu, pero ¿qué podemos hacer?

Plumosa ronroneó consoladoramente.

—¿No podríais ir a ver a Narrarrocas para explicarle que habéis hecho todo lo posible? Quizá os permita regresar.

—¡No! —Garra la miró con ojos llameantes—. No me arrastraré ante él para suplicarle clemencia. Además, ¿de qué serviría? Todos obedecemos la voluntad de la Tribu de la Caza Interminable.

Borrascoso parpadeó. En ocasiones, las palabras de sus antepasados guerreros parecían duras y difíciles de comprender, pero no recordaba que el Clan Estelar hubiera condenado a ningún gato a una existencia solitaria que sólo podía terminar con la muerte. «¿Tendría yo el valor de obedecer si me lo ordenaran?», se preguntó.

—Me sorprende no haber oído hablar de vosotros —maulló Zarzoso—. La tribu nos habló de Colmillo Afilado, pero nadie os mencionó.

Garra soltó un resoplido.

—Probablemente se hayan olvidado de nosotros.

—O estén avergonzados —añadió Ave con semblante serio.

—¿Hace poco que dejasteis la tribu? —preguntó Garra. Cuando Zarzoso asintió, el atigrado siguió con voz anhelante—: Hay una gata… se llama Rivera donde Nada el Pequeño Pez. ¿La habéis visto?

Borrascoso irguió las orejas. Durante un segundo, lo invadió una furia celosa por el evidente afecto con que aquel desaliñado solitario hablaba de la apresadora.

—Sí, hemos conocido a Rivera —respondió Plumosa.

—¿Se encuentra bien? ¿Es feliz?

—Se encuentra bien —contestó Trigueña—. Y tan feliz como los demás con el aliento de Colmillo Afilado en el pescuezo.

—Porque nosotros fracasamos… —Aquellas tres palabras contenían toda la amargura de Garra—. Rivera es mi hermana —añadió con un curioso maullido, medio risueño y medio azorado—. Nadie pensaría que una gata tan bonita podría estar emparentada conmigo, ¿verdad? Es de una camada posterior a la mía, y cuando Colmillo Afilado se llevó a nuestra madre, yo quise estar allí para cuidar de ella.

Borrascoso se relajó. Pero ¿qué le sucedía? ¿Por qué debería importarle que Rivera fuese hermana de Garra y no su compañera?

—Rivera debería haber venido conmigo —continuó Garra—, pero ése no era el deseo de la Tribu de la Caza Interminable. Y me alegro. Esto no es vida.

El atigrado tenía razón. Borrascoso se estremeció al pensar en la destrucción que Colmillo Afilado había llevado a la tribu: no sólo los gatos que había convertido en sus presas, sino las vidas perdidas en los intentos por acabar con él. Gatos condenados al exilio, separados de sus familias…

¿Y si él fuera realmente el felino escogido, el destinado a salvar la tribu de Colmillo Afilado? ¿Tenía derecho a rechazar su destino? Le pasó por la cabeza que debería regresar, pero la idea lo aterrorizaba tanto que la apartó. Él y sus amigos tenían su propia misión, contar a los clanes lo que les había

anunciado Medianoche, y no debían permitir que nada interfiriera en eso. Tenían que advertir a los clanes que abandonaran el bosque antes de que fuera destruido por el nuevo Sendero Atronador de los Dos Patas.

La luz de la cueva iba en aumento y se tornó dorada, como si la lluvia hubiese cesado y el sol hubiese salido por encima de las cumbres. Sintiendo que no podía seguir encerrado bajo tierra, Borrascoso se puso en pie.

—¿Nos permitís salir a cazar? Necesitamos carne fresca.

Garra lanzó una mirada a sus compañeros.

—No iremos a ninguna parte —le aseguró Zarzoso—. Todos estamos agotados, y nos hace falta descansar.

Tras otra pausa, el atigrado se encogió de hombros.

—Marchaos, quedaos, haced lo que queráis. No tiene nada que ver con nosotros. A pesar de lo que ha dicho Risco, no os usaríamos como cebo para Colmillo Afilado.

Borrascoso salió por el estrecho túnel hasta la ladera de la montaña. El sol asomaba por encima de la cumbre más alta; ésa era la dirección que debían tomar, siguiendo el sol naciente hasta su bosque natal.

Esquirolina fue detrás de él y se quedó mirando alrededor bien alerta, como si no hubiera pasado toda la noche deambulando por la montaña bajo una intensa lluvia.

—Bien —maulló la aprendiza—. ¿Dónde están las presas?

En medio de la lluvia y la oscuridad nocturna, Borrascoso había visto poco la zona antes de encontrar la cueva. Justo debajo de la entrada, vio que las rocas estaban rotas; entre las grietas se había depositado una fina tierra, suficiente para que creciera hierba y algunos arbustos. Un hilillo de agua corría entre ellos.

—Ahí abajo —sugirió.

Esquirolina señaló la madriguera con la cola.

—Los demás quieren dormir, como si fueran erizos en la estación sin hojas —maulló—. Vamos a cazar, ¡y los sorprenderemos cuando despierten!

—De acuerdo.

A Borrascoso le gustó ir a cazar con la siempre alegre y resuelta aprendiza, lejos del guerrero del Clan del Trueno, que acaparaba casi toda

su atención. Desde que comenzó el viaje de regreso a casa, había notado lo inseparables que se habían vuelto Esquirolina y Zarzoso. Para ellos siempre sería más fácil estar juntos. Más que si Esquirolina tuviera algún tipo de contacto con Borrascoso. Además, él estaba empezando a comprender que lo que sentía por Rivera era algo muy distinto de lo que sentía por Esquirolina.

Había controlado sus sentimientos por Esquirolina porque pertenecían a clanes diferentes, pero Rivera lo atraía de un modo muy intenso. El lustre de su pelaje atigrado, el fulgor de sus ojos, su velocidad y destreza, seguían estando con él incluso lejos de la cueva. De pronto, con una punzada de compasión, se preguntó si sería eso lo que sentían Plumosa y Corvino. ¿Él también sería capaz de traspasar fronteras para estar con Rivera?

Borrascoso apartó esa idea. Nunca volvería a ver a Rivera, así que ¿de qué servía pensar en eso? Intentó centrarse en el sol matinal y el placer de cazar con una compañera hábil. Era estupendo tener a Esquirolina al lado como una amiga, sin los celos que podrían haber amenazado su amistad con Zarzoso.

—¡Vamos! —Esquirolina ya estaba entre los arbustos—. Quiero que me enseñes algunas de esas tácticas montañesas.

Conforme el sol se elevaba más en el cielo, cazaron entre la escasa vegetación de las montañas, formando un montón de carne fresca en la cornisa que había delante de la cueva. Esquirolina aprendió rápidamente los nuevos métodos de caza, y no pudo evitar ponerse a dar saltos como una cachorrita, encantada consigo misma, cuando atrapó a su primer halcón.

—Tenemos que enseñar estos trucos en casa —maulló, quitándose una pluma de la nariz de un manotazo—. Siempre cazamos entre la vegetación, pero, así, podríamos hacerlo también en campo abierto.

A Borrascoso se le llenó la mente de pensamientos desolados sobre el futuro del bosque. La gata adivinó en qué estaba pensando, porque su expresión triunfal se desvaneció y añadió sombríamente:

—Puede que no nos quede otro remedio.

Al regresar a la cueva con más presas para el montón de carne fresca que habían creado, Borrascoso vio a Garra sentado en la cornisa, con los ojos entornados mientras el sol caldeaba su desaliñado pelaje.

Garra abrió los ojos cuando se acercaron.

—Habéis cazado muy bien —maulló.

—Toma lo que te apetezca —le ofreció Borrascoso.

—Gracias. —Fue hasta el montón y escogió un conejo.

Esquirolina se encaminó a la madriguera.

—Voy a levantar a los gandules de nuestros amigos —anunció.

Borrascoso advirtió que Garra había dejado de comer después del primer mordisco y que estaba mirándolo con expectación. Como por acto reflejo, el guerrero tomó un halcón del montón de carne fresca, le dio un bocado rápido y lo empujó hacia Garra. Éste asintió y empujó su propia pieza hacia Borrascoso.

—Veo que vuestra tribu también comparte —dijo Garra, y Borrascoso bajó la mirada, repentinamente incómodo.

Comieron en silencio unos segundos. Borrascoso no estaba seguro de cómo los exiliados habían pasado de ser enemigos a algo semejante a amigos, pero estaba convencido de que ahora no tenían nada que temer de ellos. Sólo le habría gustado poder ayudarlos.

—Se nota que estás preocupado por la tribu —empezó vacilante, engullendo un bocado de conejo.

—Por supuesto que lo estoy. —Garra lo miró con sus penetrantes ojos ámbar—. Y tú también, aunque no eres uno de los nuestros.

Borrascoso asintió despacio. Había intentado no admitirlo, ni siquiera para sí mismo. ¿Tan evidentes eran sus sentimientos, incluso para un desconocido?

—Viven con miedo todos los días —continuó Garra—. Cada paso fuera de la cueva está lleno de terror, pues las rocas podrían estar ocultando a Colmillo Afilado.

Borrascoso asintió, pensando en los guardacuevas que acompañaban a las partidas de caza. Intentó imaginarse cómo sería no poder correr jamás libremente por tu propio territorio, sintiendo siempre la amenaza de garras y colmillos. Lo recorrió un escalofrío al recordar las cacerías con Rivera en los primeros días de su estancia con la tribu. Ella le había contado que Peñasco y los demás estaban allí para proteger a los apresadores de las águilas, pero ahora comprendió que también estaban vigilando la presencia

de Colmillo Afilado. Él y los gatos de la tribu habían corrido tanto peligro como las presas que cazaban.

—Ojalá supiera qué hacer —maulló—. Nosotros emprendimos este viaje por una profecía del Clan Estelar…

—¿El Clan Estelar? —repitió Garra.

—Los espíritus de nuestros antepasados guerreros —explicó Borrascoso —. Como vuestra Tribu de la Caza Interminable.

Siguió explicando cómo el Clan Estelar había profetizado un gran problema para el bosque y había elegido a cuatro gatos, uno de cada clan, para llevar a cabo una misión y averiguar qué tenía que decirles Medianoche.

—Yo no era uno de los cuatro escogidos —concluyó—, pero vine para acompañar a mi hermana.

—Y ahora regresáis a casa —maulló Garra.

—Sí, pero no sabemos si llegaremos a tiempo de ayudar. —Mientras hablaba, Borrascoso se dijo que al menos ellos podían ir a casa; Garra y sus compañeros no podrían jamás.

—Tu amigo ha dicho que escapasteis de la Tribu de las Aguas Rápidas. —Garra parecía desconcertado—. ¿Significa eso que os tenían prisioneros? No parece la misma tribu que yo conocía.

—No fue exactamente así. —Borrascoso tragó saliva. Si quería ganarse la confianza de aquel gato, tenía que contarle su historia, aunque ignoraba cómo reaccionaría. Existía la posibilidad de que el enorme atigrado lo devolviera a rastras a la tribu para que cumpliera con la profecía y así ganarse el derecho de regresar a su hogar—. Hubo otra profecía —le confió —. Narrarrocas recibió una señal de la Tribu de la Caza Interminable…

Garra escuchó el relato sin pestañear, con sus ojos ámbar clavados en Borrascoso.

—¿Un felino plateado? —maulló con voz ronca cuando concluyó la historia—. ¿Y crees que eres tú?

Borrascoso empezó a negarlo, pero fue incapaz de hacerlo.

—No lo sé —respondió sinceramente—. Al principio no veía cómo podía ser yo, pero ahora… La primera profecía, la del Clan Estelar, me importa más que cualquier otra cosa, pero yo no soy uno de los elegidos.

No puedo dejar de preguntarme si, por el contrario, estoy destinado a hacer esto. —Suspiró—. Sin embargo, no puedo seguir las dos profecías a la vez. ¿Cuál de ellas es la buena?

Garra guardó silencio unos instantes. Al cabo, maulló:

—Ninguna de las dos es la buena. Y ninguna es mala. —Soltó un quedo gruñido—. Las profecías son cosas extrañas. Sus palabras nunca están claras.

Borrascoso asintió, recordando que él y sus amigos habían creído que «medianoche» significaba sencillamente eso, hasta que descubrieron que era el nombre de la sabia tejona.

—Todo depende de cómo se interprete la profecía —continuó Garra—. Y que la profecía se cumpla depende de qué se decida hacer al respecto. Somos nosotros quienes debemos escoger el código que rige nuestra vida. ¿Eso no es así también para vosotros?

Borrascoso se quedó mirando con sorpresa al experimentado gato. Garra tenía razón. El Clan Estelar y la Tribu de la Caza Interminable exigían exactamente lo mismo a los gatos, con las mismas promesas de protección y guía si sabían descifrar sus señales.

—¿Qué piensas que deberías hacer? —preguntó Garra.

Borrascoso negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Pero lo sabrás. —El gran atigrado se puso en pie—. Tu fe y tu valor te lo dirán. —En sus ojos ámbar había un leve fulgor risueño—. Pero no tardes demasiado en averiguarlo —añadió, antes de desaparecer por el túnel que llevaba a la cueva.

Una vez solo, Borrascoso soltó un suspiro de agotamiento. Aquellos misterios lo superaban; él era guerrero, y lo único que deseaba era seguir el código guerrero. Pero ¿qué debería hacer cuando el código no le hablaba con claridad?

El sol le calentaba el pelo y él acusaba la falta de sueño. Tenía el estómago reconfortantemente lleno. Bostezó y se le cerraron los ojos.

Apenas unos minutos después descubrió que estaba tumbado en el claro de un bosque, aunque no sabía dónde concretamente. El olor a verde y

fertilidad lo rodeaba, y oía el suave murmullo de un arroyo. Abrió los ojos y vio la luz de la luna colándose a través de las hojas, sobre su cabeza.

Se estiró, desconcertado. Aquel bosque se hallaba en la plenitud de la estación de la hoja verde, aunque ya estaba próxima la estación sin hojas. Entonces captó otro olor, algo dulce y tranquilizador, y de algún modo dolorosamente familiar, aunque no recordaba haberlo olido con anterioridad. Una voz maulló a su espalda:

—Borrascoso.

Se volvió y creyó estar frente a Plumosa. Pero no; aunque aquella gata tenía un pelaje gris plateado como el de su hermana, no la conocía.

—¿Quién eres? —preguntó el guerrero, levantándose.

La gata no respondió, pero se le acercó y entrechocó la nariz con la suya. Borrascoso vio el resplandor de las estrellas alrededor de las patas de la desconocida. Con un estremecimiento, supo que estaba soñando y que una guerrera del Clan Estelar había ido a visitarlo.

—Queridísimo Borrascoso, estoy muy orgullosa de ti y de Plumosa —empezó la extraña guerrera—. Habéis pasado por grandes pruebas y demostrado vuestro valor y fe muchas veces. Habéis obedecido al Clan Estelar en todo, y todos nos sentimos muy complacidos con vosotros.

—Eh… gracias —maulló Borrascoso, indeciso.

—Los gatos de la Tribu de las Aguas Rápidas también tienen valor y fe, aunque siguen a distintos antepasados guerreros diferentes. Deberías honrarlos a ellos y a la Tribu de la Caza Interminable.

—Lo sé —coincidió Borrascoso con vehemencia. Aquella guerrera del Clan Estelar, fuera quien fuese, comprendía perfectamente lo que él sentía—. Por favor, dime qué debería hacer… y dime quién eres.

La gata se le acercó más, y su dulce aroma invadió los sentidos de Borrascoso.

—¿No lo sabes? —murmuró—. Soy tu madre, Corriente Plateada. Y respecto a lo que debes hacer… Borrascoso, recuerda que esa pregunta puede tener muchas respuestas.

La luz que la rodeaba empezó a apagarse. Borrascoso se quedó solo en el claro.

—¡No te vayas! —suplicó.

Giró en redondo, intentando ver por dónde había desaparecido Corriente Plateada. Abrió los ojos de golpe y se encontró tumbado delante de la madriguera, con sus amigos a poca distancia dividiendo las piezas del montón de carne fresca.

Se levantó a trompicones. ¡El Clan Estelar le había mandado un sueño! Había visto a su madre, que había muerto de parto cuando nacieron Plumosa y él. Sin embargo, no había tiempo de lamentar que no hubiera llegado a conocerla en vida. Por fin sabía lo que debía hacer, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Plumosa lo miró con expresión desconcertada.

—¿Qué ocurre?

—Yo… tengo que volver —respondió Borrascoso con voz ronca—. Tengo que cumplir la profecía de la tribu.

—¿Qué? —exclamó Trigueña, dejando el ratón que estaba comiendo para ir junto a él—. ¿Es que tienes abejas en el cerebro?

Borrascoso negó con la cabeza.

—He hablado con Corriente Plateada. Con nuestra madre —añadió para Plumosa—. Ha venido a verme en sueños.

A Plumosa se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Ella te ha dicho que vuelvas?

—Bueno, no exactamente. Pero me ha dicho que una pregunta puede tener muchas respuestas. Creo que una de las respuestas es que regrese y acepte el destino que la Tribu de la Caza Interminable ha trazado para mí.

—Pero, Borrascoso… —Zarzoso parecía confundido—. ¿Y qué hay de tus deberes con el Clan Estelar? ¿Qué pasa con nuestra profecía?

—Yo no soy uno de los cuatro gatos elegidos por el Clan Estelar. Y Corriente Plateada ha dicho que también hay que honrar a la Tribu de la Caza Interminable. Al fin y al cabo, son antepasados guerreros, aunque no sean los nuestros.

Vio que Zarzoso no estaba contento con su decisión, y esperó que no intentara ordenarle que continuara el viaje. Respetaba al guerrero del Clan del Trueno y le había gustado seguirlo, pero, ahora que había encontrado el camino correcto, nada lo desviaría, ni siquiera la amistad surgida entre ellos.

—¿Qué opináis los demás? —preguntó Zarzoso.

Los gatos se miraron entre sí dubitativamente. Mientras esperaba a que alguno de ellos hablara, Borrascoso advirtió que Garra estaba sentado un poco apartado, con Risco y Ave. Por primera vez, Borrascoso creyó advertir un brillo de esperanza en los ojos ámbar del gran atigrado; pero entonces Garra se dio cuenta de que Borrascoso estaba mirándolo y apartó la vista, como si no quisiera intervenir en el debate.

—Bueno, yo creo que es una idea propia de un ratón descerebrado. —Trigueña sacudió la cola—. Yo voy a seguir a Zarzoso y regresar al bosque. ¿O es que ya te has olvidado de lo que está sucediendo allí?

—No le estoy pidiendo a nadie que me acompañe —se apresuró a aclarar Borrascoso—. Esto es algo que tengo que hacer yo, pero los demás podéis proseguir el viaje.

Plumosa se le acercó para hundir el hocico en su omóplato.

—Estúpida bola de pelo —maulló—. ¿Acaso crees que voy a dejar que lo hagas solo?

—Entonces yo también iré —se sumó Corvino. A Borrascoso no le extrañó que el aprendiz quisiera ir con Plumosa, pero se sorprendió cuando añadió—: En realidad, Borrascoso, creo que tienes razón. Desde que te rescatamos, has estado dando vueltas como un conejo sin cola. Es obvio que no vas a ser de utilidad hasta que ayudes a esos gatos.

Borrascoso le dirigió un gesto de agradecimiento. Las malhumoradas palabras de Corvino no podían disimular que acababa de hacer un ofrecimiento muy valiente. Ninguno de ellos podía estar seguro de que la tribu fuera a recibirlos bien, por no mencionar el peligro que suponía Colmillo Afilado.

—¡Yo también quiero ir!

Esquirolina se levantó de un salto, con un brillo en sus ojos verdes y la cola erguida de emoción. Volviéndose hacia Zarzoso, suplicó:

—¿No podríamos ir todos? No podemos dejar que Borrascoso se enfrente solo a Colmillo Afilado.

—Borrascoso no está solo —respondió Zarzoso secamente. Con una mirada afligida a Trigueña, añadió—: Parece que estamos en minoría. Si va

uno, vamos todos. No me he olvidado del bosque… pero también tenemos que recordar el código guerrero.

Esquirolina soltó un maullido triunfal.

Trigueña sacudió la cola una vez.

—Yo creo que estáis todos muy locos —gruñó—. Pero he dicho que te seguiría a ti, Zarzoso, y lo haré.

Borrascoso miró a todos sus amigos, reconfortado hasta el tuétano por su lealtad. Aparte de su hermana, ninguno tenía razones para apoyarlo, excepto por los vínculos que se habían forjado entre ellos durante su misión. Medianoche había hablado en serio al decir que los cuatro clanes se habían convertido en uno. Borrascoso sólo podía ver cosas buenas en la forma en que se estaban desdibujando las viejas fronteras de clan, y se preguntó si, en el bosque, los clanes estarían aprendiendo también a ser amigos para enfrentarse a la amenaza de los Dos Patas. Quizá, si encontraba un lugar al que pudiera pertenecer de verdad, se mitigaría el dolor por su herencia mestiza.

—Gracias —maulló con solemnidad.

—La Tribu de la Caza Interminable honrará vuestro valor —intervino Garra—. Pero ¿qué pretendéis hacer exactamente?

—¡Yo tengo una idea! —Esquirolina parecía a punto de dar saltos.

Todos la miraron. Garra soltó un bufido de incredulidad.

—Adelante —instó Zarzoso.

—Estoy pensando en lo que ha dicho Corriente Plateada, que una pregunta tiene muchas respuestas —empezó la aprendiza—. Bueno, muchos gatos han intentado matar a Colmillo Afilado y han fracasado, una y otra vez. Incluso luchadores como Garra. Tenemos que encontrar otra respuesta, y creo que sé cuál es.

—¿Cuál? —inquirió Corvino con sequedad—. ¿Vas a ir a verlo y pedirle educadamente que se largue?

—¡Cerebro de ratón! —le espetó Esquirolina—. Si no podemos matar a Colmillo Afilado, tendremos que encontrar algo que lo haga por nosotros.



# 20

La cola del ratón se deslizó entre las zarpas extendidas de Hojarasca, que se quedó mirando con frustración la grieta por la que había desaparecido la pequeña criatura. Había salido del campamento para recolectar más hierbas para Carbonilla; las órdenes de Estrella de Fuego habían sido que nadie saliera solo, así que la acompañaba Acedera.

—Mala suerte —maulló la guerrera parda con tono comprensivo—. Pero estaba bastante escuálido.

—Era una presa —replicó Hojarasca—. Lo habría atrapado de no estar tan hambrienta que ni siquiera veo bien.

Empezó a retroceder para salir de debajo del arbusto. De pronto reparó en sus conocidas hojas verde oscuro, y en las bayas rojas aferradas a sus ramas y esparcidas por el suelo alrededor del tronco.

—¡Cagarrutas de ratón! —bufó—. Y encima tengo esta porquería pegada a las patas.

—¿Qué ocurre?

Hojarasca salió por fin y señaló las bayas con la cola.

—Son bayas mortales —maulló—. Estaba tan ansiosa por cazar al ratón que no las he visto.

Acedera se estremeció.

—Busquemos un poco de agua para que te laves, deprisa.

A Hojarasca le extrañó la expresión de espanto de su amiga. Las bayas mortales eran bastante malas, pero sólo si te las comías. Acedera era una de

las gatas más valientes que ella conocía, y sin embargo parecía aterrorizada; tenía el pelo erizado y las orejas pegadas al cráneo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Hojarasca mientras se internaban en el bosque en busca de un charco donde quitarse el veneno.

—Estoy bien. —Acedera parpadeó—. ¿Sabías que estuve a punto de morir a causa de unas bayas mortales?

—¡No! —Hojarasca se detuvo con los ojos desorbitados por la impresión—. ¿Qué sucedió?

—Fue cuando era una cachorrita, antes de que tú nacieras. Había seguido a Cebrado hasta el bosque… no debes de acordarte de Cebrado: era el mayor aliado de Estrella de Tigre en el Clan del Trueno. Cuando lo descubrí hablando con Estrella Negra (que entonces era Patas Negras, el lugarteniente de Estrella de Tigre) en nuestro territorio, él me dio bayas mortales para que no pudiera contarle a nadie lo que había visto.

—¡Es horrible! —Hojarasca restregó el hocico contra el costado de su amiga.

—Sobreviví gracias a Carbonilla. Pero todo eso ya ha quedado atrás. Sea lo que sea lo que nos están haciendo los Dos Patas, por lo menos ya no tenemos que preocuparnos por Estrella de Tigre. —Dio media vuelta, con la cola bien alta—. Venga, vamos a lavarte las patas. Lo último que necesita el clan en estos momentos es un envenenamiento por bayas mortales.

Mientras seguía a su amiga entre la maleza, negros pensamientos asaltaron a Hojarasca. Si realmente Estrella de Tigre era el padre de Alcotán y Ala de Mariposa, entonces quizá ese problema no había quedado atrás.

El rugido de los monstruos de Dos Patas aumentó de volumen conforme se acercaban al Sendero Atronador. Por fin localizaron un pequeño charco en un hueco, donde Hojarasca metió las patas varias veces para luego restregarlas contra la hierba, hasta que estuvo segura de que no quedaba rastro de bayas mortales. Aun así, sabía que no se lamería las patas en varios días.

—Hecho —maulló. Tuvo que levantar la voz para que Acedera la oyera por encima del estruendo del monstruo—. Eso bastará. Y mira, ahí hay una mata enorme de perifollo. Carbonilla querrá…

Se interrumpió con un gañido aterrado cuando el rugido del monstruo sonó más fuerte de repente, como si el cielo estuviera rompiéndose con un trueno. Una figura gigantesca y reluciente irrumpió por el sotobosque, aplastando el perifollo que Hojarasca acababa de descubrir. Acedera soltó un aullido asustado y salió corriendo hacia el árbol más cercano, por el que trepó hasta la primera horqueta, con el pelo tan erizado que parecía haber doblado su tamaño.

Hojarasca se pegó contra un hueco del suelo. Se quedó mirando horrorizada cómo el monstruo agarraba un joven fresno y lo arrancaba de cuajo, sin más esfuerzo que el que ella habría hecho para desenterrar una raíz de lampazo. El monstruo levantó el árbol en el aire, convirtiéndolo en un enorme tronco retorcido mientras iba despojándolo de las ramas. Los desechos empezaron a llover alrededor de Hojarasca, tamborileando en el suelo como si fueran granizo.

—¡Hojarasca!

A pesar del miedo, oyó el aullido de Acedera. La guerrera había bajado del árbol, consciente quizá de que aquél tampoco era un lugar seguro. Atravesó el espacio abierto y dio un empujón a Hojarasca para que se levantara.

—¡Corre!

Hojarasca lanzó otra mirada de pavor al monstruo y se dio cuenta de que estaba empezando a cortar el árbol en trozos. De inmediato, la aprendiza echó a correr por el bosque detrás de Acedera, trastabillando entre zarzales y a través de zanjas embarradas en su desesperada huida.

Cuando el rugido se convirtió en un leve retumbo a sus espaldas, las dos amigas se detuvieron resollando.

—Están tomando más y más espacio de nuestro bosque —jadeó Acedera—. Pronto no quedará nada para nosotros.

Hojarasca seguía temblando; casi esperaba que el monstruo apareciera tras ellas entre los árboles.

—¡Los odio! —bufó—. No tienen ningún derecho a venir aquí. ¿Qué daño les hemos hecho?

—Así son los Dos Patas —maulló Acedera. Estaba más tranquila, el pelo de sus omóplatos había comenzado a alisarse. Tocó la oreja de

Hojarasca con la punta de la cola—. Arriba, vamos a buscar hierbas cerca de la frontera del Clan del Río. Nos alejaremos todo lo posible de esos monstruos.

Hojarasca asintió, demasiado asustada para hablar. Siguió a la guerrera parda a través del bosque, apenada al pensar en los lugares pacíficos que nunca volverían a ser pacíficos, en los árboles que no volverían a estar verdes en la estación de la hoja nueva ni a dar sombra. El Clan Estelar debía de estar apenado también, sobre todo si no podía hacer nada para detener la destrucción.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Acedera al cabo de unos instantes—. No recuerdo la última vez que tuve la barriga llena… ni yo ni nadie del clan. Mira a Fronda. Se considera responsable de la muerte de Alercina, aunque no sea culpa suya.

Hojarasca pensó en la dulce Fronda, llorando la muerte de su cachorrita, y en la profunda tristeza de Manto Polvoroso mientras intentaba consolarla, en vano. Pensó en Cola Moteada, muerta porque el hambre la había empujado a comer el conejo contaminado. Escarcha estaba demasiado débil para abandonar la guarida de los veteranos, y había empezado a toser. Carbonilla pasaba los días esperando un brote de tos verde que podría evolucionar muy fácilmente en la letal tos negra.

—A veces pienso que los Dos Patas no pararán hasta que estemos todos muertos —maulló Hojarasca en voz baja.

Acedera coincidió con un murmullo.

—Es como si el Clan Estelar nos hubiera abandonado. Hojarasca, ¿nuestros antepasados guerreros no os han hablado a ti o a Carbonilla? ¿Por qué no nos avisaron? ¿O es que ya no les importamos?

Hojarasca cerró los ojos. Anhelaba contarle a su amiga que el Clan Estelar había profetizado todo aquello, aunque no a los curanderos ni a sus aprendices. Pero había prometido guardar el secreto de los gatos elegidos, y si incumplía su palabra, debía ser para contárselo a Estrella de Fuego o a Carbonilla antes que a ningún otro.

Más aún: estaba empezando a pensar que los gatos enviados por el Clan Estelar adondequiera que fuese no iban a regresar jamás. Habían pasado varios días desde que consiguió contactar con Esquirolina. Le dolía el

corazón ante la idea de no volver a ver a su hermana o a Zarzoso. No tenía sentido ilusionar a Acedera con una esperanza y luego arrebatársela.

Al acercarse a la frontera del Clan del Río, donde el terreno descendía hacia el río y el puente de los Dos Patas, Hojarasca empezó a sentirse más calmada. El sonido de los monstruos todavía no llegaba hasta aquella parte del territorio; todo estaba tan tranquilo que casi podía imaginarse que el bosque era el mismo de siempre.

Al saborear el aire, captó el olor de un conejo, al que vio saltando entre dos matas de helechos. Las patas le ardieron de ganas de ir tras él, pero recordaba la orden de Estrella de Fuego y la terrible muerte de Cola Moteada.

—Exasperante, ¿verdad? —mascculló Acedera, con una sacudida furiosa de la cola—. Juraría que esas estúpidas criaturas se están riendo de nosotros.

Hojarasca asintió, mientras la boca se le hacía agua por el olor de la presa. No pudo evitar pensar cuánto tardarían en estar tan desesperados como Cola Moteada, tanto como para arriesgarse a comer conejos.

Delante de ella, Acedera adoptó la postura de caza. Con cuidado, para no interferir en la concentración de su amiga, Hojarasca se desvió a un lado para ver qué había descubierto la guerrera: una ardilla, moviéndose despacio por una zona despejada. «¡Sí!», pensó Hojarasca. Esa presa sí era apta para comer, para llevarla al campamento para Fronda y Escarcha…

Acedera saltó. Aunque no había hecho el menor ruido, la ardilla salió huyendo un segundo antes de que las zarpas de la gata pudieran atraparla. La guerrera soltó un maullido de frustración y corrió tras la presa, que se dirigía al árbol más cercano.

—¡Acedera, no! —gritó Hojarasca al caer en la cuenta de que el árbol se hallaba en el otro lado de la frontera.

Pero Acedera estaba ensordecida por el hambre, concentrada en perseguir a la ardilla. Mientras ésta trepaba por el tronco, la gata saltó y logró engancharla por la cola, pero la ardilla se retorció y consiguió liberarse. Acedera cayó al suelo, bufando de rabia.

—¡Vuelve! —chilló Hojarasca—. ¡Estás en territorio del Clan del Río!

Acedera se puso en pie, con briznas de hierba pegadas al pelo.

—¡Cagarrutas de zorro! —gruñó—. Casi la tenía.

Antes de que Hojarasca pudiera llamarla de nuevo, percibió un olor familiar. Una figura atigrada apareció por detrás del árbol, y cuando Acedera giraba en redondo, una enorme zarpa la tiró al suelo y la inmovilizó.

—¿Qué es esto? —gruñó Alcotán—. ¿Gatos del Clan del Trueno colándose en nuestro territorio?



# 21

Acedera fulminó con la mirada a Alcotán. Retorciéndose bajo su zarpa, le propinó un arañazo en la pata, pero los días de hambre habían mermado sus habilidades para la lucha. El guerrero ni se inmutó; sólo le dio unos manotazos en la oreja.

—Vas a venir conmigo a ver a Estrella Leopardina —gruñó—. Que ella decida qué hacer. El Clan del Trueno no tiene ningún derecho a cruzar nuestras fronteras.

—¡Suéltala! —exclamó Hojarasca—. Sólo está a un par de colas de la frontera.

Alcotán le lanzó una mirada poco amistosa.

—Oh, eres tú otra vez.

—Sí, yo otra vez. —Hojarasca se irguió y, haciendo acopio de todo su valor, sostuvo la gélida mirada de Alcotán—. Te alegraste bastante de que estuviera aquí cuando Junquillo sufrió un accidente. —Y, más persuasivamente, añadió—: Le debes un favor al Clan del Trueno. Suelta a Acedera.

Alcotán torció la boca y soltó un gruñido.

—Los clanes no se deben favores. El código guerrero dice que debemos respetar las fronteras, cosa que ella —añadió, señalando a Acedera con desprecio— no ha hecho.

Hojarasca notó que se le erizaba el pelo y se le tensaban los músculos, como si el cuerpo quisiera pelear con Alcotán. Ella y Acedera juntas tendrían una oportunidad de vencerlo… Pero se obligó a permanecer

tranquila y a no moverse de donde estaba, al lado de la frontera. Podía imaginarse el enfado de Estrella de Fuego si se enteraba de que su hija había atacado a un gato de otro clan en su propio territorio.

Resultaba difícil suplicar a un gato tan odioso, pero tenía que hacer un esfuerzo más.

—Por favor… Acedera no estaba haciendo ningún daño.

Los ojos azules de Alcotán eran trocitos de hielo.

—Estaba robando presas.

—¡De eso nada! —A Hojarasca se le dilataron los ojos—. Era una ardilla del Clan del Trueno.

Acedera, que estaba inmóvil bajo la zarpa de Alcotán, se incorporó de repente. El guerrero soltó un chillido cuando ella le mordió la pata. Los dos rodaron por el suelo, pero, a pesar de toda su valentía, Acedera no era rival para un gato del tamaño y peso de Alcotán. Pronto volvió a estar debajo de sus zarpas, resollando.

—De acuerdo, llévame hasta Estrella Leopardina —bufó Acedera—. Pero iré peleando contigo durante todo el camino.

Alcotán pareció hastiado.

—Bien. Hazlo.

Desesperada, Hojarasca miró alrededor. ¿Por qué no estaban allí Estrella de Fuego o Carbonilla? Quizá ellos podrían convencer a Alcotán. No había nadie en su lado de la frontera, pero captó un destello dorado en los carrizos de la otra orilla, y un segundo después vio a Ala de Mariposa cruzando a toda prisa el puente de los Dos Patas. La aprendiza del Clan del Río subió por la ladera y se detuvo junto a su hermano.

—¿Qué pasa aquí?

—Puedes verlo por ti misma. —Alcotán apuntó a Acedera con la cola —. He atrapado una intrusa. Voy a llevarla ante Estrella Leopardina.

—Ella no pretendía hacerlo —insistió Hojarasca, más esperanzada por la aparición de Ala de Mariposa—. Estaba persiguiendo a una ardilla… una de las nuestras… y no se ha dado cuenta de que cruzaba la frontera.

Ala de Mariposa miró alternativamente a su hermano y a Hojarasca.

—Déjala ir —maulló—. No es importante. No ha cazado nada. Si la llevas ante Estrella Leopardina, podrías provocar una guerra entre clanes.

Alcotán clavó su fría mirada azul en Ala de Mariposa.

—¿Y qué tendría eso de malo? Todo el mundo sabe que el Clan del Trueno tiene problemas. Ésta podría ser nuestra oportunidad para anexionarnos su territorio.

Hojarasca soltó un maullido ahogado. ¿Era eso lo que de verdad quería Alcotán?

Ala de Mariposa le sostuvo la mirada a su hermano.

—No seas imbécil —repuso fríamente—. Recuerda lo que Estrella Leopardina le debe a Estrella de Fuego. Éste le devolvió el clan cuando Estrella de Tigre intentó hacerse con el poder. Ella jamás empezaría una guerra con él.

—Sí lo haría si la razón fuera buena —adujo Alcotán—. Esto no tiene nada que ver con viejos favores; tiene que ver con el código guerrero. ¡Las fronteras entre clanes deben valer para algo! —Su voz se había vuelto aguda de desesperación. Respiró hondo antes de gruñir—: Y tú ten cuidado con lo que dices, Ala de Mariposa. No olvides que podrías estar hablando con el próximo lugarteniente del Clan del Río.

—¿Qué? —espetó Hojarasca—. ¿Y qué pasa con Vaharina?

—Vaharina es una cobarde —gruñó Alcotán—. No podía enfrentarse a lo que está ocurriendo en el bosque, así que huyó.

—Nadie la ha visto durante un día entero —le explicó Ala de Mariposa a Hojarasca, con ojos dilatados de ansiedad—. Desde que fue a patrullar la frontera cerca de los Cuatro Árboles. No sabemos qué le ha sucedido.

—Incluso aunque regrese, ya no será lugarteniente —gruñó Alcotán—. Los lugartenientes de clan no pueden irse por ahí cuando les apetezca.

A Hojarasca le daba vueltas la cabeza. No podía creerlo; Vaharina no era una cobarde. Por otro lado, siempre había supuesto que el Clan del Río no se veía afectado por lo que estaba pasándoles a los otros tres clanes, dado que su territorio era el único que no habían tocado los Dos Patas. Sin embargo, ahora había desaparecido Vaharina.

¿Cuántos más se habrían esfumado? ¿Habrían perdido gatos todos los clanes? Hojarasca sintió un frío helador hasta el tuétano; esas desapariciones no podían estar relacionadas con la profecía del Clan Estelar. Incluso aunque los primeros gatos hubieran fracasado, el Clan Estelar no

enviaría más y más a un destino incierto. De algún modo, los responsables debían de ser los Dos Patas y sus monstruos.

Se abstuvo de mencionarlo y, para su alivio, Acedera tampoco mencionó la desaparición de Nimbo Blanco y Centella. Cuanto menos supiera el Clan del Río de los asuntos del Clan del Trueno, mejor, sobre todo si Alcotán andaba buscando pelea porque creía que el clan vecino estaba debilitado.

Fue Ala de Mariposa quien rompió el silencio.

—¿Sabes, Alcotán? Eres un idiota —maulló.

Su hermano erizó el pelo.

—¿Qué quieres decir?

—Si quieres doblegar al Clan del Trueno, vas por mal camino.

—Y tú sí sabes cuál es el mejor camino, ¿verdad? —se mofó el guerrero.

—Pues sí, lo sé —contestó la gata con tono frío. Hojarasca apenas podía creer lo que estaba oyendo; de repente le pareció que no la conocía.

—Adelante, entonces, ilumíname.

Ala de Mariposa se dio un par de lametazos en el omóplato.

—Hay que ser amables con ellos. Hacer que estén agradecidos con nosotros. Eso los mantendrá tranquilos mientras van debilitándose cada vez más. ¿Por qué luchar y arriesgarse a que nuestro clan sufra bajas? Dejemos que los Dos Patas hagan el trabajo por nosotros. Entonces podremos anexionarnos su territorio.

Alcotán entornó los ojos pensativamente.

—Podrías tener razón —gruñó—. De acuerdo. —Retrocedió, dejando que Acedera se levantara—. Márchate y no vuelvas.

Acedera negó con la cabeza y le lanzó una mirada asesina, antes de dar los pocos pasos que la separaban de su territorio. Hojarasca la examinó detenidamente cuando cruzó la frontera, pero, aparte de un par de arañazos superficiales, Alcotán no le había hecho daño.

—Le contaré a Estrella de Fuego lo que has dicho —le dijo Hojarasca a Ala de Mariposa, esforzándose por mantener la compostura—. Él lo comentará con Estrella Leopardina en la próxima Asamblea.

Dos pares de ojos, azul hielo y ámbar, se clavaron en ella.

—Perfecto, cuéntaselo —intervino Alcotán—. Incluso aunque te crea, ¿qué podrá hacer? ¿Acaso piensas que Estrella Leopardina no me apoyará frente a un gato de tu clan?

Acedera le propinó un empujoncito a su amiga.

—Vamos, Hojarasca. Volvamos al campamento.

Hojarasca dio media vuelta, arrastrando la cola. Apreciaba a Ala de Mariposa y había confiado en ella, y ahora parecía que su supuesta amiga la había traicionado. Aunque la lealtad de Ala de Mariposa debía ser primero hacia su clan, Hojarasca no había pensado que pudiera ser tan fría y calculadora.

No había avanzado más que unos pocos zorros cuando oyó que Ala de Mariposa la llamaba en voz baja. Se detuvo y miró atrás. La aprendiza del Clan del Río se hallaba junto a la frontera y Alcotán ya no estaba.

—¡Hojarasca! —Ala de Mariposa la llamó moviendo la cola.

—No le hagas caso —masculló Acedera—. ¿Quién necesita amistades como ésa?

—Hojarasca, por favor… —El tono de la gata era suplicante—. Deja que te lo explique.

Hojarasca titubeó y retrocedió unos pasos, no muy convencida. Acedera la acompañó. La aprendiza notaba la tensión de su amiga, y se estremeció al ver la mirada de asco que le dirigió a la gata del Clan del Río.

—Tenía que decirle eso a Alcotán —se apresuró a explicar Ala de Mariposa—. ¿Es que no lo entiendes? De lo contrario, no habría soltado a tu amiga.

Hojarasca sintió una oleada de alivio. No había querido pensar mal de Ala de Mariposa, no cuando compartían el vínculo de todos los curanderos.

Pudo ver su propio alivio reflejado en los ojos de la gata del Clan del Río, que añadió:

—Me crees, ¿verdad? ¿Seguimos siendo amigas?

—Por supuesto que sí. —Hojarasca dio un paso adelante para entrechocar su nariz con la de la gata. Hizo caso omiso de un resoplido escéptico de Acedera, a su espalda—. Gracias.

Detrás de Ala de Mariposa, al pie de la ladera, Hojarasca vio que Alcotán surgía entre unos arbustos y cruzaba ágilmente el puente de los Dos

Patas. Se estremeció al recordar la cruel ambición que brillaba en sus ojos. Sin duda, ningún otro gato, excepto Estrella de Tigre, había tenido semejante sed de poder.

—Ala de Mariposa —murmuró, incapaz de seguir con esa incertidumbre—, ¿quién era vuestro padre? ¿Estrella de Tigre?

Los ojos ámbar de la gata reflejaron una intensa conmoción. Dudó un momento, pero al cabo respondió:

—Sí.



# 22

Era una locura, una completa locura. Esas palabras se repetían en la mente de Borrascoso al compás de sus pasos, mientras iba escoltado por Peñasco y otro guardacueva de regreso a la caverna que se abría tras la catarata. Los demás gatos forestales marchaban tras él, con más guardianes a ambos lados, mientras que Garra y sus compañeros proscritos ocupaban la retaguardia. Una patrulla los había visto nada más llegar al río. Borrascoso estaba seguro de que ahora eran más prisioneros que invitados, y no sabía qué les harían los gatos de la tribu. La noche anterior habían salido de allí por la fuerza, así que era razonable que los recibieran con hostilidad. Garra y sus camaradas corrían un riesgo aún mayor, pues habían recibido la orden de no regresar hasta que Colmillo Afilado estuviera muerto.

Los primeros rayos de una resplandeciente luna se filtraban a través de la cortina de agua que cubría la entrada; pronto, Colmillo Afilado iniciaría su ronda nocturna. Borrascoso dudaba bastante que la tribu fuera a escuchar el plan de Esquirolina. Mientras buscaba algo de valor en su interior, el aroma de Corriente Plateada lo envolvió tenuemente. El guerrero miró hacia atrás, preguntándose si su hermana lo percibiría también. Ella lo seguía con expresión angustiada. Pero ninguno del grupo se había amilanado cuando los rodearon los guardacuevas, que estaban escondidos tras las rocas, camuflados con su pelo cubierto de barro. Borrascoso se sintió abrumado por la valentía de sus amigos, por su lealtad hacia él y hacia el código guerrero, incluso tan lejos del bosque. Sabía que harían lo que hiciera falta por ayudar a la tribu, o que morirían intentándolo.

Era evidente que habían avisado a Narrarrocas de su llegada, pues estaba esperándolos en el centro de la cueva principal. Bajo su capa de barro, Borrascoso vio que el curandero había perdido un trozo de piel en la lucha contra Colmillo Afilado, y que tenía un corte en una oreja.

Borrascoso se le acercó y depositó a sus pies la presa que había llevado consigo desde las montañas: una liebre montaraz, cuyo pelaje ya blanqueaba por la cercanía de la estación sin hojas.

—¿Qué significa esto? —La voz de Narrarrocas era fría, y hostiles sus ojos—. ¿Por qué has vuelto?

—Para ayudaros a derrotar a Colmillo Afilado —contestó Borrascoso. El corazón se le aceleró al no ver hospitalidad ni alivio en la expresión del sanador.

—¿Y qué piensas que puedes hacer? —inquirió Narrarrocas, mirando alrededor.

Al seguir su mirada, Borrascoso vio a los gatos de la tribu saliendo de entre las sombras. Parecían curiosos pero desconfiados. Su amistad incipiente se había volatilizado por el ataque de Colmillo Afilado y por el fracaso de Borrascoso, que no los había salvado a pesar de la promesa de sus antepasados guerreros. Como Narrarrocas, muchos tenían cortes abiertos o cojeaban acusadamente por heridas recientes. Buscó a Rivera con la mirada, pero no la encontró.

—Colmillo Afilado se llevó a Lucero anoche —gruñó Narrarrocas—. Muchos gatos resultaron heridos al intentar echarlo de aquí. Uno ya ha muerto, y otros dos se hallan en la frontera de la Tribu de la Caza Interminable. Entonces no nos ayudaste. Huiste.

Su desprecio desgarró a Borrascoso como un zarpazo. Y aún peor fue el murmullo de conformidad de la tribu reunida, como si se sintieran traicionados por su huida, igual que él se había sentido traicionado cuando lo hicieron prisionero. Oyó un bufido hostil de uno de sus amigos —supuso que sería Corvino—, y rogó que el aprendiz guardara silencio.

—Yo no me considero el felino prometido —respondió con sinceridad —. Y no me gustaba estar atrapado en la Gruta de las Rocas Puntiagudas. Pero, desde que me escapé, he estado pensando… y he regresado

voluntariamente. Aunque yo no sea el gato que menciona la profecía, haré todo lo que pueda para ayudaros.

—Todos lo haremos —añadió Zarzoso, situándose al lado de su amigo.

El sanador de la tribu comenzó a relajarse. Hubo más murmullos entre los gatos, y, por fin, algunos sonaron aprobatorios.

Entonces se oyó la voz de Rivera:

—¡Borrascoso! Sabía que volverías.

El guerrero se dio la vuelta y distinguió a la apresadora abriéndose paso entre la multitud. Lo recorrió un temblor al ver sus relucientes ojos y notar en su voz que era bienvenido.

—Deberíamos escucharlo —propuso la gata a Narrarrocas—. La Tribu de la Caza Interminable lo ha mandado para que nos ayude. ¿Por qué si no habría regresado, después de ver lo aterrador que es Colmillo Afilado?

A Narrarrocas parecía faltarle energía para creer en nada más.

—Muy bien —dijo al cabo—. Pero ¿qué vas a hacer que nosotros no hayamos probado ya? Colmillo Afilado ha matado a los mejores luchadores de mi tribu como si fueran cachorritos enclenques.

Borrascoso agitó las orejas para que se acercara Esquirolina. La aprendiza llevaba un fardo de hojas entre los dientes.

—Enséñale a Narrarrocas lo que tienes ahí —le dijo Borrascoso, y añadió en un susurro—: Espero que no te hayas tragado ninguna.

—¡No soy un ratón descerebrado! —masculló ella.

Volviéndose de nuevo hacia Narrarrocas, Borrascoso tocó la liebre con una pata.

—Esta presa es para Colmillo Afilado —explicó—. Y en su interior pondremos esto. —Con cuidado, desenrolló las hojas para mostrar un montoncito de brillantes bayas rojas.

Un cachorro que estaba junto a su madre en la primera fila dio un paso para olfatearlas con curiosidad. Esquirolina lo detuvo con la cola y lo instó a volver con su madre.

—No las toques —maulló—. Sólo una te provocaría el peor dolor de barriga de tu vida… si es que no te mata.

El cachorro abrió mucho los ojos y retrocedió.

Observando las bayas, el sanador de la tribu soltó un pequeño bufido y también retrocedió.

—¿Semillas de noche?

—¿Las conoces? —preguntó Borrascoso—. En nuestros clanes las llamamos bayas mortales.

—Conozco todas las bayas y hierbas que crecen en estas montañas —respondió Narrarrocas, y sus ojos mostraron un destello de interés; luego volvió a agachar la cabeza y habló con voz derrotada—: Y ninguno de esos conocimientos ha servido para proteger a mi tribu. Colmillo Afilado es demasiado fuerte. Ni siquiera vuestras bayas mortales acabarán con él.

—Sólo tres matarían al guerrero más fuerte —replicó Esquirolina con audacia—. Creo que lo que tenemos aquí bastará incluso para Colmillo Afilado.

Narrarrocas pareció sorprendido.

—¿Estás segura?

—Aunque no fuera así —añadió Borrascoso—, lo debilitarían tanto que podríamos acabar con él.

Narrarrocas seguía indeciso. Estaba encorvado, como si todo el peso de las montañas descansara sobre sus omóplatos.

Entonces Borrascoso oyó algo entre los gatos de la tribu, murmullos hostiles que terminaron transformándose en gañidos furiosos. Garra estaba abriéndose paso para situarse ante el sanador; gracias a las sombras que oscurecían la cueva, la mayor parte de los gatos no habían reparado aún en que los proscritos habían vuelto.

Garra permaneció inmóvil mientras sus antiguos compañeros de tribu le lanzaban acusaciones.

—¡Se suponía que tenías que matar a Colmillo Afilado!

—¡Nos has fallado!

—Narrarrocas, Garra está desobedeciéndote al venir aquí. ¡Mátalo!

Instintivamente, los gatos forestales rodearon a Garra, preparados para defenderlo. Corvino erizó el cuello y Trigueña desenvainó las uñas. Incluso la dulce Plumosa sacudió la cola de un lado a otro. Borrascoso se sintió tan orgulloso de sus amigos como cualquier líder de clan.

Narrarrocas alzó la cola para pedir silencio, pero pasaron varios segundos antes de que se apagara el clamor.

—¿Y bien? —gruñó el sanador—. Espero que tengas una buena razón para estar aquí.

—La mejor —contestó el gato—. Puedes matarme si quieres, pero eso no te hará más fuerte ante Colmillo Afilado. Tu enemigo está fuera de esta cueva, no dentro. El felino plateado ha venido, y es hora de creer en la profecía de la Tribu de la Caza Interminable. Si fracasamos, entonces podrás matarnos.

La tribu guardó silencio. Su hostilidad se había transformado en incertidumbre. Borrascoso dejó que se le alisara el pelo de nuevo.

—No podemos matar a esa bestia en su guarida —continuó Garra—, pues no sabemos dónde vive. De modo que debemos traerlo a morir aquí.

—¿Aquí? —exclamó Rivera, entre otros gritos escandalizados—. ¿En nuestra cueva?

Borrascoso apoyó la cola en el omóplato de la gata. Ella tenía que confiar en él, por muy peligroso que pareciera el plan.

—Sí, aquí —insistió—. Éste es el lugar que conocemos, tenemos sitios donde escondernos, y la tribu al completo puede esperar para tenderle una emboscada si necesitamos darle el golpe mortal.

—¿Y cómo propones traerlo aquí? —preguntó Narrarrocas con voz glacial.

—Con sangre.

Dicho eso, Garra levantó una de sus enormes zarpas y se hizo un desgarro con los dientes; gotas escarlata salpicaron el suelo como lluvia. Luego alzó la cabeza y soltó un aullido feroz que resonó en toda la cueva, más fuerte que la cascada del exterior. Después giró en redondo y salió corriendo, con Risco y Ave pisándole los talones.

Tras ellos quedó un silencio mareante, aparte del sonido del agua. Borrascoso soltó un suspiro. El plan había empezado. Se estaba trazando un rastro de sangre.

Zarzoso fue el primero en hablar:

—Esquirolina y Borrascoso, vosotros rellenad la liebre. Aseguraos de que no se os pega en el pelo jugo de bayas mortales; si os pasa, lavaos de

inmediato.

—¡Sí, oh, curandero! —Esquirolina inclinó la cabeza con fingido respeto, echando chispas por los ojos—. ¡Ya sabemos qué hacer!

Borrascoso escuchó mientras Zarzoso y Trigueña debatían el mejor lugar donde situar la liebre. Narrarrocas estaba dando órdenes a sus guardacuevas, y mandando a los cachorros y las crianderas a la maternidad. Se colocaron guardianes en la entrada de ese túnel, mientras más guardacuevas y apresadores se subían a las rocas alrededor de las paredes de la caverna, desde donde podrían saltar sobre Colmillo Afilado. Su pelo cubierto de barro se fundía tanto con la piedra que Borrascoso apenas los distinguía.

Una sensación de miedo fue creciendo en su interior. De algún modo, sentía como si fuera a suceder algo espantoso. Pero ¿por qué, si aquello era lo que la Tribu de la Caza Interminable quería que él hiciese? Aspiró el aire, pero no captó nada de Corriente Plateada, ni percibió su tranquilizadora presencia.

—Todo irá bien. —Plumosa se le acercó para restregar el hocico contra el suyo—. Sé que estás asustado, pero el Clan Estelar también te ha mandado hasta aquí, cuando soñaste con nuestra madre. Tenemos que hacerlo.

Corvino, una sombra gris oscuro pegada a Plumosa, asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Una garra helada atenazó a Borrascoso. Algo iba mal; lo sabía. Había algo que él no comprendía, algo que no habían planeado. Buscó con la mirada a Zarzoso, pues deseaba compartir sus temores con él, y lo vio arrastrando la liebre para dejarla delante de la entrada, un poco dentro de la cueva. Trigueña supervisaba la maniobra, midiendo la distancia entre el cebo y la entrada, mientras Esquirolina ayudaba señalando con la cola.

Borrascoso fue hacia ellos, notando cómo los gatos camuflados lo miraban desde todos los rincones. Pero, antes de que pudiera decir nada, un alarido atravesó el aire del exterior. Garra, Risco y Ave irrumpieron en la caverna y frenaron en seco.

—¡Colmillo Afilado! —dijo Ave sin resuello.

—¡Está aquí! —aulló Risco, elevando la voz—. ¡Ya viene!



# 23

Borrascoso se quedó paralizado. ¡Era demasiado pronto!

Los proscritos corrieron hacia las paredes de la caverna, y los gatos de la tribu que aún no habían tomado posiciones enfilaron el túnel que llevaba a la Gruta de las Rocas Puntiagudas. Borrascoso y sus amigos se quedaron en el centro de la cueva, mirando alrededor con los ojos desorbitados.

Aquel momento de vacilación fue demasiado largo. Un gañido feroz se abrió paso a través del estruendo de la cascada. Una sombra se proyectó sobre la entrada, recortándose contra la luz de la luna. Luego apareció de golpe Colmillo Afilado.

Tal como había dicho la tribu, parecía un león de las leyendas de los veteranos, pero sin la ardiente melena alrededor de la cabeza. Elásticos músculos se ondulaban bajo su corto pelaje, y su gigantesca cabeza dorada iba pegada al suelo, siguiendo el rastro de la sangre de Garra. Una vez en la cueva, levantó la cabeza. Vio la liebre y la apartó de su camino con un manotazo.

—¡No! —gimió Esquirolina.

La enorme cabeza se volvió hacia ella, irguiendo las peludas orejas con interés.

—¡Atrás! —ordenó Zarzoso—. ¡Escondeos, todos!

Y saltó hacia el gato-león, agitando ante él las zarpas y rodando a un lado antes de que la bestia pudiera arremeter contra él. Vio cómo Esquirolina corría por el otro lado, saltaba sobre el lomo de Colmillo Afilado y le propinaba un mordisco en la base de la cola.

—¡Esquirolina! —aulló Zarzoso—. ¿Qué haces, por el Clan Estelar?

Cuando el gato-león se retorció para derribar a la aprendiza, ésta se bajó de un salto y salió disparada hacia las rocas que bordeaban la cueva. Con un rugido de furia, Colmillo Afilado fue tras ella, pero la gata era demasiado rápida y se puso fuera de su alcance trepando hasta un saliente de piedra, con el pelo totalmente erizado.

Borrascoso huyó hacia el lado opuesto de la cueva, y siguió a Plumosa en su ascenso por una serie de grietas en la roca, hasta alcanzar una pequeña cornisa debajo del techo. Agazapado en el estrecho espacio junto a su hermana, miró hacia abajo.

Los gatos de la tribu estaban todos en sus escondrijos, demasiado asustados para moverse. Zarzoso también se había puesto a salvo, en otro saliente justo por debajo de Esquirolina, a la que estaba gruñéndole algo; el guerrero parecía casi tan furioso como Colmillo Afilado. Borrascoso no podía oír lo que estaba diciendo, pero se lo imaginó.

Por un momento, Borrascoso no consiguió ver a Trigueña, pero luego la localizó asomándose desde una hendidura de la pared, cerca de la entrada. Sólo faltaba Corvino. Entonces notó que Plumosa se ponía tensa a su lado, y la oyó murmurar:

—Oh, no.

Colmillo Afilado estaba arañando el muro de piedra casi directamente debajo de ellos. Borrascoso vislumbró sus ojos, con un fulgor negro, y su boca abierta con unos colmillos babeantes. Corvino estaba atrapado en una grieta a ras del suelo; no era lo bastante profunda para resguardarlo, y él intentaba desesperadamente pegarse a la roca y escapar de las crueles garras. Soltó un maullido de pánico.

A Borrascoso se le revolvió el estómago. Todo estaba saliendo mal. Colmillo Afilado no había hecho caso de la liebre envenenada, sino que había perseguido a los gatos. En pocos segundos atraparía a Corvino, y la misión del Clan Estelar quedaría arruinada. ¿Cómo podrían cuatro clanes convertirse en uno si moría el gato del Clan del Viento? Borrascoso se maldijo; no había nada que pudiera hacer, porque él no era el felino prometido por los guerreros antepasados de la tribu. Su orgullo estúpido e irreflexivo lo había estropeado todo.

—Corvino —susurró Plumosa a su lado, y le dirigió una larga mirada a su hermano, llena de amor y pena; sus ojos azules destellaron a la luz de la luna—. Ahora puedo oír las voces claramente —murmuró—. Esto es algo que debo hacer.

Borrascoso notó cómo la gata tensaba los músculos. Antes de que se diera cuenta de lo que iba a hacer, ella saltó… pero no hacia abajo, sino arriba, y clavó las garras en una de las estrechas lanzas de piedra que colgaban del techo de la cueva, con un sonido chirriante que provocó escalofríos en Borrascoso.

—¡No! —aulló el guerrero.

La roca se rompió y cedió bajo el peso de Plumosa. Con un alarido aterrador, la gata descendió en picado, derecha hacia Colmillo Afilado. El gato-león levantó la vista. Su gruñido gutural se transformó en un chillido cuando la lanza rocosa se hundió en su cuerpo. La bestia se desplomó retorciéndose, mientras Plumosa aterrizaba sobre el suelo de la caverna, a su lado.

Borrascoso bajó a toda prisa, resbalando sobre la piedra y desgarrándose las almohadillas, para ir con su hermana. Plumosa yacía inmóvil, con los ojos cerrados. Colmillo Afilado seguía agitándose, pero cuando Borrascoso se detuvo junto a él, la bestia dio una gran sacudida y murió.

—¿Plumosa? —susurró Borrascoso.

Corvino salió de la grieta para agacharse al lado del guerrero.

—¿Plumosa? —El aprendiz del Clan del Viento estaba desesperado—. Plumosa, ¿estás bien?

Ella no se movió. Borrascoso levantó la cabeza y vio que el resto de sus compañeros estaban rodeándolo, junto con gatos de la tribu que iban saliendo atemorizados de sus escondrijos. Volvió a mirar a su hermana y advirtió que su pecho subía y bajaba levemente, al ritmo de su respiración.

—Estará bien —dijo con voz rota—. Tiene que estarlo. Ella… debe cumplir una profecía.

Corvino se adelantó hasta tocar con la nariz el pelaje de Plumosa. Aspiró su aroma y luego empezó a lamerla delicadamente. La gata tenía el pelo manchado por la sangre que manaba de un corte en una pata.

—Despierta, Plumosa —susurró el aprendiz—. Por favor, despierta.

No hubo respuesta. Un olor dolorosamente familiar rodeó a Borrascoso, que alzó la vista.

—¿Corriente Plateada?

Cerca de la entrada de la cueva, donde la luz de la luna ondulaba a través de la cortina de agua, Borrascoso creyó ver una gata plateada. No era más que un leve retazo de luz, pero su voz sonó claramente en la cabeza del guerrero, cargada de pesadumbre:

—¡Oh, Plumosa!

Corvino soltó un respingo y Borrascoso se volvió hacia su hermana y vio que había abierto los ojos. Temblando, pronunció su nombre. Ella movió la cabeza y parpadeó.

—Tendrás que regresar a casa sin mí, hermano —murmuró Plumosa—. ¡Salva al clan! —Luego sus ojos se centraron en Corvino, y Borrascoso vio en ellos toda una vida de amor por el problemático aprendiz, suficiente para barrer para siempre la rivalidad de sus clanes—. Crees que tienes nueve vidas, ¿eh? —susurró—. Te he salvado una vez… No hagas que tenga que volver a salvarte.

—Plumosa… ¡Plumosa, no! —Corvino apenas podía hablar—. No me dejes.

—No lo haré. —Sus susurros ya eran casi inaudibles—. Siempre estaré contigo. Te lo prometo.

Dicho eso, cerró los ojos y no volvió a hablar.

Corvino echó la cabeza atrás y soltó un alarido. Borrascoso se acurrucó junto a su hermana, con el cuerpo agarrotado de dolor. Alrededor se elevaron las voces de sus amigos, apesadumbradas. Esquirolina se apretujó contra Zarzoso, murmurando:

—No puede estar muerta… ¡No puede ser!

Zarzoso inclinó la cabeza para lamerle la oreja. Junto a ellos, Trigueña contemplaba a Plumosa con ojos afligidos.

Los gatos de la tribu comenzaron a murmurar. Desde algún lugar en lo más hondo de la cueva sonó un aullido de alegría.

—¡Colmillo Afilado está muerto! ¡Somos libres!

Borrascoso se estremeció. El precio había sido demasiado alto. Giró la cabeza hacia la entrada de la cueva, donde la tenue silueta de la gata

plateada seguía plantada a la luz de la luna.

La voz de Corriente Plateada le llegó a través del estruendo de la catarata.

«Mi querido hijo, intenta no lamentar durante demasiado tiempo la pérdida de tu hermana. Ahora, Plumosa cazará con el Clan Estelar. Yo cuidaré de ella».

—Nosotros hemos cuidado de ella —replicó Borrascoso con amargura, y se dio cuenta de que no era así. Habían fallado. De lo contrario, Plumosa no estaría tendida en el suelo, muerta, con su pelo reluciendo como la plata.

—Ha venido —susurró Rivera—. El felino plateado ha venido.

—No —gruñó Borrascoso—. Yo la he traído.

Corvino giró la cabeza con una expresión espantosamente vacía.

—Es culpa mía. —Su voz era un susurro ronco—. Si me hubiera negado a regresar a la cueva, ella se habría quedado conmigo.

—No… —musitó Borrascoso alargando una pata, pero Corvino bajó la cabeza.

Una suave voz pronunció su nombre. Rivera se le había acercado, seguida de Narrarrocas. Tímidamente, la apresadora tocó su hocico con la nariz.

—Lo lamento —susurró—. Lo lamento muchísimo.

—La Tribu de la Caza Interminable dijo la verdad —maulló Narrarrocas —. Un felino plateado nos ha salvado a todos.

«Pero no se trataba de mí —pensó Borrascoso—. Ojalá hubiera sido yo».

Se separó un poco de Corvino, que estaba tumbado junto a Plumosa, con el hocico hundido en su pelo, y miró hacia la cortina de agua. Durante un segundo creyó ver allí a dos gatas plateadas, resplandeciendo a la media luz, hombro con hombro, observando lo que quedaba de la misión del Clan Estelar.

Borrascoso parpadeó y ellas desaparecieron.



# 24

—¡No! ¡Ayúdalos! —exclamó Hojarasca en un lamento de angustia y miedo.

Abrió los ojos con un sobresalto y vio que se encontraba en su lecho, delante de la guarida de Carbonilla. La luz matinal era pálida y fría. El estruendo de monstruos de su pesadilla había alcanzado el campamento y la vida real, y su hedor pendía en el aire.

Estremeciéndose, Hojarasca se acurrucó más entre el musgo, intentando encontrar consuelo en su calidez, mientras los últimos retazos de su sueño seguían aferrados a su mente, como bruma. Se hallaba cerca del Sendero Atronador, observando cómo los monstruos de Dos Patas rugían a través del bosque, aplastando gatos con sus gigantescas patas negras. La sangre corría como un río en medio del bosque. Jaspeada estaba a su lado; Hojarasca se volvía hacia ella con una súplica desesperada:

—¡Sálvalos! ¡Por favor! ¿Por qué no los salvas?

Jaspeada posaba sus ojos tristemente sobre los amigos moribundos de la aprendiza.

—El Clan Estelar no puede hacer nada más para ayudarlos —murmuraba—. Lo lamento muchísimo.

Luego se desvanecía, y Hojarasca se despertó.

Se levantó tambaleándose y fue hasta la guarida de Carbonilla. Su mentora no estaba allí. Vio su lecho vacío al fondo de la cueva y se preguntó si la habrían llamado por alguna emergencia, si habría un nuevo desastre al que tendrían que enfrentarse. Le subió un quejido de lo más

hondo de la garganta, pero cerró la boca con firmeza para contenerlo. Fuera cual fuese el destino que los aguardaba, incluso aunque sus antepasados guerreros resultaran impotentes, ella seguiría ayudando a su clan mientras le quedaran fuerzas.

Un susurro a sus espaldas la hizo girarse: Carbonilla estaba entrando por el túnel de helechos. Iba arrastrando la cola, aunque intentó animarse al reparar en su aprendiza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hojarasca, preparándose para las noticias.

—He ido a ver a Escarcha —contestó la curandera—. No pongas esa cara: no ha muerto. De hecho, está un poco mejor. Estoy casi segura de que no tiene tos verde.

—Estupendo. —Hojarasca procuró sonar contenta, pero no pudo evitar añadir—: Nuestro verdadero enemigo en esta estación sin hojas no será la tos verde, sino el hambre.

Carbonilla asintió.

—Cierto. Y si desaparecen más gatos, no habrá guerreros suficientes para traer comida a los cachorros y los veteranos, incluso aunque hubiera presas. —Soltó un suspiro descorazonado.

—¿Qué te parece si intento cazar algo para Escarcha? Podría unirme a una partida de caza, a menos que necesites más hierbas.

—No; ahora estamos bastante bien abastecidas. Es una buena idea, Hojarasca… aunque no estoy segura de que encuentres gran cosa ahí fuera.

Hojarasca no le llevó la contraria. Avanzó entre los helechos hasta el claro principal, y durante un momento le pareció que el campamento era el mismo de antes. Tormenta de Arena y Orvallo acababan de aparecer por el túnel de aulagas, los dos con presas en la boca. Zancón y Topillo estaban tumbados delante de la guarida de los aprendices, en un espacio soleado, mientras que Manto Polvoroso y Fronda compartían lenguas junto a la entrada de la maternidad. Estrella de Fuego y Fronde Dorado estaban hablando al pie de la Peña Alta.

Pero entonces se dio cuenta de lo que estaba viendo en realidad. Su padre y Fronde Dorado parecían preocupados. Los dos aprendices estaban inmóviles, en vez de pelear en broma, como solían hacer. El montón de

carne fresca era lastimosamente pequeño. Al pasar ante la maternidad, vio cómo Manto Polvoroso le ofrecía un ratón a Fronda. El aspecto de la gata horrorizó a la aprendiza: era poco más que un esqueleto, se le marcaban todos los huesos y su pelaje había perdido lustre.

—Debes comer —le dijo Manto Polvoroso—. Carrasquilla y Betulino todavía te necesitan.

El hedor a monstruos se cernía sobre el claro, y a Hojarasca le pareció que su rugido sonaba incluso más fuerte. Tuvo una visión de esas bestias irrumpiendo a través del muro de espino que rodeaba el campamento, con el sol destellando en sus relucientes pelajes mientras aplastaban al aterrorizado clan. Parpadeó, obligándose a borrar esas imágenes. Ella no podía impedir que los Dos Patas hicieran lo que quisiesen, pero podía poner su granito de arena para ayudar a su hambriento clan.

Mientras se dirigía hacia Estrella de Fuego y Fronde Dorado, recordó su encuentro con Alcotán el día anterior. Hasta el momento no le había contado a nadie los planes del guerrero del Clan del Río para apoderarse del territorio del Clan del Trueno, y le había pedido a Acedera que tampoco dijese nada. No quería cargar a Estrella de Fuego con más problemas todavía, cuando ya tenía tantas cosas sobre sus espaldas. ¿Cómo iba ella a contarle que su peor enemigo, Estrella de Tigre, seguía vivo en su propio hijo, Alcotán, en un clan que no estaba debilitado por el hambre ni arrasado por los Dos Patas? Hojarasca necesitaba hallar las palabras adecuadas, y quería más tiempo para pensar.

Al aproximarse más a su padre, oyó cómo éste le decía a Fronde Dorado:

—Podrías probar con una partida de caza cerca del poblado de Dos Patas. Es lo máximo que podemos alejarnos de los monstruos.

Lo interrumpió el angustiado maullido de un gato dolorido. Hojarasca giró en redondo y vio que Látigo Gris y Musaraña entraban a trompicones por el túnel de aulagas. Musaraña iba cojeando; arrastraba una de sus patas delanteras, que colgaba inerte. Tenía el pelo erizado, como si hubiera estado peleando, pero Hojarasca no vio ni olió el menor rastro de sangre.

El líder corrió hacia la guerrera, seguido de Hojarasca.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó—. ¿Quién te ha hecho eso?

Musaraña estaba sufriendo demasiado para responder. Tenía los dientes apretados y soltó un gemido de agonía.

—Dos Patas —bufó Látigo Gris, con pánico en los ojos—. Nos hemos acercado demasiado a los monstruos, y un Dos Patas ha agarrado a Musaraña.

A Estrella de Fuego se le desorbitaron los ojos.

—Ve a ver a Carbonilla —le dijo Hojarasca a la guerrera herida, antes de que su padre la retuviese con más preguntas.

Se pegó a ella de camino a la guarida de la curandera. Musaraña tenía los ojos vidriosos de dolor; aunque continuó adelante valerosamente, era obvio que el esfuerzo de llegar hasta el campamento la había dejado exhausta. Hojarasca intentó ayudarla permitiendo que se apoyara en ella.

Tras ellas, Látigo Gris se acercó a Estrella de Fuego.

—Los Dos Patas suelen mantenerse dentro de sus monstruos —maulló el lugarteniente—. Pero hoy estaban dando vueltas por todas partes… el Clan Estelar sabrá por qué. Uno de ellos le ha gritado a Musaraña, que ha echado a correr y ha ido directamente a las zarpas de otro Dos Patas.

—Eso no tiene sentido. —Estrella de Fuego parecía desconcertado—. Los Dos Patas siempre han actuado como si no existiéramos.

—Ya no —repuso Látigo Gris con semblante serio.

—Por lo menos le he dado unos cuantos zarpazos para que se acuerde de mí —resopló Musaraña alejándose.

Hojarasca se adelantó para avisar a Carbonilla, que estaba sentada en la entrada de su guarida con los ojos alzados al cielo, como si intentara leer algún mensaje del Clan Estelar en el movimiento de las nubes.

—Se trata de Musaraña… ¡está herida! —anunció la aprendiza sin aliento.

Carbonilla se levantó de un salto.

—¡Oh, por el gran Clan Estelar! —exclamó—. ¿Y qué vendrá luego? —Cerró los ojos con fuerza, como si apenas pudiera continuar, pero habló con una voz tan calmada como siempre—. Ven a tumbarte aquí, te examinaré.

Musaraña se tendió delante de la guarida y la curandera olfateó exhaustivamente la pata herida, hasta el omóplato.

—Está dislocada —maulló—. Anímate, Musaraña. Volveré a colocarla en su sitio, pero te dolerá. Hojarasca, tráeme semillas de adormidera.

La aprendiza obedeció, y la guerrera las ingirió. Mientras esperaban a que las semillas mitigaran el dolor, Hojarasca escuchó la conversación entre Látigo Gris y Estrella de Fuego, que las habían seguido y se hallaban junto a la entrada del túnel de helechos.

—Tendré que prohibir a todo el mundo que se acerque a los Dos Patas —maulló el líder—. Pronto no habrá ningún lugar seguro fuera del campamento. Algunos gatos ya están demasiado asustados para salir de patrulla.

—Todavía no estamos acabados —replicó Látigo Gris con determinación—. El Clan Estelar no permitirá que nos destruyan.

Estrella de Fuego sacudió la cabeza y volvió a salir al claro principal. Al cabo de un momento lo siguió su lugarteniente, tras lanzar una mirada de inquietud a Musaraña.

—Vale, Hojarasca —maulló Carbonilla. La guerrera marrón estaba dando cabezadas, casi adormilada—. Vamos a hacerlo. Pon las zarpas aquí. —Señaló la pata delantera sana de Musaraña—. Mantenla inmóvil mientras le coloco la otra en su sitio. No quiero que me mate a zarpazos. Y observa atentamente lo que hago —añadió—. Esto no lo has visto todavía.

Hojarasca hizo lo que le indicaba su mentora, mientras ésta agarraba firmemente la pata herida con los dientes, apoyando una zarpa en el omóplato de la guerrera. Luego tiró. Hojarasca oyó un chasquido seco y Musaraña dio una sacudida y un aullido furioso.

—Excelente —musitó Carbonilla.

Volvió a examinar el omóplato de la gata, mientras ésta yacía desmadejada y temblorosa.

—Muy bien —maulló, empujándola delicadamente para que se pusiera en pie—. A ver si puedes apoyarte sobre esa pata.

Musaraña lo intentó; se tambaleó, más por agotamiento y por el efecto de la adormidera que por la herida, pero se mantuvo sobre las cuatro patas.

—Será mejor que ahora duermas un poco. —Carbonilla la guió hacia los helechos que bordeaban el claro—. Te examinaré de nuevo cuando despiertes, pero no creo que tengas más problemas. —Girándose hacia

Hojarasca, añadió—: Lo has hecho muy bien. Ya puedo arreglármelas sola si quieres salir a cazar.

Hojarasca aguardó mientras su mentora acomodaba a Musaraña entre los helechos.

—¿Estás segura de que no me necesitas? —le preguntó al cabo.

Carbonilla movió la cabeza.

—No hay más que hacer. No hay nada que podamos hacer ninguno de nosotros —agregó en voz más baja—. El Clan Estelar está mudo.

Su desesperación dejó abatida a Hojarasca. En medio de todo aquel caos provocado por los Dos Patas, la aprendiza siempre había creído que la fe de Carbonilla se mantendría firme. Y lo peor era que no podía decir nada para animar a su mentora… pues la propia Jaspeada había admitido que el Clan Estelar era tan impotente como los gatos del bosque.

—No voy a ir de caza —maulló Hojarasca muy resuelta—. Quiero averiguar qué les ha pasado a nuestros gatos desaparecidos.

Carbonilla se quedó mirándola confusa.

—¿Qué?

—¿Es que no lo entiendes? Si Musaraña no hubiera peleado por liberarse, el Dos Patas se la habría llevado. A lo mejor no habríamos sabido nunca qué le había sucedido. Eso debe de ser lo que les ocurrió a Nimbo Blanco y Centella.

La expresión de la curandera se relajó.

—Sí, sí que lo entiendo. Pero, Hojarasca… ¿y si no regresas?

La aprendiza la miró, casi lamentando haberle contado su plan. ¿Y si su mentora se negaba a dejarla marchar?

—Ésta es la primera pista que tenemos sobre las desapariciones —maulló—. Debemos intentar descubrir la verdad.

Para su alivio, al cabo de unos instantes de vacilación, Carbonilla asintió.

—Muy bien. Pero ten cuidado. Y busca a alguien que te acompañe. —Y añadió mientras su aprendiza daba media vuelta—: Eres una gata valiente, Hojarasca. Recuerda que el clan no puede permitirse perderte.

La joven inclinó la cabeza, azorada por la alabanza de su mentora, y salió entre los helechos. Al llegar al claro principal, percibió que en el clan

se había operado un cambio. Era evidente que se había propagado la noticia sobre el ataque a Musaraña; el aire estaba cargado de olor a miedo y desesperación. Le entraron ganas de saltar a la Peña Alta y arengar a sus compañeros de clan, para que comprendieran que no podían darse por vencidos. Mientras estuvieran vivos, había esperanza. Pero ¿quién escucharía a una aprendiza? ¿Y qué palabras podía escoger para que surtieran algún efecto?

Tras respirar hondo, tomó una decisión: le contaría a Estrella de Fuego todo lo que sabía sobre los gatos a los que el Clan Estelar había enviado lejos. Aunque no tuviera idea de dónde estaban ahora, ni de si regresarían algún día, las noticias podrían darle a Estrella de Fuego y al resto del clan, por lo menos, la seguridad de que el Clan Estelar no era indiferente a lo que ocurría en el bosque. También le hablaría de Alcotán y sus planes para apoderarse del territorio del Clan del Trueno. Ya estaba harta de secretos; sería un alivio quitarse ese peso de encima después de tanto tiempo.

Pero primero iría en busca de los gatos desaparecidos, no fuese que Estrella de Fuego la castigara prohibiéndole salir del campamento. Se dirigió rápidamente a la guarida de los guerreros y llamó ante la entrada:

—¡Acedera!

Su amiga se asomó entre las ramas.

—¿Hojarasca? ¿Qué pasa?

Hojarasca recordó la mañana —no hacía demasiado tiempo— en que llamó a Acedera para que la acompañara a visitar al Clan del Viento. Entonces aún había esperanza; aquel día Acedera se había mostrado radiante y animada, impaciente por entrar en acción. Ahora, su pelaje pardo parecía deslustrado y sus ojos la miraron casi inexpresivos.

—Acompáñame —dijo Hojarasca, y le explicó su plan para investigar las desapariciones.

Para su alivio, los ojos de Acedera fueron iluminándose conforme hablaba.

—De acuerdo —maulló la guerrera—. Es mejor que quedarse todo el día tirada en el campamento. En marcha.

Salió de la guarida y las dos se encaminaron al túnel de aulagas.

Hojarasca siguió el rastro oloroso de Látigo Gris y Musaraña, hacia la zona arrasada del bosque donde los monstruos de Dos Patas campaban a sus anchas. Había ido por allí el día anterior, cuando ella y Acedera vieron cómo un monstruo arrancaba un árbol de raíz, pero se quedó atónita al ver cuánta destrucción habían causado los Dos Patas en tan breve tiempo. El suelo se había transformado en barro, con monstruos agazapados aquí y allá y rugiendo con un movimiento espantosamente lento, como si estuviesen acechando a una presa.

También había casas de Dos Patas, hechas burdamente de madera, en vez de la dura piedra roja del poblado de Dos Patas. Las gatas se agazaparon al abrigo de una casa y desde allí observaron a los Dos Patas que se movían alrededor. Hojarasca notó cómo temblaba Acedera, su olor a miedo; ella se sentía igual de aterrorizada, pero de ningún modo iba a marcharse, ahora que estaba tan cerca de averiguar qué les había sucedido a Nimbo Blanco y Centella.

—¿Qué es eso? —preguntó a Acedera en un susurro.

Señaló con la cola lo que parecía una miniatura de una casa de Dos Patas, hecha de madera y abierta por un extremo, situada debajo de uno de los pocos árboles que habían sobrevivido. Era demasiado pequeña para que los Dos Patas se metieran ahí.

Acedera se encogió de hombros.

—No lo sé. Alguna cosa de Dos Patas.

—Voy a echar un vistazo.

Mirando con cautela a ambos lados, por si los Dos Patas intentaban atraparla, Hojarasca avanzó sigilosamente en campo abierto. A su espalda, Acedera maulló:

—¡Ten cuidado!

A medida que se acercaba, Hojarasca captó un olor a comida procedente de la casita. Aunque le resultaba desconocido —no era el olor a carne fresca al que estaba acostumbrada—, se le hizo la boca agua. Necesitó de todo su autodominio para no echar a correr y empezar a tragar. Sabía que, fuera lo que fuese, debían de haberlo puesto ahí los Dos Patas, y eso significaba peligro.

Justo delante de la casita, se detuvo al distinguir otro olor. Olor gatuno, familiar, pero muy tenue y rancio, y al principio no logró identificarlo. Eso sí, no era del Clan del Trueno. Luego cayó en la cuenta, y sintió un cosquilleo de emoción en las zarpas. ¡Vaharina! La lugarteniente del Clan del Río también había estado allí.

Con cautela, se asomó al interior. Estaba vacío, excepto por una cosa blanca y hueca con comida dentro. Vaharina ya no estaba allí, y no había nada que le dijera adónde se había ido.

El olor a comida era más intenso en el interior. Despacio, una pata tras otra, Hojarasca entró en la pequeña guarida. La cosa blanca estaba llena de bolitas marrones, como cagarrutas de conejo, y olía extrañamente a comida y Dos Patas al mismo tiempo. Hojarasca se preguntó si aquello sería la comida de mascotas de la que le había hablado su padre. Los mininos domésticos la tomaban sin problema, ¿verdad? Probó un bocado, temblando cuando le llegó al estómago vacío, y se preguntó si habría alguna manera de llevar un poco a Escarcha.

—¡Hojarasca! ¡Sal de ahí!

De pronto, un coro de voces pareció aullar en los oídos de la aprendiza. Distinguió la de Acedera, pero había muchas más que no conocía, y la de Jaspeada era la más estridente.

Se atragantó con el bocado de bolitas. Al girar en redondo, entrevió a Acedera mirándola con expresión horrorizada. Luego, el extremo abierto de la guarida se cerró de golpe, y Hojarasca quedó sumida en la oscuridad.



# Epílogo

Esquirolina estaba atrapada en un lugar estrecho y oscuro que se bamboleaba bruscamente de un lado a otro. Le daba vueltas la cabeza, y tragó saliva al notar el sabor de la bilis que le subía del estómago. Sus zarpas arañaban frenéticamente una superficie lisa y sólida. Soltó un aullido de pánico:

—¡Hojarasca!

Abrió los ojos y descubrió que estaba retorciéndose en un pequeño hueco del suelo.

—¿Qué te pasa? Con esos alaridos vas a ahuyentar a las presas.

Trigueña estaba junto a ella; para poder hablar, había dejado en el suelo un campañol recién cazado. Los gatos del clan habían salido de las montañas la noche anterior y habían empezado a atravesar una llanura abierta. El sol naciente, que les mostraba el camino que debían seguir, acababa de aparecer por el horizonte.

Esquirolina se levantó de su lecho y se sacudió briznas de hierba del pelo.

—Nada. Sólo era un sueño.

Se dio unos lametazos en el pecho para ocultar lo alterada que estaba. Su hermana se hallaba en un tremendo peligro; Esquirolina sabía que el sueño la había llevado adondequiera que estuviese Hojarasca, y le había mostrado el terror que ella estaba sintiendo, pero se imaginó que la práctica Trigueña no entendería sus temores.

Trigueña la miró levemente interesada.

—¿Era una señal del Clan Estelar?

—No. —Esquirolina no podía compartir los detalles de su sueño sin contarle que había contactado con Hojarasca—. Yo… sentía como si estuviera encerrada en algún lugar oscuro. No sabía dónde estaba y no podía escaparme.

Torpemente, Trigueña se acercó y hundió el hocico en el costado de la aprendiza.

—Creo que todos hemos tenido pesadillas —maulló—. Desde que Plumosa…

Esquirolina asintió. Como a los demás, le costaba creer que nunca volverían a ver a Plumosa. Los gatos de la tribu los habían ayudado a enterrarla; lo habían hecho junto a la poza donde caía la cascada, formando una nube de agua en suspensión que permitía que el suelo fuera más blando y se pudiera cavar.

—Aquí tiene un lugar de honor —había maullado Narrarrocas—. Mantendremos viva su memoria mientras siga existiendo nuestra tribu.

Aquello había supuesto un pequeño consuelo para los gatos forestales. Corvino en particular estaba deshecho de dolor, y se pasó todo el día siguiente tendido junto a la tumba de Plumosa. Borrascoso veló con él por la noche, atormentado por la culpabilidad de no haber hecho nada por salvar a su hermana, por no haber imaginado siquiera que ella podría ser el felino prometido. El pelaje plateado de Plumosa parecía negro por el agua el día que cayeron por la catarata, y por eso los gatos de la tribu no le habían prestado atención. Al final, Zarzoso les había ordenado a Borrascoso y Corvino que entraran en la cueva a descansar.

—Partiremos al amanecer. Necesitaréis todas vuestras fuerzas. Nuestros clanes os necesitan.

El viaje había comenzado de nuevo. Los gatos de la tribu los escoltaron parte del camino a través de las montañas y pronto llegaron a un terreno más transitable, con hierba verde y setos donde encontrar presas. Pero no sentían esperanza ni alivio al pensar que pronto estarían de nuevo en casa. Sus corazones estaban con Plumosa, en la tierra de rocas y agua.

Esquirolina no tardó en recuperarse lo bastante de su pesadilla para ayudar en la caza, y así poder continuar y aprovechar la luz de los días, que

se iban volviendo más cortos con rapidez. Aunque nadie quería comer, se obligaron a engullir las presas. Una vez o dos, Borrascoso se sorprendió mirando alrededor para preguntarle algo a Plumosa, antes de recordar que no volvería a hablar con ella nunca más.

Siguieron adelante todo ese día y el siguiente, hasta que tuvieron las zarpas agrietadas y sangrantes. Era como si los horrores que habían visto los hubieran anestesiado ante los dolores del día a día. El sol estaba poniéndose de nuevo cuando alcanzaron la cima de una loma. Sus sombras se alargaron ante ellos, señalando hacia una montaña con una cumbre irregular. Parecía arder en fuego escarlata.

—¡Mirad! —exclamó Trigueña, con la voz quebrada de agotamiento.

Durante unos segundos nadie habló. Luego, los ojos verdes de Esquirolina destellaron con un fulgor que parecía haberse apagado para siempre tras la muerte de Plumosa.

—¡Las Rocas Altas! —chilló la aprendiza—. Ya casi estamos en casa.